

*El*  
*peso*  
- ESPECÍFICO -  
*del*  
**AMOR**

*Federica Bosco*



**Umbriel**

El  
peso  
- ESPECÍFICO -  
del  
**AMOR**

*El*  
*peso*  
- ESPECÍFICO -  
*del*  
**AMOR**  
*Federica Bosco*

Traducción de Helena Aguilà Ruzola



**Umbriel Editores**

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Il peso specifico dell'amore*

Editor original: Mondadori, Milano

Traducción: Helena Aguilà Ruzola

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y lugares citados son invenciones de la autora y su objetivo es conferir veracidad a la narración. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

1.ª edición Julio 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2015 Mondadori Libri S.p.A., Milano

Publicato in accordo con Grandi&Associati, Milano

All Rights Reserved

© de la traducción 2017 *by* Helena Aguilà Ruzola

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.umbrieleditores.com](http://www.umbrieleditores.com)

ISBN: 978-84-9944-983-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A Cilla.*  
*Me habría gustado ser como tú.*

—Ya no te quiero.

—Perdona, ¿qué has dicho? Me estaba lavando los dientes y no te he oído.

—Nada. ¿Qué dan en la tele?

# 1

Un día, el amor se acaba y ya está.

Y lo hace así, un miércoles por la noche, sin avisar.

Estás viendo *Quién sabe dónde* con tu pijama de felpa y tus calcetines antideslizantes y lo observas, y es como si lo vieras por primera vez. Come mirando a la pantalla, un bocado de pasta tras otro, y te das cuenta de que no puedes más.

Basta ya.

No aguantas ni un minuto más sentada en el sofá con el pijama de felpa y los calcetines antideslizantes. A ver, le tienes muchísimo cariño, y si necesitara un riñón, se lo darías sin vacilar. Ése es el problema: preferirías darle un riñón que otra parte de ti...

Pero ¿por qué?

Porque, como he dicho, un día se acaba y ya está.

Y eso no te lo dicen en las películas, ni en los libros, porque ocurre en cuanto terminan los títulos de crédito. Porque la verdad es que Richard Gere nunca dejó de reprocharle a Julia Roberts que hubiera hecho la calle en Sunset Boulevard, y Julia Roberts se hartó a los diez minutos de estar en ese maldito banco con Hugh Grant bajo el frío de Notting Hill, y otra vez Richard Gere nunca le perdonó a Susan Sarandon que lo obligara a renunciar a las clases de baile con Jennifer López.

Así es la vida. Nunca hay un final feliz, sólo un simple final.

Y de pronto empiezas a fantasear con cualquier cuerpo masculino que gravite a tu alrededor, excepto con el que duerme contigo cada dichosa noche.

Y te sientes culpable, mala e injusta.

Y te gustaría convertirte al sintoísmo para no sentirte tan culpable, mala e injusta, pero no puedes hacer nada; tal como empezó, se acabó.

Lo miras, le tienes muchísimo cariño, pero ya no lo amas.

Porque la línea entre el afecto inmenso y el amor es increíblemente delgada.

Y separarlos es la operación quirúrgica más compleja que se le ha realizado

jamás a un corazón humano.

¿Y ahora qué?

Ahora que lleváis seis años juntos y sólo tenéis amigos en pareja, una cuenta corriente en pareja, las vacaciones en pareja siempre al mismo sitio y ninguna perspectiva de cambio... ¿qué haces?

¿Eh?

En serio, ¿qué haces?

¿Lo dejas?

¿Cómo?

¿Así? ¿Sin un *verdadero* motivo?

Porque no amar a alguien que te venera como a una reina no es suficiente.

Todos te tomarían por loca y te dirían: ¿dónde vas a encontrar a alguien así?

Y tú, en el fondo, también sigues repitiéndotelo.

Eso es lo peor.

Porque Edoardo es el tipo de hombre que cualquier mujer desea cuando, desde tercero de primaria, hace la lista de las cualidades ideales: es de los enamorados, divertidos, fieles y honestos (aunque pasara Gisele Bündchen en tanga, no se inmutarían), de los que nunca están de mal humor y no quieren discutir porque no soportan el rencor y, para no acostarse enfadados, son capaces de pedir perdón por algo que no han hecho.

De los que «está bien lo que tú decidas» y, aunque te levantes con legañas, mal aliento o el pelo como una bala de heno, siempre te dicen que eres la más guapa del mundo y lo creen de verdad.

¿Está claro, no? Es lo peor.

Otra vez esa sensación de ansiedad que te cierra el estómago.

Porque sabes que no puedes dejar a alguien así, que es todo lo que siempre has deseado, pero también sabes perfectamente que un hombre que te trata como a una figurita de porcelana encerrada en una urna de cristal antibalas y te toca con guantes de algodón, te impide crecer y te arrastra lentamente hacia abajo, al abismo de una no-vida.

Y en vez de tu compañero, de tu cómplice, de tu amante, se convierte solapadamente en tu cuidador.

Tu verdugo disfrazado de buen samaritano que, en vez de expresar su punto



de vista y correr el riesgo de enfrentarse contigo, prefiere convertirse en felpudo y ahogar cualquier divergencia, cualquier diferencia, cualquier entusiasmo.

Hasta que la muerte os separe...

Yo deseaba con todas mis fuerzas que fuese un amor *para siempre*, porque la idea de haber encontrado a mi otra mitad era tan tranquilizadora, tan definitiva.

Se acabó cenar sola en el sofá con el plato sobre las piernas, se acabó que los amigos te presentaran al desdichado de turno (que extrañamente seguía soltero a los cuarenta y tres), se acabaron los aperitivos en los bares de siempre y se acabó conformarse. Por fin había saltado la valla y estaba a salvo, en la cima de la montaña. Y allí, desde lo alto de mi inigualable felicidad, miraba a mis amigas solteronas con amorosa compasión mientras rompía en mil pedazos el carnet del Club de las Relaciones Complicadas.

Por fin alguien que no huye a la mañana siguiente, que te llama para decirte que te echa de menos, que te hace reír, que te acepta tal como eres y no intenta cambiarte, que piensa igual que tú en los temas importantes, que tiene los mismos gustos que tú y da por descontado que irse a vivir juntos supondrá muchos viajes a Ikea.

Y he pasado años de luna de miel, una luna de miel, en mi opinión, muy merecida tras las decepciones y humillaciones de los veinte años anteriores.

Pero luego ocurre. Inevitablemente.

El Club Med te ruega que abandones la habitación, que devuelvas los albornoces, y encima te presenta una cuenta desorbitada.

Entonces miras al que considerabas el hombre de tu vida y es como si lo vieras por primera vez, hipnotizado delante del televisor, con el tenedor frente a la boca, y no puedes creer que hayas tenido una venda en los ojos hasta hoy.

Y, aunque sea pleno invierno, te entran ganas de abrir la ventana de par en par, porque de repente necesitas desesperadamente aire, aventura, pasión, vida, celos, peleas y reconciliaciones, y sobre todo...  
¡AAAAAARRRRRGHHHHH!

¡Necesitas desesperadamente S.E.X.O.!

Ya está, ya lo he dicho. Sobre todo necesitas sexo salvaje, indecente y sudado. Pero, qué va, nada.

Nada desde hace años.

Porque te conoces muy bien, porque en el fondo ya no hace falta, porque al final te cuesta un poco quitarte el pijama de felpa.

Y pensar que haría cualquier cosa por volver a sentir las mariposas en el estómago de cuando tenía dieciséis años.

Aunque sólo fuesen cinco minutos.

¿No es triste?

Lo es.

¿Y por qué no lo dejo?

Por todo.

Es adorable, de fiar, amable... en una palabra: «devoto».

Y eso es lo que me enerva: es demasiado.

Demasiado amable, demasiado solícito, demasiado devoto. Desde que lo conozco, no ha cambiado ni pizca: granítico como un monolito de Stonehenge, inmóvil como una boya durante la tormenta, perennemente sentado en el sillón con un ejemplar de *Il Foglio* en la mano, lo mismo en verano que en invierno, en primavera que en otoño, y aunque cambien el gobierno, el presentador del festival de Sanremo o la Copa del Mundo.

Y ahora no voy a empezar con la típica historia de «tendría que cambiar», no, demasiado fácil.

Yo no quería que *cambiara*, sólo quería que *creciese*, que se convirtiera en un hombre fuerte y seguro, que tomara decisiones y tratase de ofrecerle algo mejor a su compañera y a sí mismo.

Pero no, él se conforma, siempre se conforma, y no le interesa comprar una casa, encontrar algo que le guste hacer realmente o experimentar cosas nuevas.

Si fuera un poquito más dinámico que un mueble, y un pelín más ambicioso, sería el hombre perfecto, perfecto de verdad, para ponerle un *copyright* y crear una aplicación.

Pero no. A él ya le va bien su trabajito cómodo y tranquilo cerca de casa, le va bien desembolsar la mitad del alquiler todos los meses, le va bien ir a cenar a casa de su madre una vez a la semana.

Y sobre todo le va bien que esté yo.

Basta con que esté ahí con él.

Siempre.

Y eso me destroza. Siento que he caído en una trampa.

La trampa del hombre perfecto.

Por eso trabajo como una loca.

Siempre estoy trabajando. Trabajo sábados y domingos, trabajo en la cama, en el sofá, en el cuarto de baño. Tanto que tengo la impresión de que llevo la marca del ordenador tatuada en los muslos.

Y cuando no trabajo, hago pasteles hasta caer rendida.

Yo, que odio los pasteles.

Y podría seguir así para siempre.

Si no hago algo.

## 2

—Paola, ¡llego tarde! —le grito al móvil al salir del metro, y me tropiezo con un Papá Noel, que insiste en darme un folleto de un *outlet* de zapatos mientras intento abrir el paraguas sin que se me caiga en un charco (aunque la idea me tienta) el enorme sobre amarillo que contiene las pruebas de un tostón de novela histórica sobre la doble vida de Ana Bolena. He tenido que corregirla por la noche porque la ha escrito un amigo de mi jefe.

—Total, ¿qué te cuesta hacerlo? —me dijo anoche a las ocho y cuarto, sin tener en cuenta que mi horario laboral había terminado dos horas antes.

—¿Qué me cuesta? Nada —contesté sonriendo.

Luego, cuando cerró la puerta, tiré el sobre al suelo y lo pisoteé varias veces, diciéndome lo tonta que soy. Pero ya era demasiado tarde.

Me había tomado el pelo una vez más.

Desde que mencionó la posibilidad de ascenderme a responsable editorial, me tiene cogida por las pelotas, por usar un eufemismo.

Si antes trabajaba diez horas al día, ahora hago doce.

Y el día que me ascienda llegaré a las catorce.

Aunque, en honor a la verdad... ¿tengo alternativas?

Ninguna.

El trabajo es el único aspecto de mi vida que nunca me decepciona y es la demostración tangible de que hago bien algo.

Quizá sea lo único.

Lo tengo todo controlado, conozco el territorio, sé anticiparme a lo que piden y, secretamente, cuando la pila de trabajo en mi mesa aumenta, siento un escalofrío de excitación...

Uy, no puedo creer que lo haya dicho.

—Diez minutos y estoy ahí —le respondo a Paola corriendo bajo la lluvia —. Lo que tarde en llegar el autobús y ya estoy en el despacho. Anda, por favor, he estado hasta las tres con esa porquería de libro.

—Está muy cabreado, Fra, pero mucho. Sólo te digo que te des prisa.

—¿Cabreado como aquella vez que la nueva del gabinete de prensa preguntó si Umberto Eco había publicado un libro alguna vez? —pregunto

sin dejar de correr.

—No, más bien como cuando rechazó la trilogía de *Crepúsculo* diciendo que a nadie le interesan las historias de vampiros...

—Madre mía, mejor cojo un taxi.

Todas estamos expuestas a los cambios de humor de Mr. Big.

No lo llamamos así porque nos recuerde al tío bueno que se casó con Carrie Bradshaw.

Sino porque se apellida Bigazzi y posee un ego desmesurado.

Así lo demuestra la enorme B que preside la entrada de su editorial, situada en la calle Spiga.

Subo corriendo los tres tramos de escaleras (no quiero perderme dos preciosos minutos de bronca esperando el ascensor) y, cuando abro la pesada puerta de madera, Beatrice, la secretaria, se limita a levantar los ojos hacia arriba, señalando la sala de reuniones con el auricular del teléfono.

Los gritos procedentes del otro lado de la puerta de cristal son inconfundibles. Por suerte, es el turno del gabinete de prensa, que suele ser el que recibe los peores insultos.

Me arreglo el pelo y la falda como puedo y abro la puerta muy despacio, tratando de no llamar la atención.

Por el aire tenso y las caras truculentas deduzco que estamos en el peor momento de la escena.

Veo a Ediciones Bigazzi al completo alrededor de la mesa oval. Obviamente, todas somos mujeres, ya que Mr. Big es totalmente incapaz de relacionarse con otros cromosomas XY.

Las chicas del gabinete de prensa están cabizbajas, y la más nueva tiembla como un martillo neumático.

Todas menos Paola y su jefa, Annamaria, una analfabeta convencida de que el sector editorial italiano se iría a pique sin ella.

Y, tal como están las cosas en Italia, puede que tenga razón.

Cuando el señor Bigazzi está en modo «os voy a despedir a todas» es completamente inútil tratar de razonar con él. Hay que tener paciencia, dejar que se desahogue y tragarse los insultos que luego, cuando se calma, niega categóricamente haber lanzado.

Al principio yo me ofendía mucho y, una vez a la semana, entre sollozos, le dejaba en la mesa una carta de dimisión. Él ni siquiera la abría, la tiraba directamente a la papelera.

Luego todo empezó a resbalarme, y al final han pasado diez años.

Dios, cómo corre el tiempo.

Me siento en una esquina de la mesa, cerca de Paola, que mastica chicle y dibuja círculos concéntricos en el bloc de notas, en señal de protesta o de completo desinterés. Es la única que se enfrenta a él, y creo que Mr. Big secretamente la valora, porque a menudo amenaza con despedirla, pero nunca la ha echado.

No como a las sesenta y seis chicas del gabinete de prensa que han pasado por aquí en la última década.

Al final hemos dejado de memorizar sus nombres y ya no nos molestamos en enseñarles cómo se hacen las fotocopias. Total, duran una semana. Lo importante es que aprendan cómo funciona la cafetera.

—Ya era hora —me recibe Mr. Big quitándose las gafas—. Por fin te has dignado a unirme a nosotros. ¿Has dormido bien?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Es inútil que le diga que por culpa de su porquería de libro he dormido cuatro horas y he soñado que me decapitaban.

—Creo que no lo habéis entendido —sigue aún más furioso—. Yo cierro esto y os dejo a todas en la calle. Sois unas ineptas, un niño de doce años lo haría mejor que vosotras y me costaría mucho menos.

—Sobre eso tengo mis dudas, Bigazzi —dice Paola sin levantar la cabeza—. He calculado que incluso los niños vietnamitas que cosen zapatillas para Nike ganan más.

Él se pone rojo y temo que le lance el cenicero de cristal.

Recupera el control sólo para seguir con su filípica.

—Sois capaces de mandar a la mierda el lanzamiento del libro de Spampinato, porque no sabéis usar el teléfono. El tipo me llama todos los días y me pega unos rollos... ¿y yo qué voy a decirle? ¿Que mis empleadas son tontas y no saben cómo ponerse en contacto con un periodista? ¿Que no saben usar el teléfono? —grita mientras descuelga el auricular y pulsa unas teclas al azar—. ¡Mirad cómo se hace! —chilla como un condenado—. Se hace así: se marcan los números y se espera a que la persona conteste. ¿Tú, la retrasada del pelo largo, lo has entendido? —vocifera en dirección a la pobre periodista en prácticas, que estalla en lágrimas y abandona corriendo la sala.

—Sesenta y siete —comenta Paola, sin dejar de dibujar.

—¿Por qué las mujeres os empeñáis en trabajar? —prosigue él sin

inmutarse—. Con lo bien que estáis en casa con vuestros hijos y vuestras amigas. ¿Por qué no os buscáis un tonto que se case con vosotras y os dé estabilidad en vez de quedaros aquí y complicarme la vida a mí?

Siguen unos diez golpes de tos.

—Evidentemente, esa chica no era capaz de... —empieza Annamaria con la clara intención de cargarle a la nueva su negligencia y su pachorra total, pero se ve que tampoco es su día.

—Usted es quien tiene que formar al gabinete de prensa, ¿entendido? —farfulla Bigazzi, con el rostro púrpura—. ¿Para qué coño le pago, para que se lime las uñas?

—Y para que se haga un drenaje linfático —añade Paola, con ganas de que la despida.

Annamaria encaja el golpe y fulmina con la mirada a Paola. Si la conozco bien, se lo hará pagar caro.

—¿Y vosotras qué, editoras? —vocifera dirigiéndose a mí y a Silvia, que cuando entró el primer día recordaba a Kate Moss y ahora parece que acabe de desembarcar de un bote de traficantes libios de inmigrantes—. ¡Os he dicho cien veces qué hace vender libros! ¡EL SEXO! ¡¡¡ESE-E-EQUIS-O: SEXOOOOOOOO!!! —nos grita como un jubilado después de una sobredosis de Viagra.

Me remuevo en la silla, incómoda, ya que, en los últimos años, hay tanto sexo en mi vida como algodón de azúcar en la vida de un diabético.

Después de rechazar *Cincuenta sombras de Grey*, ahora Bigazzi pretende que añadamos escenas de sexo hasta en los libros de cocina.

—Ejem... lo sabemos —empiezo a decir—, pero es que... es difícil incluir... ejem... sexo en un libro que habla de zen para gatos.

—Tenéis que meter sexo hasta en los manuales de jardinería, ¿¿¿entendido???

—Sí, pero el autor tiene ochenta y nueve años, no es que podamos insistir mucho en...

—VOSOTRAS HARÉIS LO QUE YO OS DIGAAA, ¿¿¿QUEDA CLARO???

 —chilla escupiendo pequeñas gotas de saliva—. ¡¡¡YO soy el jefe y aquí dentro se hace lo que YO digo!!! Si no... ¡a la calle!

Juro que nunca lo había visto así, y Paola también evita llevarle la contraria. Parece Jack Nicholson en *Las brujas de Eastwick*, cuando Cher, Michelle y Susan clavan el alfiler en el muslo del muñeco vudú.

Nos levantamos, incómodas y cabizbajas, intentando no hacer ruido con las sillas, y nos dirigimos a la puerta una detrás de otra, sin decir palabra.

—Francesca, quédese, no he terminado con usted —ordena.

Socorro.

Suspiro y me vuelvo despacio, con mi mejor sonrisa.

No sé qué esperarme y, ante la duda, saco del bolso el sobre amarillo y se lo tiendo.

—Tenga, es el libro de su amigo. Prácticamente he tenido que reescribirlo, pero ahora al menos ha quedado presentable. Me he pasado toda la noche...

—¡El libro de ese idiota me importa un carajo! —me interrumpe. Luego me arranca el sobre de las manos, lo lanza a la papelera y derriba el marco digital con las fotos de su esposa ucraniana y sus tres pinchers enanos.

—¿Usted sabe qué diferencia hay entre vender libros y vender zapatos? —me pregunta ciñéndose la corbata.

Niego lentamente con la cabeza sin dejar de mirar la papelera, que contiene mis horas de sueño perdidas.

—Ninguna, querida —responde con orgullo, y coloca bien el marco—, ninguna. Es un producto como cualquier otro, los chinos lo comprendieron antes que nosotros. Precios tirados, la gente compra y ¡BUM! Las ventas se disparan —prosigue dibujando la trayectoria de un misil con la mano.

—Sí, pero... ¿y la calidad?

—¿La calidad? —me responde como si yo hablara en urdu—. ¿A quién le interesa la calidad hoy en día? Esto, por ejemplo —dice agitando el dichoso marco ante mis ojos—. ¿Cuánto vale esta mierda, treinta, cuarenta euros? ¿Y para qué sirve? ¡Para nada en absoluto! Se rompe y se tira —asegura, y también lo lanza a la papelera—. El mercado funciona así: hay que hacerle creer a la gente que si no tiene determinado objeto, no es nadie. Y si consigues que gaste poco, mucho mejor, especialmente cuando se trata de cultura. Vamos a ver, ¿a quién va a interesarle la cultura hoy? —Se acerca a mí con actitud conspirativa—. ¿Sabe cuánto lee la gente en Italia? En el mejor de los casos, un libro al año. Y como los libros valen mucho y no sirven para nada, las ventas bajan y el mercado se va al garete y... a ver, ¿cuál es la solución? —me pregunta señalándome con un dedo.

—¿Ba... bajar los precios?

—Mejor aún: ¡reventarlos! ¡Regalar! Vamos a convertirnos en los chinos del sector editorial. Invadimos el mercado, entramos con prepotencia en todas



las librerías, papelerías, áreas de servicio, supermercados, peluquerías, charcuterías, gimnasios, bares, en cualquier sitio que tenga una mesa donde colocar un libro. Quiero que estemos en todas las estanterías de Ikea que existen en Italia —exclama poniéndose de pie, exaltado.

—Oh —rebato distraídamente alisándome la falda—, pero ¿los librereros estarán contentos?

—¡A tomar viento los librereros! —salta, rabioso—. Me tendrían que dar las gracias, porque conmigo no hay devoluciones. —Hace una pausa y mira un punto lejano—. Un buen eslogan: Bigazzi, libros sin devoluciones... ¡les encantará!

—Pero ¿y los autores? ¿Cómo les va a pagar?

—Los autores harían cualquier cosa con tal de publicar. ¿Sabe? En Italia hay más gente que escribe que gente que lee.

—Ya...

—Son capaces de escribir gratis —declara, y da un puñetazo en la mesa.

—Pero...

—PERO ¿QUÉÉÉ? —me increpa con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Qué? ¿El papel? ¿La impresión? ¿Qué más quiere objetar? ¡No me sea tan derrotista! —chilla—. ¿Me toma por un crío recién licenciado? Lo tengo todo calculado.

Me dejo caer en la silla, me rindo. Este hombre agotaría a Gandhi.

—Busque en la red a todos los que se autopublican y han vendido más de cinco ejemplares y propóngales publicar con un editor de verdad. Les pagaremos cuatro cuartos, pero los promocionaremos como si fueran los autores del siglo, cubiertas rimbombantes, fajas con la frase: «Un millón de ejemplares vendidos»... en fin, lo típico. Y los venderemos a precios ri-dí-culos.

—Señor Bigazzi, yo estoy trabajando para la Spagnulo, tengo que ocuparme de sus presentaciones, y luego están la nueva colección de cocina crudista y Mauro Rapisardi, que quiere hablar con usted desde hace tres semanas para proponerle su nueva novela. En mi opinión, es muy bue...

—La Spagnulo es una vieja tocapelotas —me interrumpe—. Haga como yo: suéltele muchos cumplidos, dígame que es la mejor y ya verá, se volverá dócil como un gatito. Y ese desdichado de Rapisardi tiene que escribir una novela negra, como siempre, y ya está. Y usted no le busque tres pies al gato, al fin y al cabo no es Ken Follet, ¿no?. Basta con que no haya erratas y

llévela a imprimir, con el corrector de Word tenemos de sobra. Y pásela la cocina a su colega Silvia.

—Señor Bigazzi, Silvia ya se encarga de la saga de alienígenas que le dio hace dos días, y luego tiene la colección Qué Tiempos con las chicas que hacen *buylling* y los futbolist...

—Dios, Francesca, ¿quiere el ascenso o no?

—Por supuesto, pero... —contesto, herida, y noto que me sonrojo.

—Entonces colabore, aprenda a delegar y deje de poner inconvenientes. Ya tengo bastantes ineptos aquí dentro —me liquida descolgando el auricular y haciéndome señas para que me vaya.

Salgo abatida y humillada.

Tengo la sensación de que nunca consigo terminar lo que empecé, e incluso cuando lo consigo no obtengo ningún reconocimiento. Jamás un «gracias» ni un «buen trabajo», sólo he cumplido con mi deber.

Por un sueldo en los límites de la legalidad.

Tengo que acordarme de enviar un currículum a la Nike de Vietnam.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Silvia, apartando la vista del ordenador. Le veo las ojeras tan negras que no me atrevo a decirle que además tiene que hacer mi trabajo. No puedo. Seguiré trabajando de noche. Es lo que hago siempre, no pasa nada.

—Ha llamado la Spagnulo por tercera vez —me anuncia Beatrice en voz alta mientras entra con un Post-it entre los dedos—. Ha dicho que si no la llamas inmediatamente, vendrá a la editorial y será peor para ti. —De pronto, al ver mi cara perpleja, me pregunta—: ¿Todo bien, Fra?

—Sí —contesto masajeándome las sienes—, es sólo que no entiendo por qué mis días tienen sólo y estúpidamente veinticuatro horas.

Pongo los ojos en blanco y marcó el número de Maria Vittoria Spagnulo. Por desgracia, responde al primer timbrazo.

—Conque ahora hay que amenazaros para que llaméis, ¿eh? —empieza en vez del típico «¿Diga?»—. ¡Yo me marchó! Esta vez me voy con un editor *de verdad*, y después lloraréis. *Todos* me quieren, tengo donde elegir. En cambio, vosotros, en vez de levantarme un altar por el dinero que os he hecho ganar, no os dignáis siquiera a contestarme. Como mínimo, tendríais que ponerle mi nombre a una sala, como en el Metropolitan Museum.

Miro a mi alrededor tratando de imaginar un Vermeer en lugar de la fotocopidora, luego respiro hondo.

Sólo son las diez...

—Maria Vittoria, le ruego que me perdone... Han sido días convulsos y lamentablemente...

—¿Se le ha muerto algún pariente?

—No...

—¿Se le ha quemado la casa?

—No, pero...

—¿Lo ve? No son más que excusas. Y ahora póngame con Bigazzi. ¡*Schnell!*

—Maria Vittoria, en este momento el señor Bigazzi está reunido y...

—Bigazzi está siempre para mí, recuérdelo. ¡Póngame con él o me marchó!

—Espere un segundo... voy a avisarlo —cedo, resignada.

—Señor Bigazzi, la Spagnulo quiere hablar con usted y sólo con usted. He intentado decirle que no estaba, pero ya sabe cómo es, siempre amenaza con irse...

—Ojalá —responde suspirando—, pero los milagros no existen y usted me lo confirma a cada minuto. ¡Ni siquiera es capaz de desviar una llamada!

Pulso la tecla y se la paso. Al cabo de un segundo oigo cómo dice con voz melodiosa:

—Mavi, querida, qué sorpresa tan agradable. Disculpa a esa boba, ya sabes que mi destino es verme rodeado de ineptas... sí, sí, ya lo sé, soy demasiado bueno, acojo al primer perro vagabundo que pasa... qué se le va a hacer, es mi carácter. Dime qué puedo hacer por ti, querida...

Intercepto la mirada de Silvia que, por toda respuesta, me lanza la caja de Xanax.

Sobre las dos saco de la bolsa la triste fiambarrera con las sobras de pasta fría de anoche y me la como con un ojo en el ordenador, mientras voy repasando las listas de ventas de Amazon en busca de algún fenómeno digno de mención que no se haya valorado sesenta y ocho veces a sí mismo.

Misión casi imposible.

Leo los comentarios, tan parecidos unos a otros, todos parecen Hemingways incomprendidos, misteriosamente ignorados por todos los editores que existen. Todos premios Pulitzer que han preferido autopublicarse a someterse a las humillantes leyes del mercado del papel...

Selecciono tres, dos chicas y un chico, y les mando un e-mail estándar en el que manifiesto el interés de la editorial por tomar en consideración su trabajo.

En los veinte minutos siguientes recibo dos e-mails de incontenible felicidad y una respuesta automática que me invita a dirigirme a un agente. Niego con la cabeza y sonrío ante semejante ingenuidad... ¡como si los agentes sirvieran para algo en Italia!

Llamo a las dos chicas, que no paran de chillarme al oído de pura alegría. Una hasta me pone con su madre, que por poco se echa a llorar, y la otra no deja de repetir:

—¡Oh, es el día más feliz de mi vida, no hay nada en el mundo que desee más que ser escritora, nada!

Siempre me entenece ser testigo de un entusiasmo tan genuino, y siempre me veo obligada a rebajar de inmediato las expectativas de los aspirantes a escritores para evitar que al día siguiente dejen su verdadero trabajo.

Ojalá alguno me dijera: «El sueño de mi vida siempre ha sido salvar vidas humanas». Pero qué va, todos guardan un manuscrito en el cajón.

¡Todos!

Excepto yo.

Me suena el móvil y contesto con un «Eh» sin mirar siquiera la pantalla.

—¿Todo bien, Tuz, en esa casa de locos? —me dice la voz pacífica de Edoardo, que me llama cada día a las dos y cuarto en punto, pase lo que pase.

—Sí, un manicomio, como siempre. ¿Y tú?

—Por aquí todo controlado. Siempre es un delirio, pero lo llevo bien.

Noto que sonrío.

Nunca lo he visto perder la paciencia o enfadarse con alguien, y eso que lo hacen trabajar como un burro, le pagan una miseria y lo tratan incluso peor que a mí. Pero él no se descompone jamás, sonrío y todo le resbala.

Otra cosa que antes admiraba y que últimamente empieza a molestarme.

No es posible que *siempre* vaya bien todo, que ponga *siempre* la otra mejilla y *siempre* se lo perdona todo a todo el mundo. No olvidemos que Jesucristo acabó muriendo de una forma horrible.

—¿A qué hora volverás a casa? —me pregunta.

—Lo normal —suspiro—, como mucho a las nueve, espero.

—¿Tengo que comprar algo en el supermercado?

Ésa es la pregunta que últimamente me tiene harta, porque estoy fuera de casa cuatro horas más que él y me gustaría que, por fin, ahora que pasa de los

cuarenta, empezara a tener claro que si se acaba la leche, no reaparece por arte de magia en la nevera, y lo mismo puede decirse del pan, la mermelada, el agua y así sucesivamente, hasta el infinito.

Pero no, él necesita la lista.

—Chino —declaro con cero ganas de enzarzarme en discusiones estériles—. Pide comida china.

—Muy bien —responde sin inmutarse—. ¿Qué te pido?

Un billete de ida a una isla que no aparezca en los mapas, pienso, y siento una punzada leve pero elocuente en la boca del estómago, porque llevo seis años pidiendo siempre lo mismo y la tía de la comida a domicilio, que sigue sin hablar una palabra de italiano, lo sabe perfectamente: raviolis al vapor, pollo con setas y bambú y verduras salteadas.

Punto. No es tan difícil.

—Lo de siempre —contesto a media voz.

—Ah, vale, espera que me lo apunto.

iiiiiiiiiiAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAARRRRRRRRRRRRRRRRGGGG  
gruño estrangulando el auricular.

Por suerte, veo parpadear en mi teléfono fijo la luz amenazadora de la línea de Mr. Big, que no soporta que le contestemos después del segundo timbrazo.

—Tú mismo, ¡hasta luego! —lo liquido, y recupero toda mi eficiencia—: Diga, señor Bigazzi.

—La supertocapelotas de la Spagnulo, que se cree una gran escritora, dice que no está contenta con el *marketing* de su última novela, que no le damos suficiente importancia, que sólo la consideramos un número, que tiene una cola de editores que la esperan en la puerta con la alfombra roja, que con todo el dinero que hemos ganado gracias a ella deberíamos erigirle un altar, que no la promocionamos como es debido y que el gabinete de prensa es un asco. En el último punto estoy totalmente de acuerdo con ella, en cuanto al resto no veo qué más habríamos podido hacer. Por supuesto, le he dicho que sus deseos son órdenes y que buscaré una persona que se ocupe de ella a trescientos sesenta y cinco grados.

—Ejem... trescientos sesenta —murmuro.

—Contrate a alguien en prácticas por seis meses y póngala al servicio de la Spagnulo. Total, sólo tendrá que decir que sí.

Y cuelga.

Un vodka, necesito un vodka.

Me entran ganas de llorar pensando en la cantidad de trabajo atrasado que me espera. A este paso no voy a terminar nunca nada, ni aunque viviera cien años.

Uno de nuestros mejores *best sellers* es *Cómo lograr que tu jefe te respete*, pero juro que con él no me ha servido para nada.

Me refiero concretamente al capítulo titulado «Levanta la cabeza», en el que el autor (un niño mimado del Milán bien que no ha trabajado un solo día en su vida) exhorta a que nos neguemos *con firmeza* cada vez que un superior nos pida algo poco razonable o fuera del horario laboral.

Un día me decidí a intentarlo. Quería que fuera en su lugar a una cena de editores y yo acababa de entrar en casa... me retiró el saludo una semana.

Quienes escriben este tipo de libros nunca han sido empleados.

A última hora de la tarde me llama Rapisardi, mi autor favorito; es respetuoso y cortés, y por ello incomprendido y explotado hasta el límite. Le hacen escribir una novela negra cada seis meses, con el mismo contrato desde hace más de diez años, el mismo anticipo y los mismos derechos. Nunca se ha quejado y nunca ha pedido nada.

Me recuerda a Bob Cratchit, el tierno empleado al servicio del pérfido Ebenezer Scrooge, que trabaja en un cuartucho húmedo.

Pero aquí, por desgracia, no hay fantasmas de Navidad dispuestos a redimir al malvado.

—Hola, Francesca, ¿estás bien? —me pregunta con una amabilidad conmovedora.

—Sí. Si todas las llamadas de trabajo fueran como la tuya... —respondo, y cierro la puerta con un pie para no oír cómo se matan Paola y Annamaria—. Eres mi bocanada de aire.

—Eres demasiado buena, como siempre. Sólo quería saber si, por un casual, habías conseguido que leyera mi manuscrito —pregunta, esperanzado.

—Lo lamento, pero no. Dice que sólo quiere que escribas novelas negras. Pero, por si te sirve de algo —añado sinceramente—, te aseguro que has escrito una novela preciosa.

—Francesca —suspira—, no puedo con más novelas negras, necesito escribir otra cosa. Por favor, ayúdame.

—Creéme, llevo semanas intentándolo, pero no me deja ni acabar la frase. Te prometo que lo volveré a intentar en cuanto regrese de uno de sus viajes de la esperanza... la esperanza de hacer negocios.

—Tú eres mi única esperanza.

Cuelgo con un nudo en el estómago.

¿Cómo es posible que quienes poseen talento de verdad no tengan la picardía necesaria para nadar entre tiburones y quienes no saben hacer nada, pero se creen el no va más, enreden a todo el mundo?

Y lo peor de todo: ¿por qué quienes tienen pocos escrúpulos duermen tranquilos por la noche?

Podría citar decenas de «ilusionistas» que le hacen creer a la gente que han escrito el libro del siglo sólo porque saben venderse bien, y encima la gente se lo cree.

No me doy cuenta del tiempo que pasa, y ya son las ocho.

Mis compañeras se despiden una por una y salen de la habitación, como si yo fuera el portero.

Un día de éstos igual me piden que limpie la escalera.

—Mañana por la noche hay picoteo en mi casa —me recuerda Paola—. Y, por favor, vete ya a casa tú también, te garantizo que no se va a caer el edificio.

—Tienes razón. —Cierro el portátil e imagino que Ediciones Bigazzi se derrumba en cuanto salgo por la puerta—. Hoy ya no damos para más.

—La idiota de Annamaria me ha cabreado muchísimo hoy —dice Paola, entrando en el ascensor como una furia—. He considerado seriamente la idea de apuñalarla con el abrecartas y meter el cuerpo en la trituradora de papel. Me echa toda la culpa del lanzamiento fallido de Spampinato, cuando yo no me encargué del tema, y encima me acusa de no haber hecho suficiente campaña publicitaria para la Spagnulo, cuando he hecho que la invitaran a todos los programas y su foto ha salido hasta en el crucigrama de la primera página de la mejor revista de pasatiempos.

—Ya sabes, es una vieja histérica que se cree Barbara Cartland —la tranquilizo—. Lo raro es que aún no haya teñido de rosa a su caniche —añado mientras me pongo el abrigo y salgo bajo la noche gélida.

—Ella es el menor de los problemas —me dice, y enciende un cigarrillo—. La bruja páfida es Annamaria. Se pasa el día agobiándome, siempre detrás de mí vigilando lo que escribo y escuchando mis llamadas. Se queda con todos los méritos y descarga todas las responsabilidades en los demás, cuando sabemos perfectamente que no ha leído un libro en su vida.

—Ya, pero siempre es la primera en llegar por la mañana y sale cuando

Bigazzi ya se ha ido. Por eso él está convencido de que es una gran trabajadora —suspiro. Yo también me siento muy frustrada.

—Tú trabajas cien veces más que ella y te pagan la mitad. ¿Por qué no te rebelas?

—Por favor, Paola, no empecemos de nuevo. Cada vez que hablo contigo, luego no duermo en tres noches de los nervios. Déjame vivir en mi bendita inconsciencia, ¿vale? —digo, y alargo el paso hacia la parada de autobús.

—Yo creo que te equivocas, Fra. Te deslomas, pero no valoran para nada tu trabajo. Eres el puntal que sostiene la editorial, la única en quien confía de verdad Bigazzi. Se lo tienes que decir, tiene que entender que no puede aprovecharse siempre de ti, que mereces mucho más.

—Paola, ¿por qué no pides trabajo en el gabinete de prensa del sindicato? Allí necesitan personas como tú —le respondo haciéndole señas al conductor para que se detenga.

—Lo hablamos mañana con una copa de vino delante. Te convenceré para que luches por tus derechos —me dice con el puño en alto.

—Está bien, mañana idearemos un plan para mi rebelión.

Me dice adiós con la mano mientras las puertas del autobús se cierran, sonriéndome con su cara de niña traviesa.

Metó la llave en la cerradura y, en cuanto abro la puerta, me invade el olor a comida china. Me había olvidado por completo de la cena.

—Hola, Papelote —me dice Edoardo sonriendo, y viene hacia mí para ayudarme con el abrigo.

Es un viejo juego entre nosotros: nos llamamos con la primera palabra que nos viene a la cabeza. Es algo tierno que siempre nos había divertido mucho, pero yo hace tiempo que no juego.

Porque ahora las primeras palabras que me vienen a la mente cuando pienso en él son «decepción», «fracaso» e «insatisfacción».

Y me maldigo por el hecho de sentirme así.

Me abraza fuerte para calentarme y me da un beso leve en los labios.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —me pregunta sonriendo.

—No sé cómo he sobrevivido. ¿Y tú? —respondo, mientras me descalzo y me pongo las zapatillas. Entonces veo con disgusto que él aún lleva los zapatos, a pesar de que le he pedido mil veces que se los quite cuando entra



en casa.

—He pasado mucho tiempo corrigiendo los errores de los demás, se me ha acumulado todo el trabajo del día y he salido tardísimo sin haber terminado nada —me dice cogiendo los platos de la alacena—. ¿Tanto cuesta fijarse un poco? En realidad, no son más que números.

—Lo que pasa es que saben que tú vas a estar ahí para solucionar sus problemas, ¿no? —comento intencionalmente sarcástica mientras lo ayudo a poner la mesa—. Por eso no se esfuerzan. Yo también lo haría si supiera que después alguien lo arregla.

Espero algún tipo de reacción, una señal de impaciencia, una pizca de orgullo, pero... nada.

Coma profundo.

—Bueno, en el fondo no es nada grave, ¿a que no? —concluye sentándose a la mesa, impasible.

Claro que no, no es nada grave.

Se me cierra el estómago de pura rabia.

Es un muro de goma, no hay nada que lo hiera mínimamente, nada que le moleste, que le provoque una reacción, nada. Nada de nada.

Una batalla perdida.

—Bueno —empieza, cambiando de tema—, he pedido un arroz cantonés, que sé que te gusta, rollitos de primavera y brotes de soja salteados, además de lo que pides siempre —me dice ofreciéndome una pila de recipientes de papel de aluminio.

—Aquí hay comida para un regimiento —objeto mientras trato de hacer sitio en la mesa para semejante invasión de bandejas.

—Era para asegurarme de que no me equivocaba —responde mordiendo un rollito y ronroneando de satisfacción.

—¿Por qué no has pedido algo que te guste también a ti?

—Bah, a mí me gusta todo. Lo importante es que tú estés contenta.

Ya está, la frase que me mata: «Lo importante es que tú estés contenta».

Hace que me sienta completamente sola en el mundo.

La bailarina del carillón que gira hasta el infinito.

Sola.

Me trago el nudo en el estómago junto con los brotes de soja, que no me gustan.

Terminamos de cenar y pasamos al sofá, él sentado y yo tumbada con los

pies apoyados en su barriga, simplemente porque en el Ektorp no caben dos personas tumbadas y obviamente él se sacrifica por mí.

Es algo que yo doy por descontado.

Lo observo mientras zapea entre cuatrocientos canales de Sky inútiles, sereno, complacido, en paz con el mundo.

Y lo envidio terriblemente.

### 3

Por la mañana, al mirarme al espejo, descubro una vil e impúdica cana que, desde lo alto de su posición, parece decirme: «Pobre ingenua, y todavía no has visto nada».

Decido no arrancármela, no porque dé mucho crédito a la leyenda de que me crecerán otras siete, sino porque no estoy de humor para emprender más batallas perdidas.

Edoardo me prepara el café y lo deja en la mesa con mis galletas preferidas mientras escucha las predicciones astrológicas de Canale 5. Antes lo comentábamos juntos y nos inventábamos las interpretaciones. Eso también era algo que nos hacía reír mucho.

Por un instante, tengo una imagen clara de mí con el pelo largo y blanco y una bata rosa gastada y llena de manchas, comiendo sopas de leche hechas con galletas Oro Saiwa, sosteniendo la cuchara como los niños, mirando fijamente hacia delante, y a nuestro alrededor montañas de basura. Luego él me sonríe como si yo fuera lo mejor del mundo y me limpia los labios.

Muevo la cabeza para ahuyentar ese pensamiento.

No podemos acabar así.

Porque así es como acabaremos.

Saliendo en un episodio cualquiera de cualquier programa de Discovery Real Time.

—Esta noche voy a cenar a casa de Paola —le digo ya en la puerta.

Me mira con el morrito de un cachorro de labrador que tiene los ojos tristes porque lo han dejado solo en casa, o como el niño que quiere hacer sentir culpable a su madre, que lo encierra en el coche para irse a bailar a la discoteca.

—¿Qué pasa? Es viernes, ya lo sabes.

Y me muerdo la lengua para no decirle: «¿Por qué no vas a jugar con tus amigos al parque?».

—Nada, es sólo que siento no verte —me responde dulcemente.

Y yo... yo me quiero morir.

Cuando se pone así me hace sentir una cerda, y sé que lo correcto sería

abrazarlo fuerte y decirle: «No te preocupes, cariño, volveré pronto» y darle un beso en la frente.

Pero no puedo dejar de pensar que eso es exactamente lo que haría una madre.

Y vuelvo a tener la sensación de que, al final, hemos llegado a esto.

Y pensar que yo nunca he querido tener hijos...

Jamás me he preguntado el porqué, pero nunca me han entrado ganas. Creía que un día despertaría con un instinto maternal incontenible, pero ese día no llegó nunca.

Y para él está bien así, porque, qué casualidad, él tampoco quiere hijos.

Aunque estoy superconvencida de que si yo los hubiera querido, él habría estado de acuerdo.

Porque «todo lo que te hace feliz a ti me hace feliz a mí».

Y estoy segura de que Edoardo sería un padre perfecto.

Me lo imagino con una esposa tranquila, que no se atormenta con mil preguntas inútiles como las mías, que no sea una inquieta adicta al trabajo, siempre ansiosa por cumplir, que se sienta realizada con la familia y la pareja, que esté satisfecha así, aquí y ahora.

Sí, estoy completamente segura de que ésa sería la situación adecuada para él, pero mientras esté conmigo, no lo sabrá nunca.

Llego al despacho y percibo de inmediato el desenfado típico de los días en que Mr. Big no está.

La secretaria ha puesto flores en el jarrón (normalmente están prohibidas, porque a él lo horrorizan las flores cortadas), Silvia canturrea *Jingle Bells*, Paola ha bajado a por cruasanes y Annamaria fuma tranquilamente en el despacho.

Sería el paraíso si pudiéramos trabajar así cada día, en total calma y armonía, pero como hemos venido a este mundo a sufrir, sobre las once y media llega Ivanka, la esposa ucraniana de Mr. Big, con sus tres pinchers enanos vestidos con unos abriguitos de Papá Noel. Los perritos ladran, tiemblan y se mean. Todo a la vez.

De pronto, veo que llevan las uñas pintadas de rojo y juraría que llevan rímel en las pestañas.

En un segundo, el aire se satura de un perfume nauseabundo que a Ivanka

le mandan de una tienda de Beverly Hills especializada en colonias combinadas para perros y dueños. Paola abre discretamente las ventanas, a pesar de que fuera hay cuatro grados bajo cero.

Como de costumbre, les dedicamos unos cumplidos a los perros (aunque nos importen un pito) y alabamos el sobrio conjunto dorado de Roberto Cavalli que lleva la dueña, la pulsera de Bulgari, los zapatos Louboutin y su línea envidiable, tal como prescribe, para la mujer del jefe, el decálogo de las leyes no escritas de cualquier ambiente de trabajo que se precie.

Amén.

Nos enternece constatar que nunca se da cuenta, que siempre está convencida de que los cumplidos que le hacemos son totalmente espontáneos y sinceros.

Huelga decir que quien más se prodiga en melindres es Annamaria, que parece su mejor amiga y es la única que se permite tratarla de tú, saludarla con un beso y llamarla Ivi.

En cambio, nosotras la llamamos la Zarina.

—Hoy *aprofecho* que Franco no está y *hasemos* un poco de *limpiesa* aquí —nos anuncia en su italiano vacilante, aunque lleva más de treinta años viviendo en Milán.

—¿Limpieza? —pregunta, alarmada, Paola.

—Sí, cambiar, mover muebles, su estudio así no me gusta —responde, y sale disparada hacia el despacho de Mr. Big.

—No creo que sea buena idea, señora Ivanka —trata de detenerla Beatrice, mientras da la vuelta a la mesa y se coloca entre ella y el inmenso árbol de Navidad que Bigazzi ha mandado traer de Noruega. Comparado con éste, el árbol del Papa es un bonsái—. El jefe no quiere que entremos en su despacho, a menos que nos lo pida él.

—¡*Tontería!* —contesta, y pasa por su lado. Empieza a mover las sillas, la alfombra, las mesas auxiliares y todo lo que hay encima. Luego le dice en tono autoritario a Paola—: ¡*Venes* aquí y ayúdame a empujar!

Paola pone la misma cara que una mujer del público cuando un mago la elige para cortarla por la mitad.

—Ojalá pudiera, señora Ivanka, pero... tengo mucho que hacer —responde. Oculta un trozo de *pandoro* tras la espalda y se traga un bocado tan grande que casi se ahoga.

—Sí, ya lo veo. Anda, ¡*venes* aquí y ayuda!

Paola se limpia el azúcar glas de la cara y del jersey y la maldice en milanés antes de decirle con una gran sonrisa:

—Ya voy, Ivanka, siempre a sus órdenes.

Los tres pinchers corren por toda la oficina, esparcen caca por superficies no lavables, tratan de morder a cualquiera que se lo impida y le ladran a todo lo que tiene más de diez centímetros de altura.

El resto de la mañana no hacemos más que mover muebles, dar martillazos y taladrar.

Ivanka ha decidido poner cortinas nuevas y ha movilizado a dos mozos de almacén para que las coloquen.

A Mr. Big no le va a gustar y, al no haber tenido la última palabra con su mujer, se desahogará con nosotras.

Maria Vittoria Spagnulo me llama sin parar para modificar las reimpresiones. Relee sus libros de forma obsesiva y sería capaz de comprar todos los ejemplares si encontrara una sola repetición.

—¡Decido yo, no vosotros! —vocifera con su arrogancia de cien mil ejemplares—. Soy yo quien da la cara, vosotros limitaos a encontrar las erratas... ¡ni siquiera sois capaces de hacer eso!

—Nadie es inmune a las erratas, se lo juro, Maria Vittoria —intento calmarla—. Aunque revisemos el texto con lupa cinco personas, por desgracia a veces queda alguna.

—¡Sólo os pasa a vosotros! Nunca he visto una errata en un libro de Camilleri.

—Tenemos mucho cuidado, se lo aseguro.

—No me merecéis, no me merecéis en absoluto —gime, dramática.

—Lo sé, Maria Vittoria —suspiro—, lo sé.

—¿Dónde está mi ayudante? ¿La que me prometió Bigazzi?

—Tengo que entrevistar a tres esta tarde. Le aseguro que a mediados de la semana que viene ya tendremos a la persona ideal para ocuparse exclusivamente de usted.

—Bien. Y, por favor, no quiero a ninguna inepta.

Edoardo es el único que podría trabajar aquí y permanecer sereno.

El único.

Los manuscritos se multiplican en mi mesa por la noche, como los Gremlins.

Estoy leyendo cuatro a la vez, pero no basta, tendrían que ser por lo menos

seis. Instintivamente, cojo uno que siempre tengo a mano, el de Rapisardi, una de las historias de amor más bonitas y conmovedoras que he leído últimamente.

Y eso que leo muchas.

La novela está ambientada en Polonia, durante la segunda guerra mundial, y narra el amor entre un joven escritor y una enfermera judía. Cuando empiezan las persecuciones antisemitas, la deportan al campo de concentración de Buchenwald. Él, loco de dolor, finge ser judío para que también lo deporten, y espera poder encontrarla. A pesar de su obstinada búsqueda, no encuentra a la chica, y lo único que le da esperanzas para vivir son las cartas que le escribe bajo la nieve, desafiando el terrible frío.

Me he aprendido una de memoria. Dice así:

El recuerdo de nuestro amor es lo único que impide que se me pare el corazón y se me hiele la sangre en las venas. Esta esperanza loca es lo único que me mantiene con vida cuando todo muere a mi alrededor. Porque tú eres mi vida y, mientras existas, yo seguiré aquí.

Por último, el día antes de la liberación americana, mientras las SS empiezan a evacuar a los prisioneros amontonándolos en la salida principal, él, por fin, la ve.

Los dos están irreconocibles, con la cabeza afeitada, destrozados tras los años de cautiverio y las torturas sufridas, pero, a pesar de todo, se les encienden los ojos como si no hubiera pasado ni un día desde la última vez que se vieron, y el amor desesperado les estalla de nuevo en el corazón, llenándolos de vida y esperanza.

Ella corre hacia él en la nieve, riendo y llorando, con los brazos abiertos, loca de felicidad.

Pero, cuando están a punto de abrazarse, uno de los guardias de las SS le dispara en los hombros y ella muere cayendo en los brazos de él.

Creo que no había llorado tanto en toda mi vida.

No es un libro, es una obra maestra. Pero Bigazzi no entiende de libros, lo mismo podría vender corbatas que aspiradoras. Y el pobre Rapisardi tendrá que seguir escribiendo novelas negras hasta que se le termine el contrato de quince años que firmó incautamente.

Paola irrumpe en mi despacho muy cabreada, despeinada, con un agujero

del tamaño de una manzana en el jersey y un gorro de Papá Noel con luces intermitentes en la cabeza.

—La maldita Zarina me ha hecho cambiar de sitio esa puta lámpara con la base de mármol de Carrara al menos cinco veces. Y se ha empeñado en colgar unos carteles chinos. Seguro que a Bigazzi le dan asco y los quema, igual que las cortinas. Luego ha colocado fotos de los tres putos perros por todo el despacho para esconder las de los hijos de la primera mujer, y no contenta con eso, me ha obligado a ponerme este puto gorro para crear ambiente navideño. Fra, esta noche necesito nuestra cenita como el aire que respiro —me implora, sentándose en mi mesa.

—Yo también —contesto, reclinada en la silla—. Los viernes en tu casa son lo único que me motiva últimamente.

—Pues es poca cosa, ¿no crees?

Me encojo de hombros.

Suena mi teléfono, las dos nos volvemos a observarlo.

—A ver si adivino quién es... son las dos y cuarto —dice Paola guiñándome un ojo. Y sale corriendo antes de que yo le dé al lanzarle uno de los seiscientos manuscritos.

—Hola, Afilador —me saluda Edoardo.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa palabra? —me río.

—Acabo de oírlo pasar.

Al final, siempre me hace reír, aunque no tenga ganas.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto, como si no lo supiera.

—He salido de la oficina, he dado un paseo y me he comido un bocadillo.

De jamón, como todos los días.

—¿Y tú? —me pregunta, como si no lo supiera.

—Una ensalada en el bar de abajo.

—¿Cómo era?

—Una ensalada, Edo, ¿cómo va a ser? —respondo, harta—. ¡Era verde!

Se ríe para aliviar la tensión y habla enseguida para asegurarse de que no me enfado con él.

Porque no lo soporta.

—Anda, esta noche vas a casa de Paola. Lo pasarás bien y así te relajas.

Entonces vuelvo a sentirme mal, porque no sé si sobrentiende: «Qué suerte la tuya, al menos tienes amigos», o «Así no estarás conmigo, que te aburro. En el fondo sé que no me soportas», o la última, más plausible: «Tu felicidad



es lo más importante de mi vida».

En cualquier caso, hace que me sienta una mierda, como siempre.

—Sí, lo necesito —respondo evitando decir cosas desagradables—. Estamos trabajando mucho y una noche de charla y vino me vendrá muy bien.

—Perfecto. Yo pediré una pizza y te esperaré.

—No, vete a la cama. No tiene sentido que te quedes levantado por mí, mañana trabajas...

—Ya sabes que siempre me quedo dormido en el sofá. Además, sin ti duermo mal. Nos vemos luego.

—Como quieras... te dejo, tengo que hacer unas entrevistas.

Hubo un tiempo en que no podíamos separarnos ni un instante, en el que los signos de puntuación de nuestras conversaciones eran nuestras risas, un tiempo en que bailábamos pegados en el salón, yo con los pies encima de los suyos, como hacía de niña con mi padre, un tiempo en que yo también dormía mal sin él.

Hubo un tiempo.

¿Por qué soy incapaz de recuperar el estupor y la liviandad que teníamos al principio?

¿Por qué me he vuelto tan árida, fría y exigente y él no?

¿Cómo es posible que veamos nuestra realidad de dos maneras tan distintas? ¿Que él, en vez de las telarañas en las paredes, vea collares de perlas?

Soy yo la que está equivocada, y lo estaré siempre.

—Ya están aquí las tres chicas para la entrevista —me anuncia Silvia, interrumpiendo mis pensamientos.

Levanto la cabeza como si despertara de una pesadilla.

Con un sabor amargo en la boca que no se va.

Le hago una señal para que haga pasar a la primera.

Debe de tener unos veintiún años y se define como bloguera y aspirante a escritora. Me suelta un rollo sobre su actividad en las redes sociales y las visitas diarias que tiene su blog, el número de seguidores, sus colaboraciones en varias páginas de escritura creativa y reseñas de libros.

Y antes de salir me pregunta si puede dejarme un *pendrive* con su manuscrito.

Ni siquiera me molesto en meter su currículum en el cajón.

La segunda candidata está tan cualificada que me sentiría mal contratándola seis meses para cuidar de una vieja escritora megalómana.

En cambio, la tercera, Ilaria, es aparentemente perfecta.

Además, es mi última oportunidad.

Joven y dinámica, ya ha trabajado con «autores difíciles» (cuando me dice sus nombres, me dan escalofríos) y está dispuesta a empezar de inmediato.

Le explico en qué consistirá su trabajo, insisto en que tendrá que ser extremadamente paciente y tranquilizadora, monitorizar todos los cambios que sufra el libro en las listas de ventas, promocionarlo hasta lo inverosímil, lograr que todas las revistas femeninas publiquen reseñas, asegurarse de que las librerías lo colocan en un lugar destacado del escaparate, la publicidad televisiva...

—Vamos, lo de siempre —declara con una sonrisa que me desorienta y a la vez me tranquiliza.

Puede que haya encontrado a una chica despierta.

—Sí, tienes razón —sonríó, relajándome en la silla—. En el fondo es lo de siempre.

—No te preocupes, tú ponme a prueba. En el peor de los casos, sólo serán seis meses.

—Pero podrían ser los peores seis meses de tu vida.

—¿Peor que los que ya he pasado? —me pregunta haciendo una mueca.

Le echo un vistazo a su currículum y leo los nombres de los editores para quienes ha trabajado.

—No —reconozco—, peor es imposible, te lo puedo garantizar por escrito. Nos reímos.

Ahora sólo falta que la acepten la Spagnulo y Bigazzi.

Ya pensaré mañana en eso.

Como siempre, la noche llega demasiado pronto, y Paola tiene que arrancarme a la fuerza de la silla para que salga antes de las ocho.

—Es nuestro viernes, ¿te acuerdas, pedazo de estajanovista? Tú, yo y Alessandro, como siempre hacemos desde hace tres años. ¡Venga, deja el teléfono! —me ordena, y trata de agarrarme la muñeca para quitarme el auricular de la mano.

—¡AY! ¡Suéltame! —chillo mientras me arrastra por el despacho con la silla y yo me agarro a la puerta para no salir—. ¡Esto es un secuestro!

—No, es un exorcismo. ¡Estás poseída por tu trabajo! —me dice, y me

pone a la fuerza el plumas y el bolso en bandolera.

—Tengo que hacer dos llamadas más —lloriqueo.

—Las harás el lunes. Nadie llama a esta hora, ni siquiera los que quieren recuperar sus créditos —me responde mientras me pone la bufanda y me cala el gorro—. Y, aunque no te lo creas, no pasa nada si no haces esas llamadas.

Me empuja hasta la salida y me resigno a la idea de que hoy tampoco he podido terminar todo lo que debía hacer. Ahora sólo puedo dejar que se me contagie el humor de Paola. Y eso que ella tampoco tiene una situación que podamos definir muy serena.

Nos dirigimos a la parada del autobús cabizbajas, con las manos en los bolsillos para protegernos del viento frío, preparadas para afrontar la hora punta, peor en estas fechas por las compras navideñas.

El aire de la noche me despeja.

Tantas horas inclinada delante del ordenador bajo la luz del fluorescente y las ventanas cerradas matarían a cualquiera.

Pensar que el ser humano tardó millones de años en conseguir una postura erguida... y dentro de veinte años volveremos a ir encorvados.

Tras quince minutos de paciente espera, durante los cuales Paola fuma un cigarrillo tras otro, dando saltitos para no morir congelada, y yo me caliento las manos con el aliento, al fin nos disponemos a subir a un autobús empujando a la gente amontonada desesperadamente en la puerta, que no se cierra.

Envidio tanto a Mr. Big, que se desplaza exclusivamente en taxi.

Paola y yo vamos aplastadas entre un hombre enorme, que rezuma sudor, y una señora con cinco bolsas gigantes que se lamenta porque le chafamos los regalos.

Alguien me mete un codo entre las costillas y yo me tomo la revancha pisando a otra persona.

Luchamos por sobrevivir, igual que cada noche.

El autobús nos vomita hacia fuera después de un trayecto de unos cuarenta minutos, exprimidas como limones y acaloradas como si saliéramos de una clase de *bikram* yoga.

Entramos a comprar dos botellas de vino y una bolsa gigante de patatas en el pakistani de la esquina, lo único abierto a esta hora, y por fin nos dirigimos a casa de Paola.

—Alessandro llegará dentro de una hora, tenía una urgencia informática —

me dice Paola apurando el paso.

—¿Algo como «¡Dios mío, no funciona Google!»? —me río.

—Peor. Algo como «El nuevo novio de mi ex no sabe configurar el iPad nuevo».

—¿Es tonto o qué? —grito—. ¡Hasta un niño lo sabe usar!

—Lo sé, pero ya conoces a Ale, no sabe decirle que no.

—Tenemos que buscarle una mujer —afirmo. Abro la cancela y entro en el patio del edificio.

—Mujeres tiene todas las que quiere, pero en cuanto lo llama ella...

—La mosquita muerta.

—Ésa le da la vuelta como un calcetín, tendríamos que pedirle que escriba un manual —me dice, y mira furtivamente en derredor.

—¿Crees que nos está siguiendo?

—No lo sé, pero no me fío —responde. Abre la puerta y me tira de la manga para que entre—. Es mejor que no llamemos la atención —dice en voz baja, y sube corriendo la escalera.

—¿Has recibido más amenazas del Demente? —le pregunto siguiéndola.

—No, pero hace tiempo que no sé nada de él y eso me preocupa. Normalmente, cuando desaparece significa que está tramando algo.

Abre la puerta y me empuja dentro como si yo fuera una muñeca. Entramos en casa. Son casi las nueve. Nos tiramos en el sofá, exhaustas.

—¡Una semana más! —suspiro. Me quito los zapatos y enciendo la televisión, más desenvuelta que si estuviera en mi casa.

Me encanta la casa de Paola, porque es *la casa de Paola* y todo habla de ella y vibra con su energía.

Es la casa que ella eligió. Luchó para conseguir una hipoteca con sus escasas garantías de trabajadora recién divorciada y se humilló ante todos los directores de bancos de Milán.

Es la casa que reformó con su padre y que decoró restaurando viejos muebles de segunda mano comprados en mercadillos, deslomándose como un jefe de obra. Y, tras meses de trabajo, de lo que parecían los escombros de un bombardeo aéreo salió una joya de casa, cálida, acogedora y confortable.

Por eso, cada viernes, Alessandro y yo estamos aquí, porque nuestras casas no son «nuestras», no nos pertenecen y no hablan realmente de nosotros; vivimos en ellas y ya está.

Además, la mía nunca está libre.

Preparamos el picoteo, abrimos el vino y nos tomamos una copa mientras esperamos a Alessandro. Por fin estamos relajadas.

—¿Le has contado a alguien más esta historia? —le pregunto a bocajarro—. ¿A tu padre, a tu hermano, a un luchador de sumo, por ejemplo?

—Sólo a Ale y a ti —responde, tranquila.

—O sea que nadie sabe que te sigues a todas partes, que te llama todos los días y cuelga...

—Perro ladrador poco mordedor. No quiero darle mucha importancia.

—Dijo Laura Palmer —comentó, lacónica, y bebo un sorbo.

—¿Y tú qué? ¿Cómo te va con Edo?

—Como siempre. —Me encojo de hombros y deslizo un dedo por el borde de la copa—. Como siempre.

—¿Sigues siendo esa delicia de hombre que conozco? —me pregunta sin malicia, echando unas avellanas en un cuenco.

—Sí, sigue siendo adorable, atento y amable.

—¿Y ya no lo aguantas, eh? —El tono es una mezcla de dulzura y honestidad.

Dejo la copa y abrazo un cojín.

La pregunta me incomoda y una parte de mí no quiere pensar en la respuesta.

—No sé qué hacer, créeme —le digo jugueteando con una costura—. Me siento un monstruo, porque le tengo mucho cariño, pero no soy nada feliz.

—El concepto de felicidad está sobrevalorado, ¿no crees? —Enciende el enésimo cigarrillo—. Un poco de frustración forma parte del juego. Edo es un hombre estupendo, no hay muchos así en el mundo.

—Lo sé, y precisamente ése es el problema. La idea de que no voy a encontrar a nadie como él me paraliza, la idea de arrepentirme el resto de mis días, la idea de que si no lo tuviese a mi lado todavía sería más infeliz y no podría retroceder. —Apoyo la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué no inventan un GPS en el que en vez del destino escribas sencillamente «Futuro», y él te responda con la voz de Brad Pitt: «El trayecto está calculado»?

—¿Ahogamos las penas? —me dice Paola, y me llena la copa.

—Siento que no voy a ninguna parte, que nuestra historia ya no va a ninguna parte... y estoy fatal. Ya no soy la compañera divertida y positiva de antes, sólo un lastre que recrimina siempre que puede y él lo soporta todo, lo soporta y sonrío.

—No te sientas culpable por estar insatisfecha, tienes todo el derecho.

—Lo sé, pero es difícil y frustrante. Hace años que le repito que no podemos vivir como jubilados a nuestra edad, que necesitamos proyectos, objetivos comunes, ideas nuevas para estimular la relación, si no es como estar en una jaula... ¿y sabes qué me contesta? —pregunto, ya levemente alterada por el alcohol.

—¿«Vamos a una terapia de pareja»?

—¡Ojalá! Me dice: «Tienes razón». ¿Te das cuenta? ¿Qué puedes hacer contra alguien que te dice: «Tienes razón, podemos hacer lo que quieras»? ¡Nada! ¡Te desarma! Alguien así te agota, te consume, te empuja al homicidio-suicidio.

—Y a todo esto... ¿cuánto hace que vosotros dos no... o sea...? —pregunta, y hace un gesto elocuente entrechocando los dedos índices.

—¡AH! —exclamo cogiendo la copa—. A saber... he perdido la cuenta. Recuerdo una vez, quizá cuando cumplí los treinta y seis... pero igual lo soñé.

—¿Quieres decir que no tenéis relaciones sexuales desde hace AÑOS? —me pregunta poniendo los ojos en blanco.

—Sí —contesto a regañadientes—, pero no grites, que aún me siento peor.

—Entonces es grave —asegura apagando con fuerza el cigarrillo—, muy grave. ¿Y se puede saber por qué?

—¿Tú tendrías relaciones con tu hermano?

—Dios mío, no —contesta, horrorizada, con una mano sobre la boca.

—Pues yo tampoco.

—Fra —me dice poniéndome una mano en la rodilla y mirándome fijamente a la cara—, si es así, tienes que dejarlo.

—No puedo dejarlo, ya te lo he dicho. Le tengo demasiado cariño y no merece sufrir... no sé qué hacer.

—Pero ¿todavía lo quieres?

Odio esa pregunta más que ninguna otra, porque me la hago continuamente.

—No estoy enamorada como los primeros años, pero la vida no es como los libros de la Spagnulo, llenos de pasión, yates y Caribe —respondo más para mí misma que para ella—. El amor se transforma, cambia, se vuelve seguridad y confianza, pero también cotidianidad, facturas y costumbres, y tienes que aprender a aceptarlo. Las parejas que están juntas toda la vida no

viven siempre una luna de miel.

—A mí no me lo preguntes, tengo un exmarido que me quiere ver muerta —comenta encogiéndose de hombros.

—Ya, pero ¿tú qué harías si estuvieras en mi lugar?

—¿Estás segura de que quieres oír mi consejo? Porque yo de ti luego haría justamente lo contrario.

—Segurísima.

—Fra —me dice, comprensiva—, tenerle un montón de cariño no basta. Acabarás odiándolo y odiándote por hacerte esto a ti misma.

—Lo sé —contesto mirando a otro lado.

—Siempre haces lo mismo, esperas hasta que te ves contra las cuerdas antes de cambiar algo. En el trabajo igual, esperas a estallar antes de reaccionar.

—Es que tengo mucha paciencia —me obstino.

—Ya. Si tuvieras quince vidas, podrías desperdiciar una para ver cómo es. Pero no es así. Tienes que coger *ahora* lo que te corresponde.

—Pareces una *coach* —sonríó—. ¿Por qué no escribes uno de esos manuales de autoayuda?

—Porque sería muy corto: «Todos los problemas que te surjan en la vida puedes resolverlos solamente tú o un buen abogado».

—Sabias palabras —sentencio, y unto una tostadita con Philadelphia Light.

Oímos que llaman. Paola se acerca al portero automático y pide la contraseña para evitar sorpresas desagradables.

—Caravaggio —responde Alessandro, y a los pocos minutos entra armado con dos botellas de tinto.

¿Cómo se puede vivir así?, me pregunto al levantarme para ir al cuarto de baño. Tengo un hombre que me adora y besa la tierra que piso y yo estoy harta porque me hace sentir una figurita inútil, y Paola tiene un hombre que si pudiera, la descuartizaría y la tiraría al contenedor de la basura que no se recicla.

¿Por qué el amor tiene que estar en los dos extremos, por qué no se puede amar con sentido común y respeto al otro?

Quizá porque el amor, en su esencia, nada tiene de sentido común, es locura en estado puro. Y en mi casa ya he visto suficiente locura como para ir a buscarla a otra parte.

Alessandro nos cuenta sus últimas novedades en el terreno sentimental.

Cuando lo ves, no darías un duro por él: es flaco y desgarbado, con el pelo mal cortado, el pantalón en la cadera con la cinturilla de los calzoncillos por fuera, la barba con calvas y un par de tatuajes japoneses que se hizo cuando iba borracho y que seguramente significan «compresas con alas» y «comida para llevar, abierto en agosto». Y sin embargo, sale con tantas mujeres que hemos perdido la cuenta.

Se le da muy bien cortejarlas y siempre está convencido de que es la definitiva. Luego empieza a compararlas con la Mosquita Muerta, siempre encuentra un defecto terrible en la nueva y la historia termina a las dos semanas.

La Mosquita Muerta es responsable del peor desengaño amoroso que ha sufrido un hombre desde los tiempos de la intrigante Cathy en *Cumbres borrascosas*.

Lo destrozó, humilló, despreció, traicionó, ridiculizó, pisoteó, hirió y, para darle el golpe de gracia, se lió con su hermano.

Recogimos tantos pedazos del corazón de Alessandro que aquello parecía un puzle en blanco y negro con un dibujo de Escher.

No se acababan nunca.

Los había por todas partes. En el bar, el parque, el cine, el restaurante, en el coche, en cualquier lugar que le recordase a ella (y, como era bloguera de moda, iba a muchos sitios).

Después de muchos litros de vodka, puñetazos contra la pared, noches en blanco y llamadas en que mezclaba de forma patética amenazas y lágrimas, decidió volver con nosotras, pero la mosquita, al ver que el ratón malherido no estaba muerto, sino sólo inconsciente, volvió al ataque.

Entonces entramos en acción nosotras dos. Hicimos frente común contra Maléfica para tratar de romper el hechizo que lanzaba sobre Ale cada vez que le pedía que la acompañara a algún sitio, o que la ayudara con el ordenador, y él caía en un estado de trance, cogía las llaves del coche y se dirigía a la puerta con la mirada catatónica.

Chasqueábamos los dedos y le repetíamos a coro: ella te traicionó, ella es el mal, no vayas, es una trampa. Durante un tiempo, funcionó, pero no podíamos vigilarlo cada minuto del día, y al final tuvimos que rendirnos.

Nada puede eliminar el maleficio de la Mosquita Muerta, y si a Ale le gusta que lo pisoteen, peor para él.

—¿Le has resuelto el problema a tu ex? —le pregunto, socarrona.



—Sí, no era nada, pero, pobrecilla, no iba a dejarla sola.

—¿Como que sola? —se indigna Paola, y le lanza un pistacho—. ¡Has configurado el iPad de su nuevo novio! ¿Eres idiota o qué?

—Soy un hombre que no guarda rencor. —Se encoge de hombros—. No como vosotras, las mujeres, dispuestas a esperar años el momento adecuado para vengaros.

—Yo no soy vengativa —aseguro—. Ojalá lo fuera.

—Yo tampoco —dice Paola—. Pero la venganza es un derecho sagrado. Ojo por ojo, etcétera, etcétera —sentencia, y levanta la copa.

—Me encanta que me den consejos dos mujeres que se sienten tan realizadas en el amor —se burla él.

—¿Qué quieres decir, que no somos mujeres realizadas? —me indigno.

—En el amor seguro que no. Amar significa ser generoso, desinteresado y altruista, y vosotras sois las mujeres más egoístas que conozco. Y os lo digo con todo el respeto.

Paola y yo nos miramos, atónitas.

—Yo soy *muy* altruista —me defiendo.

—Tú estás con un hombre que es un ángel y no te decides a casarte con él.

Trago saliva.

—Bueno —dice Paola—, podrías casarte con él y así cortas el problema de raíz.

—¿Casarme? ¡Tú estás loca! ¡Yo odio los contratos! Siempre que veo a un escritor firmando uno y atándose con hilo doble a Bigazzi veinte años me entran unas ganas de arrancárselo de las manos y romperlo en mil pedazos...

—Y tú —prosigue Alessandro, dirigiéndose a Paola—, entre todos los hombres del mundo, tuviste que casarte con un psicópata que ahora te sigue y te manda cartas con ántrax.

—Sólo era una carta escrita con recortes de periódico —minimiza.

—Yo soy buena, pero nadie me comprende —le digo a una pipa de calabaza que no quiere abrirse. Empiezo a estar muy borracha.

—Es verdad, eres un amor —corrobora Paola, y me acaricia la espalda—. Sólo eres... cómo te lo diría yo... un poco rígida.

—¡No soy rígida! —respondo moviéndome a la derecha y a la izquierda, como una rapera escayolada.

—Sí, sí eres un poquito rígida —carga contra mí Alessandro.

—¿Qué queréis decir? —pregunto con desconfianza—. Explicaos mejor.

—No sé... —prosigue Alessandro—, nunca te relajas, siempre estás en plan quién anda ahí, no dejas pasar ni una... eres como... ¡como una maestrilla!

—¿Maestrilla? —repito, incrédula.

—¡EXACTO, MAESTRILLA! —exclama Paola aplaudiendo—. ¿Recuerdas cuando le corregiste el cartel a aquella gitana con el rotulador negro?

—Había escrito «Tengo ambre», no podía soportarlo, es deformación profesional.

—¿Y cuando obligas a Edoardo a quitarse los zapatos al entrar en casa? —insiste Alessandro.

—Con la porquería que hay en el metro, entre escupitajos y caca de perro, disculpadme si me gusta la limpieza.

—Y cuando duermes con la tirita en la nariz, los tapones en los oídos, la férula dental y el antifaz? —continúa Paola.

—Tengo el sueño muy ligero, me rechinan los dientes cuando duermo y... ¡dejadme en paz de una vez! —salto, aunque no puedo evitar reírme.

—Te pones las gafas de la piscina para pelar cebollas... ¡no me extraña que llevéis años sin hacerlo! —se le escapa a Paola, que se tapa la boca demasiado tarde.

—Era una confidencia —la fulmino, muy seria.

—¿Lo de las gafas de la piscina? Perdona —dice, arrepentida, y me enseña la copa—. Es por culpa de esto.

—¡Burra! —Le lanzo un cojín.

—¿Años sin... hacerlo? ¿Te refieres al sexo? —pregunta con cautela Alessandro, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Sí, ¡AÑOS! —contesto, exasperada—. ¿Por qué no hacéis una nota de prensa para anunciarlo?

Se hace el silencio un instante, luego los tres nos echamos a reír. No es algo precisamente cómico, pero no podemos parar.

Nos reímos de un drama, mi drama personal, y no puedo parar, porque en el fondo es así.

Es algo que da risa.

Llevo años sin follar, dan ganas de reírse.

Si no fuera porque también dan ganas de llorar.

—Si tuvieras una varita mágica y pudieras expresar un deseo, ¿qué

pedirías? —me pregunta Paola mientras se levanta a coger otra botella.

—El maldito ascenso a directora editorial —contesto sin pensarlo dos veces.

—¿No pedirías amor eterno? —me pincha Alessandro—. O quizá... ¿sexo eterno?

—En realidad, estoy casada con mi trabajo. Nunca me decepciona, me tiene siempre en vilo, es un reto, me apasiona y nunca tengo suficiente.

—Tú no eres normal —ríe Paola descorchando la botella—, y Bigazzi hace bien en esclavizarte. Yo también lo haría.

Es exactamente lo mismo que le reproché yo a Edoardo anoche.

No soy mejor que él. Creo serlo, pero no lo soy.

Sólo que él es sinceramente generoso y altruista, mientras que yo lo hago porque debo y porque, en el fondo, confío en que me asciendan.

Mala persona. Soy una mala persona.

—Hazme caso —me dice Alessandro—, cástate con él.

—Déjalo —vuelve a la carga Paola—, o reclama el ascenso.

Menudos amigos...

## 4

Vuelvo a casa a la una y media pasada.

Aún estoy bebida, pero al menos esta noche espero poder dormir.

Siempre tengo el cerebro encendido como una máquina del millón, y la bola va rebotando como loca entre el trabajo, Edo y mi madre. Por eso duermo poquísimo y mal.

Edoardo se ha quedado dormido en el sofá con la televisión encendida, la cara iluminada por el reflejo azulado.

Lo observo dormir sereno, sin problemas, sin sombras, con el corazón transparente, como un niño, e instintivamente lo tapo con la manta, porque no quiero que ese corazón coja frío.

Y me quedo observándolo con infinita ternura.

Es la persona más buena del mundo y no merece ningún tipo de sufrimiento.

Ya ha soportado bastante.

Voy al dormitorio, me desnudo en silencio y me pongo un pijama que horrorizaría a una monja.

Me encojo debajo de las mantas, agotada y con una gran melancolía dentro.

Tengo frío y me siento sola.

Es absurdo, lo sé, no debería.

Mi otra *mitad* está a tres metros de mí en línea recta, y sin embargo me siento como si estuviera sola en el mundo.

Como si la cama estuviera llena de nieve helada.

A los diez minutos, el sueño se me pasa irremediadamente.

Otra vez.

El cerebro se enciende de nuevo, como el árbol de Navidad del Rockefeller Center, y no hay forma de apagarlo.

La lista infinita de cosas que debo hacer en la oficina, personas con quienes debo hablar, trabajo atrasado y las novedades que me cargará Bigazzi, cuando vuelva de su gira anual de espionaje industrial por varias editoriales, se despliega ante mis ojos pegados al techo. ¿No podría irse de semana blanca como todo el mundo? ¿Y yo, iré alguna vez de semana blanca? Pero, sobre

todo, lo que me mantiene despierta es lo que no quiero afrontar: mi vida, esa vida que ignoro voluntariamente, que empujo a un rincón del cerebro, que me gustaría que se resolviera sola.

Doy vueltas en la cama inútilmente. Nunca he sido una fanática de los somníferos, para eso ya está mi madre. Gracias a ella, la industria farmacéutica mundial obtiene grandes beneficios.

Me levanto y voy a la cocina.

Abro las puertas de la alacena y saco harina, mantequilla, huevos, leche, tubos de colorantes, bolitas plateadas de azúcar, chocolate y aromas, y lo coloco todo en la mesa.

Ver los ingredientes bien alineados en la mesa me calma la mente de inmediato.

Pongo a hervir la leche en un cazo con corteza de limón mientras bato las yemas con el azúcar, añado almidón de maíz y lo pongo todo en el fuego.

Mezclar despacio, en silencio, me relaja.

Es como una especie de meditación, observo el humo caliente y aromático que sube hacia arriba despacio y la crema que, como por arte de magia, se vuelve densa, cambia de color y adquiere una consistencia fina y delicada.

Es el momento más peligroso, cuando llegas a creer que todo va viento en popa, porque la crema está suave y compacta y ya no existe el riesgo de estropearla, y entonces te relajas, te distraes y dejas de remover continuamente.

En una centésima de segundo, tu preciosa crema puede pasar de ser fina y delicada a un amasijo de grumos amarillento, pegajoso e informe.

Un horrible amasijo inútil, pegajoso e informe tendido en el sofá o encogido en un lecho de nieve.

Reservo la crema y empiezo a montar las claras rigurosamente a mano, otra cosa que me traslada a la niñez.

Recuerdo a mi madre, en su vida anterior a los psicofármacos, cuando me enseñaba a preparar tartas y galletas.

Era una cocinera insuperable. Yo la observaba durante horas mientras preparaba dulces en su pastelería. Apenas me llegaba la nariz al borde de la mesa, aunque me pusiera de puntillas. Entonces ella me cogía en brazos y me subía a un taburete, luego me daba solemnemente una cuchara de madera y un cuenco, donde yo mezclaba harina y huevos para hacerles galletas a mis muñecas. Y me enseñaba los trucos del oficio con su voz calmada y tranquila,

y su risa sonora.

Siempre estaba de buen humor y tenía una solución para todo.

Yo quería ser como ella.

Pero esto ocurrió hace mucho tiempo.

Mezclo huevos, azúcar y mantequilla, añado las claras y la harina, luego vierto la mitad de la crema en otro recipiente y le añado cacao y trocitos de chocolate.

La tarta *marmolada*, la primera que me enseñó.

Había que verter en el molde cucharadas alternadas de crema blanca y negra a capas. Y al final de la cocción, cuando hundías el cuchillo en la tarta, en el interior descubrías una espléndida mezcla de los dos colores, que recordaba el mármol.

Y luego venía lo mejor: cuando me dejaba rebañar con los dedos el cuenco de la crema de cacao.

—Qué tiempos aquellos —murmuro con un suspiro.

Meto la fuente en el horno y me siento en el suelo, delante de la puerta del horno, a observar la magia de la levadura.

Es como mirar el sol cuando se pone tras el horizonte: no percibes el movimiento, pero lo ves bajar rápidamente, como la yema de un huevo zambulléndose en el mar.

La tarta va subiendo poco a poco, hasta duplicar y triplicar su volumen, y crea espléndidas formas en la superficie.

Me quedo observando esa magia una media hora, sorbiendo un café de cebada en mi taza favorita, que lleva escrita la frase: «*Keep calm and eat cupcakes*». Me la regaló Edo.

Cuando la tarta está lista, la saco y la dejo enfriar.

Aquí está, caliente, con mucho aroma, espléndida.

Mañana Edo cogerá un trozo cada vez que pase por la cocina. Por la noche, me enseñará la tripa y dirá: «¡No sé qué me está pasando!».

Yo no voy a probarla, porque odio comer dulces.

Lo sé, es absurdo, pero es así.

Ni siquiera los pruebo. Me encanta hacerlos, pero hace años que no los como.

Cada uno tiene sus métodos para combatir la ansiedad, y después de pasarme años corrigiendo manuales de autoayuda, sé perfectamente que hay personas que están mucho peor que yo. Al menos, no inhalo gasolina, no me

arranco las pestañas ni mastico papel higiénico.

La primera vez que corregí las pruebas de una novela de la Spagnulo, preparé setenta y ocho magdalenas.

De tres sabores distintos.

Lavo los platos y apago las luces para intentar dormir de nuevo.

Ya son las cuatro y los pajarillos empiezan a cantar.

Es el momento de la noche que más me gusta, quizá porque cada vez lo vivo con mayor frecuencia.

Es como si todo el mundo hubiera desaparecido, como si los sueños los hubiesen absorbido en universos paralelos, y yo aquí, la única que ha quedado en la Tierra para echar a los monstruos de debajo de las camas.

Edo sigue durmiendo profundamente, oigo sus leves ronquidos en el salón.

Con la respiración regular, como la de los gatos que duermen boca arriba porque confían ciegamente en su entorno y prescinden de su instinto de defensa.

Craso error.

Apoyo la cabeza en la almohada, cierro los ojos un instante y los abro al instante siguiente, antes de que suene el despertador. Edo ya está ahí, sonriente, con una taza de café en la mano. Y eso que ha dormido en el sofá.

Cuando digo que no lo merezco...

—Buenos días, bella —me dice con sincero entusiasmo. Abre las ventanas y me da un beso en la frente mientras yo intento verlo con claridad.

—Mentiroso, he dormido sólo tres horas... estoy hecha un asco —me lamento frotándome los ojos.

—Tú nunca estás hecha un asco —me dice cogiéndome las mejillas y apretándolas como si yo fuera de goma—. Mírate, pareces una muñeca. —Y empieza a besuquearme toda la cara.

—Edo, basta, por favor, aún estoy dormida —le digo entre cansada y divertida.

De pronto, se detiene, me mira fijamente con los ojos aterrorizados, me huele el aliento y se desmaya sobre mí.

—¡¡¡Anda ya!!! —empiezo a reír y me echo el aliento en la mano—. ¿Es tan terrible?

Se queda inmóvil como un muerto, con los ojos abiertos.

—Qué tonto eres —le digo, y lo empujo a mi lado—. ¡Te odio!

Y corro a lavarme los dientes.

—No, no es tan tremendo —me grita desde la otra habitación—, pero sería una potente arma química.

Me miro al espejo y niego con la cabeza.

Ojos hinchados y aliento fétido, y a él le parezco bella como una muñeca.

¿Eso es amor?

Pasamos las vacaciones trabajando (yo) y leyendo periódicos atrasados (él) con un solo acontecimiento digno de mención: la comida de Navidad en casa de su madre. Que sustituye la ineludible cena de los domingos por la noche.

Su madre me detesta, y no es un tópico. Ha expresado en varias ocasiones sin ningún tipo de disimulo que no me soporta, pero cuando se lo recuerdo a Edoardo, él le quita importancia y dice que *exagero*, algo que es mejor no decirle a una mujer en general, menos aún cuando intenta defender a su única, eterna y verdadera rival.

Mamá.

Su madre tiene muchos problemas de salud, en gran parte debidos a una prótesis de cadera, pero eso nunca le ha impedido disparar a matar contra todo y todos con una perfidia digna de la madre de Woody Allen.

Sería capaz de pagar a un matón para que me liquidara.

—Pobrecilla, está enferma —me dice siempre cuando intento que abra los ojos—, debes tener paciencia.

¡No, por Dios!

No *debo* tener paciencia con ella. Ya tengo que soportar la demencia de toda la editorial y de lo que queda de mi familia, no quiero sentirme obligada a trasvases de bilis los domingos por la noche y fiestas de guardar.

Jamás subestimes a la familia de tu compañero, podrías saltar fácilmente de la sartén a las brasas.

Entramos en su casa.

Un piso viejo en la zona de Brera, con un pasillo largo lleno de habitaciones que no se utilizan, techos altos, poca luz y un frío que pela.

El único indicio de Navidad es un mísero arbolito de plástico en el mueble de la entrada, junto a un belén tan minimalista que parece como si los pastores se hubieran ido en busca de un lugar mejor.

Y, en una esquina, el sobre con el «regalo» de Edo: 100 euros, como todos los años.



Mi suegra, la mujer más tacaña que he conocido, nos recibe en el salón, sentada en su sillón junto a *Polly*, una caniche gris más vieja que ella, completamente ciega y agresiva como un *pitbull*, que nunca deja de ladrar.

Al lado del sillón, de pie, está Marisa, la nueva cuidadora (la quinta de este año).

Amnistía Internacional tendría que denunciarla por crímenes contra la humanidad.

—Hola, Silvana —le digo, y me agacho para darle un beso en la mejilla que, al final, es más bien una especie de reverencia a su alteza real.

O a su bajeza moral.

Y le doy la típica planta que le regalamos todos los años.

—Ah, ella también ha venido —dice en milanés. Lo hace siempre que quiere hablar en clave con su hijo, pensando que yo no lo entiendo sólo porque nací en Turín.

Edoardo suelta una risita nerviosa. Luego, cuando lo fulmino con la mirada, intenta arreglarlo.

—Anda, mamá, ¿no estás contenta de que hayamos venido a verte? ¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté, no lo ves tú mismo?

Va a ser un día muy largo.

A veces sospecho que Bigazzi es su verdadero hijo, que ella lo abandonó cuando era un recién nacido en un cesto, en el bosque.

Marisa es una chica peruana. Bajita, con el pelo largo. Tiene la mirada perdida, igual que las chicas del gabinete de prensa cuyo nombre no recordamos. Hoy sorbe con la nariz, cogió frío al acompañar a Silvana a la Misa del Gallo de anoche y a la misa en latín de esta mañana, al alba.

Espero que aguante, pero en el fondo no se lo deseo.

Marisa nos sirve un caldo (de cubitos) con *tortellini* en los platos buenos, con los cubiertos de plata y las servilletas metidas en los servilleteros de plata. Restos de los buenos tiempos que vivieron antes de la muerte del padre de Edoardo, que sólo dejó un apellido venido a menos y un vacío afectivo comparable al de un llavero.

Cuando pienso en nuestro primer encuentro delante de la máquina de café del hospital de Niguarda, siento escalofríos.

La luz de los fluorescentes, el olor a desinfectante, el calor insoportable y nosotros dos, hijos únicos de padres disfuncionales, tratando de apoyarnos

como náufragos a la deriva.

Su padre se estaba muriendo, el mío había muerto hacía dos años y mi madre estaba ingresada por tercera vez en la sección de psiquiatría.

La crisis empezó de una manera ruin e imprevisible con el cierre de la pastelería, porque ya no cubría gastos, y el tumor en el hígado de mi padre hizo el resto.

Tuvimos que vender la casa antes de que nos la embargaran para saldar todas las deudas.

En pocos meses, mi madre perdió las dos cosas que más quería y que le habían devuelto la vida tras el intento de suicidio de años atrás (evidentemente, yo no estaba en la lista, porque nunca más le arranqué una sonrisa que no fuera debida a la química). Y en pocos meses pasamos de unos ansiolíticos «inocentes» a nombres mucho más altisonantes, como Seroxat, Prozac y Zoloft, y pronto se convirtió en un conejillo de Indias para los informadores científicos.

Recuerdo que estaba apoyada en la pared, con el café vomitivo en la mano, descansando un poco de la sección de Psiquiatría 3, y él estaba tan nervioso que no entendía cómo funcionaba la máquina y seguía metiendo monedas de 20 céntimos, que el mecanismo le escupía una y otra vez.

—Hay gente que ha muerto así —le dije al quinto intento.

Me miró, confuso.

Le sonreí, saqué un euro del bolsillo del jersey y lo metí en la ranura.

Seleccioné «café corto» con tres cucharadas de azúcar, se lo di y él me miro con inmensa gratitud.

En ese momento, entre nosotros se activó un resorte, surgió un acuerdo tácito según el cual la mamá oca va delante y el patito, inseguro, la sigue siempre unos pasos por detrás.

En ese preciso instante, él intuyó que yo me encargaría de decidir, elegir, solucionar, discutir y pelear, y que le simplificaría la vida, y él sólo tendría que seguirme, sustituyendo así una madre por otra.

No sé por qué se instauran estos mecanismos perversos, ni por qué seguimos adelante con ellos aunque sean claramente tóxicos, pero creo que el ser humano necesita que algo o alguien lo intoxique, ya sea el trabajo, el amor, el miedo, el juego, el alcohol o los fármacos.

Y no puedo sino reprocharme a mí misma el haber llegado a esto, a mí y esa maldita necesidad de hacerlo todo sola y de inmediato, sin delegar jamás.

—¿Más *tortellini*? —me pregunta Marisa, solícita. Se ha acercado silenciosamente a mi derecha con la olla en la mano.

—No, gracias —respondo, distraída y muy aprisa.

—Le da miedo engordar —contesta la vieja.

—No, no me da miedo engordar —digo, picada—, pero no puedo más. Me gustaría añadir: «si estuvieran hechos en casa y no comprados en el súper», pero me muerdo la lengua.

Nos quedamos otra vez en silencio los tres hasta que le doy una patada por debajo de la mesa a Edoardo para incitarlo a hablar, aun sabiendo que la cuestión de la casa le cuesta más que a mí pedirle un ascenso a Bigazzi.

—Ejem... oye, mamá... el tema de la casa... ¿te lo has pensado? —dice en el tono de un hámster pidiéndole una información a un puma.

Su madre lo fulmina, como si hubiera blasfemado. Marisa se asusta y se le cae el tenedor de la fuente de carne hervida.

—¿Sigues con el tema? ¿Cuántas veces te he dicho que no pienso vender la casa? —grita, y golpea la mesa con la mano huesuda.

—Pero estarías mejor en un piso pequeño, ¿no? Quizá en una planta baja, sin escaleras...

—Las escaleras no son tu problema. Le pago a ésta para que me ayude —afirma, despectiva, señalando a Marisa, a la que veo con una mirada resignada.

—Sí, mamá, sé que después de tantos años estás acostumbrada, pero estoy seguro de que saldrías ganando. Esta casa es demasiado grande para ti, tienes un montón de gastos, siempre estás con la calefacción apagada...

—¿Ella te ha metido la idea en la cabeza? —lo interrumpe mientras miro con asco la lengua de ternera que Marisa me ha servido en el plato junto a una tonelada de *mostarda* de fruta, las dos cosas que más detesto en el mundo y que la bruja me pone cada vez que voy.

¡Adrede!

—No, Silvana, esto no tiene nada que ver conmigo —miento sin pudor—, se lo garantizo, son cosas de familia.

Claro que es idea mía, imposible que Edoardo se atreviera a profanar el templo de su madre o tuviese una iniciativa personal que implicara un cambio.

¡¡Menuda locura!!!

¿Cambiar? ¿Crecer? ¿Para qué?

La madre de Edoardo es una esclavista sin corazón, una anafectiva de manual, y lo peor de todo es que es cruel y disfruta haciendo sufrir al prójimo, sin distinciones entre familiares y perfectos extraños. No me sorprendería que, por despecho, le dejase la casa en herencia a *Polly*. Por eso mismo, y como sé que Edoardo nunca va a poder comprarse una con su sueldo de asegurador, lo empujé a hablarle del tema, con la esperanza de que la venda y le dé algo de dinero a su hijo.

Sé perfectamente que el dinero no va a sustituir la falta de afecto de toda una vida, pero al menos sería un pequeño consuelo.

O una compensación por los daños causados.

Cuando lo obligué a hablarle de ello por primera vez, tenía las manos heladas y casi tartamudeaba. Ella armó un escándalo y se enfadó conmigo. Era evidente que me había calado enseguida, que sabía muy bien a quién tenía delante, pero yo seguí negándolo y siempre lo haré.

—Tu padre nació en esta casa, y ya sabes que es lo único que me queda de él.

Si ese gilipollas no se lo hubiera jugado todo, pienso.

—Lo sé, pero ¿no crees que es demasiado para ti sola? —insiste mi pequeño gladiador. Lo he hecho salir a la arena con una espada de plástico y ahora me enternece infinitamente.

Me gustaría tomar la palabra y decir sencillamente: «Cabrona egoísta, haz una sola buena acción en toda tu inútil vida y suéltale cuatro cuartos a este pobre hombre. Así al menos tendrá un poco de tranquilidad».

Pero sigo clavándole el cuchillo a un trozo de higo que tengo en el plato y me guardo muy mucho de levantar la cabeza, porque es su batalla y tiene que aprender a levantarse solo.

Ella se divierte humillándolo, conoce todos sus puntos débiles.

Yo, sin poder evitarlo, pienso en mi madre y me cabreo.

Dios, cómo me cabreo.

Ella, que era el amor personificado, que me llevaba a la playa sentada en la cesta de la bici y a correr por la arena, que me hacía trenzas y me empujaba el columpio cantando. Ella, que era capaz de tener picos de entusiasmo contagiosos y bajones imprevistos, que por momentos te adoraba y por momentos ni siquiera te reconocía. Que cuando las cosas iban mal, te decía: «Vamos a hacer una fiesta», y luego te la encontrabas en la cama llorando.

Ella, mi mamá-niña, con una psique tan frágil que, tras la muerte de papá,

se le desmigajó definitivamente, como una de sus riquísimas galletas de canela.

Y que hoy, el día de Navidad, está encerrada en una clínica, jugando al bingo con unos locos.

—¿Más carne hervida? —pregunta Marisa para cambiar de tema.

—¡No! —me apresuro a contestar tapando el plato con las manos.

Silvana tamborilea nerviosamente los dedos sobre la mesa, luego deja a un lado su plato en señal de gran afrenta.

—Parece que quiere llover —digo en un derroche de imaginación para romper el silencio, ya que el tiempo es el único tema neutro.

—Sí, es verdad —responde Marisa con énfasis—. Han dicho que mañana hará mal día. Esta mañana he ido a hacer la compra y me he mojado.

Habla con el mismo acento que Antonio Banderas en *El gato con botas* y da mucha risa, pero ahora no es el momento.

Aquí nunca es el momento.

Edo mira el plato fijamente, con los cubiertos en la mano, rendido ante la frialdad de esta vieja mezquina que destroza a todo el que esté a su lado más de una hora.

El gen de la sumisión debe de haberlo heredado de su padre, cuya única virtud fue haber sido un buen partido hasta que casi se juega el apellido, lo único que Silvana quería de veras y que se había guardado para sí junto con la casa y la pensión, sin dignarse siquiera estar cinco minutos junto a la cabecera de su marido, porque no soporta los hospitales.

Y todo lo que Edo recuerda es un hombre siempre vestido de forma impecable, pero increíblemente huidizo, que bebía y gastaba en las casas de citas de toda Italia. Bebía para no oír a Silvana repetirle que era un fracasado y jugaba con la esperanza de sentir algún tipo de emoción.

Y la verdad es que... ¿quién podía reprochárselo?

Al final, la cirrosis se encargó de hacerle sentir la emoción definitiva.

—Nunca terminas lo que tienes en el plato, ¿eh? —me pregunta la vieja, con una chispa de abyección en la mirada.

—Mire, Silvana, estoy llena, en serio, pero todo estaba muy rico —le digo con una sonrisa dándome dos palmadas en el estómago.

Me fulmina con la mirada y farfulla algo en milanés, que interpreto como: «No voy a perderte de vista».

Tomamos café en unas tazas de porcelana muy fina (desportilladas, pero

con el borde de oro de ley), imposibles de sostener entre el índice y el pulgar, porque están diseñadas para unos dedos esbeltos de mujer noble y ociosa de los que, evidentemente, carezco.

Edo se siente incómodo porque nota la tensión entre las mujeres de su vida y sabe que es incapaz de enfrentarse a nosotras, por eso espera que el almuerzo termine lo antes posible, esperanza compartida unánimemente.

—¿Quieren fruta? —pregunta Marisa, esperanzada. Lleva un plato en la mano con una manzana amarilla y dos naranjas.

—No, gracias, es tarde y ya hemos molestado bastante —contesto en un tono tan falso que incluso a mí se me pone la carne de gallina.

—No molestáis —dice Silvana—, esta casa también es de Edoardo... aunque tenga ganas de que me muera para venderla.

—Mamá, por favor, yo no he dicho eso —se defiende con su sonrisa dócil y su mirada transparente, libre de hipocresía.

—No lo has dicho, pero lo has pensado. Y si no lo has pensado tú, lo ha pensado ésta —responde, se apoya con esfuerzo en el bastón para levantarse y rechaza la ayuda de Marisa.

—Silvana, Edoardo sólo lo decía pensando en usted —intervengo, enervada—, pero si está convencida de que es mala idea, hace muy bien en negarse —digo, tal como se hace con los niños para convencerlos de que hagan algo que no desean. Luego sonrío dirigiéndome a Marisa—: Voy a coger una naranja, gracias.

Le acaricio la mano y le guiño un ojo para tranquilizarlo.

—Lo has hecho muy bien —lo animo en voz baja mientras clavo las uñas en la naranja imaginando que le saco los ojos a su madre—, y la próxima vez la cosa irá mejor, ya lo verás.

Edo me mira con la expresión de un alce al que una camioneta está a punto de arrollar.

—¿La próxima vez? —me pregunta, angustiado por la idea.

—Por supuesto. No creerás que voy a darme por vencida...

## 5

—¿Quién ha cambiado de sitio los muebles? —vocifera Bigazzi después de tirar la cartera donde antes había un sillón Le Corbusier y ahora los trozos rotos de uno de sus preciados jarrones tailandeses.

El regreso de Mr. Big señala el final definitivo de las vacaciones de Navidad. Y el comienzo de un nuevo año exactamente igual al que acaba de terminar.

—Ejem... vino... su mujer mientras usted estaba de viaje —tartamudea Beatrice, acudiendo con escoba y recogedor—. Era una sorpresa...

—¿Es que no tiene nada que hacer? Le pago el gimnasio, los masajes, el cirujano plástico, el profesor de *reiki*, el yoga, la nutricionista y el entrenador de perros, todo para mantenerla ocupada... ¿y ahora quiere jugar a ser decoradora? Ya sabía yo que no tenía que haberme divorciado.

Teniendo en cuenta que entre sus neurosis está la de ser especialmente supersticioso, el jarrón roto debe de ser un pésimo augurio, pero, evidentemente, no basta para acabar con su típica euforia postespionaje industrial, ya que, al cabo de un instante, nos convoca a todas en la sala de reuniones para ponernos al día.

Nos sentamos cada una en su sitio habitual. Ilaria se pone a mi lado.

—Pase lo que pase, no te sorprendas —le susurro al oído.

Sonríe como si le acabaran de bajar la barra de seguridad del coche en la montaña rusa.

Paola, que está frente a mí, finge que se ahorca con una cuerda imaginaria, sin importarle que la vean.

Bigazzi preside la mesa, se afloja el nudo de la corbata y nos observa una por una, con una mezcla de pena y curiosidad, como si fuéramos animales raros enjaulados.

Debe de haber preparado un *superdiscurso*.

A lo largo de los años hemos asistido a decenas de *superdiscursos*, a cual más innovador. Comparado con él, Steve Jobs parecía un principiante.

—Fuera de aquí existe un mundo que ni siquiera imaginan —empieza, y sigue con una larga pausa efectista—. Ustedes estaban aquí, en su despachito,

tranquilas y felices, haciendo lo mínimo indispensable —dice gesticulando como si hiciera calceta—. Y mientras tanto fuera hay un mundo que evoluciona y que ustedes ignoran por completo.

Paola y Annamaria empiezan a toser.

—El mundo de ahí fuera está lleno de jóvenes emprendedores que tienen ganas de hacer cosas, están llenos de recursos y se inventan *app*.

A Ilaria se le escapa una risita involuntaria, que disimula enseguida fingiendo que se está aclarando la voz.

Bigazzi la mira como si hubiera visto una caca en la silla.

—¿Y ésta quién es?

—Señor Bigazzi —contesto—, es Ilaria, la ayudante de Maria Vittoria Spagnulo.

—Nos hemos presentado esta mañana, ¿se acuerda? —añade Ilaria, sin sentirse intimidada.

Bigazzi duda un instante, más por la respuesta directa que por el hecho de no recordarla mínimamente.

— ... nos estaba hablando de las *app* para *smartphones* y *tablets* —lo incita a proseguir.

—Sí... sí... ¿qué? —dice él, confundido.

—Las *app*... —le sopla Ilaria, como a un niño de primer año de primaria —, que son las ap... licaciones para móviles de última generación, como el iPhone —prosigue con una calma hipnótica, que lo embruja como si fuera una serpiente delante del flautista.

—Ah, sí, claro, obvio, las aplicaciones, ya lo sabía —espabila después del trance—. Siempre me distraen con sus tonterías...

Intercepto la mirada de Ilaria y le sonrío con cierto orgullo.

Por fin una joven promesa que le plantará cara, espero.

Sería la primera.

—Parece que la crisis la sufrimos sólo nosotros. Las demás editoriales no hacen más que planificar, idear, innovar... pero aquí, ¿qué saben hacer, aparte de quejarse?

—No, no, Bigazzi, serénese —interviene Paola, con su instinto suicida—. Hemos decidido de común acuerdo dejar de quejarnos. Es más, queríamos pedirle si podía hacernos trabajar más, quizá los domingos, que son días inútiles, pero sin pagarnos, claro.

Bigazzi niega con la cabeza y emite una especie de gruñido.



—Un día de éstos las despidió a todas y contrató a los perros de mi mujer. Y ya verán como esto empieza a funcionar de una vez.

—Una idea excelente, Bigazzi —responde ella con la cara apoyada en la mano, como una alumna desmotivada, medio tumbada en el pupitre—. Lástima que los tenga que sacar a hacer pipí tres veces al día. En cambio, nosotras estamos aquí hasta nueve horas sin ir al lavabo.

—De ahora en adelante, vamos a cambiar de rumbo —la ignora, decidido a llegar hasta el final sin más interrupciones.

«Cambio de rumbo», apunto en mi bloc de notas esperándome una pizca de originalidad.

—Yo aspiro a lo más alto, quiero que Bigazzi sea la primera editorial italiana —continúa con su ardor de poseso—, y para eso tenemos que ponernos al nivel de Europa. Dejemos de copiar a nuestros compañeros de pupitre para sacar un aprobado. Tenemos que ponernos al nivel de Random House, Gallimard o Westermann y dejar atrás la pequeña Italia, que sólo pretende sobrevivir. Que dejen de considerarnos «pequeños editores» —se exalta, y se pasa una mano por la frente sudada—, nos convertiremos en gigantes, en números uno, encabezaremos las listas de ventas y todos llamarán a mi puerta llorando.

Releo las palabras «pequeña Italia» apuntadas en el bloc y las tacho.

—Quiero colecciones con clase, cubiertas atractivas, títulos llamativos. Quiero que descubran nuevos talentos. Averigüen qué quiere la gente y dénselo, porque cada lector que ganemos es un peldaño que nos aproxima al Olimpo.

Los ataques de tos se producen ya sin pudor alguno. Paola imita a Napoleón metiéndose una mano en la camisa y yo miro a otro lado para no echarme a reír.

O sea que éste es su plan genial: de la noche a la mañana, ser como Random House.

Y, como él diría: ¿qué problema hay?

Mientras nos levantamos, Ilaria toma la palabra:

—Señor Bigazzi, como sólo tengo que ocuparme de la señora Spagnulo, cuando termine puedo investigar un poco, si a usted le parece bien.

La frase tiene el mismo efecto que una pistola eléctrica en un pastor alemán al ataque. Bigazzi se queda inmóvil un instante, incapaz de articular palabra.

—Sí... muy bien —duda un instante antes de reponerse del *shock*—,

siempre y cuando no descuide su trabajo para la Spagnulo.

—Por supuesto, mi intención es trabajar lo mejor posible para la señora Spagnulo. Si quiere, puedo comentarle las ideas que se me han ocurrido para diversificar el *marketing*.

Bigazzi está a punto de echarse a llorar, se lo leo en los ojos. No está acostumbrado a las propuestas espontáneas de trabajo extra. Incluso yo empiezo a estar conmovida, y todas nos retiramos en orden y silencio absoluto para no interrumpir el idilio entre los dos.

—Es amor —le susurro a Paola al salir.

—Mandaré las invitaciones —me responde guiñándome un ojo.

Estoy a punto de enviar el vigesimoctavo e-mail rechazando el enésimo manuscrito ilegible, sobre una historia idéntica a *Juego de Tronos* pero ambientada en Marte en 3500, cuando parpadea en mi móvil un recordatorio con la palabra «mamá».

Me quito las gafas, cierro el portátil, cojo el bolso y me despido de Silvia, que me devuelve una sonrisa llena de afecto.

Los lunes a la hora de almorzar voy a ver a mi madre a la clínica.

No es que necesite un recordatorio para no olvidarlo, pero ya que me han «aconsejado» ir a verla sólo una vez a la semana para no «agitarla», pues la verdad es que sí, necesito un recordatorio.

Agitarla.

Se agita un martini, no a una madre.

Subo al autobús con el estómago contraído en una punzada dolorosa y, sin darme cuenta, hago rechinar los dientes, igual que cuando duermo. Me lo advierte una señora diciéndome que si sigo así, a los cincuenta años llevaré dentadura postiza.

Una vez me enfadé con mi madre, es cierto, pero sólo una.

Y sí, es cierto que levanté la voz, es cierto que la zarandé por los hombros y también es cierto que le provoqué cierta agitación, pero era lo que quería: que reaccionara.

No hay hijo que pueda soportar la apatía de su madre, el hecho de que a duras penas te reconozca, ¿no?

Y nadie se preocupó de cómo estaba yo en ese momento, nadie me dijo: «Te comprendo, pobre hija asustada y sola, comprendo cómo te debes de sentir, desorientada e impotente». No. Tía Rita me llevó aparte y me dijo que tal vez sería mejor que me alejase un poco, que espaciara las visitas. Y me lo

dijo con cierta urgencia, clavándome los dedos gordos en el codo.

Porque mamá es propiedad suya y ella es la única que sabe lo que le conviene a su hermana menor.

No su hija.

Por eso la atiborra de psicofármacos, porque «ella es así..., sensible».

Sensible no es sinónimo de loca, «sensible», según el diccionario (y de eso entiendo un poco), significa «receptivo a los estímulos de carácter intelectual, emotivo, ético o estético», es sinónimo de ángel, fragilidad y azúcar glas, no de Amitriptilina, Paroxetina y Nefazodona.

Pero, según parece, yo no comprendo nada porque estoy «demasiado implicada emocionalmente».

Perdonen, pero estamos hablando de mi madre.

De repente, yo me convertí en una persona molesta porque tenía la absurda pretensión de ver luz en sus ojos en vez de niebla, porque aún creía en su sonrisa y porque, a día de hoy, soy la única que está totalmente convencida de que bajo toda esa ceniza aún hay una chispa de brasa encendida.

La única pobre ilusa.

La casa de reposo todavía parece más fría bajo esta lluvia persistente.

Nada que ver con las que se ven en las películas. Aquí no hay jardines cuidados ni enfermeros solícitos, no hay médicos que reciban tu sufrimiento con cálidos abrazos y rosquillas, no hay caminos por donde conducir despacio los sábados.

Y esto también me hace sentir un monstruo.

Mi vida se reduce a eso: sentirme un monstruo constantemente.

Un monstruo torpe e inepto.

La encuentro en su habitación, sentada en la cama, mirando hacia fuera. Lleva un chándal azul claro, sin duda heredado de tía Rita.

Mamá siempre ha odiado el azul claro, porque es el único color no alimentario.

En la naturaleza no hay nada azul que sea comestible. El azul claro no existe.

Sólo el cielo, el mar y las piscinas son azules.

—¿Cómo estás, mamá? —pregunta que no debería hacerle jamás, pero que me sale de forma estúpida y espontánea.

Me sonrío como si viera a un camarero. Una sonrisa artificial y, a la vez, increíblemente cansada y triste.

Se encoge de hombros y baja la mirada, expresión que interpreto como un «no lo sé».

Me siento a su lado.

—Te has cortado el pelo, te queda bien —le digo, y miento, porque la melena larga era lo más bonito que tenía, representaba su identidad; por eso la han privado de ella.

—Sí, lo tenía muy largo. Rita pensó que era mejor cortarlo.

Respiro hondo para evitar decir lo que pienso y correr el riesgo de agitarla, y le sonrío de nuevo.

—Te he traído unas revistas. —Se las doy y las mira con desinterés—. Y también... he hecho esto —le sonrío al darle el pequeño paquete de papel de aluminio, que contiene un trozo de tarta marmolada—. Sé que no debería traerte nada para comer, pero la perfeccioné durante las vacaciones y me gustaría saber qué te parece —le digo mirándola con impaciencia, como si tuviera seis años y quisiera enseñarle un dibujo.

Me sonrío de nuevo sujetando entre las manos el paquete sin desenvolverlo.

Sonrío otra vez y, para hacerlo, me veo obligada a fingir que aquella mujer no es mi madre, sino una extraña a la que he ido a visitar como voluntaria. Abro con cautela el papel de aluminio y aparece el trozo de tarta.

—La he hecho siguiendo tu receta paso a paso —le digo con orgullo, y, sin saber por qué, espero que de pronto me abrace.

Mira un rato el trozo de tarta, como si fuera un insecto muy raro.

—No ha subido bastante —murmura—, ha quedado húmeda.

Encajo el golpe y me trago mis estúpidas e infantiles expectativas.

—Puedes comértela más tarde —le respondo fingiendo que no acaba de romperme el corazón. Cierro el paquete y lo meto en el cajón de la mesilla, segura de que tía Rita lo tirará en cuanto lo vea.

—Y dime, ¿cómo has pasado las vacaciones de Navidad? —continúo, con la esperanza de que haya un mínimo intercambio.

—Viendo la televisión —me contesta con la misma expresión artificial.

—Muy bien, ¿y qué más? ¿Has hecho nuevos amigos? —Ni que estuviéramos en un complejo turístico.

—Paso mucho tiempo con Luisa. Es simpática —me dice señalando a través de la ventana a una anciana con coletas, que está acariciando un gato.

—Muy bien, ¿y qué soléis hacer?

Se lo piensa un segundo, como si le hubiera hecho una pregunta muy

difícil.

—Vemos la televisión.

Asiento. Y comprendo que la visita ha terminado.

Le doy un beso en la mejilla, con un nudo en la garganta.

Mi madre odiaba la televisión, decía que era para gente que no tiene vida y por eso tiene que mirar la de los demás.

Salgo de la habitación lo más rápido que puedo, me cruzo con otros pacientes atontados y confusos. La llaman «casa de reposo», pero lo cierto es que es un manicomio. Mi madre «sólo» tiene depresión, pero ahí dentro nunca va a mejorar.

Llamo con suavidad a la puerta del director sanitario, el doctor Lippi, que me recibe contrariado, como si ya supiera lo que le voy a decir, preguntas a las que ha respondido mil veces. Sus aires autoritarios y los innumerables certificados, licenciaturas y doctorados colgados de las paredes no me ayudan a relajarme.

—Quería saber cómo va mi madre —le pregunto como una niña perdida—. No sé, la he visto un poco... apagada —añado por usar un eufemismo.

—¿Apagada? ¿Qué entiende por «apagada»? —contesta rebuscando entre los informes con un tono que me invita a medir las palabras. Como si yo no viviera de palabras.

—Pues... con poca capacidad de reacción.

—Su madre sigue un tratamiento farmacológico y psicoterapéutico —me responde, distante, como si le hubiera pedido la hora—, y es completamente normal que los fármacos la vuelvan un poco más lenta, pero nada tan exagerado como usted cree. Recuerde en qué estado se encontraba cuando llegó aquí.

Por supuesto que lo recuerdo.

No dejaba de llorar y de repetir la misma cantilena desgarradora: que quería morirse, como si fuera el mejor regalo que deseara.

—Déjame morir, Francesca, te lo pido por favor, déjame morir —me rogaba, agachada en el suelo, hecha un ovillo desesperado de pelo, lágrimas y baba.

—Pero ¿qué dices, mamá? Sólo estás cansada —le respondía tratando de borrar por enésima vez las palabras que de ahí en adelante me mantendrían despierta por la noche, seguramente para el resto de mis días, mientras escaneaba con los ojos la habitación en busca de algo con lo que pudiera

herirse y así el teléfono para llamar a tía Rita.

—Déjenos trabajar y, por una vez, confíe en nosotros —me reprende apartándome de mis horribles recuerdos.

—Ya confío, doctor Lippi, es que... compréndalo, es mi madre.

—No es la única, aquí todo el mundo tiene a alguien: una madre, un padre, un hijo. Anímese y tenga paciencia, estas cosas llevan su tiempo —me liquida, y se levanta a acompañarme a la puerta.

Sigo sintiéndome inútil mientras las objeciones se me mueren en los labios. Jamás había deseado tanto que mi compañero pudiera tomar las riendas de la situación y hacer ese «par de llamadas» con las que siempre se resuelve todo en Italia, y gracias al amigo de un amigo encuentras de inmediato los mejores médicos y las mejores infraestructuras.

Pero Edo no sabría ni por dónde empezar. Lo imagino detrás de mí mirando al suelo, con las manos en los bolsillos y asintiendo.

Salgo tratando de animarme, y me siento idiota porque aún no he sido capaz de aceptar que mi madre murió hace ocho años con mi padre y que esa mujer es una conocida a la que visito una vez a la semana.

Basta, no debo tener esperanzas. Ella no volverá y ellos no me ayudaran a que vuelva.

El trabajo me salva, el trabajo me salva, el trabajo me salva, me repito como un mantra secándome los ojos, el trabajo es todo lo que tengo.

—Bigazzi te estaba buscando —me informa Silvia mientras cuelgo el abrigo en el perchero.

—Por fin una buena noticia —ironizo, y voy a llamar a la puerta de su despacho.

—Ah, es usted, Francesca —me recibe con un brío que yo definiría «entusiasmo involuntario», señalándome una de las nuevas sillas étnicas que eligió su mujer—. Siéntese, a ver si usted sabe cómo hacerlo.

Me apoyo con prudencia en el asiento de madera de banana, que cruje de forma inquietante debajo de mí, y trato de permanecer inmóvil.

—Tengo que hablarle de algo muy importante. Y *top secret*. —Baja la voz—. Y es superfluo que le diga que no puede comentar nada con ésas —señala el vacío.

Hago un gesto de «por supuesto» y me preparo para escuchar la idiotez de

la semana. En cualquier caso, para mí sólo puede significar una cosa: más trabajo.

Y lo deseo ardientemente.

—Estoy a punto de hacer el negocio del siglo y necesito su ayuda para llevar a cabo este proyecto *gigante*.

Lo miro interrogativa.

Se frota las manos y llama a Beatrice por el interfono. Ella entra al cabo de un segundo con un informe, lo deja en la mesa y desaparece al instante.

Bigazzi me observa en silencio para crear suspense. Pero es inútil, y al final salta:

—Vamos, Francesca, ¿ni siquiera siente un poco de curiosidad?

—Claro que sí, señor —me sobresalto—. Siento mucha curiosidad, esperaba a que usted dijera algo.

—El negocio del siglo —repite lentamente—, no se lo puede imaginar.

Asiento y me pregunto con angustia dónde quiere ir a parar.

Lo miro incitándolo a proseguir.

—Durante mi viaje, cerré el trato más arduo de mi vida, exceptuando mi primer divorcio —ríe, complacido por la ocurrencia. Luego prosigue entrelazando los dedos por debajo de la barbilla—: Francesca, ¿qué cree usted que nos falta para ser grandes editores?

Ya estamos con el juego de las adivinanzas.

—Pues... no sé... ¿mejorar la distribución?

Niega con la cabeza sin darme ninguna pista.

—¿Vender más? ¿Contratar más personal?

—¡Detalles! —suelta, defraudado ante mi escasa intuición—. Lo que necesitamos es ganar un premio prestigioso, que me permita entrar en el círculo selecto de la élite de editores. —Hace una pausa efectista antes de continuar—. ¿Y cuál es el premio más prestigioso?

—¡El Strega! —exclamo, como si estuviéramos en un concurso de televisión.

—Exacto —corroborra, animado al ver que remonto—. ¿Y cómo se gana el Premio Strega?

Tiemblo mientras imagino que todos los miembros del jurado se encuentran una cabeza de caballo metida en la cama...

—No lo sé... ¿con un buen libro, por ejemplo?

—¡Eso no es suficiente! —responde, y se echa las manos a la cabeza,

exasperado por mi lentitud para captar conceptos básicos—. Se necesita un nombre, mejor dicho, EL NOMBRE, un nombre que todo el mundo envidie, que provoque muchos «¡Ooooh!», que venda cien mil ejemplares en dos días y haga que los libreros te llamen a casa por la noche para repetir los pedidos.

Lo observo y asiento para hacerle creer que sigo su razonamiento.

—Y yo... —susurra inclinándose hacia mí— me he adjudicado al mejor autor que hay en el mercado, al que me va a garantizar el Strega y todos los beneficios que me reportará.

Asiento de nuevo pensando que me tocará repasar mi inglés si voy a encargarme de editar a John Grisham.

—¿Está lista?

—¡Sí! —respondo esperando verlo salir de detrás de las cortinas de *shantung* de seda.

—Leonardo Ca... —pronuncia despacio.

Lo miro otra vez y sonrío sin ningún asomo de emoción, desconcertada.

—Leonardo Cal...

No dejo de seguirlo con la mirada, con la mente en blanco.

—¡Leonardo Calamandrei, jolines! ¿Está atontada o qué?

El insulto me espabila y, de pronto, lo entiendo todo.

—¡Oh, no! —exclamo, aterrorizada. Mis ojos pasan de la confusión al susto—. ¿Quiere decir que se ha adjudicado en una subasta la nueva novela de Leonardo Calamandrei?

Guiña el ojo como un viejo zorro y se frota de nuevo las manos, como diciendo «¿ve lo listo que soy?».

No quiero ni pensar cuánto le habrá costado quitárselo a su editor de siempre. No creo que exista una cantidad posible por alguien que vende millones de ejemplares y está en las listas de los más vendidos desde que tengo memoria.

Le habría costado menos Grisham.

—Usted está loco —se me escapa.

—Sí, pero sólo quien arriesga gana.

—¿Y en qué consistiría mi ayuda, si puede saberse? El libro ya está escrito y supongo que Calamandrei tendrá sus editores de confianza.

—Precisamente ahí es donde entra en juego usted, Francesca, porque el libro... —me mira con una chispa de locura en los ojos que haría las delicias del doctor Lippi—, el libro no existe.



—¿No... existe? —repito secundando al loco.

—Usted tiene que lograr que lo escriba. Eso es todo.

Estoy casi segura de que acabo de notar una sacudida de terremoto, pero luego recuerdo que estoy sentada en una silla de banana.

—Señor Bigazzi —me aclaro la garganta—, ¿me está diciendo en serio que aún no hay libro y que tenemos que escribirlo y sacarlo a tiempo para el Premio Strega? —repito con la esperanza de despertar en mi cama.

—Exacto. No costará tanto...

Costará mi dimisión con efecto inmediato.

Busco las palabras.

—Señor Bigazzi, nada más lejos de mi intención que ser negativa, y menos aún derrotista, pero ¿no se da cuenta de que es una misión... imposible?

—Pero ¿qué dice? —grita, más decepcionado por mi batida en retirada que por mi objeción a su idea de mierda—. ¡Pues claro que se puede hacer! Por algo se lo pido a usted, no a éstas —gesticula señalando el vacío.

—No es un trabajo normal, es un proyecto titánico —intento hacerlo entrar en razón—. Los libros de Calamandrei no son como los de la Spagnulo. Él escribe cosas serias, intimistas. Por algo ha publicado sólo cinco en toda su carrera.

—Detalles, Francesca. Se está volviendo miedosa, y yo creía que era temeraria. Dígame si tengo que cambiar de opinión.

Cuando me hiere el orgullo, siempre se sale con la suya.

—No pongo en duda que lo habrá calculado todo hasta el mínimo detalle —trato de que sea razonable—, pero ¿no ve que es una locura intentar escribir un *best seller* en tan poco tiempo? ¡Y tenemos realmente poquísimo!

—Sé que es una locura, pero así fue como el hombre empezó a volar. Y para suscitar interés, ya he hecho correr la voz de que la nueva novela de Calamandrei es una obra maestra y ganará el Premio Strega, o sea que no me decepcione, Francesca. Le voy a dar un despacho para usted sola, así podrán trabajar en paz, y cuando todo termine, tiene el ascenso garantizado.

Eso no es más que un sucio chantaje.

Y lo acepto al instante.

Vuelvo a mi despacho completamente aturdida, con el agravante de que no puedo hablar del tema con nadie.

—¿Y bien? —me pregunta Paola asomando la cabeza por la puerta—. ¿Qué quería?

—Mmm... nada —minimizo—, otra colección.

Me observa apenas un segundo pero temo que note que estoy mintiendo.

—¿Le has dicho que yo no puedo encargarme de eso, no? —me advierte, alarmada.

—¡Claro! Es lo primero que le he dicho, tranquila. Ya verás, dentro de un par de día se habrá olvidado del tema.

Le suena el móvil.

Paola se lo saca del bolsillo y contesta sin dejar de mirarme.

—Muy bien, Roberto. ¿De qué tamaño son exactamente los trocitos en que vas a cortarme? Es sólo para hacerme una idea.

## 6

Por la mañana observo a Edoardo mientras me hace el desayuno, concentrado como un cirujano al realizar un trasplante de corazón.

Y me pregunto cómo sería mi vida sin él, sin su optimismo, sin su dedicación.

Levantarme y no ver su sonrisa luminosa, no oírlo canturrear alegremente, no saber que esta noche, no importa a qué hora llegue, él estará esperándome.

Temo que sólo hable mi egoísmo, porque perderlo significaría perder a la única persona en el mundo que me ama, y eso es algo que asusta muchísimo.

Quedarme completamente sola me asusta muchísimo.

—El desayuno ya está servido —me dice, triunfante, y me presenta un plato con una sonrisa hecha de fruta: dos trozos de kiwi en lugar de los ojos y una sonrisa de mandarinas.

—Le has dibujado hasta cejas —comento con ternura.

—Sí, soy un artista —me dice. Y se abre un yogur de coco, igual que todas las mañanas.

Con lo mucho que se esfuerzan los publicistas por inventar continuamente nuevos sabores y tendencias... y él sólo come un tipo de galletas y un tipo de pasta, y siempre usa el mismo champú.

Reflotaría la economía mundial en un mes.

La idea de reunirme con Calamandrei me produce ansiedad.

Lo he visto alguna vez en ferias del libro y actos importantes, siempre rodeado de legiones de fans que lo adoran y le piden que les firme autógrafos hasta en las bragas.

Americana con camiseta debajo, All Stars, pelo un poco canoso, largo y despeinado de esa forma estudiada que a las mujeres les encanta.

Una estrella del rock.

Y no tiene fama de ser una persona fácil.

Como si las palabras «escritor» y «fácil» pudieran convivir en la misma frase. Todos creen que van a salvar el mundo con su novela, que lo que escriben es algo sin precedentes. No van a una presentación si no les garantizas que habrá por lo menos cien personas en la sala. Si les reservas un

hotel con media estrella menos que otro amenazan con dejarte plantada una hora antes de la entrevista con Fazio. Te llaman indignados porque la librería de un pueblo perdido en la montaña donde están de vacaciones no tiene su obra inigualable en el escaparate.

Pero luego sufren desesperadamente por una reseña negativa, te piden que los aconsejes y los tranquilices, temen no ser lo bastante buenos, sienten muchos celos de sus colegas y, al final, siempre te mencionan en los agradecimientos.

La fragilidad de los autores sólo es comparable a la medida de su ego.

Inmensa.

Si un día naufragara, la última persona que desearía como compañero de desventuras es un escritor. Se quedaría ahí pensando en algo inolvidable que escribir en el mensaje en la botella mientras la balsa se hunde.

¡Bah!

Me como el último gajo de sonrisa de mandarina y me arreglo para salir.

Mientras me pongo el abrigo, Edoardo me abraza desde atrás y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Te echaré de menos —dice.

Y yo, en vez de fundirme en su abrazo y decirle «yo a ti también», siento ganas de gritarle que sólo me voy a trabajar, no a una fiesta de la MTV.

—Nos llamamos más tarde —le respondo con un beso rápido—. Ah, si puedes compra papel higiénico cuando vuelvas.

—Vale, ¿de qué marca?

Una que sirva para limpiarnos el trasero, pienso al salir. Estoy segura de que me llamará más tarde para preguntarme cuál prefiero.

En el autobús oigo el móvil y temo que sea Bigazzi para preguntarme si me he puesto de tiros largos para la reunión con Calamandrei.

Pero sólo es la segunda persona en el mundo con quien no desearía hablar.

—Hola, tía Rita —digo sabiendo exactamente lo que me espera.

—¡Precisamente tú! Me ha dicho el doctor Lippi que fuiste a quejarte a su despacho ayer.

—No, tía —respondo intentando mantener la calma y no tirar el móvil por la ventanilla del autobús—, no fui a quejarme. Sólo le dije que veía a mamá muy desorientada. Además, yo confiaba en el secreto profesional.

—El secreto profesional no existe conmigo, yo me encargo de la situación y tengo que estar al corriente de todo.

Menudo par de cabrones, pienso.

—Sí, claro, tú lo sabes todo, como siempre —comento en voz baja.

—Por supuesto, yo sé qué es mejor para ella. ¿O acaso pretendes saberlo tú? ¡Si lo único que haces es confundirla más!

La sangre me hierve y la cabeza me va a estallar de la rabia que me sube hasta el cerebro en un instante, como el mercurio de un termómetro pegado a una bombilla.

—No sabes lo que dices —le suelto para evitar ir más allá y hacer partícipes de una escena histérica en toda regla a cincuenta personas.

—Sé muy bien lo que me digo. Cuando Fiorella está contigo, siempre hay problemas. Y sabes perfectamente que cuando vivíais juntas, ella siempre se encontraba mal.

Necesitaría una bolsa de papel para respirar dentro...

—Te equivocas por completo —digo en voz baja, y las manos me empiezan a temblar—. Siempre la he cuidado lo mejor que he podido, y mamá estaba la mar de bien conmigo. Pero yo no podía quedarme en casa todo el día. Y te recuerdo que fuiste tú quien quiso que se fuera a vivir contigo.

—Por supuesto, me la llevé a mi casa. Tuvo la última crisis grave mientras tú no estabas.

—¡Claro que no estaba! ¡Estaba trabajando! ¡Todas no somos unas mantenidas como tú! Y, ya que estamos en plan de confidencias, me gustaría saber cómo es que la ingresaste en un manicomio.

—Porque Fiorella está enferma, necesita medicación y sólo puede estar en una casa de reposo.

Al oír la última frase me invade una cólera que me vuelve peligrosa. Arrollo a tres personas para bajar un segundo antes de que se cierren las puertas.

—¡Mamá necesita amor! —grito bajo la lluvia persistente, sin preocuparme de que se empapen los manuscritos ni los zapatos—. Mamá necesita a alguien que esté con ella, la comprenda y la apoye. Mamá es como un pajarillo con las alas rotas, hay que cuidarla con paciencia y afecto. Necesita armonía y ternura, ¡no medicinas! Pero, claro, para ti era demasiado trabajo estar con ella, ¡y la metiste en una clínica!

—Te recuerdo que la clínica la pago yo.

—Claro, ¡faltaría más! Fuiste tú quien la internó en ese campo de

concentración nazi, ¡y encima sin consultármelo!

—No tengo por qué consultarte nada —me dice en tono insolente—. Y ten mucho cuidado con hablarme así. Si no fuera por mí, ¡a saber cómo habría acabado! Tendrías que agradecerme que me ocupe de ella.

—No vuelvas con la historia de que yo soy incapaz de hacerme cargo de mi madre —le advierto, amenazante—. ¡Tú lo decidiste todo, como siempre!

—Te recuerdo que fuiste tú quien me llamó para decirme que no podías con todo sola.

—Exacto. ¡Quería que me ayudaras, no que la secuestrases!

—Siempre has sido muy dramática, Francesca, desde niña.

Y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono, inmóvil bajo el agua incesante.

Y se me aparece el espectro de mi madre mirando por la ventana esta puta lluvia obtusa sin saberla distinguir de la nieve, el sol o una lluvia de meteoritos.

En otra época, la habrían martirizado con sangrías para tratar su alma frágil. En cambio, en nuestro siglo, tan civilizado, la han convertido en una ameba.

Y con la fuerza inhumana que me regala el dolor, lanzo el móvil al suelo y lo pulverizo bajo las miradas atónitas de los transeúntes.

Luego me echo a llorar.

—¿Todo bien? —me dice Paola, preocupada, al verme llegar como si me hubieran salvado de un aluvión.

—Sí, sí, sólo un intercambio de opiniones con mi tía y dos kilómetros a pie para que se me pasara la rabia... y además he destrozado el teléfono —contesto mientras escurro la gabardina y me quito los zapatos. Voy a tener que tirarlos.

—Una mujer encantadora, ¿eh? —comenta, y me pasa la toalla que lleva en su bolsa del gimnasio para que me frote el pelo.

—Cuando uno nace cabrón, muere aún más cabrón —sentencio anudándome la toalla en la cabeza, como un turbante—. Y no cambia nunca, nunca se arrepiente y no hay enfermedad ni luto que lo conviertan en mejor persona.

—Mira mi exmarido —comenta sentándose ante la mesa—. Tuvo un

infarto, lo despidieron, le quitaron el carnet de conducir y no se le ocurre nada mejor que hacer que amenazarme de muerte.

—Pues mira, tarde o temprano deberíamos afrontar seriamente el problema, ¿no crees?

—Si lo ignoro, se cansará —minimiza como siempre—. Cambiando de tema, iba a decirte que ahí está...

Antes de que termine la frase, se abre la puerta y aparece Bigazzi con Su Majestad Leonardo Calamandrei. Y yo estoy ahí, de pie, descalza, con el rímel corrido y un turbante en la cabeza.

Los miro, impasible, con los brazos cruzados, como si no hubiera nada excéntrico en mí, mientras ellos me observan atónitos, aunque se abstienen de hacer ningún comentario.

—Encantada, soy Francesca —sonríe tendiéndole la mano.

—Leonardo... Calamandrei —responde como si hablara con un flamenco rosa.

—Normalmente lleva zapatos —interviene Bigazzi, y hace un gesto de cortarme el cuello.

—Sí, y tocados menos imponentes —declara Paola.

Calamandrei no se ríe, tiene una expresión contrariada, como si le hubiéramos tendido una trampa. Sin poder evitarlo, imagino a Bigazzi en el papel de Sandokán, dejando que le hagan fotos junto al tigre abatido.

—Cuando termine de ducharse, la esperamos en la sala de reuniones para las presentaciones oficiales y el plan de *marketing* —concluye, visiblemente irritado.

La puerta se cierra. Paola y yo nos echamos a reír.

—Se acabó —me río—, me va a despedir ya mismo.

—Los milagros no existen —dice Paola desternillándose.

Me arreglo como puedo y voy hacia la sala de reuniones. Siento mucha curiosidad por saber qué se inventarán para lanzar un libro fantasma.

Al volver la esquina veo a Ilaria charlando tranquilamente con Calamandrei junto a la cafetera, como viejos amigos.

Me acerco, algo cohibida, y ellos dejan de hablar y me miran como si los hubiera cogido in fraganti.

—Hace años que nos conocemos —confiesa Ilaria como si me leyera el pensamiento—, desde que yo trabajaba en el gabinete de prensa de Libri Blu —dice como si estuviera recordando sus tiempos escolares.

—¿Ya han pasado ocho años? —exclama él ignorándome por completo.

—Increíble, ¿no? Si parece que fue ayer...

Por suerte, Bigazzi interviene y pone fin a la escena dando unas palmadas para invitarnos a entrar en la sala y empezar la reunión.

Todas tomamos asiento y Beatrice coloca en el centro de la mesa una bandeja de pastelillos y una jarra de zumo de naranja, señal de que Bigazzi está de un humor excelente y tiene buenos presentimientos.

Annamaria está en plena forma. Se ha alisado el pelo, lleva las uñas pintadas de gris antracita y sostiene una montaña de hojas con gráficos en forma de tarta, fotos de escaparates, propuestas de presentaciones y estimaciones de ventas. Me pregunto de dónde habrá sacado todo eso.

Calamandrei tamborilea nerviosamente los dedos en la mesa y mira continuamente su iPhone, como si quisiera estar en cualquier sitio menos aquí. Lo cierto es que yo también preferiría estar en las Maldivas.

Al fin, Bigazzi toma la palabra.

—Es un verdadero placer y una gran alegría para mí darle la bienvenida a Leonardo Calamandrei a Ediciones Bigazzi. —Hace una pausa esperando un aplauso que no llega, y nos fulmina con la mirada antes de proseguir—. Leonardo Calamandrei es uno de los escritores de mayor éxito de Italia, mejor dicho, EL escritor de mayor éxito de Italia, y para nuestra editorial es motivo de inmenso orgullo que nos haya elegido para empezar un camino que estoy seguro de que va a ser largo y lleno de satisfacciones recíprocas.

Se oye una tos que creo localizar en la parte de administración.

—Me gusta definir Ediciones Bigazzi como una pequeña gran familia — sigue improvisando—, donde el amor por los libros sigue siendo genuino y donde trabajamos al viejo estilo: duramente y con armonía.

La tos que sigue, obviamente, es de Paola.

— ... y donde el autor se siente como en casa, porque lo mimamos y satisfacemos todas sus necesidades.

No puedo evitar imaginarme a Calamandrei en albornoz mientras le hacen la manicura en la sala de prensa.

—Y ahora, si quieres hacernos alguna pregunta, estaremos encantados de contestarte.

—Yo tengo una —dice Paola levantando la mano.

—No me refería a usted —la interrumpe Bigazzi sin dejar de mirar a Calamandrei, que aparta un momento la vista del móvil y responde—: He



quedado dentro de media hora. Me gustaría hablar enseguida del libro, así luego puedo irme.

—Claro, no hay problema —se apresura a decir Bigazzi. Por su cara, se diría que su hijo, al que acababa de comprarle un coche, lo ha apuñalado por la espalda—. ¡Vamos, todas fuera menos Francesca! —ordena con un gesto de la mano, y veo que Annamaria cambia de expresión y se pone verde.

Salen todas y Bigazzi, desde la puerta, me mira con una mezcla de desconfianza y ansiedad, mientras Paola sólo tiene tiempo de coger un par de pastelillos de la bandeja.

Calamandrei y yo nos quedamos solos y no puedo disimular cierta turbación. Él casi no me mira y tengo la impresión de que le caigo gorda.

—¿Y bien? ¿Qué hay del libro? —me pregunta a bocajarro.

Me tomo mi tiempo.

—Creía que usted tendría algo que decirme. Ya que vamos a trabajar juntos, me gustaría conocer sus ideas, en qué dirección quiere orientarlo, si hay temas que le interesan más que otros...

—No, mira, hace tres años que no escribo nada. Pásame varias ideas y la semana que viene escogeré la que más me guste. Y no me trates de usted, que pareces mi profe de matemáticas.

Trago saliva y espero haberlo entendido mal.

—Bueno, Leonardo, creo que tú... ya sabes que no hay mucho tiempo y tenemos que ponernos a trabajar lo antes posible. Pero, verás, no me corresponde a mí elegir el tema, seguro que lo comprendes. Yo te ayudaré paso a paso a ir construyendo la novela, pero no puedo «pasarte varias ideas».

—¿Ah, no? —replica, brusco—. Pues Bigazzi me ha dicho que sí. Llámalo, quiero hablar con él.

Me sube el estómago a la garganta.

Nunca me había tenido que enfrentar a un imbécil de su categoría, pero ése es el problema menor. Si Bigazzi le ha dicho que yo le iba a escribir el libro... eso sí que es un problema.

No tardo mucho en encontrar a Bigazzi. Está de pie, junto a la puerta, y finge que no está escuchando.

—A ver —le digo—, creo que ha habido un malentendido entre nosotros...

—Franco, ¿te desdices de nuestro trato? —le pregunta Calamandrei con toda su cara.

—Por supuesto que no, pero nunca dije que te escribirían el libro, sólo dije

que te ayudarían durante el proceso de redacción.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La diferencia, Leonardo —responde con más paciencia que Job—, es que nadie te puede sustituir, nadie en el mundo posee tu talento, tu don para la locución, esa gracia poética impalpable, por no hablar de tu inimitable tono incisivo, tu poesía, tus imágenes tan reales... —Toma aliento para dejar que el pez pique antes de darle el tirón final—. Y sería una lástima que alguien que no fueras tú concibiese las ideas. Por eso te he asignado a Francesca, porque ella, con su larga experiencia en el campo, sabe recoger con pericia todas las flores de la inspiración y unir las en... armónicas guirnalda de palabras. Y eso hará que vuestro trabajo produzca la mejor novela publicada sobre la faz de la Tierra. ¿Lo entiendes ahora?

En el interrogante veo envejecer veinte años a Bigazzi.

El rayo del halago cruza el rostro de Calamandrei, y el pez pica que da gusto.

—Propongo que nos veamos aquí mañana por la mañana, si te va bien — sugiero con una disponibilidad mucho mayor de la que siento que tengo.

—Por supuesto que le va bien —interviene Bigazzi, en un baño de sudor—. ¿A que sí, Leonardo?

Calamandrei se encoge de hombros, mira por última vez el móvil, se levanta y se pasa la mano por su célebre pelo.

—Vale, mañana a las diez. ¿Me llamas a un taxi?

Cuando Bigazzi y yo nos quedamos solos, siento por primera vez el instinto de darle unas palmadas en el hombro en señal de consuelo. Ambos sabemos que ha hecho la mayor gilipollez de su vida y que no hay ninguna posibilidad de dar marcha atrás.

Algo me dice que la antigua editorial de Calamandrei se ha librado de él con un inmenso suspiro de alivio y numerosas botellas de champán.

Si es verdad que lleva tres años sin escribir, tiene que haber algún motivo.

—Todo saldrá bien —le digo esperando que me crea mínimamente—. Confíe en mí, me esforzaré al máximo.

—Confío en usted —me responde por primera vez en su vida—, pero no en ese burro. No lo deje ni un momento, no se deje enredar, ni aunque le diga que ha perdido a toda su familia en un accidente aéreo. Téngalo vigilado día y noche, dróguelo si es necesario, pero saque el maldito libro para dentro de dos meses.

Dos meses.

No lo conseguiremos.

Por la noche sueño que soy el conejo de Alicia corriendo sin aliento por los pasillos de la editorial, perseguido por calendarios pérfidos que intentan morderme. Estoy tan nerviosa que no me calmaría ni cocinando tres bandejas de *brownies*.

Doy vueltas en la cama hasta que Edo enciende la luz.

—¿Estás bien, Tuz? —me pregunta, adormilado.

—No —contesto como si prosiguiera una conversación que empezó hace mucho—, estoy muy preocupada, es imposible que saquemos el libro a tiempo. Creen que es poca cosa, no se dan cuenta de lo difícil que es. Será un desastre y yo no voy a poder estar todo el día detrás del gilipollas vanidoso de Calamandreï.

—Sí que podrás —me anima, sin importarle que sean las tres menos cuarto—. Eres la mejor, siempre has llevado a buen puerto todos los proyectos y Bigazzi confía en ti.

Resoplo, molesta. Estoy segura de que no me está diciendo lo que piensa realmente, sino lo que cree que me gustaría oír. Y así no me ayuda en absoluto.

—¡Tú no lo entiendes! No necesito una motivación para seguir con la dieta. Esto es un plan descabellado, un buen lío en el que me ha metido Bigazzi, y no sé cómo voy a salir de ésta.

Edoardo calla, intimidado, justo en el momento en que yo necesito consuelo y apoyo.

Y, al igual que hace siempre que se le acaban los argumentos porque no sabe qué quiero que me diga, me coge la mano y dice:

—Ánimo, todo irá bien.

El resultado es que me levanto de un salto y voy a la cocina a hacer pasteles.

Como Edo no soporta que esté de morros, me sigue para asegurarse de que no estoy enfadada con él.

—Anda, por favor, no te pongas así —me pide con una sonrisa triste, perseverando en las negociaciones de paz, cuando yo ya he rebasado el límite de seguridad.

—Mira, déjalo ya, ahora necesito estar sola —respondo, seca. Luego abro los muebles y tiro los ingredientes en la mesa.

—¿Por qué no vuelves a la cama e intentas dormir un poco? Te haré una manzanilla, a ver si te relajas. Si quieres te doy un masaje en los pies...

—¡No necesito ningún masaje en los pies! —grito de manera desproporcionada. Tiro en la mesa el cuenco de plástico lleno de harina y se cae al suelo.

—Perdona —murmura él.

—¿Qué perdone el qué? ¿Crees que solucionas algo con tus tiritas de colores, eh? ¿Piensas que mi madre saldrá del manicomio? ¿Que el libro se escribirá solo? ¿Y que alguien nos va a regalar una casa, o que te ascenderán por el solo hecho de que eres honesto y trabajas el doble que los demás? ¡Venga, dime!

Edoardo mira al suelo sin saber qué decir. Y a mí me gustaría que me cogiera por los hombros, me obligara a sentarme a la mesa y me ayudase a encontrar todas las soluciones prácticas posibles y reales.

Sólo eso: un aliado que no se descomponga ante una crisis histérica y, en el fondo, comprensible, un compañero que, cuando lo necesite, posea una dosis doble de lucidez y concreción. En definitiva, un adulto.

—Vete a la cama, por favor —le digo, seca.

Y él, por toda respuesta, se arrodilla a recoger la harina con las manos, la convierte en pequeños montoncitos irregulares y se mancha el pijama.

Es lo único que se le ocurre hacer.

Estoy cansada, terriblemente cansada.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas.

## 7

—No, Maria Vittoria, créame, nadie intenta echarla —repito por décima vez—. Calamandrei no va a hacerle sombra, son autores completamente distintos... sí, tiene razón, usted es una autora y él un analfabeto con suerte, pero... sí, le paso a Bigazzi.

Ilaria me mira, compungida, retorciéndose los dedos.

—Lo siento, no he podido calmarla de ninguna manera.

—Lo contrario me habría sorprendido —contesto tranquilizándola—. Es un golpe duro para su autoestima, nos lo hará pagar caro.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone?

—Puedes encargarte de las invitaciones para la fiesta en honor de Calamandrei —le respondo, y le paso una lista más larga que el manual de instrucciones de una impresora a color—. Bigazzi quiere que venga todo el mundo, y eso incluye a periodistas, gente del espectáculo, críticos...

—O sea, el paquete completo —me dice, más serena.

—Exacto.

Miro el reloj. Son casi las once.

Suspiro.

—No llegará antes de las doce —me advierte Ilaria.

La miro. Me sorprende otra vez que sea capaz de leerme el pensamiento.

—Se acuesta a las tres todas las noches, no se despertará pronto ni el día de su boda.

—¿Lo conoces mucho? —preguntó tras sonreír muy a mi pesar.

—Hemos coincidido en varios actos. Es simpático, pero sé que a veces es difícil trabajar con él. Vende más que nadie y se aprovecha.

Ya, sí, me parece justo.

No sé cómo puede considerarlo «simpático», pero sin duda es una limitación mía: no sé separar al hombre del personaje. Además, el hecho de vender cien mil ejemplares no te convierte automáticamente en buena persona.

Según mi experiencia, el noventa y nueve por ciento de los autores, aunque sean capaces de hacer llorar a los criminales más duros, son tan sensibles

como una mecedora.

Me quedo sola y reflexiono sobre lo mucho que ha cambiado el mundo.

Hace un par de siglos, paseando por Milán podías cruzarte con Alessandro Manzoni estrujándose el cerebro para escribir el final de *Los novios*. En cambio, hoy tienes que hacerle la rosca a un «analfabeto con suerte» (por citar a la Spagnulo) sólo porque «vende más que nadie». Aunque hay que reconocer que editar a Manzoni no debió de ser precisamente fácil, tardaron nada menos que trece años...

Se me van los ojos al manuscrito de Rapisardi y decido llamarlo.

—Hola, Mauro, ¿todo bien?

—Hola, Francesca, me alegro de hablar contigo. Quería llamarte, pero me daba miedo molestar. Imagino que estaréis muy ocupados con la llegada de Calamandrei.

—Si te dijera que no, mentiría, pero sobreviviremos. ¿Vendrás a la fiesta?

—¿Qué fiesta?

—La superfiesta de la editorial, no puedes faltar.

—¿Es la fiesta de bienvenida a Calamandrei, no?

—Sí. Anda, vente. Emborracharemos a Bigazzi y lo obligaremos a publicar tu manuscrito.

—No me tientes. Si sirviera para algo, haría una huelga de hambre.

—Bigazzi no es un tipo que se ablande, pero sería capaz de matar a un autor para que subieran las ventas.

—Es una idea —comenta amargamente.

—Anda, Mauro, hay que vivir la vida. Nos vemos el sábado.

Y cuelgo.

Escritores...

Bigazzi me llama por quinta vez desde su despacho para preguntarme si ha llegado Calamandrei.

—Todavía no, será cuestión de poco rato —le digo con voz tranquilizadora.

Oigo que lanza objetos sobre la mesa, probablemente marcos...

—El muy... el muy...

Cuelga antes de compartir el adjetivo conmigo.

Por fin suena el timbre y me sobresalta.

No sé si levantarme e ir a su encuentro o esperarlo en mi mesa. Beatrice me disipa las dudas al instante.

—Calamandrei dice que os veáis en el bar de la esquina, aún no ha

desayunado.

Lo que faltaba.

No sé si reírme o estrangularlo.

Me inclino por la segunda.

Entro en el bar a la hora en que la gente normal está a punto de almorzar, mientras los escritores van por el segundo capuchino con leche de soja.

Lo veo sentado a una mesa, en la esquina de la sala, hablando con dos chicas entusiasmadas mientras les firma un autógrafo en una servilleta de papel.

Espero pacientemente mi turno, luego le hago una señal con la mano y él achica los ojos para verme. Seguramente me ha confundido con otra fan.

—Hola, Federica —me dice, y se despide de las chicas guiñándoles un ojo.

—Ejem... Francesca —lo corrijo, azorada.

—Es verdad, no tengo memoria para los nombres. Bueno, ¿qué tal? —me pregunta, como si hubiéramos quedado para tomar el aperitivo.

—Bien, gracias... ¿y tú? —digo. Me siento y empiezo a sentir que me está tomando el pelo.

—Yo siempre estoy bien —responde mirándome con una sonrisa arrogante.

—Me alegro de oír eso. Bueno, ¿has pensado en algo? —empiezo, más agresiva de lo que me había propuesto al bajar la escalera.

—No. ¿Y tú?

Inspiro profundamente y me coloco bien las gafas.

—Leonardo, ya hablamos del tema ayer, tenemos poco tiempo y...

—¿Y qué? —replica, provocándome, y sorbe su capuchino.

—Que me digas qué piensas hacer.

—Mira —contesta, molesto, dejando la taza en el plato—, para empezar, relájate, porque así me produces ansiedad y no soporto a los ansiosos.

Me callo, más insegura aún sobre lo que debo hacer, y asimilo la amenaza velada de expulsión.

No estoy a gusto y comprendo lo que querían decir Alessandro y Paola al llamarme «maestrilla rígida»; si empezamos así de mal, no quiero imaginar cómo vamos a seguir adelante.

—Está bien —digo mirando a mi alrededor—. Pues mira... yo también me voy a tomar un capuchino.

Hace un gesto con la cabeza, «eso está mejor».

En cuanto me levanto para ir a la barra y lo veo coger rápidamente el móvil y escribir algo, temo que esté twitteando: «Estoy con una tocapelotas, ¡que alguien venga a salvarme!». Sería capaz de hacerlo, porque está muy metido en las redes sociales.

Vuelvo a la mesa y veo con satisfacción que ha sacado un bloc y un bolígrafo.

—Verás, Leonardo —yo también juego la carta de la vaselina—, Bigazzi está encantado contigo y haría cualquier cosa para tenerte contento y que te veas en condiciones de escribir serenamente. Y yo también quiero ayudarte de la mejor manera posible. Todavía no nos conocemos, pero estoy segura de que cuando empecemos a sintonizar, trabajaremos bien. Confía un poco en mí y te lo demostraré.

La magia del aceite vuelve a surtir efecto. Calamandrei se pasa la mano por el pelo, en señal de distensión, y me mira con menos desconfianza.

—¿Quieres hablarme de alguna idea? —prosigo, sin ser plenamente consciente de lo que digo—. Cualquier cosa, por vaga que sea, una lluvia de ideas entre nosotros —lo incito, para que se sienta más a gusto. Y tengo curiosidad por saber qué va a inventarse.

Alza los ojos hacia el techo de manera dramática, luego los cierra un largo momento en el que podría ir al lavabo y volver sin que él se enterara.

—Me apetece escribir... una historia de amor.

—¡Genial! —exclamo, como si fuera una grupi, y me lanzo a apuntarlo en mi bloc, justo debajo de «pequeña Italia».

—Pero una historia de amor cruda, sin florituras, despiadada.

Asiento, secundándolo.

—Con mucho sexo, pero sexo oscuro, culpable, brutal.

Sigo tomando apuntes e imagino la cara de felicidad de Bigazzi.

—Él está casado, pero es infeliz, y ella es la maestra de su hijo. Su pasión es desenfrenada e incontenible. No pueden resistirse ni siquiera el día del festival de final de curso, y lo hacen de pie, entre bambalinas.

—Maravilloso —se me escapa en tono de admiración—. ¿Y los pillan?

—Pues no lo sé —contesta con la frente fruncida en una expresión casi de sufrimiento—. Por una parte, me tienta que así sea, pero en la vida real nunca ocurre lo que sería justo, ¿no? El castigo divino, la ley del talión... Fingimos hasta la muerte, divididos entre el sentimiento de culpa y el deseo, en un *continuum* que es como un columpio: nos eleva al paraíso y nos baja al



infierno, en una búsqueda constante del placer, que nos convierte en esclavos. Pero, en el fondo, ¿esperar el placer no es un placer en sí mismo?

Finjo creer que la cita es suya y replico arqueando una ceja:

—O sea que pretendes crear un paralelismo entre la ficción escénica y la ficción del escenario de la vida, ¿no?

—Exacto. —Me mira, maravillado—. Has dado en el clavo.

Finjo modestia, bajo la cabeza y sigo escribiendo, desconcertada ante aquel torrente de banalidades, pero contenta de que se haya desbloqueado. Sigo animándolo y haciéndole preguntas para tenerlo concentrado, una misión casi imposible dado el número de llamadas que recibe invitándolo a programas de televisión, fiestas y presentaciones. Siempre contesta con un: «¡Hola, crack!».

—¿Y vas a ambientarla en un pueblo desolado y sin esperanza de rescate, o quizá en una rica provincia aburrida y en busca de transgresión?

Me mira de nuevo como si tuviera delante una aparición.

—Buena pregunta... ¿a ti qué te parece?

Dispongo de tres segundos para aprovechar mi oportunidad. Lanzo mentalmente una moneda al aire y, con expresión segura, respondo:

—Ambientarla en una provincia opulenta te dará más juego para la trama.

—Estoy de acuerdo —responde siguiéndome el juego.

Me suena el móvil que he comprado corriendo esta mañana y contesto sin mirar.

—Hola, Pizca.

—Ho-hola —baluceo, y de pronto me siento incómoda—. ¿Todo bien?

—Todo bien. Ahora saldré a comer. ¿Tú aún estás trabajando?

—Sí, estoy trabajando —digo, y miro a Calamandrei, que me observa sin expresión.

—¿Ahora trabajas en un bar? —ríe—. Oigo ruido de tazas y vasos.

—Sí, trabajo en un bar —replico, un poco molesta.

—Ah, perdona, no quería molestar —dice bondadosamente, a pesar de mi tono distante y de lo ocurrido la noche anterior—. Nos vemos en casa esta noche.

—Sí, hasta esta noche.

Y cuelgo sintiéndome mal por haberlo tratado así sólo porque Calamandrei me cohíbe.

—¿Tu marido?

—No estamos casados, pero sí, era mi compañero —aclaro, y retomo el hilo de mis apuntes.

—¿Hace mucho que estáis juntos? —me pregunta observándome.

—Seis años —respondo sin mirarlo.

—¿Lo quieres?

Me desorienta la franqueza de semejante pregunta, que requeriría que nos conociéramos mejor, o, por lo menos, media botella de vino.

—Sí, ¿por qué? —pregunto a disgusto.

—No lo parece.

Lo ignoro para terminar con la conversación.

Pero él me observa como si fuera una radiografía a contraluz y tengo la desagradable sensación de estar desnuda en el taburete del bar.

—¿Volvemos al trabajo? —propongo.

—¿Tratas de evitar el tema?

—No, pero no creo que sea un tema para hablarlo ahora.

Otra vez me pongo rígida.

—Pues no hay un tema más adecuado, porque estoy escribiendo una historia de amor.

—Sí, tienes razón, pero no creo que mi historia personal pueda servirte de inspiración —argumento fingiendo indiferencia.

—¿Practicáis sexo?

—¿Cómo?

—No te hagas la tonta, eres lo bastante espabilada. ¿Practicáis sexo? — repite, testarudo.

—Pues claro —respondo con una cara que indica: «Por supuesto, a toneladas», esperando que no me vea el plumero al instante.

—No me lo creo. —Niega con la cabeza y se apoya en el respaldo de la silla—. Para nada.

—Venga, Leonardo —trato de distraerlo—, sigamos adelante, que íbamos muy bien.

Pero él sabe que ha encontrado un error en el sistema y se divierte torturándome.

—No puedo trabajar con alguien que no me dice la verdad. Siento que me ocultas algo y no soporto esta insinceridad subterránea, no me siento a gusto, me molesta.

—Muy bien. —Me rindo, y suelto el bolígrafo y el bloc—. ¿Qué quieres

saber?

—Quiero que me cuentes tu historia.

—¿Así, sin más? No nos conocemos, yo no pretendo saber nada de ti.

—Ya, pero, mira tú por dónde, el que tiene que escribir un *best seller* soy yo, no tú. Además, has dicho que harías cualquier cosa para que me sintiera a gusto.

—Eso es un golpe bajo.

—Anda, dime la verdad, ¿estás enamorada o no?

—No es tan sencillo, es una historia larga y no me apetece hablar de esto contigo.

—Tengo todo el tiempo del mundo —replica. Cruza los brazos sobre la mesa y apoya la barbilla en las manos.

—Siento decepcionarte, pero no tenemos ni dos meses. Te prometo que cuando acabemos el trabajo te hablaré más de mí.

Achica los ojos. Ahora me doy cuenta de que es un tic nervioso que se manifiesta cuando se siente contrariado. Pero sabe que ya no puede insistir más y acepta mi propuesta a regañadientes. Luego mira el reloj del teléfono, se levanta y anuncia:

—Tengo que irme, me esperan en la entrega de un premio.

—Leonardo, ¡por favor! —imploro como Ana Karenina cuando se agarra a la pierna de Vronski—. ¿Cuándo quedamos?

Me pone una mano en el hombro y me mira como si yo fuera una de sus fans.

—Me gusta que me supliques —dice sin atisbo de ironía—. Mañana a la misma hora.

—¿A qué hora? —le grito, rezagada—. ¿La oficial o la oficiosa?

Se vuelve y me guiña un ojo:

—¿Tú qué crees?

Yo dimito.

Voy arriba y dimito, luego hago una solicitud para entrar en un convento. Total, el voto de castidad ya lo he hecho.

Subo literalmente con las manos vacías, tan frustrada que cualquiera puede leérmelo en la cara. Antes de que pueda encerrarme en mi nuevo «despacho» (un trastero sin ventanas que han vaciado para la ocasión), Bigazzi me intercepta.

—Dígame qué tal ha ido. ¿Tiene ideas? ¿Hay material? ¿Se ha puesto a

escribir?

No puedo decirle que la respuesta a las tres preguntas es «no», o pesaría sobre mi conciencia un cadáver. Así es que decido tomarme mi tiempo y dorar la píldora.

—Tiene muchas ideas, sólo tenemos que... ordenarlas —explico, aunque mi único deseo es coger una enorme cartulina, escribir con el rotulador negro: «¡Ya le dije que era una gilipollez!» y pegarla en la puerta de su despacho.

—Francesca, tenemos que conseguirlo —insiste bajando tanto la voz que casi tengo que pegar la oreja a su boca—. Tiene que conseguirlo o estoy acabado, ¿lo entiende?

—Lo sé muy bien, créame. Lo ataré corto —respondo como si fuera cierto.

—Cuento con usted —me repite antes de alejarse.

—Lo sé —concluyo al entrar en mi trastero.

Y allí descubro a Paola escondida detrás de la puerta.

—¿Qué haces?

—Escuchar.

—¿Y qué has oído?

—Lo que imaginaba: que no hay ningún maldito libro.

—Calla, Paola. —Me lanzo a taparle la boca—. No puede saberlo nadie. Técnicamente, ahora debería matarte.

—Anda ya, sé muy bien que debo mantener la boca cerrada. ¿Y qué vais a hacer?

—Obligarlo por la fuerza si es necesario.

—Si necesitas ayuda, llámame. Voy a ver si saco a Annamaria del lavabo. Ha pulsado no sé qué en el teclado y le ha desaparecido todo el correo de Outlook. Estamos esperando a Alessandro.

Por primera vez desde que estoy aquí, me cambiaría por ella, pienso. Las responsabilidades son un arma de doble filo, te hacen crecer y al mismo tiempo te quitan años de vida.

Releo lo que he escrito en mis apuntes, que no es mucho, y me pregunto si de ahí se puede sacar una maldita novela en pocos meses.

Todo es posible, sí, pero... necesitaríamos el equipo de Ken Follet.

Decido que no puedo hacer nada por Calamandrei hasta mañana, excepto contratar a un hipnotizador que lo obligue a escribir hasta que reviente, y prosigo con las otras novecientas cosas por hacer que había dejado en el aire: más textos por editar, colecciones por supervisar, llamadas pendientes,

autores a los que suplicarles...

Pero antes de nada llamo a Edoardo para disculparme por lo mal que lo he tratado.

—Eh, Rapunzel —responde, contento de oírme—. ¿Todo bien?

—Sí. Es que antes he colgado bruscamente, lo siento...

—No te preocupes por mí, sé que estás trabajando, no me lo he tomado a mal.

Nunca lo haces, pequeña cría de foca.

Tú no te lo tomas a mal ni cuando te golpean la cabeza a bastonazos.

Tú siempre tienes un buen motivo para perdonar a los demás.

Tú no eres de este mundo.

Desearía quererte como te mereces.

—Bueno, nos vemos en casa —le digo.

—Muy bien. ¿Quieres que compre comida para llevar?

—Vale. Yo llegaré tarde, como siempre.

—¿Qué quieres que compre?

Suspiro.

—Pollo y patatas fritas —respondo. Y cuelgo.

No tiene remedio. Es incapaz de tomar decisiones, o quizá prefiere viajar en la estela del mundo, dejándose llevar por la corriente sin esfuerzo alguno... ¿Para qué luchar?

Me sorprendo pensando otra vez en mi madre y su actitud naíf ante la vida. Mientras las cosas iban bien y mi padre se ocupaba de todo, era fácil. Tardes perezosas con sabor a limonada, *polaroids* desenfocadas de una sonrisa sin dientes, la falda levantada, girando hasta el infinito, y pompas de jabón subiendo al cielo.

Pero cuando la burbuja explotó y llegó el momento de luchar para sobrevivir, mi madre empezó a hacerse la muerta.

Y, por comodidad, también dejó que eligieran por ella.

Sólo que, en vez de pollo y patatas fritas, optó por la casa de reposo y las pastillas.

¿De verdad somos tan obtusos que sólo sabemos elegir como compañeros a copias hábilmente camufladas de nuestros padres?

¿Qué nos impide huir del peligro conocido? ¿La ingenua ilusión de un final feliz? ¿O el hecho de que sólo somos capaces de afrontar lo que ya hemos vivido, para bien o para mal?

¿Por qué es tan difícil deshacerse de los vínculos, ya sean de sangre o contractuales?

Este pensamiento me acompaña toda la tarde, hasta que la voz de Alessandro abriendo mi puerta como si fuera su nevera me da un motivo para sonreír.

—Eh, maestrilla, ¿quién es la nueva con el pelo corto que está sentada allí?

—Acaba de incorporarse, y es una buena chica. ¡Aparta tus zarpas! —contesto sin levantar la mirada del teclado.

—Es muy, pero que muy mona —comenta. Entra y se sienta en mi mesa, como todos últimamente—. ¿Me la presentas?

—No, porque si lo hago saldrás con ella, te la llevarás a la cama, le romperás el corazón y luego nos dejará. Es una pésima idea... pensándolo bien, voy a encerrarla en el baño.

Paola llega en cuanto ve aires de pausa, como siempre. La verdad es que en esta editorial las únicas que trabajamos somos Silvia y yo.

—¿Me la presentas tú? —le pregunta, confiando en el hecho de que a Paola la puede comprar con un paquete de chicles.

—¿A quién, a Ilaria? —contesta sin dudar—. Sabía que te fijarías en ella. ¿Qué me das a cambio?

—No recuperaré los correos perdidos de Annamaria.

—Trato hecho. ¡Ilariaaaaa! —grita como si estuviera en su casa.

Ilaria se asoma a la puerta.

—Te presento a Alessandro, nuestro programador, un mago de la informática.

Alessandro se pone de pie y despliega sus dotes de *tombreur de femmes* esbozando su mejor sonrisa mientras le tiende la mano.

—Soy Ilaria —dice ella, con curiosidad.

—Si no fuera por él, estaríamos perdidos —subraya dramáticamente Paola.

—Tanto como perdidos... —intervengo con una mueca.

—¿Mac o PC? —preguntá él, serio.

—PC, de toda la vida, pero en público lo negaré siempre —contesta ella sin vacilar.

—¿Tu navegador favorito?

—Chrome.

—¿iPhone o Samsung?

—Nexus.

Alessandro duda imperceptiblemente, y tengo la impresión de ver cómo estallan fuegos artificiales detrás de ellos mientras suenan las notas de *Un hombre y una mujer*.

¡Perfecto! Dos semanas como máximo, y luego él la deja.

¿Y quién tendrá que ocuparse otra vez de la Spagnulo?

Paola me hace señas para que vayamos a prepararnos un café.

Me levanto y la sigo.

—Ya sabes que normalmente no me preocupan las amenazas del Demente, pero necesito un punto de vista externo —me dice enseñándome su móvil.

Bajo el nombre «Demente» veo una foto del edificio donde vive Paola.

—Me la envió anoche. Evidentemente, estaba ahí fuera.

Por primera vez noto cierta preocupación en su voz.

—Paola, tenemos que llamar a los carabinieri —le digo, angustiada.

Se encoge de hombros.

—Sólo hacen algo cuando huele a muerto.

—Ya, pero, si no están al corriente, seguro que no podrán intervenir.

—¿Sabes lo que más me preocupa, Fra? Que Roberto no tiene nada que perder y está concentrando todas sus energías en mí. Me considera el origen de todos sus males y quiere castigarme por haberlo dejado. No piensa que el hecho de haber sido siempre un vago y un mentiroso puede ser la razón del fracaso total de toda su vida.

Intento disimular el miedo que me sube desde el fondo del estómago removiendo mi café.

—¿Por qué no te vienes unos días a casa? —le propongo—. Puede que se desanime.

—No, Fra, no pienso darle la más mínima satisfacción. Tendrá que cansarse solo.

—¿Y si no se cansa? —le pregunto seriamente—. ¿Y si te hace daño? Me tienes preocupada.

—No me hará nada, ¡es un cobarde de mierda! —exclama, y lanza con rabia el vaso de plástico a la papelera—. Si empleara una décima parte de sus esfuerzos por amargarme la vida en encontrar trabajo, ya sería administrador delegado de la FIAT.

Nunca la he visto perder los estribos, y eso me confirma que está más asustada de lo que quiere demostrar.

Annamaria viene a reclamar la presencia de Paola, y por poco la coge de la

oreja para llevársela a su despacho.

Me quedo sola un minuto. Apoyo la espalda en la pared, en busca de un poco de protección. ¿Cómo es posible que eso que llamamos «amor» se transforme hasta convertirse en odio ciego, y que la infelicidad del otro sea el único objetivo en la vida de alguien?

¿Que a la misma persona que antes teníamos en un pedestal ahora deseemos verla en un ataúd?

¿Cuándo empezamos a ser tan frágiles como para creer que no podemos sobrevivir sin el otro?

Como niños abandonados, lloramos y nos desesperamos hasta que nos parece que la única idea inteligente es «hacérselo pagar» a ese progenitor distraído y malo.

La distancia está en la naturaleza de las cosas, y al oponernos a la separación y la muerte, nos oponemos al ciclo de la vida.

Pienso en Edo y en cómo reaccionaría si yo lo dejara.

Seguro que lloraría y se negaría a aceptar mi decisión, pero, una vez asimilara mi elección, ¿llegaría a odiarme y querría castigarme?

Un escalofrío me recorre la espalda.

Sólo por un momento.



## 8

Calamandrei me mira fijamente desde hace quince minutos sin soltar palabra, apretando en una mano una pelota antiestrés.

Después de trabajar varios días juntos, voy perfeccionando estrategias cada vez más sofisticadas para mantenerlo concentrado.

—¿Quieres que lo repasemos? —le propongo para que salga del estado de trance.

Me hace un gesto con la cabeza.

—Fabrizio y Luisa llevan diez años casados, se hicieron novios en el instituto, tienen dos hijos y viven en Brianza. Están en buena posición, los dos trabajan: él es empresario, ella está en un banco. Llevan una vida típica: vacaciones de verano en la playa, semana blanca en invierno, los amigos de siempre. Entre ellos ya no hay intimidad ni complicidad, se limitan a hacer lo mismo todos los días, año tras año, siguiendo una rutina claustrofóbica e inconsciente.

Hago una pequeña pausa mientras trato de no constatar lo mucho que esta historia se parece a la mía.

—Un día, Luisa le pide a Fabrizio que vaya a recoger a su hijo al colegio. Allí, él conoce a Gaia, la maestra de primaria de su hijo, guapa, desenvuelta y sensual. Fabrizio la invita a un café y enseguida surge entre ambos una atracción física incontrolable, tan fuerte que acaban manteniendo relaciones sexuales en el lavabo del bar.

Aquí, además de parar, bebo un sorbo de agua. Esta historia, desde luego, *no* se parece en nada a la mía.

—Por fin Fabrizio se siente más vivo que nunca, como si tuviera otra vez veinte años y toda la vida por delante, y empieza una relación intensa y pasional con Gaia. Ella lo impulsa a romper sus esquemas e inhibiciones y cada día le pide cosas más audaces e imprudentes, hasta llegar a la escena culminante en que practican sexo entre bambalinas durante la función de fin de curso del niño, a pocos metros de su mujer, que está sentada en primera fila.

Miro a Calamandrei con la esperanza de que añada algo, pero nada, una

máscara de cera.

—¿Qué crees que falta? —me pregunta después de una pausa infinita.

«Cuatrocientas páginas», me gustaría contestar, pero me reprimo.

—Depende del aire que quieras imprimirle —improviso, y dejo caer varios temas mientras finjo tomar apuntes—: Si quieres que triunfen el amor y los buenos sentimientos, en algún momento Fabrizio tendrá que desmontarse... no sé... el hijo tiene un accidente mientras él está en un motel con Gaia y, de pronto, comprende lo importante que es la familia, se pone a rezar... cosas así. Y si prefieres atormentarlo con un sentimiento de culpa turbio y subterráneo que arrastrará el resto de su vida, haz que Gaia se quede embarazada.

—¿Has hecho alguna vez de negro? —me pregunta, impresionado.

—Es lo único que me falta. Después de eso, ya deberían canonizarme — respondo, aliviada al ver que ha tomado en serio mi propuesta.

—Lo digo porque realmente tienes talento.

—No es talento, es experiencia en el campo de batalla.

Me observa un instante, luego, de pronto, se levanta.

—Necesito un capuchino, ¿bajamos?

—Ya hemos bajado dos veces.

—¡No me digas que las cuentas! —replica, hastiado.

—No, pero... —Lo miro y me rindo—. Podríamos llamar al bar para que nos lo suban.

—¿Por quién me has tomado, por un machaca? —me dice, despectivo—. Necesito estirar las piernas, llevo dos horas sin levantarme. Yo bajo. Si no vienes, nos vemos luego.

Lleva sentado exactamente veintisiete minutos, pero no se lo digo para que no me eche en cara que también los cuento...

Cojo el plumas y corro tras él, porque, si lo dejo ir solo, tardará como mínimo tres cuartos de hora.

Fuera sopla un viento helado, pero él va siempre con camiseta y americana, no sé cómo lo resiste. Quizá su ego hipertrófico lo abriga.

En el bar ya lo conocen y le preparan un capuchino con leche de soja en cuanto entra por la puerta. Juraría que la camarera está enamorada de él.

En cambio, yo para pedir un café tengo que meterme entre dos energúmenos en la barra y esperar que la misma camarera se apiade de mí y capte mi mirada.

—Nos va de maravilla, ¿eh? —me dice sin dejar de mirar en derredor para cerciorarse de que lo reconocen.

—Pues... sí, pero acabamos de empezar y ahora no podemos relajarnos.

—¡Mira que eres palizas! —Resopla—. Para ti sólo existe el trabajo. Pues mira, te voy a dar una noticia: ¡para mí no! O sea que intenta relajarte, profe.

Ya había intuido que para él el trabajo no es una prioridad, pero, con esta tendencia suya a tratarme mal, acaba hiriéndome siempre, y lo peor es que no puedo echarle el café a la cara y marcharme.

Pero me prometo que lo haré en cuanto vea el libro impreso.

—No quería presionarte —le digo en el tono más amistoso que encuentro—. Piensa que nos interesa terminar cuanto antes, así nos quitamos el problema de encima y tú podrás dedicarte a... otra cosa.

—¿Sabes cómo me haces sentir? —me contesta sin escucharme—. Como si aún no hubiera terminado los deberes, y hasta que no los termine, no puedo ir a jugar. Es muy irritante, ¿sabes? ¡No me extraña que tu *compañero* no te folle! —dice con una maldad tan gratuita que me deja petrificada.

Como si él me hubiera tirado el café a la cara.

—Vuelvo arriba —es lo único que consigo murmurar, cabizbaja, y salgo corriendo del bar.

Las lágrimas brotan sin control, por mucho que intente detenerlas.

Pienso en mi madre, en mi padre, en toda mi vida y me pregunto qué he hecho tan mal como para merecer esto.

Hago lo que puedo, y todo sola, pero nunca está bien, es demasiado o es poco.

Llevo años soportando todos los histerismos, pataletas, maldades y faltas de respeto, y al final siempre soy yo la que no lo hago bien.

Eres rígida, pareces una maestrilla, no sabes cuidar de tu madre, no has conseguido que vuestra relación crezca, me digo a mí misma.

Que se vayan todos al diablo.

Ahora hablo con Bigazzi y dejo el proyecto. Aunque sea lo último que haga.

Entro por el portal y subo corriendo la escalera, pero, tras los primeros peldaños, me cogen del brazo y casi me caigo.

—Déjame en paz. —Me suelto con rabia—. No quiero tener ningún trato contigo.

—Perdóname, me he pasado —me dice Calamandrei con lo que él

considera una expresión de arrepentimiento que quizá funcione con su filipina.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decirme? ¿Te atreves a juzgar a los demás sólo porque alguien ha decidido que eres el mejor escritor vivo? ¿Qué sabes tú de mi vida? ¿Qué sabes tú de mi compañero? ¿Quién te crees que eres para despreciar así la raza humana?

Me mira, impresionado y confundido, pero no leo ni un atisbo de arrepentimiento en sus ojos; es más la sorpresa de oír que le digo las cosas a la cara, pero no parece darse cuenta de que estoy hablando con él.

—Te voy a dar un consejo, Calamandrei —le espeto antes de irme—: entre capuchino de soja y capuchino de soja, procura encontrar tiempo para releerte el contrato, porque... ¿sabes una cosa? Si no entregas el maldito libro dentro de ocho semanas, ¡lo tienes jodido!

Giro sobre mis talones, subo a la oficina y voy directa a llamar a la puerta de Bigazzi. Pero antes de que tenga tiempo de anunciarme, me cogen por los hombros con la fuerza de un águila que apresa entre sus garras a un cabrito.

—No lo hagas, por favor. Haré todo lo que quieras, Francesca —dice, y se pone de rodillas, literalmente—, pero no me metas en líos.

Una vez más, lo miro de arriba abajo y no puedo dejar de sorprenderme al ver la cantidad de niños cuarentones que hay entre nosotros que no sobrevivirían ni una tarde en plena naturaleza.

Suspiro.

—Anda, levántate, que me da corte verte así —le pido frunciendo el ceño.

—¿No vas a dejarme? —me pregunta como si fuera Oliver Twist. Luego se levanta y se sacude el polvo de las rodillas.

—Por esta vez, no —contesto a regañadientes—. Pero ni se te ocurra volver a hablarme como lo has hecho antes. Nunca más —insisto, y noto que la herida me escuece de nuevo.

—No, no, te lo aseguro. Te pido disculpas, he sido un cabrón.

—Pues sí, totalmente. Y ahora volvamos al trabajo. Ya hemos perdido demasiado tiempo —concluyo, recuperando mi papel de maestrilla, el único que me da resultado.

Calamandrei no rechista durante las tres horas y media que siguen, y me obedece como un perro amaestrado.

Hace propuestas, está concentrado y, cuando responde al móvil, empieza con un «Perdona, estoy trabajando», afirmación que debe de suscitar cierta hilaridad en sus interlocutores, porque lo oigo repetir indignado: «Te lo juro, es verdad» al menos dos o tres veces.

Confieso que es la persona más desagradable con la que he trabajado, y sólo deseo que este asunto se resuelva lo antes posible, porque van a ser las ocho semanas más largas de mi vida.

Los únicos que nos interrumpen de vez en cuando son Ilaria, para pedirle que confirme la lista de invitados a la fiesta y evitar incidentes diplomáticos con personas a quienes no desea ver (que, como yo sospechaba, son bastantes), y Bigazzi, que, con cualquier excusa, viene a preguntar cómo nos va y siempre se queda unos minutos de pie, con la esperanza de que le consultemos algún aspecto de la trama para luego poder alardear de que la idea que le hizo ganar el Premio Strega a Calamandrei es suya.

Maria Vittoria Spagnulo ha anunciado de forma melodramática que no asistirá a la fiesta en señal de protesta, a pesar de que Bigazzi trató de persuadirla con flores, agua de colonia y trufas de Alba incluidas. Ilaria, el gabinete de prensa y una servidora también le suplicaron que participase, pero fue en vano; dijo que nunca se había sentido tan humillada y que a ella nunca le habíamos hecho una fiesta de bienvenida. Olvida que cada año alquilamos el Piccolo Teatro para celebrar su cumpleaños.

Pero, claro, ¿cómo lograr que Mariah Carey y Jennifer López convivan en la misma habitación?

Como me temía, a la hora de almorzar a Calamandrei lo reclaman sus compromisos ineludibles, y me toca arreglar los capítulos que hemos escrito (dos) para adaptarlos al gusto de un prestigioso premio literario. Eso me supone un esfuerzo titánico, y tengo que recurrir a la ayuda de los sinónimos de Word que me ha sugerido él.

Paola me recoge por la noche a tiempo para nuestro picoteo de los viernes.

Parece cansada y preocupada. Yo trato de no pensar en ello, pero no estoy nada tranquila.

—He cogido un par de botellas del *catering* de mañana por la noche. Bigazzi no se dará cuenta —me comunica metiendo un Dom Pérignon en la bolsa del gimnasio.

—A no ser que nos registre a la salida —objeto esperándome cualquier cosa.

Nos miramos en silencio como si cada una fuera el espejo de la otra: despeinadas, con ojeras, los dedos manchados de tinta y t pex y una necesidad patológica de vacaciones. Y nos echamos a reír como locas.

—Vámonos de aquí antes de que a alguien se le ocurra ponernos a hacer canapés —me dice antes de apagar la luz y dirigirse a la salida.

La sigo, y de pronto veo a Annamaria, que siempre gravita en torno a las puertas con aire desconfiado.

— Ya te vas? —interroga a Paola con mala intención.

—Eso parece —contesta ella mirando el reloj—. Son casi las ocho y es viernes.  Tienes una idea mejor?

— Has pactado la entrevista de Leonardo con *Vanity*?

—S , me han dicho que me llamarán.

— Que te llamarán?  No es una audición para el concurso *X Factor*! Les ofrecemos una entrevista en exclusiva,  por qué no has insistido?

—Porque esta mañana no había ninguna responsable editorial, es la semana de la moda y todos estaban en los desfiles.

— Y no los puedes llamar al móvil? —insiste, y yo también empiezo a sentirme incómoda.

—No quería molestarlos mientras estaban fuera de la oficina. Si me han dicho que me llamarán, seguro que lo van a hacer.

—Eres del gabinete de prensa, no tienes que esperar que te llamen. —Gesticula, polémica, y le tintinean las pulseras—. Eres tú quien llama y tocas los huevos hasta obtener las respuestas que quieres.

— Has terminado? —resopla Paola.

—No, no he terminado. Nunca acabas ninguna de tus tareas.  D nde est  el dossier de prensa que te he pedido?

—Lo terminará el lunes. Son más de mil páginas en color, he tenido que cambiar dos veces el cartucho de la impresora.

Annamaria niega con la cabeza en señal de desaprobación.

—Est  bien —concluye en un tono que no augura nada bueno, y vuelve a su despacho, dejándonos all  plantadas.

— Vas a quedarte? —le pregunto—. Si quieres, te echo una mano.

— Anda ya!  Acaso crees que son cosas urgentes? De vez en cuando, se acuerda de algo que me pidió hace un mes y, de repente, se convierte en su prioridad absoluta. Y nunca tiene en cuenta todo lo que hago sin que ella se preocupe, pero, ya sabes, ella es la «responsable».

Sonrío y esta vez salimos de verdad. Es un alivio que sea viernes, aunque alegrarme de haber llegado al final de una semana que precede a millones de semanas idénticas hasta la jubilación hace que me pregunte si éste es mi objetivo en la vida.

Al llegar a su casa, Paola empieza a dar signos de nerviosismo.

—¿Más fotos inquietantes? —le pregunto.

—Esta mañana he encontrado tierra dentro de mi buzón —me contesta mirando hacia delante.

—¿La habrá echado él?

—¿Y quién sino... el jardinero?

Entramos, cerramos rápido el portal y corremos hacia casa como hacemos siempre, pero más deprisa.

—Si no lo haces tú, yo llamaré a los carabineros —digo tirando el plumas en el sofá.

—Fra, es mi palabra contra la suya, no me apetece contarles mi vida a unos desconocidos y contestar a preguntas incómodas, no quiero. Me dirán que sólo son provocaciones, luego hablarán con él y aún se enfadará más.

Enciende un cigarrillo con rabia y saca la botella de la bolsa.

—¿No esperamos a Alessandro? —le pregunto al ver que empieza a manipular el corcho.

—Me ha mandado un mensaje. Dice que no viene.

—¿Quééé? —Pongo los ojos en blanco—. ¡Es la primera vez en tres años!

—El poder del *amoor*. —Descorcha con fuerza la botella y la espuma caliente cae al suelo—. La había invitado al restaurante sardo, pero Ilaria está a dieta y entonces se ha ofrecido a prepararle una cena de quinientas cincuenta calorías.

—¡Es humanamente imposible! —me río.

—Verduras crudas sin aceite, carpacho de pulpo, crema de calabaza y puerros, veinte gramos de espaguetis de soja salteados con pimientos, rábanos cocidos y sorbete de manzana verde. Me he pasado el día fotocopiándole recetas de uno de nuestros libros.

—¡Por eso has gastado los cartuchos de la fotocopidora!

—Lo quería en papel, ha insistido.

—Seguro que tampoco has llamado a *Vanity*.

—¿Para qué? —ríe—. Nunca contestan.

—¡Eres lo peor! —le digo pasándole la copa.

—Ya lo sé. Es que odio a la idiota de Annamaria.

—Venga, brindemos por los nuevos amores entre frikis, los escritores presuntuosos, las jefas incompetentes y los exmaridos que deberían aceptar su situación.

—Vale, y también por los novios serios, buenos, enamorados y fieles que siempre están a tu lado, día tras día, pase lo que pase.

Sonríó pensando en la analogía con un perro, y me veo sentada en el sofá al lado de un golden retriever que está leyendo el periódico.

Muevo la cabeza para ahuyentar la imagen.

—Dime, ¿cómo te va con Calamandrei? —me pregunta relajándose en el sillón.

—No tengo palabras para describirlo. —Me estremezco—. Nunca había conocido a alguien como él. Lo único que le interesa es su pelo y que lo reconozcan. Aparte de eso, no tiene ni idea de lo que hay en el mundo que lo rodea. A pesar de todo, no veas el éxito que tiene con las mujeres. Lo paran, se hacen fotos abrazadas a él. ¡Una hasta le pidió que le firmara un autógrafo en el brazo!

—Eso es porque creen que es como los protagonistas de sus novelas, un hombre que sufre por amor, que dice esas frases estilo Robert Pattinson, que las entiende como nadie, que las amará siempre. Y en realidad...

—En realidad no es más que un bluf —prosigo—. Y lo más absurdo es que cuanto más crápulas y mujeriegos son, más convencidas están de que podrán cambiarlos, de que se casarán con ellas, serán padres modélicos y les dedicarán los próximos cincuenta libros para agradecerles públicamente el haberlos convertido en hombres mejores.

—Yo también lo creía hace mucho tiempo —ríe amargamente Paola—, cuando estaba enamoradísima de Roberto, ya sabes, del Demente. Era guapo y maldito, y parecía tan libre... No le daba miedo nada ni nadie, y cuando me hablaba de sus viajes y sus aventuras, yo me perdía en sus ojos azules y lo escuchaba durante horas, como una tonta. Me veía con él en moto, recorreríamos el mundo y tendríamos experiencias inolvidables, conoceríamos otros pueblos y culturas, dormiríamos en un saco de dormir bajo el cielo de Mongolia y despertaría al amanecer, sin preocuparme de hacer la compra o de pagar el alquiler, porque, según decía él, trabajaríamos aquí y allá, regentaríamos un establecimiento o recogeríamos kiwis en Nueva Zelanda. Si llego a saber que para Roberto el «esfuerzo físico» era lo mismo



que para Bigazzi la «paz interior», no me habría casado con él a los tres meses.

Bebe otro sorbo.

—No podías saberlo.

—Sí podía. Un tipo que se despertaba sistemáticamente a las doce del mediodía como máximo podía ser guardia jurado. Pero entonces era incapaz de reconocer que había cometido el mayor error de mi vida, sobre todo porque mi padre me avisó, me dijo que lo pensara bien, pero yo era joven y lo sabía todo de la vida... y lo pagué caro.

Suspiro.

—¿Por qué las mujeres no sabemos irnos cuando aún estamos a tiempo? — reflexiono en voz alta—. ¿Cuando aún existe la posibilidad de correr hacia la salida con quemaduras leves, no cuando el techo se nos cae encima?

—Creo que es parte de nuestra forma de ser seguir intentándolo hasta el final. No estamos hechas para las emociones tibias. Cuando elegimos, para bien o para mal, lo hacemos con el corazón y el alma, y no nos rendimos hasta que lo hemos dado todo, hasta lo que no sabíamos que teníamos.

—El dolor no nos asusta, ése es nuestro problema, porque estamos dispuestas a lanzarnos entre las llamas...

—Todo por un intento desesperado de mantener en equilibrio algo tan abstracto como el amor. Pero las mujeres, a pesar de todo, seguimos creyendo que es algo concreto y estable, hasta que nos destrozamos la vida.

—¿Cómo podemos ser tan distintos? —Suspiro otra vez—. ¿Por qué nosotras no podemos vivir las cosas con levedad, por qué siempre tienen que ser cuestión de vida o muerte?

—Porque si nosotras también nos dedicáramos a jugar, el mundo se iría a pique —contesta enrollándose un mechón de cabello en el dedo.

—Tienes razón, en esto los hombres tienen la vida mucho más fácil. Viven el momento, se divierten sin pensar en lo que viene después, y encima sólo hacen una cosa a la vez.

—La culpa es nuestra: se nos ha metido en la cabeza que tenemos que demostrar lo que valemos y siempre nos esforzamos el triple.

—¿Hay alguna alternativa? —le pregunto, meditabunda.

—Sí. Tienes que rebelarte, decir que «no» claramente, marcar unos límites.

—¡No me lo puedo creer! Tú también has leído *Cómo lograr que tu jefe te respete*.

—Bueno, no lo he *leído*... lo he hojeado —admite, y empieza a reírse.

—¿Sabes que es imposible decirle que no a un jefe? En cuanto le pones un límite al tiempo o a la carga de trabajo, bajas diez puestos en la clasificación, él empieza a tratarte como si estuvieras enferma y pone a todos los demás por delante de ti.

—Lo sé muy bien, por eso ahora he adoptado la política opuesta: mínimo esfuerzo, máximo resultado. Total, mi sueldo no va a cambiar, y mi situación laboral tampoco.

—Pues a mí me importa mucho mi situación laboral —confieso—. Al menos es algo que puedo controlar.

—Cuidado, igual un día es ella la que te controla a ti.

—Si soporto a Calamandrei y hago un buen trabajo, Bigazzi me ascenderá, y eso para mí es un resultado excelente.

—¿Y con Edo qué piensas hacer?

—No lo sé. Intento no pensar en ello, igual la situación se resuelve sola.

—Ya sabes que eso no pasará —me recuerda tristemente.

—Lo sé, pero ahora estoy concentrada en el trabajo con Calamandrei. Luego te juro que intentaré buscar una solución.

Un ruido de cristales rotos nos sobresalta.

Nos miramos, preocupadas.

Salgo a la terraza a ver qué ocurre y veo a una señora que está tirando las botellas en el contenedor.

Lanzo un suspiro de alivio y entro a tranquilizar a Paola. Está encogida en el sillón y me mira con unos ojos enormes y perdidos.

—Fra, ¿te quedas a dormir?

No pego ojo en toda la noche, no porque el sofá sea especialmente incómodo, sino por miedo a que el Demente esté rondando por aquí fuera. Todos los ruidos me parecen sospechosos.

Me levanto sin encender la luz. Las farolas iluminan la sala. Me siento junto a la ventana.

Observo los edificios de enfrente, todos iguales bajo la noche inmóvil y gélida, las ventanas con las persianas cerradas, donde imagino a parejas que cada mañana se levantan y corren al trabajo, a llevar a los hijos al colegio, y vuelven agotadas por la noche, ponen la mesa, sacan el pan y el jamón york,

discuten mientras suena de fondo la televisión, se acuestan... y así una y otra vez, por el resto de sus días.

Pienso en Edo, que estará durmiendo y, en algún momento, alargará un pie buscándome, se despertará y luego se acordará de que no estoy.

Imagino cuántas noches me buscaría antes de acostumbrarse a mi ausencia.

Mientras yo, encogida en otra cama, tal vez seguiría preguntándome qué sentido tiene esta sucesión de días idénticos.

Vuelvo al sofá y poco a poco me adentro en un sueño pastoso y triste.

A la mañana siguiente nos levantamos con unas caras como si hubiéramos estado en una *rave trance* de tres días en Goa. Y la perspectiva de la gran fiesta en honor a Calamandrei hace que prefiera la idea de planchar una semana de camisas atrasadas.

Me despido de Paola y, al salir, mientras ella se mete en la ducha, veo en el suelo, delante de la puerta, un sobre blanco y abierto, anónimo.

Lo recojo e, instintivamente, meto la mano dentro.

Un dolor agudo me transmite una sacudida hasta el cerebro. Retiro la mano y me miro los dedos ensangrentados.

Meto en el bolso el sobre con los cristales rotos.

## 9

—¿Cómo que no vienes a la fiesta de esta noche?

—No me veo con ánimos, me siento incómodo en estos actos sociales... para ti es trabajo y tienes que hacer relaciones públicas, pero yo nunca sé qué decir y siempre acabo en un rincón.

Lo miro con una mezcla de pena y rabia.

Los sentimientos que me provoca con mayor frecuencia últimamente.

—Edo, a mí tampoco me gustan los actos sociales, precisamente por eso te lo pido. Irán todos, y para mí es importante que estés ahí apoyándome, no puedes dejar que vaya sola.

—No estarás sola. Allí verás a Paola y al resto de compañeras.

—No es lo mismo. Es un acto oficial, no una cena de celebración o un cumpleaños, irán los maridos y las mujeres de todo el mundo, y me gustaría presentarte de una vez a mi jefe. Después de tanto tiempo, al final va a creer que no existes.

—Anda, Miga, no me lo pidas, ya sabes que al final te digo que sí por hacerte un favor y luego lo paso fatal.

—¡Al menos olvídate de los apodos cuando me tienes cabreada!

—No te enfades conmigo —me dice intentando abrazarme—. Te esperaré despierto.

—Por mí como si te quieres acostar ahora mismo —respondo. Le doy la espalda y abro el armario.

—Créeme, te las arreglarás perfectamente sin mí. En realidad, yo sería un estorbo.

—Por supuesto que me las arreglaré, ¡siempre me las arreglo perfectamente sin ti! —chillo, furiosa. Saco todos los vestidos negros que tengo y los tiro en la cama.

—Lo dices porque estás enfadada.

—¡Exacto! ¿Y sabes por qué estoy enfadada? Porque no entiendo qué somos nosotros dos. ¿Crees que somos una pareja? ¿O somos compañeros de piso? Porque, sinceramente, eso es lo que parecemos.

Edoardo me mira, desconcertado, incapaz de gestionar los conflictos, como

siempre, y busca una manera de desbloquearme.

—Pues claro que somos una pareja, pero eso no significa que tengamos que hacerlo todo juntos.

Ahora soy yo quien lo mira desconcertada.

—¿Todo juntos? Perdona, ¿qué hacemos tú y yo juntos aparte de cenar y dormir? ¡Dímelo, porque *todo* el resto se me escapa! —replico con vehemencia, y noto que los dedos cortados laten con fuerza bajo las tiritas, porque la sangre me corre muy deprisa por las venas.

—Cuando dos personas llevan juntas mucho tiempo, la vida se estabiliza y se crea un equilibrio, es normal.

—¡Qué sabrás tú lo que es normal! ¡Sólo has estado conmigo, no puedes comparar! Para ti es suficiente estar ahí tranquilo, sin que nadie trastorne tu rutina inmóvil, pero eso no es la normalidad, ¡eso es la muerte! —prosigo mientras voy al cuarto de baño. Y empiezo a cepillarme el pelo con tal rabia que me voy a arrancar el cuero cabelludo.

El equilibrio es una ilusión, pienso.

—Anda, no digas eso, es natural tener diferencias a veces —trata de justificarse.

—No, Edoardo, nosotros dos nunca tenemos diferencias —replico apuntándolo con el cepillo—. Yo me cabreo y tú intentas calmarme y buscas mil justificaciones. ¡Y no lo aguanto más!

Sonríe con dulzura, trata de abrazarme otra vez y me entran ganas de lanzarle el cepillo.

Me está matando. Él no lo sabe, pero me está matando.

Bajo del taxi delante del Cherish, un sitio pijo en la zona de Brera, reservado en exclusiva para la ocasión, y veo una pequeña multitud de amigos de Calamandrei fumando con él en el exterior, bajo el frío, con vasos de Spritz en la mano.

Pago, pido el recibo, bajo sola y esbozo una sonrisa de circunstancias que voy a necesitar toda la noche.

Paso al lado de Calamandrei, que no me ve y no me saluda, y sigo recto para evitar que me diga algo desagradable.

El local está repleto de periodistas, jefes de prensa y escritores más o menos conocidos, más algunos representantes de la *intelligentsia* milanesa, a

los que Bigazzi ha invitado para darse importancia.

Cojo una copa de *prosecco* de la bandeja de un camarero y empiezo a dar vueltas para saludar a los conocidos e intercambiar con todos las doce palabras rituales «holacómoestásteveomuybientodobienfantásticohastaluego».

Ivanka está en plena forma con su minivestido blanco, sandalias con tiras atadas hasta la rodilla y el pelo rubio platino suelto sobre los hombros.

A medio camino entre Xena princesa guerrera y Daenerys Targaryen de *Juego de Tronos*, se mueve entre los invitados haciendo los honores de la casa, se asegura de que todos tengan la copa llena y les pregunta si ya conocen a «Leo, el escritor más puntero», que, dicho así, parece más bien la nueva película de la Pixar.

Bigazzi le está explicando a un grupo de librereros cómo funciona el *marketing* (ni que fuera Warren Buffet) y las pobres víctimas asienten con la cabeza sin demasiada convicción, tratando de hacer alguna objeción tímida y sin atreverse a contradecirlo (lo cual sería completamente inútil).

Veo a Ilaria muy ocupada, asegurándose de que no falten los canapés y de que los camareros retiren enseguida las copas sucias.

Me dedica una gran sonrisa.

—¿Cómo va todo? —le pregunto.

—Si sobrevivo a esta noche —dice poniéndose bizca—, seré capaz de organizar hasta los desfiles de los próximos Juegos Olímpicos.

Me muero por saber cómo le fue con Alessandro, pero no tengo suficiente confianza con ella para preguntárselo, aunque, por la luz de su mirada, quizá les fuera bien.

Esa alegría histérica que sientes cuanto estás enamorada, que te hace sonreír y verlo todo de color rosa aunque llueva desde hace semanas y se te haya estropeado la calefacción. Y sólo tienes ganas de hacer el amor y reír y comer fresas.

¿Cuánto hace que no me siento así?, me sorprende preguntándome mientras Ilaria se disculpa y corre hacia la puerta a consultar la lista de invitados.

Hace tanto tiempo, que incluso dudo de que alguna vez haya sentido algo distinto a esta calma plana.

Paola aún no ha llegado y empiezo a preocuparme. No puedo subestimar el problema, tengo que encontrar la forma de avisar a alguien capaz de

protegerla y ayudarla antes de que le ocurra algo malo.

Mientras estoy absorta en mis pensamientos, se me acerca Mauro Rapisardi con un vaso de zumo de piña en la mano. Al ver su aire nostálgico y tierno se me encoge el corazón; odio ver a autores de talento relegados a un segundo plano por atracciones de feria sólo porque no saben venderse y no creen lo bastante en sí mismos.

—¡Al final has venido! —le digo abrazándolo.

—Sí. Total, si llego a quedarme en casa, habría pasado la enésima noche inclinado sobre los papeles. Si no me esfuerzo por hacer un mínimo de vida social, al final los vecinos me encontrarán muerto al cabo de una semana, enterrado entre cajas de pizza.

—En el imaginario colectivo, eres el prototipo del escritor de verdad —lo tranquilizo—: ceniceros llenos de colillas, hojas de apuntes por todas partes, páginas escritas rigurosamente a mano...

— ... pantalón de alpaca y un gato —añade.

Nos echamos a reír.

—La verdad es que me levanto a las seis para hacer dos trabajos y mantener a mi exmujer y mi hijo.

—Llegará tu momento, Mauro —le digo sinceramente—. Confío mucho en ti, posees un talento extraordinario.

—Eres muy amable, Francesca, pero, por desgracia, si un editor no cree en ti, no hay nada que hacer.

Miro a Bigazzi, que gesticula frenéticamente, orgulloso y soberbio, arengando a su pequeña multitud de pelotas, que se ríen cuando toca, y me encantaría tener una varita mágica para hacer que ocurra lo que es justo.

Por fin Calamandrei hace su entrada de poeta maldito, escoltado por la Zarina, que lo coge del brazo y lo exhibe como su nuevo trofeo. Él se pasa la mano por el pelo, fingiendo estar cohibido a la espera del aplauso que llega a los dos segundos, con una precisión digna de un programa televisivo.

Bigazzi aprovecha para tomar la palabra y pronunciar su discurso de bienvenida... ni que se tratara del regreso de un héroe de guerra.

—Para mí es un privilegio inmenso tener entre nosotros a Leonardo Calamandrei, un escritor de inigualable talento, un icono literario de nuestro tiempo, la voz de una generación pop. Su presencia dará prestigio y lustre a nuestra editorial...

Rapisardi y yo nos miramos y nos mordemos los labios para no empezar a

reír.

—«La mediocridad no conoce nada superior a ella, pero el talento reconoce de inmediato el genio», dijo sir Arthur Conan Doyle, y yo me inclino ante el verdadero talento, algo poco frecuente en nuestros días, y ante quien es capaz de elevar la palabra a cumbres que sólo alcanzan unos pocos...

Oigo que alguien empieza a toser, y veo a Paola intentando ocultarse detrás de la cortina, como un gato que ha roto un jarrón.

— ... Estoy encantado con la oportunidad que nos ofrece esta magnífica aventura en la que vamos a embarcarnos, y estoy seguro de que en el futuro nos unirá una colaboración sin precedentes... y escalaremos juntos las cimas más altas... —Pausa estudiada—. Sobre todo en las listas de ventas...

Los presentes se ríen con la broma, se lanzan miradas cómplices y le dedican un aplauso gracias al cual Paola, Rapisardi y yo podemos soltar una carcajada liberadora.

—Sí... gracias, Franco —empieza Calamandrei—. Estoy muy contento de estar aquí con vosotros, y estoy seguro de que haremos grandes cosas juntos —concluye rápido, y le devuelve el micrófono.

Ivanka empieza a aplaudir como si hubiera hecho un doble carpado de salida y de nuevo todos baten palmas poniendo fin a la patética comedia.

—¿Sigues convencido de que quieres ser una superestrella? —le pregunto a Rapisardi dándole un codazo.

—Empiezo a ver con otros ojos mi mísero trabajo de escritor desconocido y mal pagado... La verdad es que yo no aguantaría ni diez minutos en su lugar.

—Bueno... tiene sus ventajas —digo observando a Calamandrei rodeado del típico corro de adoradoras que se pelean por reírle las gracias.

—No es para mí —me tranquiliza. Me pone la mano en el brazo y la retira enseguida—. No estoy hecho para la notoriedad.

—Entonces es mejor que te mantengas fiel a ti mismo. —Le sonrío—. En realidad, un escritor debería limitarse a escribir.

Nos callamos un momento y seguimos observando la sala, como si hubieran quitado el audio y todo se moviese al ralentí.

Un circo gigante girando alrededor de la nada.

Donde se pagan precios absurdos por algo que no existe con la esperanza de recuperar al menos la mitad de la inversión.

—Gracias por estar ahí de una forma tan discreta y por darme ánimos —me



dice luego con ternura—, eres una gran ayuda para mí.

—Me gustaría poder hacer más, pero de momento todas las energías están concentradas en Calamandrei... está en juego una gran inversión, y Bigazzi sólo tiene oídos para él.

—Sí, lo comprendo, no te preocupes por mí —intenta desdramatizar—. Además, parece que mi destino es escribir casos del comisario Brizzi.

—No digas eso, el destino no tiene nada que ver. Tarde o temprano tendrás una oportunidad y tu libro se publicará. Quién sabe, quizá lo haga un editor de verdad.

—No me des falsas esperanzas, que al final me lo voy a creer.

Me da un beso en la frente y se va.

Lo veo alejarse, anónimo entre la multitud, tímido y reservado. Justo lo opuesto al divo que está en la otra punta de la sala. Y recuerdo la célebre frase de Kobe Bryant: «Si no crees en ti mismo... ¿quién lo hará?».

De repente, Paola se planta delante de mí. Sigue riéndose del discurso de Bigazzi.

—¿Arthur Conan Doyle? ¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Qué te ha pasado en los dedos? —me pregunta en una rápida sucesión al ver las tiritas.

—Nada, un vaso roto —contesto con fingida indiferencia, aunque me siento incómoda.

—¿Edo no ha venido?

—No, me ha dicho que no iba a sentirse a gusto y que viniera sola — respondo con una punta de amargura.

—Qué hombres, ¿eh? —comenta negando con la cabeza.

—Mejor así. —Me encojo de hombros—. Vamos a hacer relaciones públicas. Estamos aquí para eso, ¿no? —digo tomándola del brazo. Y otra vez a dar vueltas infernales entre saludos, comentarios y sonrisas de plástico.

No hay un minuto en que Calamandrei no esté rodeado de mujeres. Lo siguen incluso al lavabo, probablemente con la excusa de que en el suyo no hay papel higiénico.

Empiezo a entender por qué está tan cansado por las mañanas, y me digo que tendré más paciencia con él de ahora en adelante.

Unas palmadas imperativas hacen que nos volvamos hacia el escenario. Ivanka ha subido a anunciar el momento de cortar la tarta. Y subraya que la ha diseñado ella personalmente: es un Leonardo Calamandrei de tamaño real, con su pelo largo, su americana, su camiseta y, cómo no, sus All Star.

A Paola casi le da un síncope de tanto reírse. Yo, sin poder evitarlo, me pongo a pensar que al pobre «escritor más puntero» lo van a cortar a trozos y se lo van a comer, lo cual no es muy agradable.

Pero a sus fans les encanta la idea y empiezan a hacerse *selfies* con «trozos» de Calamandrei en la boca, aludiendo a la parte más deseada.

Me entran ganas de llorar.

Cuando creo haber presenciado lo peor de la miseria humana, una voz familiar e increíblemente alterada estropea el momento mágico con un:

—¡Sois unos desagradecidos! ¡No me merecéis!

Maria Vittoria Spagnulo, vestida de rojo de los pies a la cabeza y completamente borracha, se tambalea hacia su némesis de bizcocho y empieza a golpearla con el bolsito rojo.

Los invitados se alejan, aterrorizados, y tratan de esquivar las salpicaduras de nata y chocolate que su furia ciega esparce por todas partes mientras farfulla frases inconexas, como «¡Muérete, maldito *hippy!*!». Luego se lanza a los brazos consoladores de Bigazzi, que la arrastra hacia fuera e intenta calmarla repitiéndole que ella es la mejor y que nadie igualará obras maestras como *Luz bajo la puerta del henil* y *Olas del Mar Muerto*.

Calamandrei se me acerca por primera vez en toda la noche, perplejo y visiblemente turbado.

—¿Qué les haces a las mujeres? —se me escapa.

No contesta y, por un momento, leo en sus ojos un aire triste, perdido, que no coincide con su imagen habitual de fenómeno. Y casi lo siento por él.

Casi.

—Vamos, sal, necesito tomar el aire —me ordena sin mirarme.

Me visto como para ir de expedición a Alaska, igual que siempre, y lo sigo fuera del local. Se sienta en el escalón de un portal.

—¿Fumas? —me pregunta ofreciéndome un cigarrillo.

—No.

—Yo tampoco, pero los cigarrillos y el encendedor facilitan las relaciones sociales. —Se mete uno entre los labios—. Lo enciendo, lo mantengo en la boca y lo aspiro.

Lo que faltaba.

Me siento a su lado en el escalón.

—Hay días en que me gustaría ser un desconocido —dice dándole vueltas al cigarrillo entre los dedos.

—¿En serio? —respondo, sorprendida—. Yo creía que estabas en tu hábitat natural, no te imagino sentado en un sofá deshilachado.

—No sabes la de veces que preferiría poder quedarme apartado y observar a la gente sin que me pidan autógrafos o fotos.

Pienso en el pobre Rapisardi y su salida de escena entre la más total indiferencia y me pregunto si Calamandrei sería capaz de soportar el anonimato. Seguro que al cabo de diez minutos empezaría a gritar: «Eh, ¿¿¿nadie de me reconoce???».

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta sorprendiéndome por segunda vez.

—Bien... sí, creo que bien. —Me abrazo las rodillas—. Bueno... un poco cansada.

Se vuelve a mirarme con la frente ligeramente fruncida.

—No me estás diciendo la verdad.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca he conocido a nadie tan dedicado al trabajo como tú. Eres incansable, no te relajas ni un minuto... no puedo creer que no te interese nada en la vida aparte de Bigazzi Ediciones.

—Me importa mucho mi trabajo, sí, pero tampoco soy tan santurrón como me pintas.

—¿Quieres decir que sales, te diviertes, tienes un montón de amigos y una intensa vida social?

—No como la tuya, claro, pero modestamente...

—¿Por ejemplo? —me interrumpe.

—¿Por ejemplo qué?

—Por ejemplo, ¿qué haces para divertirte, aparte de ir a misa los domingos?

Pongo los ojos en blanco, resignada al tercer grado.

—Te voy a sorprender, Calamandrei: todos los viernes por la noche voy a casa de Paola y nos bebemos casi dos botellas de vino —respondo con cierto orgullo—. Luego corremos por las calles y llamamos a los porteros automáticos.

—¡¡¡Anda!!! —me mira, atónito, y se echa a reír—. ¿Me estás diciendo que una vez a la semana quedas con una amiga? ¡Es increíble! Comparada contigo, Cara Delevingne es una colegiala.

—No todo el mundo sale de noche como tú. Hay gente que trabaja —subrayo esperando que capte la ironía.

—¡*Touché!* —exclama volviendo a su cigarrillo—. Hay un abismo entre salir todas las noches y no salir nunca. Ahora en serio, ¿qué haces cuando no trabajas?

Me coge desprevenida y no me gusta que me ponga contra las cuerdas alguien que no sabe ni fumar.

Pero lo cierto es que soy incapaz de encontrar una respuesta.

Porque la verdad es que no hago nada cuando no trabajo, ya que trabajo siempre y hace años que no voy a una peluquería o a un centro estético a hacerme la cera.

Me arreglo yo sola, un golpe de cuchilla, un cepillado y a correr.

Comprendo que no es una imagen atractiva para un escritor de moda.

—Cine, teatro... pilates dos veces a la semana —miento observándome las uñas (las llevo fatal).

—Mírame a los ojos.

—¿Qué?

—Mírame a los ojos y repite lo que acabas de decir.

—Cine... tea... —Bajo la mirada y claudico—: Vale, ¡no es verdad!

Niega con la cabeza, como si yo fuera un caso desesperado, y le indica al camarero que se acerque.

—Dos moscow mule sin azúcar.

El camarero toma nota mentalmente y se va rápido.

—Ya verás, te gustará. A ver... ¿dónde nos habíamos quedado? —prosigue volviéndose hacia mí—. Ah sí, me estabas hablando de tu intensa relación sentimental.

—¿Cómo? No, en realidad estábamos hablando de...

—Venga, sígueme, ¡un poco de ritmo, chica! —Chasquea los dedos—. Me debes una historia, ¿recuerdas? Concretamente, la tuya.

—Yo no te debo nada.

—Claro que sí.

El camarero vuelve y me salva de otra batería de preguntas que creo que no habría podido soportar.

—El barman pide disculpas, pero no tenemos ginger beer —anuncia, y, por su expresión, parece esperar que le tiremos la bandeja a la cara.

—Dais pena —responde Calamandrei, despectivo y contrariado—. ¿Y éste es el mejor local de Milán? Lo saben hacer hasta en los bares de autopista. Está bien, pues entonces dos *Mitos*.

El camarero desaparece lo más rápido posible y Calamandrei vuelve a torturarme.

—Soy todo oídos. Adelante, cuéntame tu apasionada historia de amor con...

—Edoardo.

—Un nombre muy bonito. De película. Vamos, te escucho.

—No tengo nada que decirte, en serio. Es todo muy... normal.

Demasiado, me gustaría añadir.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —me pregunta, interesado, pasándose la mano por el pelo.

—Seis años.

—¡Joder! ¿Y cuándo os casáis?

—¿Casarnos? —Me encojo de hombros—. No nos hace falta.

Sonríe de gratitud cuando el camarero vuelve a interrumpirnos.

—Ejem... el barman pide disculpas, pero... no tenemos *Carpano*... Si quieren, les puede hacer un *Spritz*...

Calamandrei achica los ojos, impaciente, murmura dos palabrotas, me coge del brazo y se me lleva.

—Ven, te voy a llevar a un sitio serio.

Abre la puerta de un taxi que acaba de parar delante del bar y me empuja al interior bajo las miradas atónitas de los dos que lo habían llamado.

—No nos hemos despedido de nadie —protesto.

—¿Y qué más te da? Esos desgraciados ni se darán cuenta.

—Pero Bigazzi...

—Bigazzi es el que te paga a final de mes, no es tu padre. Además, si le escribimos el libro, con eso ya lo tendremos contento.

Escribimos, sí...

Le da el nombre del destino al taxista en un tono tan imperativo que el pobre hombre sale a toda velocidad, como un caballo que acaba de probar la fusta.

La arrogancia todo lo puede.

Me encantaría tener un poco, sólo para ver su efecto.

Me apoyo en el asiento y miro por la ventana.

No es una situación habitual para mí. Ya debería estar en casa, con Edo, desmaquillándome en el lavabo mientras le cuento el delirio de la Spagnulo y él se ríe y me pregunta qué había de comer y qué decía Bigazzi.

El amor es una zona de confort falsa.

El taxi para a los diez minutos, delante de una entrada anónima en plena Città Studi y, antes de bajar, Calamandrei deja una propina equivalente al doble del trayecto.

Insisto inútilmente para que pida el recibo, porque después en contabilidad se lo reembolsan, pero él me responde encogiéndose de hombros, lo cual significa «los recibos son para pobres».

Llama al timbre de una puerta pequeña. A los pocos segundos abre un energúmeno con auricular, que le sonrío y choca el puño contra el suyo. Es el típico saludo de los machos alfa.

El hombretón nos guía a través de un pasillo hasta lo que parece una reconstrucción fiel del bar de Cheers. Se parece tanto que espero ver entrar a Kelsey Grammer de un momento a otro.

Calamandrei le indica con los dedos «2» al barman, y éste asiente sin inmutarse. Luego se dirige a un pequeño sofá apartado y se sienta con tanta desenvoltura como si fuera el sofá de su casa.

—Esto es un bar de verdad, ¿lo ves? —me dice con aire experimentado señalando la sala—. Los mejores cócteles de Milán, gente selecta, nadie te toca los huevos, sólo amigos. Y lo más importante: se puede hablar.

Miro a mi alrededor para identificar a los «amigos». Aparte del citado barman, sólo veo a un director famoso que ríe en voz alta con un puro en la mano; está con una tía exconcurante de un *reality*, a la que Bigazzi propuso escribir una autobiografía picante, pero ella pedía demasiado dinero. Y ya se sabe que los anticipos, en Ediciones Bigazzi, son una blasfemia.

Una camarera que parece salida de un número de *Vogue* nos trae los cócteles. Le sonrío de una manera tan osada a Calamandrei que siento que estoy de más.

Él le devuelve la sonrisa guiñándole el ojo de un modo muy alusivo, luego me pasa una taza de cobre en la que veo hielo, pepino y lima.

—Éste es el auténtico moscow mule —me dice con orgullo brindando conmigo.

Los dos bebemos en silencio mientras suenan de fondo las notas de *Please Don't Go* en la versión de KC and the Sunshine Band.

Decididamente, es lo mejor que he probado y él se da cuenta enseguida,

complacido.

—¿Qué te parece?

—Es el fin del mundo. ¿Seguro que lleva alcohol? —digo tragándome la mitad.

—Es vodka —responde, divertido, y le hace una señal al barman para que nos prepare dos más.

Yo también me relajo en el sofá, y me pregunto si Bigazzi me estará buscando, aunque puede que Calamandrei lleve razón, «sólo» es mi jefe... sólo es quien me da de comer, me permite sentirme realizada y me da una razón para levantarme de la cama todas las mañanas.

—Y bien... —empieza. Deja el vaso, se aparta el pelo y me dedica toda su atención—. ¿En qué momento de vuestra relación estáis?

—¿En qué momento de qué?

—Después de seis años, tendríais que estar en el famoso dilema «o nos casamos o lo dejamos», y tú no me pareces el tipo de persona que pasa el fin de semana haciendo escalada o practicando sexo fetichista.

Otra vez las típicas alusiones a películas de tercera categoría.

—¿Y si no hubiera ningún dilema? —le pregunto mientras la modelo me tiende la segunda taza de cobre inclinándose en un impecable ángulo de noventa grados—. ¿No hay una respuesta C?

—Has editado demasiados libros rosa como para no saber que tengo razón. Tienes pinta de no estar ni remotamente satisfecha con la vida que llevas. Trabajas en exceso, intentas tenerlo todo desesperadamente bajo control y es obvio que el trabajo es la única brújula que te impide ir a la deriva. No hace falta ser psicólogo para comprenderlo, basta con mirarte. Y si te cuidaras un poco, no eres nada fea... pero es que te vistes como una monja —concluye encendiendo un cigarrillo.

Por poco me atraganto con un trozo de pepino.

—Pero ¿qué dices? —grito—. Las relaciones no son un anuncio de galletas, donde todo el mundo se levanta sonriendo por la mañana. Una vez pasa la luna de miel, volvemos a casa y dejamos de jugar. Lamento no ser de tu agrado, pero ahora ése es el último de mis problemas. Y, dicho sea de paso, no creo que tú seas un experto en relaciones estables, al menos según lo que dice la Wikipedia.

Ríe, se siente muy a gusto en la discusión.

—Lo que yo creía. —Le da una falsa calada al cigarrillo—. Ya no lo

quieres.

Siento un dolor sordo en el pecho. Como si Calamandrei, con su instinto animal, me hubiera herido en un punto clave.

Pero ¿qué sabrá del amor un narcisista como él?

Lo rehúye, lo evita, lo rechaza *a priori*. Sólo se le da bien hablar de ello, porque es la única forma que tiene de gestionarlo y controlarlo. Al evitarlo, no corre el riesgo de quedar herido y convertirse en un ser vulnerable, algo que no soportaría. Y va pasando de una relación a otra hasta el infinito.

Siempre vivirá una vida incompleta, aunque sin duda más feliz que la vida de quien se juega el corazón.

—No hagas esas afirmaciones tan a la ligera —replico, seria.

—No es culpa tuya, es el curso natural de las cosas. Los que estáis obsesionados con las relaciones estables, tarde o temprano caéis en ellas, y entonces empiezan las dudas, los arrepentimientos, lo que no se dice... Y al final llegan las traiciones y los sentimientos de culpa.

—¿Tu consejo es ser folladores en serie hasta que la dentadura postiza nos lo permita?

Se echa a reír.

—¿Ves como eres simpática cuando te sueltas? No digo que uno tenga que quedarse soltero a la fuerza si le gusta la vida en pareja y todos esos estereotipos, pero uno tiene que ser sincero consigo mismo cuando el amor, o lo que creía que era, se acaba.

—Tu cinismo es vergonzoso, Calamandrei —le digo, desconcertada—. ¿Qué infancia has tenido?

—Maravillosa. Hijo único, mimado por los abuelos, todos los veranos en Forte y los inviernos en Cortina. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Una vida real, quizá?

—¿Y qué es la vida real? ¿La que llevas tú corriendo en una rueda como un hámster hasta que te jubiles, estés demasiado agotada para hacer lo que querías y ni recuerdes lo que era?

—Es la vida de todo el mundo, Calamandrei —insisto. No estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer—. Eres un privilegiado, no lo olvides nunca. La gente corriente no vive como tú.

—Pero le gustaría. A todo el mundo le gustaría vivir como yo, pero nadie quiere vivir como tú.

—Yo no quiero tu vida. Te pasas el tiempo engañando al tiempo, porque



enseguida te aburras. Y los de tu entorno están contigo sólo porque necesitan tu imagen, porque si te conocieran de verdad, huirían de ti como de la lepra.

—Tú también formas parte de mi entorno —me dice guiñándome un ojo.

—Sólo porque me pagan por hacerlo, pero, en cuanto terminemos el libro, borro tu número, te lo juro.

—No lo harás. —Ríe con sorna.

—¿Te apuestas algo? —lo provoco. Cojo mi teléfono del bolso y veo tres llamadas perdidas de Bigazzi.

—Un día perderás la cabeza por mí, querida Francesca —replica sorbiendo su moscow mule y apoyándose en el respaldo—. Como todas, ya lo has visto...

—Antes me rapo al cero y me hago monja tibetana.

# 10

Edo llama al timbre y yo aguardo detrás de él, a una distancia prudente, como si esperara que me atacase un león.

Marisa abre la puerta con una cara triste y afligida, que se transforma en media sonrisa cuando nos ve.

La seguimos hasta el salón, donde la bruja está sentada en el sillón, con el bastón en la mano y la horrible *Polly* en el regazo.

—Ah, ya estáis aquí —nos dice son su aire de suficiencia habitual.

Edo se le acerca, la besa en la mejilla y le hace una pequeña caricia. A mí me tiene reservado un gesto con la cabeza.

—Buenas tardes, Silvana, ¿cómo está? —le digo en milanés por hacer una gracia.

—¿Cómo queréis que esté, no lo veis? —replica ella, como de costumbre.

Nos sentamos en las incomodísimas sillas estilo imperio, con los asientos hundidos y los muelles que agujerean la tela, y esperamos a que Marisa nos llame para cenar.

En silencio.

Y, por si mi semana no hubiera sido lo bastante dura, decido que igual puedo agilizar la conversación.

—Nos preguntábamos si había pensado en la idea de vender el piso —empiezo dejando caer la granada con dos dedos.

—¿Os preguntabais?

—Sí. ¿A que sí, Edo?

—Ejem... sí, mamá —le dice mirando aquí y allá—, quizá lo hayas pensado un poco, o no... El caso es que podríamos hablar del tema.

La vieja nos estudia atentamente.

—Claro que lo he pensado —responde alisándole el pelo sucio a *Polly*—. Sé que tenéis prisa por enterrarme y que os habéis inventado la excusa de que la casa es demasiado grande.

—No, mamá, no es una excusa —interviene Edo, que ha caído en la trampa—. Sólo pensábamos que sí, bueno, que...

Lo interrumpo con un gesto de la mano para permitir que ella termine.

—Pensabais, ya. Sois una pareja y pensáis en el futuro. Y yo soy el pasado inútil, un estorbo, aunque sea la que te trajo al mundo.

A Edoardo le entra un sudor frío, le veo el labio empapado a contraluz. Es el momento de que intervenga yo.

—Silvana, disculpe que me meta, puede que el otro día nos explicáramos mal, pero nadie quiere enterrarla. Vender el piso sólo es una idea, digamos, práctica, que se le ocurrió a Edoardo. Sólo eso. Siento que lo haya tomado a mal —concluyo frotándome idealmente contra sus piernas como un gato.

—¿Una idea de Edoardo? —Ríe, sarcástica—. Sería la primera vez.

—Mamá, por favor... —objeta él, herido.

—Os voy a sorprender —prosigue ella sin escucharlo—. He reflexionado y, efectivamente, Edoardo o quien haya pensado por él no se equivoca al desear una casa propia...

Me muevo nerviosamente en la silla. No me fío ni un pelo.

—Pero yo lo eduqué siguiendo los valores católicos más altos, lo mandé al colegio de los salesianos, y no veo por qué debería comprarle una casa y luego permitir que viva en pecado dentro de ella.

—Perdón, ¿cómo dice? —intervengo temiendo no haber oído bien.

—Aborrezco esta costumbre bárbara, camuflada de civilización, de vivir bajo el mismo techo sin ningún tipo de vínculo. Me opuse desde el principio a esa decisión, pero Edoardo ya es mayor y no puedo impedirle que haga lo que quiera, suponiendo que lo decidiera él, cosa que me sorprendería. Así es que, como necesitáis mi ayuda, os la puedo conceder, pero con una condición... —Hace una pausa infinita y muy estudiada, y tengo la impresión de que hasta el tiempo contiene la respiración—. Si queréis que venda este piso, que perteneció a mi pobre marido, que en paz descanse, donde nació y creció Edoardo y donde guardo los recuerdos de toda una vida, y que me traslade a una... como vosotros decís, una casa más pequeña, una planta baja sin escaleras, lo cual os permitirá compraros una casa para vosotros, entonces...

—¿Entonces qué?

— ... os tenéis que casar.

El misil nos cae encima provocando un estrépito que me aturde.

—Pe... perdón, ¿cómo dice? —jadeo en cuanto recobro el uso de la palabra.

—¡No pretenderéis que os deje vivir en una casa que he comprado si no

estáis casados!

—Pero mamá, nosotros no...

—Silvana, esto es absurdo.

—Es mi condición, y no es negociable.

—¿Y si no nos queremos casar? —insisto.

—Pues no hay casa —responde, sin inmutarse, y acaricia a *Polly*, que ladra en señal de aprobación.

Le lanzo una mirada tan turbia a Edoardo que me da miedo reducirlo a cenizas.

—Mamá, una cosa tan importante no se decide así —insiste, mirándome—. A lo mejor todavía no nos queremos casar...

—Pues entonces tendrás que esperar a que me muera, e igual tardo años. Tía Norma murió a los noventa y ocho, tía Renata a los ciento uno y tía Clara a los ciento tres. Y yo sólo tengo setenta y cinco, o sea que...

Qué ganas tengo de echarle una mano a la naturaleza en este momento, pienso mientras Marisa entra en el salón anunciando la cena.

—Bien, el hervido ya está listo —dice levantándose ella sola con un brío que nunca le había visto.

El regreso en coche se produce en silencio absoluto, ninguno de los dos dice una palabra.

Pero intuyo lo que piensa Edoardo. No se atreve a afrontar el tema «boda» porque sabe que yo soy contraria a la idea.

Odio pensar que un contrato me ata a alguien, de niña nunca soñé con el vestido blanco, las damas de honor, las arpas o la tarta de seis pisos. No comprendo ese frenesí de casarse a toda costa, por la pura necesidad de pertenecer a alguien y garantizarse un compañero hasta que la muerte nos separe.

Deberíamos estar juntos hasta que la *vida* nos separe.

Hasta el día en que nuestros caminos paralelos tomen dos direcciones distintas, como es natural que suceda tarde o temprano, sin rencor ni odio, con un gran abrazo e infinito agradecimiento por el camino recorrido juntos.

Nos acostamos en silencio, sin atrevernos a hablar ni a tocarnos, ni siquiera alargando un pie.

Y las palabras «ya no lo quieres» me resuenan en la cabeza.

Para ahuyentarlas, me levanto y preparo un pan de banana.

—¿También sabes cocinar? ¡Serías realmente una esposa perfecta! — exclama Calamandrei metiéndose en la boca un trozo de pastel, sin saber que su ironía fácil podría costarle la vida.

—No pronuncies nunca más la palabra «matrimonio» delante de mí —le digo apuntándolo con el bolígrafo—. Nunca más.

—No, lo digo en serio, con todas tus cualidades, no comprendo que sigas libre. Casi me entran ganas de casarme contigo.

—¿Quién es la esposa perfecta? —pregunta Paola abriendo la puerta de mi despacho. Entra con un kilo de dosieres de prensa para que los lea en mi próxima vida.

—¡Ella! —insiste—. Este pastel está de muerte.

—Eso significa que no ha pegado ojo —explica dejando una montaña de revistas y periódicos en mi mesa antes de salir.

—¿Qué ha querido decir? —pregunta Calamandrei.

—Que cuando no tengo sueño, hago pasteles. Eso me relaja —contesto releiendo los últimos apuntes. Y me doy cuenta de que no estamos avanzando mucho.

—Entonces espero que no duermas nunca.

—Anda, Leonardo, concéntrate un poco, vamos muy retrasados.

—¡La profe ha vuelto de vacaciones! Ya me tenía preocupado. —Resopla—. Con lo simpática que estabas la otra noche. ¿Voy a buscarte un moscow mule?

—¿Es que sólo piensas en jugar? —Suspiro con la cara entre las manos.

—Tienes razón —responde con la boca llena—. Sólo jugamos cuando suena el timbre.

—No sé qué hacer contigo, ¿te das cuenta? —me quejo, y no sé si atravesarlo con un abrecartas o escribirle una nota en la agenda escolar—. Bigazzi me aprieta las tuercas...

—Anda, Francy, confía en mí —me dice con la misma confianza que si fuéramos dos amigos del bar—. Yo trabajo bien bajo presión, y en el esprint final escalo como un ciclista en la montaña.

—Tenemos poquísimas semanas y... con todos los respetos... no te veo sudando en bicicleta, y menos aún con un casco. Te aplastaría el pelo.

—Es una metáfora. —Está rabioso—. Mira, mis mejores libros los he escrito con el tiempo encima —afirma apoyando los pies en la mesa—. En el colegio también era así. Para la selectividad, sólo estudié las dos últimas semanas, noche y día.

—¿Ah sí? ¿Y qué sacaste?

—Treinta y seis sobre sesenta. Pero da igual, lo importante es aprobar.

—Pues aquí lo importante es ganar el Premio Strega —le digo con la misma expresión que un vendedor de coches de segunda mano—. Y con treinta y seis no es suficiente, hay que sacar un sesenta, mejor dicho, un cien según la puntuación de la selectividad del siglo veintiuno.

Calamandrei sigue resoplando y empieza a jugar con la pelota antiestrés.

—Venga —lo animo como la amiga empollona que da clases particulares de griego—, hagamos un pequeño esfuerzo, luego te dejo ir a jugar con tus amigos al patio.

Ríe, acerca su silla a la mía y por fin me dedica una pizca de atención.

Pero a la una, en mi teléfono parpadea el recordatorio «mamá».

Cierro el portátil, me levanto y doy por terminada la sesión.

—¿Cómo, ya me dejas? —lloriquea—. Con lo bien que íbamos...

—Ya lo sé, pero los lunes a la una siempre tengo una cita ineludible.

—¿Qué cita es esa? A ver si lo adivino... la peluquería no, porque los lunes cierra, un hombre tampoco... ¡ya lo tengo! El psicoanalista —exclama, orgulloso de su poderosa intuición.

—En cierto sentido, sí.

Salgo del despacho y lo dejo que se termine el pan de banana.

Llamo suavemente a la puerta de la habitación de mi madre.

La voz que dice «Adelante» me resulta molesta a la par que familiar. Me asomo y, tal como sospechaba, tía Rita está sentada a su lado.

—Hola, tía, ¿cómo tú por aquí? —le pregunto. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero.

—Pues mira, será mejor que te lo diga...

Antes de que pueda terminar la frase, se abre la puerta y entra el doctor Lippi.

—¿Qué, cómo vamos? ¿Estamos listas? —dice como si nos fuéramos de

acampada.

—¿Para qué? —pregunto volviéndome hacia él.

—Me la llevo a mi casa —responde tía Rita con una chispa de sadismo en los ojos.

—¿A tu casa? —repito, desorientada—. ¿Le dan el alta y nadie me lo dice? ¿Es que no pinto nada aquí? No es un mueble, estamos hablando de mi madre. Puedo quedarme con ella, puedo organizarme.

—No puedes —replica tía Rita—. No tienes una casa en condiciones, no tienes otra habitación y encima trabajas todo el día. O sea que no hay otra opción. ¿A que no, doctor Lippi?

—Hemos decidido que es la mejor solución para su madre —responde, serio.

—¿Y se puede saber por qué? —pregunto mirando a mi madre y esperando algún signo de complicidad, pero sigue observando la manta con esa mirada vacía, como si no habláramos de ella.

—Fiorella tiene que seguir con el tratamiento y necesita que alguien se ocupe de ella a tiempo completo —prosigue el doctor Lippi, seco.

—Puedo buscar a alguien que me ayude, trabajar más a menudo en casa. Al menos déjenme que intente buscar otra solución.

—No tiene sentido pagarle a una persona para que esté con ella cuando yo estoy disponible —replica mi tía. Abre el armario y empieza a coger sus cosas.

Me siento excluida, inútil y pisoteada.

El doctor Lippi se da cuenta y me lleva aparte para hablar conmigo fuera de la habitación.

—Créame, es la mejor opción para su madre —me explica con algo más de empatía—, aunque comprendo que le resulte difícil aceptarlo. Fiorella necesita cuidados y atenciones continuas, no podemos permitirnos que recaiga.

Asiento, fría.

Y después será él quien decida si ha mejorado poniendo crucecitas en las casillas.

Vuelvo a la habitación fingiendo que todo va bien.

Abrazo fuerte a mamá, susurrándole al oído que la quiero y que pronto iré a verla, y ella me corresponde imperceptiblemente. Luego me armo de valor y le doy las gracias a tía Rita, porque si no me comporto así, hará que sea un

infierno verla aunque sólo sea una vez a la semana.

Y subo al autobús completamente desquiciada.

El pasado no da tregua y aprovecha cualquier grieta para abrirse camino hasta el corazón de forma traicionera.

Si mi padre estuviera vivo, no permitiría todo esto.

Tía Rita quería a mamá sólo para ella, como si fuera su muñeca favorita, y nosotros dos le estorbábamos.

Ahora que lo pienso, todos queríamos a mamá sólo para nosotros, porque su presencia era algo impalpable y destinado a durar poco, como una mariposa o un arco iris.

Y cuando papá murió, a tía Rita le resultó fácil volver a tomar posesión de lo que consideraba suyo.

Me opuse todo lo que pude, pero era una batalla con armas dispares. Yo sabía muy bien que sola no podía con todo, no con semejante arsenal cargado de las peores intenciones, y estaba demasiado cansada y dolida para seguir peleando.

Me convencí de que quizá fuera la mejor solución, y dejé que tía Rita se llevara a mi madre a casa para luego darse cuenta de que ya no era la «hermanita» a la que peinaba y con la que iba a tomarse un helado al pueblo, sino una mujer sin piel, que se hería con la vida.

Por eso se libró de ella como si fuera un perro incómodo y la dejó en la casa de reposo durante años.

Ahora que ha logrado convertirla en una zombi, es fácil tenerla bajo control. Sólo tiene que regarla una vez a la semana, como si fuera un helecho.

Suena el teléfono.

—Hola, Rábano —me saluda Edoardo.

—Hola. —Sonrío aunque no tenga ganas.

—¿Has ido a ver a tu madre?

—Sí. Tía Rita se la lleva a su casa hoy.

Pausa. En el punto exacto en el que yo necesitaría una nota.

—Igual es mejor así, al menos ya no estará en la clínica.

—Claro que es mejor que esté en casa que en la clínica, ¡pero no en esa casa! —protesto, alterada.

—Ya lo sé, pero así estarás más cerca de ella.

—¿Ah sí? ¿Cómo? ¡Esa arpía me la dejará ver con cuentagotas!

Edoardo no dice nada y yo me siento mal.



No tendría que hablarle así, no tendría que vomitarle encima toda mi rabia, ya tiene bastante con su madre. Pero ya no soporto no tener un aliado, alguien en quien apoyarme de vez en cuando para tomar aliento y luego seguir nadando, alguien que me diga: «Tranquila, yo me ocupo, lo tengo todo controlado».

Al final yo tampoco digo nada y la llamada termina con un «Nos vemos en casa» por mi parte y un «Hasta luego, amor» por la suya.

Vuelvo a la oficina y me sumerjo en el trabajo hasta la noche. Calamandrei ha decidido no presentarse debido a un compromiso radiofónico imprevisto.

Ilaria me deja un café en la mesa.

—Dios te bendiga —exclamo alzando los ojos—. Me has vuelto a leer el pensamiento.

—Llevas horas sin moverte, me parecía lo mínimo... ni siquiera vas al lavabo.

—Creo que el próximo paso será un catéter... Cambiando de tema, ¿cómo está la Spagnulo? ¿Se ha recuperado?

—He pasado la noche en su casa —me dice poniéndose una mano en la frente—. Parecía la casa de una vagabunda. He lavado los platos de un mes, luego la he metido en la cama entre whisky y whisky mientras me contaba su vida, desde las cartas rechazando sus manuscritos hasta su encuentro con Bigazzi, que la convirtió en lo que es. Creo que está un poco enamorada de él.

—Yo también lo sospecho. Entre ellos siempre ha habido una mezcla de amor y odio, pero no pueden prescindir uno de otro... esperemos que ella supere la traición.

—Hablando de infierno, ¿cómo te va con Calamandrei?

—No sabría decírtelo. —Apoyo la barbilla en las manos y suspiro—. Unas veces tengo buenas vibraciones y otras presiento que va a ser una catástrofe.

—Sé lo que quieres decir. Una amiga mía trabajó en sus dos últimos libros; después se fue a Nepal y nunca ha regresado.

—Perfecto —respondo imaginando que me ingresan en Psiquiatría.

—Leonardo es como esos actores que el día del rodaje no se presentan en el plató porque están borrachos perdidos y ponen al director al borde del infarto. Pero luego la película se estrena y arrasa en taquilla.

La comparación le va que ni pintada.

—Tengo que tener paciencia y perseverar hasta el final, no me queda otra —digo más bien para mí misma, y sorbo el café.

—Sigue así. Él te respeta, aunque finja lo contrario. Sé que ha hecho llorar a mucha gente.

—A mí también me ha hecho llorar.

—Es un niño mimado que no sabe lo que es trabajar de verdad y siempre ha conseguido todo lo que quería. Es difícil cambiarlo, pero quizá puedas educarlo.

—¡Con él haría falta un domador!

Se ríe. Ahora me toca a mí hacer preguntas.

—¿Puedo preguntarte cómo te va con Alessandro?

Se muerde el labio involuntariamente, lo cual para mí ya es una respuesta.

—¡Qué mono es! —exclama tapándose la cara con el primer manuscrito que encuentra (el de Rapisardi).

—Fantástico, ¿no?

—Hacía siglos que no me sentía tan bien con un chico. Si te digo la verdad, desde que lo dejé con mi ex he tenido muy pocos ligues.

—¿Hace mucho que lo dejasteis?

—Unos tres años.

—Más o menos como Ale y la Mosquita Muerta —se me escapa.

—¿Quién?

—Una gilipollas que le partió el corazón —interviene Paola, como siempre con ganas de una pausa café—. Por cierto, si no lo tratas mejor que bien, te las verás con nosotras —la advierte bromeando (hasta cierto punto).

—¿Lo apreciáis mucho, eh? —pregunta Ilaria en un susurro, preocupada.

—Desde luego que sí —insiste Paola—. Es el único macho digno de ese nombre en un radio de cuatrocientos kilómetros. Es como un hermano para nosotras. ¿A que sí, Fra?

Asiento.

—Oye, ¿cómo estaba la cena de quinientos cincuenta calorías? —le pregunto con curiosidad.

—Riquísima —contesta sonrojándose.

Paola me mira como diciendo «¿Lo ves?» y corre al despacho de Annamaria, que la está llamando a gritos.

—¿Puedo cogerlo? —dice Ilaria señalando el manuscrito.

—Sí, claro, es una historia maravillosa. Léelo y dime qué te parece. Bigazzi no lo quiere publicar, pero confía en ti y si unimos fuerzas, igual logramos convencerlo.

—Lo haré —asegura con una gran sonrisa. Se levanta y al llegar a la puerta, añade—: Gracias por ser tan cercana siempre conmigo.

—Gracias a ti por el café.

Más tarde, Bigazzi llama a mi puerta.

—¿Puedo entrar? —susurra, vacilante.

—Por supuesto, el despacho es suyo.

Se sienta frente a mi mesa con la espalda encorvada y el cabello despeinado.

—Verá —me dice apretándose las manos—, no le negaré que me preocupa cómo va la novela. Dígame sinceramente hasta dónde han llegado. No soy tonto, veo muy bien que ese holgazán le hace perder un montón de tiempo, pero nos hemos metido en esto y tenemos que seguir adelante. Y ahora dígame, ¿hay libro o no?

Busco un momento las palabras.

—Bigazzi, hay una historia, se sostiene y es su estilo —lo tranquilizo—. La única dificultad es mantenerlo concentrado, es como si sufriera déficit de atención.

—¿Ha probado con el Ritalin?

—¿Cree que podría suministrárselo sin su consentimiento? ¿Se lo echo en el capuchino de soja?

Bigazzi se ríe. Amargamente, pero se ríe.

—Usted es francamente buena, Francesca. Al menos supe elegir un caballo bueno entre tantos rocines.

Siento que tengo delante a un hombre acabado. Nunca me había hecho un cumplido antes. Lo memorizo y prometo saborearlo más tarde, en el autobús, como si fuera un bombón muy especial.

O una fantasía erótica.

¡Dios mío, adónde he llegado!

—Vigílelo, sea inflexible, hágalo como un favor personal. Esto me ha costado un dineral. Si no recuperamos el anticipo, tendré que hacerme la cirugía estética y emigrar a Brasil.

—Lo sé, señor Bigazzi, haré todo lo posible, se lo aseguro.

—No es suficiente, Francesca. Tiene que hacer lo imposible.

Vuelvo a casa agotada, con un dolor de cabeza de récord y la sensación de tener fiebre.

He perdido dos dioptrías en tres años y sé que a este paso acabaré editando en Braille.

—Hola, Arándano Salvaje —me dice con la ternura habitual.

Le doy un beso en los labios y me tiro en el sofá, sin fuerzas para quitarme los zapatos.

Edoardo se arrodilla, me quita los zapatos y empieza a masajearme los pies con delicadeza, como si yo fuera de cristal.

Se lo dejo hacer, cierro los ojos y me relajo. Trato de apartar de mi mente las preocupaciones. Imagino que con la excusa del masaje me coge en brazos y me lleva a la habitación para pasar la más salvaje de las noches, y después de cinco cópulas seguidas da con la solución a todos los problemas con nuestras madres.

Pero, cuando abro los ojos, lo veo mirándome con ojos enamorados y devotos.

—¿Está bien así o más suave? —me pregunta, como un masajista tailandés.

Se me encoge el estómago y me levanto a hacer la cena.

Cenamos viendo la televisión, como todas las noches, comentando los programas y contándonos cosas del trabajo que no requieren mucha implicación. Fingimos que no debemos afrontar el tema boda-casa.

Pero, como nunca he sido muy paciente y, además, no soporto demorar algo indefinidamente, decido empezar el partido.

—¿Has pensado en lo que nos dijo tu madre?

Silencio.

—Sí, lo estoy pensando.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, ella fue tan categórica...

—Ella te chantajeó —preciso.

—Lo sé, pero es así, y el dinero es suyo, yo no puedo hacer nada.

—Podrías enfrentarte a ella como un adulto por una vez en tu vida — prosigo, cortando en dos una manzana con tanta violencia que casi rompo el plato.

—No es fácil convencer a mi madre.

—Sabe que nunca le llevarías la contraria y se divierte provocándote.

—¿Y qué crees que debería hacer? —me pregunta con esos ojos de Bambi.

Ésa es la otra pregunta que me mata.

—¿Y tú qué crees que deberías hacer? ¿Te parece bien que te compre un piso a cambio de una boda? A mí me parece una petición medieval e increíblemente fuera de lugar.

—Es verdad, pero la que no quiere casarse eres tú, o sea que, en el fondo, el problema es más tuyo que mío.

—¿Mío? Yo vivo muy bien así, la cuestión no es ésa. La cuestión es que tú, con tal de no tener problemas, haces lo que te digan, incluso casarte.

—Yo no tengo ningún problema en casarme —admite sin tapujos.

—¿Ah no? —exclamo, desorientada—. Estaba convencida de que no te interesaba...

—No me interesa demasiado mientras pueda estar contigo, y sé que tú eres contraria a la idea, pero si tengo que casarme con alguien... mi amor eres tú.

Ahora sólo tengo ganas de clavarme el cuchillo en la yugular y acabar rápido, porque esto no es un hombre, es Darcy en *Orgullo y prejuicio*, es Cyrano de Bergerac, es Felipe en *Comer, rezar, amar*. Y como ellos, no es real.

Edo no es real, está hecho de papel y, en serio, no sé de dónde ha salido, o quién es el escritor que lo ha creado, pero estoy segura de que no hay otro como él, y yo no lo merezco y me odio porque me gustaría echarle los brazos al cuello y poder decirle: «Sí, al diablo tu madre. Vamos corriendo a casarnos».

Pero tengo la absoluta certeza de que los próximos treinta años serían la fotocopia exacta de esta noche: él sonriendo como un bendito, con mis pies en la mano, mientras yo veo la televisión con la mirada vacía de mi madre.

Y no puedo enterrarme viva.

Archivamos el tema junto con los platos sucios, acabo de escribir un par de contracubiertas y, por fin, nos acostamos.

Sin hacer nada.

Más tarde, en la oscuridad, oigo sonar mi teléfono y me sobresalto.

—¡Mamá! —digo. Salto de la cama, tropiezo con una silla y corro hasta el salón a contestar.

—¿Estabas durmiendo? —me pregunta una voz pastosa que sólo reconozco al leer el nombre en la pantalla.

—Son las dos y media de la madrugada, la gente normal está durmiendo —respondo, mosqueada y a la vez aliviada al constatar que no es una

emergencia.

—Ay, perdona, no me había dado cuenta de que fuera tan tarde. Estoy en una fiesta aburridísima y, aunque no te lo creas, me he puesto a pensar y se me ha ocurrido un giro interesante para el tercer capítulo: la mujer podría cogerle el móvil a Fabrizio y descubrir las fotos de Gaia...

—Calamandrei, tenía claro que no eres el rey de la delicadeza, pero no sabía que también te dedicabas a acosar por las noches, ¡es lo que me faltaba!

—No me digas que estabas haciendo el amor, porque no me lo creo.

—¡No seas idiota! —digo antes de colgar.

Y me echo a reír.

# 11

Paola me espera en el portal de la oficina, con las manos en los bolsillos y el gorro de lana, bajo el frío hiriente de la mañana, dando saltitos de un pie al otro.

Me he pasado el resto de la noche buscando información sobre centros contra la violencia machista que podrían ayudarla. La conozco demasiado para no saber que está mal, pero es tan cabezota que nunca pediría ayuda.

—¿Lista para otro día lleno de emociones en Ed. Big.? —me pregunta encendiendo el último cigarrillo antes de subir.

Hago el gesto de apuntarme en la sien con una pistola.

—No creo que llegue a la primavera —comento, lacónica—. Calamandrei me matará antes.

—Pues ya seremos dos —ríe con su broma de mal gusto.

—¿Nuevas amenazas?

—Esto —me dice, y me enseña una foto suya con una cruz roja grande dibujada encima—. La he encontrado debajo de la puerta esta mañana.

—Paola, tenemos que hacer algo ya. La situación está degenerando muy rápido, ¿se puede saber a qué esperas? ¿Quieres dejarte la piel en esto como una heroína? Perdona, pero creo que sería muy estúpido por tu parte.

—Es que no me explico todo este odio, Fra. Él me quería, vivíamos juntos, éramos felices y ahora quiere eliminarme... Mi cerebro se niega a aceptarlo —admite con dolor—. ¿Cómo puede ser capaz de acosarme de esta manera? ¿Con quién viví durante años? Sabía que tenía un montón de defectos, que era un capullo y un vago, pero nunca habría imaginado que sería capaz de llegar a esto. Me tiene aterrorizada, siempre en vilo, me sigue, me amenaza, me llama por teléfono un millón de veces desde móviles diferentes... ¡Me estoy volviendo loca!

Se echa a llorar con fuerza. La abrazo sin encontrar un porqué que la consuele.

Un día el amor se acaba y ya está.

No es culpa de nadie.

Lo que marca la diferencia es aquello que decidimos hacer con lo que

hemos aprendido.

—Toma estos números de teléfono y llama ahora mismo —le suplico—. Hazlo como un favor personal.

Asiente con la cabeza, se mete el papel en el bolsillo, da la última calada al cigarrillo y lo tira. Subimos la escalera en silencio, con el corazón encogido.

Me encuentro a Calamandrei sentado ante mi mesa, con una bolsa de bollos en la mano.

—Para que me perdones por haberte despertado esta noche —me dice, zalamero.

Me encojo de hombros y lo ignoro como a un moscardón pesado.

Me quito el abrigo, me abrocho la rebeca beige (de monja), me acerco y le doy una palmada en la espalda para echarlo de mi silla.

Se levanta a regañadientes y se sienta en la esquina de la mesa.

Lo miro a los ojos. No estoy impresionada.

—Qué bien vives, Calamandrei —le digo sin ironía mientras saco los apuntes—. ¿Sabes una cosa?, he cambiado de opinión. En mi próxima vida he pedido ser tú.

Mi ocurrencia lo descoloca y se concentra, como un alumno aplicado.

—A ver, háblame más de ese giro argumental...

La mañana pasa volando, sin necesidad de *Ritalin*. Sólo nos interrumpen los lamentos desesperados de Annamaria, que se las ha arreglado para que le desaparezca otra vez el correo de Outlook... desde un Mac.

Por fin, desde que empezamos a trabajar juntos, puedo decir que estamos llegando a algo. Aunque no me explico cómo una cabeza tan hueca puede ser capaz de idear frases tan intensas y sugestivas.

Quizá sea tan bueno con las palabras precisamente por su completa falta de sensibilidad. Las combina como lo haría con una corbata y un traje gris, y elige la que queda mejor.

Y las mujeres lo veneran pensando que alguien así podría morir de amor.

Alguien así sólo moriría si se quedara calvo.

Pero no puedo negar que algo está cambiando. Ahora, cuando lo llaman por teléfono, contesta: «Estoy con mi editora, hablamos más tarde».

Tal vez confía un poco en mí.

O, como me temo, sólo mira por su culo.



A la hora de comer, Ilaria entra en mi despacho con aire exaltado.

—Francesca, te lo digo en serio: es un libro estupendo. Me he quedado despierta hasta que lo he terminado —me dice devolviéndome el manuscrito.

—Magnífico, ¿eh? —respondo, y dejo la fiambarrera con las sobras de *roastbeef*.

—La escena en que la deportan y los dos se cogen las manos a través de los barrotes de madera del carro, y él corre detrás de ella hasta que el soldado le da una patada... ¡es estremecedora!

—¿Y la escena del niño que muere de frío en sus brazos?

—¡Oh, sí! ¿Y cuándo le pide al oficial de las SS que la busque en la sección femenina y él lo denuncia a sus superiores?

—Cómo odio a ese maldito torturador... es el mismo que le dispara a ella al final...

—No me recuerdes esa escena, que me pongo a llorar.

—A quién se lo dices —gimo.

Paola pasa por delante de la puerta abierta y nos ve llorosas.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta, alarmada.

—Hemos leído el libro de Rapisardi, ¡es buenísimo! —decimos a coro, secándonos los ojos.

—Es que no estáis acostumbradas a leer libros decentes. A lo mejor si trabajarais en una editorial seria... —sentencia antes de seguir recto.

—¿Qué podemos hacer para publicarlo? —me pregunta Ilaria, esperanzada.

—De momento, nada —contesto a regañadientes—. Tenemos que esperar a que salga el de Calamandrei. Después, cuando las aguas se calmen, y si gana el premio, Bigazzi no tendrá más motivos para oponerse y por fin Rapisardi podrá cambiar de género.

—Ya, pero es tan injusto...

—Lo sé, pero así son las leyes del mercado —comento amargamente—. Más que leyes, son apuestas: un libro vende millones de ejemplares porque han decidido que es el mejor de los últimos veinte años y todo el mundo debe tenerlo, aunque sólo lo lea un tercio de los compradores. Así va el mundo...

Alessandro se asoma y al ver a Ilaria sentada de espaldas, se queda embobado al instante, superando el nivel «Mosquita Muerta» al que había llegado en el pasado.

Se acerca a ella por detrás, le tapa los ojos y la besa en los labios delante de mí. Yo me siento cohibida e instintivamente me vuelvo hacia el otro lado.

—Mirona —se burla de mí.

—Coged una habitación —respondo. Me levanto y los dejo solos esperando que no mantengan relaciones encima de mi mesa. No podría soportarlo.

Busco a Paola para preguntarle si ha llamado a los números que le he dado, pero me toca esperar en la puerta de su despacho a que acabe de discutir con Annamaria.

Cuando por fin terminan de mandarse a paseo, la abordo mientras se dirige hacia la cafetera con zancadas dignas de una caminante de marcha nórdica.

—Oye, ¿has llamado? —le digo corriendo detrás de ella.

—¿Te parece que es el momento?

—Es un momento como cualquier otro. Total, vosotras dos siempre os estáis peleando. Dime, ¿has llamado?

—No para de tocarme las pelotas ni un solo día. A ver si se entera de que así no va a poder conmigo.

—Muy bien, pero ¿has llamado al centro contra la violencia machista?

—Y lo que más me revienta es que no sabe hacer su trabajo... es incapaz de escribir sin errores, se pasa el día fumando y hablando por teléfono con sus amigos y cree que una dirección de e-mail es como la de casa, que, aunque no sea exacta, el cartero la busca.

—Esto te lo acabas de inventar —objeto riendo.

—Ojalá. Pero claro, ella tiene un contrato blindado, o sea que la guerra será larga, porque yo no soy como las sesenta y siete a las que despidieron.

—Muy bien, pero ¿has llamado o no?

—¡Pues claro que he llamado!

—¿Y?

—Me han dado cita esta tarde.

—¡Aleluya! —exclamó con los brazos levantados.

Vuelvo a mi despacho y me encuentro a Alessandro solo. Me espera mientras finge que está revisando mi ordenador.

—Si buscas algo porno, no lo vas a encontrar —me río.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —responde sinceramente—. Para ti, el máximo de lo erótico es una buena traducción de la *Iliada*.

—Qué poco me conoces —replico quitándole el portátil—. También he leído *Cincuenta sombras*...

—Tú lo que necesitas es *hacer* las sombras, no leerlas.

—Me alegro de que a todos os interese tanto mi vida sexual, no sé qué haría sin vosotros.

—Yo no sé cómo lo aguantas... Yo me volvería loco.

—Tú eres un hombre, sólo sois materia. Nosotras, las mujeres, somos espíritu —sonríó con expresión sabionda.

—Sí, es verdad, tenéis espíritu suficiente para pegaros puñaladas unas a otras. Te lo digo porque antes he oído a Annamaria hablar fatal de Paola. No sé con quién, pero ha dicho que logrará que acabe como todas las demás.

—¿Estás seguro? —le pregunto, aterrorizada—. Está pasando un momento horrible por culpa del Demente, no puede soportar tanta presión.

—Por eso te lo digo. Ve a hablar con Annamaria e intenta calmar las aguas, porque ésa es una hiena y no necesita más de un minuto para irle con el cuento a Bigazzi.

Capto el mensaje.

Desde luego, cuando los problemas te caen encima como una losa, lo hacen todos juntos, apasionadamente.

Me prometo que iré a hablar con ella más tarde; ahora oigo la voz de Calamandrei coqueteando con Beatrice en recepción.

—¿Listo para seguir? —le pregunto cuando se digna entrar en mi despacho.

—Siempre listo cuando hay trabajo pendiente —responde poniéndose firme.

Consigue hacerme sonreír.

—Estaba pensando que cuando Fabrizio queda con Gaia y empieza a hacer el tonto con el móvil, podría ser su hijo quien encuentre una foto de la maestra desnuda.

Se queda callado un instante y luego dice:

—Y se la lleva a su madre diciendo: «Mira, mamá, papá tiene a la maestra en el móvil». ¡Es genial!

Saboreo mi minuto de gloria mientras Calamandrei disfruta de la excitación típica de las pequeñas ideas que funcionan, que dura tanto como una estrella fugaz.

Luego cae de nuevo en la frustración del:

—¿Y luego qué pasa?

Por suerte, hoy estoy especialmente inspirada y, por increíble que parezca, seguimos avanzando sin demasiados escollos.

—¿Has presentado a autores en algún acto? —me pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—¿Te apetece presentarme el viernes en un festival de vino y libros aquí, en Milán? Voy para hacerle un favor a un amigo, y me gustaría que me presentaras tú.

—¿No hay nadie dispuesto a presentarte? —contesto con una expresión miserable—. No sé, el alcalde, algún asesor, Fabio Volo...

—Por desgracia, nadie está disponible, tú eres mi única opción.

—Qué invitación tan halagadora. Y, si te presento, ¿qué me das a cambio?

—Además de mi eterno agradecimiento, seré bueno y serio dos días seguidos.

—Que sean tres.

—Trato hecho —asegura dándome la mano.

Se la estrecho esperando ardientemente que eso me permita tenerlo más controlado, aunque con él siempre tengo la impresión de ir a la deriva.

Me suena el teléfono. Él, rapidísimo, lo coge y se levanta. Me lanzo a arrebatárselo, pero ya está hablando con Edoardo.

—No, no soy Panecillo, ahora te la paso —ríe—. Ah, y deja que te diga que eres un hombre afortunado. —Me tiende el móvil—: Dice que lo sabe.

Miro a Calamandrei sin expresión, incapaz de encontrar algo que decirle aparte de que es imbécil, aunque creo que eso ya lo sabe. A Edo le contesto con monosílabos y me prometo que le voy a pedir que deje de llamarme con el primer nombre que se le ocurra, al menos por teléfono.

—¿Panecillo?! —ríe como un estúpido cuando yo cuelgo—. ¿Así es como te llama en la intimidad?

—Edoardo me llama con la primera palabra que le viene a la cabeza. Sólo es un juego, pero no creo que tú puedas entender el concepto de «complicidad».

—¿Y tú cómo lo llamas?

—¿Yo? —Dudo un momento y finjo que busco un bolígrafo—. Yo no lo llamo de ninguna manera, lo llamo Edo.

—¡UUUUUH! Ya ha vuelto la profesora —se burla—. Yo-lo-llamo-Edo —me imita con una voz estridente.

—Por favor, ¿podemos seguir?

—Si no aprendes a relajarte, un día de éstos te romperás como un cristal —me dice, de repente muy serio, moviendo la cabeza.

Otra vez me ha dejado sin palabras.

Nos miramos largamente a los ojos y tengo de nuevo la desagradable sensación de que lee en mi interior, no porque sea particularmente empático, sino porque su fuerte componente instintivo me descubre, como haría un perro de caza con un zorro herido.

Cuando por fin se va y el despacho queda envuelto en el silencio, a excepción del zumbido del fluorescente, voy a despedirme de Paola, que sigue enterrada bajo la mole de trabajo que le ha asignado Annamaria.

—¿A qué hora tienes cita? —le pregunto en voz baja, asomándome a su puerta.

—A las siete —susurra, desanimada—. No voy a poder ir, demasiado trabajo atrasado.

—Ve, por favor, yo me ocupo de todo.

—No, Fra, no me veo capaz.

—Tu vida es más importante que cualquier llamada a cualquier revista femenina. Ve, por favor.

No contesta, pero se levanta, coge el bolso y empieza a recoger sus cosas: el portátil, los cigarrillos, el encendedor, el móvil.

—Bueno, nos vemos mañana —se despide con una media sonrisa que interpreto como un gracias.

—Si necesitas algo, llámame.

Me dice adiós con la mano y el cigarrillo apagado en los labios y desaparece silenciosamente por la puerta, dejando tras de sí un leve aroma a melancolía.

Es el momento de ir a hablar con Annamaria. Evidentemente, está fumando y hablando por teléfono.

Me hace una señal para que espere un momento, que se transforma en más de cinco minutos. La oigo reír y bromear con su fuerte acento napolitano. Cuando por fin termina y cuelga, avanzo y me siento frente a ella.

—Si tienes un minuto —empiezo con calma—, me gustaría hablarte de Paola.

—Ah, no quiero hablar de ésa.

—Ésa es mi mejor amiga —puntualizo—, y yo sí quiero hablar de ella.

—Está bien —responde gesticulando—. Pues te diré que he llegado al límite de mi paciencia: nunca termina lo que le pido, contesta mal y se pasa el día en tu despacho —dice apuntándome con el dedo.

—Quizá es mejor que te ponga al corriente de los problemas que tiene con su exmarido, que la persigue.

—¿Cómo que la persigue?

—Como que la tiene amenazada de muerte —le espeto sin rodeos.

Está a punto de comentar algo, pero afortunadamente aprieta los labios y se contiene. Luego pregunta:

—¿Cuánto hace que dura todo esto?

—Hace meses, y se está agravando. Esta tarde tiene una cita en un centro contra la violencia machista, a ver si la pueden ayudar. ¿Comprendes ahora por qué está tan inquieta?

—Qué situación tan terrible —suspira Annamaria tras un silencio.

—Terrible, sí. Le puso cristales dentro de un sobre, la llama, la aterroriza, la sigue. No hay motivo para estar alegres, créeme. Si puedes tener un poco más de paciencia con ella estos días, te lo agradeceré mucho.

—Lo siento, no podía imaginar algo así —dice tras apretar de nuevo los labios.

—Las personas casi siempre tienen una buena razón para comportarse como lo hacen. A veces basta con preguntarles el porqué.

—Ya, claro —comenta, sarcástica—, sólo me faltaría tener que mandarlos a todos al psicoanalista.

—No es eso, pero hace un montón de tiempo que conoces a Paola y sabes que trabaja duro. Nadie cambia así de un día para otro.

Asiente.

—Si es necesario —añado—, puedo echarle una mano yo mientras ella soluciona sus problemas.

—Está bien —contesta, más relajada—. Eres una buena amiga. A mí a veces también me gustaría tener a alguien que me proteja.

—Te sabes proteger muy bien sola —le digo sonriendo.

Se ríe y me pongo a hacer el trabajo de Paola.

Como si yo no tuviera bastante trabajo...

Llego a casa muy tarde. Edo me está esperando, aún no ha cenado.

—No deberías... son las nueve y media pasadas, tendrás un hambre...

—Ya sabes que no me gusta cenar solo. Además, me apetecía esperarte. He pedido comida china.

—Ah —respondo sin entusiasmo preguntándome por qué no se atreve con algo distinto y se arriesga a sorprenderme. No sé... ¿comida india?

¿Mexicana? ¿Libanesa?

—Siento lo de antes —le digo al sentarme a la mesa—. A veces Calamandrei es realmente tonto.

—Tranquila, Tuz —me sonrío, pacífico—. Ya imaginaba que era él, sólo ha gastado una broma.

—Pero ¿no te ha molestado que respondiera a mi teléfono? —pregunto aludiendo a un concepto tan *absurdo* como «los celos».

—No, ¿por qué? No hacíais nada malo, estabais trabajando.

—Por supuesto que no hacíamos «nada malo», pero me preguntaba si oír la voz de otro hombre en mi teléfono no te podía molestar de alguna manera.

—No, ¿por qué? Yo confío plenamente en ti.

Observo en silencio los raviolis al vapor de mi plato.

Y no sé si debería sentirme halagada por la demostración de confianza absoluta o sentirme como un bonsái al que un botánico atento cuida con una dedicación minuciosa.

Lo imagino con unas tijeras minúsculas, cortando las hojitas secas de mis ramitas anquilosadas, prisionera en una maceta estrecha para que mis raíces nunca se alarguen ni me permitan crecer.

Y pataleo debajo de la mesa.

# 12

—Tía Rita, te lo pido por favor, ¿cuándo puedo ir a verla?

Suspira como si estuviera consultando la agenda de la reina de Inglaterra.

—Ven el viernes por la tarde.

—Tía, este viernes no puedo, ya te lo he dicho, tengo que presentar a un autor...

—¿Lo ves? Nunca puedes. ¿Cómo pretendes ocuparte de tu madre si siempre estás pendiente del trabajo?

Me muerdo una mano para no contestarle como merece.

—Sólo es este viernes, porque tengo un compromiso. Cualquier otro día a cualquier otra hora me va bien.

—Si me avisas con tan poco tiempo, no puedo organizarme de otra forma, lo siento. El viernes por la tarde es todo lo que puedo ofrecerte, o lo tomas o lo dejas.

Es como una pesadilla: mi tía, la carcelera, me hace el «favor» de dejarme ver a mi madre una vez a la semana y me da cita, como si fuera el salón de peluquería de moda.

Me masajeo las sienes, resignada, y marco el día y la hora de visita en mi agenda.

Paola se asoma a mi puerta.

—¿Cómo te fue ayer en el centro? —le pregunto.

—Bien, creo —contesta encogiéndose de hombros—. Pero insisten en que lo denuncie a los carabineros, y ya sabes lo que pienso.

—Al menos te habrán dado algún consejo...

—Sí, lo de siempre: cambiar de hábitos con frecuencia, informar a los amigos, no hacer siempre el mismo camino para volver a casa, apuntarme a un curso de defensa personal...

La miro con una mezcla de lástima y preocupación, la cara que ella odia que le dediquen.

Pero es que me da escalofríos la idea de sufrir una persecución que la obligue a una a modificar el trayecto de su vida y a vivir siempre temiendo el peligro.



—¿Y piensas seguir esos consejos?

—No pienso permitirle a ese imbécil que me destrozé la vida a mí y a los que me rodean —responde, seca—. Si mi destino es que me quite de en medio, no hay nada que yo pueda hacer para impedirselo —concluye con una risita nerviosa.

—Paola, no digas tonterías. Hablas así porque estás cansada, él te está destrozando los nervios... pero todo este fatalismo no es propio de ti.

—Bah, no te pongas en plan paternalista. El problema es mío, no tuyo. Además, no pienso darme por vencida... ¡no he hecho nada malo, no merezco que me persiga!

No sé cómo, me viene a la mente la novela de Rapisardi y la escena de la deportación. Y me pregunto por qué, de repente, alguien decide que ya no tenemos derecho a vivir y dedica el resto de su existencia a cumplir ese propósito.

Guardo mis pensamientos para mí por no ponerla más nerviosa. Sólo espero que Annamaria me haga caso.

Calamandrei llega tarde de nuevo y esta vez ni siquiera se disculpa.

Se sienta con el aspecto de alguien a quien le han pinchado el balón y no dice una palabra.

—¿Podemos empezar o esperamos a alguien? —le pregunto.

Hace una mueca.

—¿No quieres hablarme? ¿Jugamos a hacer mímica?

Más silencio.

—Leonardo, ¿qué pasa? Así no me ayudas, al menos dame una pista.

Se saca del bolsillo una hoja A4 doblada y me la da.

La abro. Es un artículo fotocopiado de una revista de narrativa italiana. Se titula «El gran bluf».

Debajo, un texto demoledor de Zanieri, un famoso periodista literario, que lo destruye con precisión científica, desmontando todos sus libros hasta reducirlos a polvo y definiéndolo como «el vacío cósmico», «la trayectoria descendente» y «el principio del fin».

Yo estoy completamente de acuerdo con el periodista en cuestión, e incluso me gustaría llamarlo para darle las gracias personalmente, pero comprendo que, para el pobre Calamandrei, el golpe habrá sido cuando menos mortal.

Está tan afectado que no puede estarse quieto ni un minuto. Llama a su agente, amenaza con querellas a diestro y siniestro. Lo observo con tranquilidad y espero a que acabe con las llamadas y todos sus amigos y parientes lo consuelen.

Y al final llega mi turno.

—Bien, ¿has terminado de lloriquear? —le espeto con dureza.

—¡No estoy lloriqueando! —dice lloriqueando.

—¿Te das cuenta de que pones en tela de juicio tu talento y tu equilibrio mental sólo porque una persona, una nada más, ha decidido dar su opinión? Estamos en un país libre, Zanieri ha ejercido su derecho a decirte que no le gustas y yo te pregunto: ¿y qué?

—No lo entiendes, me ha destrozado, me considera inconsistente y falso, y dice que ni siquiera escribo mis libros —se lamenta revolviéndose del pelo.

—¡Eso es estupendo!

—¿Qué quieres decir?

—Que deberías tener más críticas negativas, porque te irían bien, te darían energía y unas ganas de revancha sana que jugarían a nuestro favor —le digo con énfasis, como un motivador—. Y ahora mírate, le estás dando la razón: estás nervioso, resentido y débil, exactamente el resultado que Zanieri quería obtener.

Calamandrei no me contesta, pero deja de moverse en la silla.

—Siempre tendrás a alguien en contra —prosigo—. ¿Y sabes quiénes te critican más a gusto? Los perdedores, los que, como tú dices, envidian tu vida, los que tienen una novela en el cajón que nunca publicarán. ¿Y qué podía hacer un Zanieri cualquiera para herirte? Atacar tu punto más débil, tu intimidad más profunda, donde reside tu talento, donde no tienes filtros ni defensas. Ha jugado sucio y tú, Leonardo, has caído de lleno en la trampa. Siento decírtelo, pero le estás dando la razón. —Lo miro fijamente, sin parpadear, y cuento hasta cinco antes de lanzar la arenga final—: Y la única respuesta que merece este señor no es una querrela inútil, sino tu implicación máxima y total para escribir la mejor novela de tu vida.

Después de esta frase, me relajo en la silla con las manos en el regazo, a la espera de una reacción.

Calamandrei me mira, aturdido.

—¿Crees que no debería preocuparme?

—Por supuesto que no.

—¿Ni escribirle una carta abierta?

—¿Y qué le dirías: «¡No es cierto, soy un buen escritor, hala!»? ¿Y luego empezarías a patalear?

—¿O sea que es mejor ignorarlo y mostrarme superior? —me pregunta tratando de calmarse.

—¿Sabes qué dijo Eleanor Roosevelt? «Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento».

—Creo que me lo tatuaré en el brazo.

—Muy bien. ¿Nos ponemos a trabajar? —le pregunto guiñando un ojo.

Me sonrío con renovado entusiasmo, hace una pelota con el artículo, lo lanza a la papelera y encesta.

—Yo diría que eso es un sí.

Y sigo por donde lo habíamos dejado.

Más tarde, mientras hablo por teléfono con un tipo que me llama por tercera vez en una semana para saber si he leído su manuscrito, oigo mucho jaleo en el pasillo.

Paola irrumpe en mi despacho gritando.

—¿Quién coño te manda contarle mis problemas a ésa?

Comprendo de inmediato que la discreción no es una de las cualidades de Annamaria y me arrepiento de haberle pedido un favor.

—Paola, no le dije nada concreto, pero quería que supiera que estás pasando un mal momento para que te dejara tranquila.

—¡No necesito una niñera! No necesito a nadie. ¿Y qué es esa historia de los cristales?

—Encontré cristales rotos en un sobre delante de la puerta de tu casa —confieso suspirando.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería preocuparte más —respondo sintiéndome estúpida de repente.

—Menuda idea de mierda, Francesca. ¿Qué más me ocultas? ¿Un hacha clavada en la puerta? ¿Ántrax en el buzón? ¿Un paquete explosivo debajo del felpudo?

—Paola, perdóname, lo hice por tu bien, créeme. Te juro que si llego a saber que iba a comportarse así, me habría guardado mu...

—O sea que creías que ésa era buena persona y que yo exageraba cuando te decía lo falsa, mentirosa e hipócrita que es.

—Tienes razón, perdona, me he equivocado.

—Pues sí, te has equivocado y mucho. ¡Así es que ahora me haces el favor de alejarte de mí y no meterte en mis asuntos! —me grita. Y sale dando un portazo.

Me quedo sin aliento, con una sensación de vergüenza y dolor en la boca del estómago, incapaz de decirle nada más.

Odio profundamente a Annamaria.

Calamandrei vuelve después de comer y me ve con la moral por los suelos.

No le hablo de la discusión. Cuando le digo que no voy a poder presentarlo el viernes, su actitud me confirma que no es un adulto.

—¿Cómo que no puedes? —me pregunta, muy decepcionado, y empieza a despeinarse.

—Lo siento, un compromiso imprevisto al que no puedo faltar.

Da un puñetazo en la mesa y se hace daño.

—¿Me quieres decir qué es tan importante? —se lamenta masajeándose la mano.

—No puedo decírtelo, pero, créeme, no tengo otra opción.

—No confías en mí. —Me mira, turbio.

—Sí confío, pero es algo personal y no quiero hablar de ello.

Calla de nuevo, contrariado otra vez.

—¿Y ahora qué hago?

—Encontraremos a otra persona, te lo prometo.

—No quiero a otra persona —dice con la cara larga.

Hago un par de llamadas y, tal como sospechaba, tengo donde elegir a la hora de encontrar profesionales más que dispuestas a presentarlo en el festival Libros & Vino, pero él se hace el ofendido y me pide que escoja yo. Y, por venganza, le adjudico a la periodista más aburrida y entrada en años que conozco.

Acabo la jornada con un sentimiento total de frustración y soledad.

Salgo del despacho y decido recorrer un trecho a pie, aunque el frío es tan intenso que me agrede los huesos.

Llamo a Alessandro y lo pongo al corriente del fracaso de nuestro ingenuo plan, luego intento llamar a Paola, pero, como era de esperar, no me contesta.

Ando despacio para retrasar mi llegada a casa. Sé que si hablo de mi día

con Edo, será incapaz de darme un consejo útil o de hacerme una crítica constructiva y me apoyará incondicionalmente.

Como si yo todo lo hiciera bien. Y Dios sabe que eso no es así.

Llego al parque Sempione. Sólo iluminan la oscuridad unas farolas de luz tenue y amarillenta efecto Londres a finales del siglo XIX.

Empiezo a sentirme realmente cansada. E incapaz de sobrellevar todo lo que me ocurre.

¿Es posible que no haya forma de que las cosas funcionen y que siempre tengamos que hacer malabarismos entre el amor, el trabajo, los amigos y la familia?

O puede que yo haya salido defectuosa.

Entro corriendo en un supermercado que está a punto de cerrar a comprar huevos y harina, pues presiento que pasaré otra noche de insomnio. En la cola de la caja observo a una madre y a su hija, más o menos de mi edad.

Se parecen muchísimo, una es la versión más madura de la otra, las dos sonrientes y abiertas. Conversan animadamente con la cajera, ríen y bromean. Dos mujeres que parecen resueltas, que no dependen una de otra a juzgar por la forma en que se mueven y hablan; perfectamente independientes, con autoridad y al mismo tiempo cómplices.

Pienso en mi pobre madre con un chándal de felpa verde, sentada en la cocina de tía Rita, y me hierve la sangre.

En casa veo a Edoardo de mejor humor aún que de costumbre. Canturrea y da vueltas a mi alrededor, sin reparar en mis ojeras ni en mis pocas ganas de comunicarme si no es con monosílabos.

—¿Por qué estás de tan buen humor?

—Yo siempre estoy de buen humor. —Me abraza—. Incluso cuando paso un día terrible en la oficina y estoy cansado, pienso: la tengo a ella, y al momento me siento bien.

Le huelo el aliento para ver si ha bebido, pero nada, está sobrio, simplemente es así: un entusiasta de la vida.

—Te he preparado un baño caliente —me dice con una expresión astuta que me recuerda un poco la de los niños que le hacen el regalo de San Valentín a su madre, muy alejada de la idea de Bradley Cooper esperándome cubierto sólo de espuma.

Pero sonrío ante el detalle solícito, voy al cuarto de baño y me encuentro la bañera llena de agua y pétalos de rosas rojas.

Me vuelvo, sorprendida.

—¡Qué servicio de cinco estrellas!

—Un servicio de princesa —responde. Enciende dos velas colocadas en la repisa del espejo y me deja sola.

Me siento en el borde de la bañera, rozo con los dedos el agua caliente dibujando círculos concéntricos para emborronar el reflejo tembloroso de una imagen de mí envejecida al menos diez años.

No sé cómo he llegado a descuidarme así. Empecé por dejar de maquillarme, por ponerme la misma rebeca tres veces a la semana, por comprar bragas de algodón iguales... y luego, de un momento a otro, todo es bajada. Y ni el equipo entero de *Esta casa es una ruina* bastaría para reconstruirte.

Me desnudo, entro despacio en la bañera disfrutando del escalofrío de calor hirviente, sumerjo la cabeza hasta que el agua me llega a las orejas y sólo oigo el latido amortiguado de mi corazón.

Me esfuerzo por no pensar en nada, trato de relajarme como no soy capaz de hacer, según dice todo el mundo.

Mientras alcanzo un nivel aceptable de relax, un sonido sordo pero condenadamente insistente empieza a propagarse a través del agua hasta mis tímpanos sumergidos.

Me doy cuenta de que es el móvil. Lo he dejado encima de la lavadora y no para de sonar. Me obliga a levantarme, resbalar, golpearme una rodilla, correr el riesgo de partirme el cuello y contestar.

Es Calamandrei.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó, exasperada.

—Oye, estoy aquí, en el acto de Dolce e Gabbana. La persona que me acompañaba se ha ido y no quiero quedarme aquí solo.

—¿Y me llamas a las nueve y media? ¿Qué quieres que haga, buscarte una niñera?

—No, ven *tú* aquí.

—¡Jajajajajaja! Qué simpático, en serio, más de lo que creía. ¡Eres una caja de sorpresas! Nos vemos mañana. Y no bebas mucho, que tenemos que acabar el capítulo quinto.

Cuelgo, atónita, preguntándome cómo puede existir en el mundo un carácter tan prepotente. Seguro que a los seis años era uno de esos niños odiosos que decían: «¡El balón es mío y no os dejo jugar!».

Me meto otra vez en la bañera con la intención de que nadie vuelva a molestarme. Imagino a Calamandrei dando vueltas con el vaso en la mano entre modelos, blogueras y estilistas, guiñando el ojo con la esperanza de que lo reconozcan.

Y, sin poder evitarlo, me echo a reír.

A los pocos minutos, el móvil suena de nuevo y esta vez contesto sin ninguna delicadeza.

—¡Ya me estás tocando los huevos!

El silencio al otro lado me hace pensar que me he pasado un poco.

—Francesca, disculpe la hora, pero no sé qué hacer con ese hombre.

—¡Señor Bigazzi! —grito. Me levanto y me cubro con la toalla, como si pudiera verme—. Perdóneme, creía que era Calamandrei —se me escapa.

—Él es el problema. Acaba de llamarme hace un minuto diciendo que si usted no acude a la fiesta de Dolce e Gabbana, no escribirá más. Compréndame, soy un hombre de cierta edad y he llegado a ese punto de mi carrera en que tendría que venderlo todo y trasladarme a las Canarias con mi mujer y los perros, en vez de pasarme las noches dejando que me chantajee un gilipollas por el que he pagado su peso en oro y que ¡MEESTÁVOLVIENDOLOCOS! —me chilla al oído.

Miro el teléfono, indecisa, no sé si tirarlo al agua... Luego inspiro hondo.

—Por favor, no me pida que vaya a la fiesta ahora, no me lo pida.

—Francesca, le juro por lo más sagrado que la compensaré como merece, pero ahora coja un taxi, quédese media hora con él y luego vuelva a casa y asegúrese de que ese idiota irá al despacho mañana por la mañana.

Estoy viviendo en una dimensión paralela, pienso al salir de la bañera y sacudirme los pétalos de rosa pegados a las piernas.

Me pongo el albornoz, apago las velas, paso una mano por el espejo opaco y descubro mis ojos reflejados en la franja nítida.

—Resiste —le digo a mi imagen—, no puede llover siempre.

Salgo del cuarto de baño y Edoardo trota de nuevo a mi alrededor.

—¿Te hago algo de cenar?

—Ojalá —contesto dirigiéndome a la habitación a ponerme el mismo vestido recto y negro de la fiesta del sábado—. Tengo que reunirme con Calamandrei en una fiesta. Le ha dado una especie de ataque de pánico.

—¿A estas horas? —Edoardo me mira, contrariado—. ¡Son las diez pasadas!

—Por favor, no me lo recuerdes —le pido mientras busco un par de medias sin carreras—. Me ha llamado Bigazzi en persona por primera vez desde que trabajo para él. Calamandrei nos crea problemas a todos con sus rabetas. Espero volver pronto.

Edoardo se queda en la puerta en silencio, con las manos en los bolsillos.

—No me esperes levantado —le digo despidiéndome con un beso.

Siento que su mirada triste me acompaña hasta el interior del taxi. Instintivamente, levanto la cabeza hacia la ventana del salón, donde lo veo despedirse con la mano.

Y me siento una mierda.

Cuando llego delante del palacio Serbelloni y veo a Calamandrei hablando con tres chicas y simulando que fuma, me entran ganas de quitarme un zapato y clavarle el tacón entre los ojos, como le haría Pica a Rasca, sin dejar de reír mientras el cerebro le resbala por la chaqueta.

Pero intento mantener las formas y disimular el enfado que he ido acumulando.

—Veo que, a pesar de tu sociopatía congénita, has hecho amigos —le digo, molesta.

—¡Qué bien, ya estás aquí! —exclama, y levanta la mano derecha para chocar esos cinco, pero yo no respondo.

—¿Acaso lo dudabas? —le digo, cínica.

—Un poco. —Baja la mano y se la pasa por el pelo—. No sabía si Bigazzi te convencería.

—Me ha pagado —miento, impasible.

—Ah...

Nos miramos durante un minuto, o quizá son diez.

—¿Entramos? —dice él para salir del *impasse*.

No contesto y lo sigo hasta la entrada, donde unas azafatas muy quisquillosas comprueban cuatrocientas veces la lista de invitados. Ni que fuera una lista de terroristas internacionales...

Cuando finalizan los controles rituales y se aseguran de que no voy a fabricar una bomba con la barra de crema de cacao, entramos en la inmensa sala de fiestas, repleta de modelos de una belleza que cohíbe. Al instante, me siento un feto, sobre todo cuando le doy sin querer un codazo a Bianca Balti y ella, con una sonrisa que me descoloca, me pide perdón.

—Quiero irme de aquí —le digo a Calamandrei, que está apoyado en la



barra del bar.

—¿Por qué, no te diviertes?

—En absoluto. Debería llevar una hora y media en la cama.

—Bebe —replica él, y hace tintinear su vaso contra el mío.

Bebo un sorbo de un cóctel multicolor y empiezo a observar a la gente que me rodea.

Modelos, estilistas, actores, cantantes, todo el que es alguien en Milán. Y yo sólo deseo estar en mi sofá leyendo un cómic de Zerocalcare.

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no podías estar solo? Aquí conoces a todo el mundo.

—No me gusta venir a estas fiestas sin alguien a quien conozca bien — responde escoltándome hasta un rincón tranquilo.

—Ya, pero reconoce que no habrías muerto si no llego a venir.

—Claro que no. Pero como siempre me invitan y es importante que acuda por cuestiones de imagen, no me gusta hacer de tapicería, ni estar ahí y dejar que me hagan fotos solo como un gilipollas —explica con la clase que lo caracteriza.

—¿Puedo preguntarte algo, Calamandrei?

—Por supuesto.

—¿Por qué yo?

—Porque eres una tía seria —responde sin pestañear.

—¿Quieres decir una tía que no se droga?

—Exacto. Y nunca me dejarías tirado en una cuneta borracho.

—Yo de ti no estaría tan seguro.

—Venga ya, no me digas que habrías preferido quedarte en casa en pijama y zapatillas, con una taza de leche caliente.

—¿Quieres la verdad? ¡Sí!

—Deja de ponerte siempre esa careta; en el fondo no te lo crees ni tú —me incita moviéndome el hombro—. Relájate y disfruta de la vida. Mira, la flor y nata del mundo de la moda italiana está aquí. Hay gente que mataría por estar en tu lugar.

—Ya, pues yo les cedería el puesto encantada —contesto sorbiendo el cóctel.

Me mira como si no tuviera remedio. Luego me quita el vaso de las manos, me atrae hacia él y ejecuta unos pasos de baile al ritmo de las notas de *Prayer in C*.

—No me digas que no te dan ganas de bailar —me sonrío, socarrón.

—Ni pizca —respondo tratando de permanecer seria.

—Es imposible no bailar con este tema.

Se mueve otra vez, y debo reconocer que lo hace con cierta elegancia. Me arrastra con él a la pista.

A pesar de mi proverbial rigidez, lo sigo y me pongo a bailar con él.

—¿Ves? Lo haces muy bien. Deberías usar tu cuerpo más a menudo.

Me muevo como un muñeco de madera, pero, sin poder evitarlo, me dejo llevar por la música y por Calamandrei, que baila como un auténtico profesional, tan bien que un pequeño grupo de gente guapísima lo rodea y da palmas.

Siempre necesita tener público. La idea de que, por un momento, su imagen no se refleje en los ojos de alguien le resulta insoportable.

Qué cansancio ser él, pienso, y me uno al grupo. Yo también doy palmas para incitarlo mientras observo cuánto disfruta siendo el centro de atención. Es un ejemplo de manual de los trastornos de la personalidad del narcisista.

—¡Anda, salgamos! —dice. Me coge de la mano y corre hacia fuera en cuanto termina la canción para crear una salida efectista.

Sinceramente, esta costumbre suya de salir al frío de la calle como en pleno mes de julio empieza a ponerme nerviosa. Además, se está haciendo muy tarde.

Coge un par de vasos de una mesa y me ofrece uno.

—¿Te diviertes? —me pregunta de nuevo, sin dejar de sonreír y saludar a todo el mundo, entusiasmado como si fuera la fiesta de su decimoctavo cumpleaños.

—Sigo echando de menos mi sofá.

—¿Qué hay que hacer para que te diviertas? —me pregunta frunciendo el ceño—. ¿Llevarte a ver una película checa subtitulada? ¿Una exposición dadaísta? ¿Un hospital?

Su desafortunada ocurrencia me molesta.

—Oh, perdona, me he equivocado —admite—. ¿He tocado alguna tecla delicada?

Asiento mirando el fondo del vaso.

—Mi madre no está bien —confieso, más por el alcohol que por un repentino ataque de confianza en él.

—Lo siento —me dice mirándome a los ojos con una chispa de empatía—.

¿Tienes que estar con ella pasado mañana?

—Sí.

—¡Dios mío, qué idiota soy cuando quiero! —exclama pasándose la mano por el pelo dos veces—. Y yo insistiendo para lo de la presentación, y te he obligado a venir aquí...

—Ya te dije que todo el mundo no tiene una vida como la tuya.

Encaja mis palabras en silencio.

—No soy un cabrón, aunque a veces se pueda pensar lo contrario —les susurra a sus zapatos.

—Pues te esfuerzas mucho por parecerlo.

—A veces no sé dónde está el límite.

—Sí, ya sospechaba que la delicadeza no era tu fuerte, aunque por tus libros se diría que conoces el espíritu humano como tu teléfono móvil.

Niega con la cabeza.

—Escribir siempre me ha resultado fácil. Siento a las personas, las percibo, las huelo y sé perfectamente qué quieren oír, pero luego las relaciones... uf, son un lío.

—¿No será que esperas que los demás hagan siempre lo que tú quieres?

No contesta.

—Quiero decir que como tú decides qué harán tus personajes, no soportas que en la vida no funcione igual... quizá sea deformación profesional.

—Nunca lo había considerado desde ese punto de vista. —Me mira como si acabara de tener una visión—. Es verdad. No tengo paciencia con los demás y nunca acepto un «no» por respuesta.

—Ya me he dado cuenta. ¿Sabes? Existe un concepto que tú desconoces, llamado «libre albedrío», que podría abrirte nuevos mundos.

—¿Crees que exagero?

—A veces sí. Piénsalo bien: ¿si alguien te dice que no, qué pasa? —le pregunto como lo haría un psicoanalista.

—¡Que no lo soporto!

—Vale, pero ¿qué ocurre?

—Me cabreo y lo hago cambiar de opinión.

—O sea que o se hace lo que tú quieres o nada.

No contesta.

—¿Y eso no es un poco infantil y dictatorial? En el fondo, las dos cosas son lo mismo.

—Dicho así, parezco un idiota caprichoso —resopla.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Se ríe y me mira con una mezcla de curiosidad y gratitud, como si alguien le hubiera mostrado por primera vez una cara distinta de su personalidad.

—Ayúdame a ser una persona mejor.

—Es imposible. —Me echo a reír—. ¡Ni Jesucristo lo conseguiría!

—Él no, pero tú sí. Te necesito a ti para dar un paso adelante como ser humano y como escritor.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Ayudarme a detectar cuándo me equivoco y cuándo me paso. En serio, quiero cambiar.

—Calamandrei, estás borracho. Tú no cambiarías ni aunque te amenazaran de muerte.

—Quiero sorprenderte —afirma sentándose en el escalón situado debajo del mío y apoyando la barbilla en mis rodillas—. No sabes lo dócil y obediente que puedo llegar a ser.

—Qué ganas tengo de terminar contigo.

—Tú tienes ganas de empezar conmigo —replica guiñándome el ojo.

—¿Lo ves? ¡Esto es insoportable!

Me mira, sorprendido.

—¿O sea que no puedo pedirte que me acompañes a París?

# 13

No dejo de darle vueltas en las manos al estuche azul que me he encontrado junto a la taza del desayuno cuando Edoardo ya había salido.

En el fondo espero que sea una broma, aunque más bien tiene pinta de ser una propuesta de matrimonio en toda regla.

Debería ser el momento más bonito de mi vida, el que siempre he soñado, y el corazón debería rebosarme de felicidad. Debería echarme a llorar, correr a abrazarlo y decirle cuánto lo quiero. Y después llamar por teléfono a mis amigas y a mi madre y empezar a pensar en el vestido.

Pero sólo tengo ganas de ponerme a preparar cien napolitanas de crema.

¿Por qué soy tan retorcida?

Llamo a Paola por millonésima vez y por millonésima vez el teléfono da la señal y no lo coge.

Enjuago la taza, me lavo los dientes y vuelvo a sentarme a la mesa sin dejar de mirar el estuche.

Estoy paralizada frente a una inocente cajita azul, como si contuviera una araña.

Yo tengo mil dudas y él quiere casarse conmigo.

El don de la oportunidad.

La abro y dentro veo un anillo antiguo, con un zafiro grande en el centro, probablemente un recuerdo de familia que su padre no tuvo tiempo de jugarse.

Me lo pruebo en el dedo anular.

Me va un poco ancho, pero lo que más me sorprende es que sé que debería sentir algo al llevarlo puesto, no sé, una sensación de pertenencia, de amor, de alegría incontenible. Pero no siento absolutamente nada.

Me lo pongo una y otra vez, cambio de dedo, de mano. Pero nada. Nada de nada.

Y empiezo a tener miedo de no quererlo.

Apoyo la cabeza en la mesa, afligida.

Y lloro porque no soy normal.

En la editorial, el ambiente es insoportable. Annamaria está en pie de guerra, lleva una hora en el despacho de Bigazzi. Silvia está enterrada bajo una pila de manuscritos, Paola responde con monosílabos y Calamandrei intentan volverme loca incluyendo novedades «experimentales» en la novela, como capítulos con doble final o páginas en blanco.

Ilaria es la única que, según parece, mantiene el equilibrio. Aunque ahora que sale con Alessandro, tengo que averiguar cuál es su problema. Porque debe de tener uno, y gordo, si trabaja aquí dentro.

Después de comer, Bigazzi convoca una reunión extraordinaria.

Me entra un sudor frío.

Todas llegamos a la sala de reuniones en un silencio religioso. La tensión es palpable. Paola se sienta lejos de mí; de nada sirven mis miradas de complicidad, me ignora y punto.

Qué carácter de mierda.

—Las he convocado aquí urgentemente porque estoy hasta los mismísimos de todas ustedes —empieza sin rodeos, de pie—. Creía que tenía una oficina de gente adulta, pero esto es un parvulario. ¿Qué les pasa, tienen todas la menopausia? Una no se habla con la otra, ésta desprecia a aquélla —dice señalando a Paola y Annamaria—. ¿Son conscientes de que vienen aquí trabajar o no? Todas deberían concentrarse en el lanzamiento de Calamandrei, organizarlo todo, incentivar el misterio, estimular la espera, trabajar como un equipo... Y, en vez de eso, se dedican a robarse la merienda. —Nadie se atreve a levantar la cabeza—. ¿Qué tengo que hacer, cambiarlas de pupitre, como en el colegio? ¡Tendría que despedirlas a todas en bloque! Eso es. Y hacerlo todo solo. ¡Seguro que entonces el chiringuito funcionaría! —grita, con la cara roja.

—¿Y por qué no lo hace? —dice Paola rompiendo el silencio, para variar.

—Porque usted me da miedo —le contesta señalándola con un dedo—. Me pondría un pleito que duraría diez años y no tengo ningunas ganas de enfrentarme a eso. Sólo quiero disfrutar de la jubilación y olvidarme de ustedes —concluye, descompuesto, con la misma cara que debió de poner Lindsay Lohan tras la enésima llamada de la policía—. ¡Un libro! —exclama alzando los brazos—. Sólo tienen que ocuparse de que salga un libro, no creo que sea pedir demasiado.

—Sería más fácil si el libro ya existiera —replica la kamikaze, y el pobre Bigazzi se queda paralizado, como si hubiera recibido una bofetada en plena

cara.

Un murmullo de desaprobación y sorpresa recorre la sala, y juraría que alguien está mandando *tuits* con *la etiqueta* #Bigazziloco.

Marco el 118 y mantengo el dedo junto al botón de llamada por si tenemos una urgencia... esta vez es cuestión de minutos.

Bigazzi se vuelve a cámara lenta hacia Paola y le pregunta despacio:

—¿Y a usted quién le ha dicho eso?

Me pongo pálida.

—Rumores de pasillo —susurra ella, consciente de haber metido la pata.

—¿Qué pasillo?

—Pues... es que... nadie ha visto el libro, no hemos podido leer ni una línea... si existiera, al menos sabríamos algo de la trama.

Todo muy cierto, lástima que lo diga mirándome.

—¡Francesca! —vocifera él golpeando la mesa con el puño y asustándome—. ¿Se lo ha dicho usted?

Toso un poco, avergonzada.

—Paola estaba escuchando detrás de la puerta.

—¡Demonios! ¿Qué tengo que hacer? ¿Obligarlas a firmar una cláusula de confidencialidad para que mantengan el secreto?

—Tranquilícese —le dice Paola con su tono de comedia de situación—. No hay problema, todo esto no le va a quitar el sueño a nadie.

Bigazzi la fulmina con los ojos fuera de las órbitas y chillá:

—¡FUERAAA! ¡SALGA Y NO VUELVA A PONER LOS PIES AQUÍ MIENTRAS YO VIVAAA!

Nos quedamos de piedra mientras el eco resuena en toda la sala.

Se abre la puerta y aparece Calamandrei con cara de estar buscando el lavabo.

—Perdón, se han terminado las cápsulas de la cafetera.

Y llamo al 118.

Más tarde, estoy en el despacho de Paola intentando convencerla de que le pida disculpas a Bigazzi.

—¡Ni hablar! —dice guardando sus cosas en una caja.

—Dime cuál es tu plan. ¿Qué intentas demostrar?

—No te preocupes por mí, tú no tienes estos problemas —responde sin

mirarme a la cara.

—Tengo otros, algunos incluso peores, pero no me pongo a cruzar las vías por diversión. ¿Sabes cuál es tu verdadero problema? Que te sientes invencible. Y eres tan cabezota que, con tal de no pedir ayuda, prefieres esconderte detrás de esa careta de insolente descarada que sólo te trae complicaciones. La verdad es que estás cagada por las amenazas del Demente, y en vez de reaccionar como sería normal y denunciarlo, te dedicas a destruir todo lo demás. ¡Y de esta manera no haces más que seguirle el juego! —grito, fuera de mis casillas, y doy un portazo.

Me suena el móvil.

—Hola, Estrella Alpina.

Por favor, que alguien me mate.

—Hola, Edo —digo suspirando—. Es un mal momento...

—Ah, perdona, sólo quería... da igual, nos vemos en casa.

Ahora caigo en la cuenta de que debe de llevar desde esta mañana esperando que le diga algo del anillo.

—He visto tu regalo —lo tranquilizo.

—¿Te ha gustado? —me pregunta, impaciente.

—Es... muy bonito, pero tenemos que hablar, yo, es que... es algo imprevisto, ya sabes lo que pienso...

—Sí, sí, lo sé, pero igualmente quería hacerlo. Iba a dártelo anoche, pero luego saliste...

Ahora entiendo lo del baño con pétalos y velas.

Fui una idiota al no pensarlo.

—Sólo quería que supieras que para mí no es ningún problema que nos casemos —dice con una voz dulce y paciente.

—Lo sé, y harías feliz a tu madre —se me escapa.

—No es eso, bueno, también es por eso, pero...

—Edo, ya hablaremos en casa, por favor —le pido con la cabeza a punto de estallar.

—Muy bien, amor. Hasta luego.

Cuelgo.

Ilaria se me acerca y me pone una mano en el hombro.

Me vuelvo hacia ella, la miro a los ojos grandes y oscuros y, sin poder contenerme, me echo a llorar. Entre lágrimas, empiezo a contárselo todo: mi madre, la ruina de tía Rita, Edoardo que no merece que lo trate así, lo



equivocada e indigna que me siento y el hecho de que, por más que lo intente, nunca consigo que funcione nada.

Y estoy llena de rabia e impotencia, y me siento encerrada en una jaula, sin ninguna salida.

Me da unos pañuelos y me sonrío como una hermana.

—De momento no tienes que decidir nada —me susurra con ternura—, no tienes que decidir absolutamente nada, ya está bien así. Afronta las cosas una a una, según un orden de prioridad. Ahora está Calamandrei, luego, cuando acabes con él, podrás dedicarle más tiempo a tu madre, y después, con calma, afrontarás el tema de Edoardo. Puede que sólo tengas miedo y, en cualquier caso, ahora estás demasiado confundida para saber con claridad lo que quieres. Seguro que las respuestas están dentro de ti, sólo que ahora todo es puro caos.

Trato de recomponerme y me seco las lágrimas, avergonzada.

—Perdóname —le digo sonándome la nariz—. Tengo los nervios a flor de piel, enseguida se me pasará.

—No te disculpes. —Me tiende un pañuelo de papel—. No te das cuenta de lo buena que eres. Hace tiempo que deberías ser directora editorial, pero sigues permitiendo que te esclavicen. Deja que te diga una cosa: deberías ir con la cabeza mucho más alta de como vas.

—¿Con la cabeza más alta?

—Por supuesto. Deberías tener ayudantes, deberías poder delegar. Conoces a fondo el oficio, y editar como tú lo haces es algo que no tiene precio. Donde yo trabajaba antes, la responsable editorial ganaba un sueldo desorbitado por trabajar tres días a la semana desde casa.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, atónita.

—¡Y tan en serio! Tú siempre has trabajado aquí, pero la realidad puede ser muy distinta.

Miro a Ilaria como si fuera un alienígena de *Guía del autoestopista galáctico*. Y, de pronto, me siento víctima de una conspiración.

¿De verdad hay editores que ganan sueldos de escándalo, tienen ayudantes y pueden trabajar desde casa?

Yo siempre he ido por la vida con orejeras y la cabeza gacha, como un caballo de tiro, convencida de que si trabajaba duro y sin quejarme, tarde o temprano obtendría mi recompensa, pero es evidente que esta actitud no funciona.

Si les das una mano, ellos te cogen el brazo, y luego el hombro y todo el resto. No es maldad, es simplemente que el ser humano se expande allí donde otro se encoge.

Quizá haya llegado el momento de hacerse valer.

Lo malo es que si le pido algo a Bigazzi hoy, le voy a dar el golpe de gracia.

Cuando por fin nos sentamos otra vez delante del ordenador, Calamandrei comprende intuitivamente que no puede ir de fenómeno y deja de proponerme ideas revolucionarias, pero es tan curioso y tan metomentodo que cada cinco minutos me pregunta qué ocurre.

—Anda, dime qué te pasa, te noto muy rara.

—Preferiría hablar de mis problemas con el revisor del autobús.

—Ya sabes que soy un hombre sensible y que entiendo a las mujeres como nadie.

—¿Te has autoproclamado príncipe? —Me echo a reír.

—Es lo que dicen todas.

—¿Quiénes lo dicen? ¿Las fans que pasan contigo el tiempo justo para hacerse una foto? Calamandrei, eres un egocéntrico de campeonato, sólo te quieres a ti mismo.

—No es cierto. Ponme a prueba.

—Está bien. —Me cruzo de brazos—. A ver... ¿cómo se llama la camarera que te hace el capuchino de soja todas las mañanas?

Achica los ojos un instante.

—Giulia.

—No.

—Giovanna.

—No.

—Giorgia.

—No.

—Empieza por G, estoy seguro.

—¡Lucrezia! —aclaro.

—Bueno, ¿y qué? —Se encoge de hombros—. No se me dan bien los nombres.

—Está bien, segundo intento: Beatrice, nuestra secretaria, con la que coqueteas todos los días. ¿Qué sabes de ella?

—Buenas tetas.

—Aparte de eso —Suspiro.

—Mmm... pues... hace un café excelente.

—Veintiocho años, licenciada en Economía y Comercio con sobresaliente, casada, habla tres idiomas, le gustan los escritores rusos, sale a correr tres veces a la semana, le encanta Grecia, es fan de *House of Cards*, los domingos trabaja de voluntaria en una perrera e imita muy bien a Bigazzi.

—¿Está casada? —pregunta su única neurona.

—Calamandrei, no tienes remedio.

—¡*Touché!* —admite. Luego se levanta y recorre varias veces arriba y abajo los dos metros cuadrados de mi despacho, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Se vuelve hacia mí.

—Eres una mujer con un gran corazón, te preocupas por todo y por todos, pero no por ti misma. Crees muchísimo en lo que haces y tienes unos valores profundos, como la familia y el amor. Eres tenaz y estoica, no te rindes fácilmente, pero muchas veces las situaciones te superan, porque es muy duro hacerlo todo sola.

»Eras una niña sensible, necesitabas protección, pero te enfrentaste demasiado pronto a los escollos de la vida y te volviste rígida y desconfiada. Entonces te metiste de lleno en el trabajo, esperando que eso pudiera resarcirte de los caprichos del destino. Encontraste un compañero leal y honesto, que te hizo sentir serena y amada, y los años han ido pasando, todos iguales, dentro de lo que creías que iba a ser una felicidad hecha a medida para ti, porque la habías construido con mucho cuidado. Pero, un día, algo sale mal y empiezas a sentir que te falta una parte de ti, que en tu interior existe una llama que vibra y reclama amor, ternura y pasión. Como estás demasiado asustada para afrontarla, ocultas tus sentimientos bajo una alfombra de distancia y frialdad. Al final, todo eso te estallará en la cara, porque la lava siempre encuentra la manera de salir a la superficie.

Me quedo aturdida, como después de oír un estruendo.

Tengo la sensación de que no me circula la sangre, noto vértigo y náuseas en la boca del estómago y es como si faltara el aire en el despacho.

No quiero que se dé cuenta.

No quiero que Leonardo Calamandrei, con su astucia primitiva, comprenda que ha dado exactamente en el clavo.

No quiero que sepa que ha leído en mi interior como si fuera un detector de

metales.

Pero está ahí y me mira intensamente, esperando un signo de vacilación, por imperceptible que sea, que decrete su triunfo.

Nos miramos como dos jugadores de póquer expertos, que tratan de descubrir el bluf en los ojos del otro y evitan parpadear o tragar saliva, hasta que decido descubrir mis cartas.

—¡Bravo! —Aplaudo lentamente—. Te felicito. He estado a punto de caer en la trampa. Ahora comprendo por qué te veneran las mujeres. Te había subestimado, eres un mago con las palabras.

—Sabes perfectamente que he acertado de lleno, aunque no quieras reconocerlo.

—Anda ya, seamos serios. Son las típicas cosas que valen para todo el mundo, como hacen los que echan las cartas: te gustan los viajes, los gatos y los niños y buscas el verdadero amor. Si fracasas como escritor, podrías hacer carrera como vidente. Te imagino con un turbante en la cabeza y una bola de cristal...

Se revuelve el pelo, ofendido, y se sienta colocándose de lado.

—Y ahora... ¿por qué no nos ponemos a trabajar de verdad? —propongo mientras siento que la adrenalina baja, despacio, y me deja una gran inquietud en el cuerpo.

—Siempre funciona —replica, obstinado—. Lo que pasa es que tú eres frígida.

—¿Frígida? —chillo.

—Quiero decir *emocionalmente* frígida.

—¿Cuándo dejarás de usar estas frases de imán de nevera? ¿Sabes que la New Age terminó hace mucho?

—No es New Age, es vida, necesidad de expresarse, de sentir pasión. ¡No puedes ser un palo de fresno y ser feliz!

—¡Qué sabrás tú de las emociones de una mujer, Calamandrei! —le digo con absoluta calma—. Tú eres un genio con las palabras porque sabes de memoria su significado, pero no tienes ni idea de lo que expresan en profundidad. Por eso no tienes ni pizca de empatía, porque sólo eres un actor.

—Si vendo millones de libros, por algo será, ¿no crees? —replica con el orgullo herido.

—Nadie niega tus capacidades como escritor, pero eres como un ginecólogo: por muy bueno que sea, nunca sabrá qué significa tener un hijo o

retorcerse de dolor por la menstruación.

Y después de eso me pongo a saltar literalmente sobre su tumba, descalza.

—Eres el hueso más duro de roer que he conocido.

—Me lo tomo como un cumplido. Y ahora... ¡a trabajar!

Vuelvo a casa pensativa y sombría. Antes de meter la llave en la cerradura, doy un par de vueltas a la manzana para aclararme las ideas.

Me armo de valor y entro. Edoardo corre a mi encuentro, tan feliz como siempre.

Le sonrío y lo abrazo. Y de nuevo la sensación de hogar me envuelve y me acuna.

El estuche del anillo sigue en la mesa, donde lo he dejado esta mañana, y eso dice mucho de cuánto me ha impresionado el gesto.

Me lavo las manos, me pongo el chándal y voy al salón, dispuesta a abordar el tema.

—¿Y qué? —me pregunta—. ¿Te lo has probado?

—Sí —contesto buscando un poco de entusiasmo—, pero me va un poco ancho.

Abro el estuche y le enseño cómo me queda.

—Se puede hacer más pequeño.

—Supongo que sí. —Observo la piedra azul—. ¿Era de tu madre?

—No —me tranquiliza—. Lo compré en un anticuario. Sé que te gustan los anillos con piedras, y éste al menos es un modelo que puedes llevar cada día.

Ya, pero falta que *quiera* llevarlo...

Me lo dejo puesto para complacerlo y me prometo que mañana lo llevaré a arreglar.

—Pero Edo, lo de la boda... ya sabes que no me va, y no veo por qué tenemos que hacerlo sólo porque a Silvana se le ha metido en la cabeza que te da la casa si nos casamos.

—No es sólo por eso, digamos que el ultimátum de mi madre ha sido el pretexto. La verdad es que llevamos años juntos y creo que ha llegado el momento de dar este paso.

Otra vez la sensación de ahogo.

¿Cómo le dice una a un hombre tan dulce y solícito que no lo quiere como se merece y que por esta razón no puede casarse con él? ¿Cómo partirle el

corazón a una ardilla?

Nunca tendré valor para dejarlo, pienso cuando lo veo sonreírme con esa expresión suya, agradecida y totalmente confiada.

¿Por qué confías tanto en mí? ¿Por qué me quieres tanto?

—Necesito tiempo —le pido.

—Claro, todo el tiempo que quieras. —Sonríe—. Digamos que ahora estamos comprometidos oficialmente.

La frase me pone muy nerviosa.

Suena a trampa.

—¿Se lo dirás a tu madre?

—Sí, pensaba decírselo esta noche. Podríamos ir a verla.

—No hay prisa. Podemos decírselo el domingo cuando vayamos a cenar.

Quiero ganar tiempo para que baje el entusiasmo. Y veo una sombra de desilusión en su rostro.

—Está bien, se lo decimos el domingo.

En un mundo perfecto, correríamos a decírselo a su madre, y ella me abrazaría, me llenaría de besos y me diría que soy la nuera que siempre ha deseado y que espera tener nietos muy pronto.

Pero los dos sabemos que no es así, y que nunca será así, porque los malos padres no cambian, aunque los hijos mantengan la esperanza toda la vida.

No sé por qué Edo decidió que yo era la persona adecuada para él. Yo, que no le doy más que migajas de esa montaña de amor gigante que él necesita y que siempre le han negado.

La misma montaña que me han negado a mí.

Dejo el anillo en el estuche azul y me voy a la cama.

# 14

—Por favor, señor Bigazzi, devuélvame la llamada a Paola —imploro uniendo las manos mientras considero la posibilidad de ponerme de rodillas.

—Ni hablar —responde, y trata de que funcione su iPhone 6 pasando el dedo por la pantalla como si aplastara hormigas.

—Paola está pasando un mal momento —le repito por millonésima vez.

—Lo siento por ella, pero no aguanto más sus salidas de tono, ha superado el límite.

—Pero no puede dejarla sin trabajo por eso.

—He tenido más paciencia que un santo, pero se acabó. Y usted deje ese papel de chica de la Cruz Roja, que tiene cosas mucho más importantes que hacer —me liquida poniéndome en mi sitio.

Voy a ver a Annamaria para darle las gracias por haber sido tan rematadamente cabrona.

—¿Te alegras de que la hayan echado, eh? Di la verdad, es lo que estabas esperando —insinúo, apoyada en el quicio de la puerta de su despacho.

—No sé de qué me hablas. Lo hizo todo ella solita —responde, y finge estar muy ocupada buscando algo entre montañas de papeles.

—No te hagas la modesta, tienes un talento natural para hacerles la vida imposible a las personas que detestas.

—Yo no la detestaba. Lo que pasa es que era una incompetente —concluye, y vuelve a sus llamadas.

Y pensar que lo dice una auténtica inútil... es el colmo.

Tengo la impresión de que hoy las horas de «escritura forzosa» con Calamandrei pueden ser la única isla feliz en todo el día.

Pero no contaba yo con el escritor puntero, siempre dispuesto a sorprenderme con sus ráfagas de inteligencia artificial.

—Mira, lo he pensado mucho y creo que deberíamos cambiar radicalmente la trama —me anuncia con aire acompasado después de haberme dado plantón toda la mañana.

Esta frase me provoca un leve desvanecimiento, pero trato de disimular limpiándome frenéticamente las gafas.

—¿Cómo que *radicalmente*? —pregunto fingiendo indiferencia.

—No siento mía la historia, ¿me comprendes? Él, ella, la desesperación... empiezo a sufrir ansiedad, necesito algo más *aireado*.

—Aireado —repito. Me pongo las gafas deseando encontrarme con otro ser delante. Quizá un *hobbit*—. ¿Qué es exactamente lo que no te convence? Es una buena novela, en tu estilo, fluye magníficamente, los pasajes profundos se alternan con momentos más livianos. Quizá tengas esa impresión porque, al trabajar con tanta intensidad, no has tenido tiempo de verla con perspectiva y con cierta distancia...

—No tiene nada que ver con la distancia, lo que ya no me gusta es la historia, no me convence en absoluto.

—Ah —contesto buscando en la base de datos de mi cerebro cualquier respuesta que sea una elegante perífrasis de «¡No digas gilipolleces, idiota!»—. Supongo que sabes que a estas alturas ya no tenemos tiempo. —Trato de devolverlo a la realidad—: Si nos ponemos a escribir otra cosa, ya podemos despedirnos del Premio Strega y de todos los sueños de gloria, y el único acto al que iremos juntos en el futuro será el entierro de Bigazzi.

—No sé qué decirte, Francesca... Si no lo siento, no lo siento —insiste. Se cierra en banda y empieza a jugar con el móvil.

—¿Qué opina tu agente?

—No se lo he dicho.

—¿Por qué?

—Porque no quiero entrar en discusiones inútiles.

—Ya, lo que no quieres es que te eche un rapapolvo.

—No es eso —replica con suficiencia—. En el fondo, soy yo el que tiene la última palabra.

—Yo no estaría tan seguro. Han invertido mucho en ti, y nadie te va a permitir que seas el Robert Downey Jr. de la situación —explico, como una abogada de Hollywood.

—¿Entonces qué, la escribes tú?

—Ni lo sueñes. Seguimos por el camino que habíamos emprendido.

—No —responde con los brazos cruzados.

—¡Mira que se lo digo a Bigazzi!

—Pues díselo, me da igual.

Esta vez soy yo quien se pasa la mano por el pelo.

—¿Y se puede saber de qué historia te gustaría hablar?



Se ilumina con una luz siniestra:

—De tu historia.

—¿Cómo?

—De una mujer llena de frustraciones e incapaz de amar.

—¡¿EEEH?! ¿Además de sorber moscow mules alguien te tiene sorbido el seso? ¿Qué pinto yo en todo esto? Además, no soy una mujer llena de frustraciones, ni soy incapaz de amar.

—Sí lo eres —dice golpeando la mesa con la mano—. Has llegado a una encrucijada en tu vida y no sabes por dónde tirar.

Dios, te lo ruego, dame fuerzas.

—¡Estás desvariando! Anda, mírame a los ojos: tienes sueño, tienes mucho sueño... olvídalos todo y sigamos trabajando.

—... Una mujer prisionera de su trabajo y de una relación no satisfactoria... —insiste, totalmente cautivado.

—Calamandrei, no estás en tus cabales. Voy a tener que llamar a seguridad.

—... Una mujer que necesita pasión, entusiasmo y volver a sentir emociones que han estado dormidas mucho tiempo.

Noto un sudor frío, como ocurre siempre que me hablan de sexo de forma muy explícita. Cierro el portátil y doy por terminada la reunión levantándome de un salto.

—¿Adónde vas?

—A ver a mi madre.

—Voy contigo —me dice siguiéndome.

—No. Tú te quedas aquí y llamas a tu agente... o a tu neurólogo, o a un cura.

—No, Francesca, quiero ir contigo, quiero conocer tu mundo, las personas que frecuentas. Quiero entrar en tu vida.

—Calamandrei, ya te has metido demasiado en mi vida —le contesto, rehuyéndolo como si fuera un vendedor ambulante pesado—. O sea que no empeores las cosas y desaparece.

Me abrocho el abrigo y empiezo a bajar la escalera.

—Cuando se me mete una idea en la cabeza, no me la quita nadie —insiste sin dejar de seguirme—. Ya he tomado una decisión y no voy a detenerme.

Corro por la escalera y él va pisándome los talones, como si fuera un reportero sensacionalista a la caza de una exclusiva.

—Calamandrei, vuelve a tu mansión de oro a escribir *tu best seller* —lo

exhorto a paso de corredor de maratón.

—Ahora mi proyecto eres tú, y no pienso dejarte.

Me detengo en la parada del autobús y hago como si él no estuviera. Por una vez, el autobús llega enseguida.

Calamandrei sube detrás de mí.

—¿Estás loco o qué? —le susurro al oído—. Baja ahora mismo.

—Ahora tú y yo somos uno. Imagina que soy tu sombra y ni siquiera notarás mi presencia. Además, es divertido: hace más de veinte años que no me subía a un autobús.

—¿Sabes que necesitas un billete?

—Lo sospechaba. ¿Tienes uno para mí?

Cierro los puños para contener la rabia y no darle un cabezazo en la nariz. Luego saco un billete de la cartera.

Una señora que está a mi lado y ha oído la conversación interviene para ayudarme.

—¿La está molestando? —pregunta.

—Sí, ¡mucho!

—Es mi novia, bueno... era mi novia, luego me dejó, pero no puedo vivir sin ella y estoy intentando volver a conquistarla. Por favor, señora, deme un consejo.

—Menudo listillo está hecho usted —le dice la señora. Luego se dirige a mí—: Yo en su lugar no volvería con él tan fácilmente, hágalo sufrir un poco.

—Por mí lo haría sufrir para siempre —contesto. Me vuelvo hacia la ventanilla y lo ignoro.

Después de una hora de camino y un trecho a pie llegamos a casa de tía Rita.

Cohibida, le pido que me espere fuera, pero él no tiene intención de hacerlo y llama personalmente al timbre.

Tía Rita abre la puerta con su consabido chándal de felpa y esa cara de fastidio que siempre me dedica en las grandes ocasiones, pero al ver a Calamandrei sonriéndole con su aire impertinente, cambia la mueca por una expresión de éxtasis, casi de ensueño.

—¿Leonardo Calamandrei? —grita como una chiquilla que se encuentra a Harry Styles en su puerta.

—Para servirla, Rita —responde como si la conociera de toda la vida—. Hemos venido a importunarla, ¿le molesta?

—¿Molestarme? —se derrite, la muy canalla—. ¡Ni hablar! Es un honor para mí tener como invitado a mi escritor favorito.

¿Escritor favorito? ¿Desde cuándo sabe leer? Y, como era de esperar, prosigue:

—Qué bien salía usted en aquel programa... *Escritores errantes*.

Nos hace pasar al salón bueno, el de los sofás de piel, y nos ofrece algo de beber, cosa que no había hecho nunca conmigo, ni siquiera cuando tenía seis años y andaba en bicicleta doce horas seguidas bajo un sol tórrido.

—Es el *limoncello* que preparo con mi receta especial —le dice para impresionarlo—. Dejo macerar las cortezas de limón más de una semana —especifica al servirle una dosis generosa.

Calamandrei se deshace en cumplidos hacia la casa, los cuadros y todo lo que se le ocurre.

Y yo aprovecho para ir a la habitación de mi madre.

Llamo suavemente y abro la puerta despacio, siempre con el temor de ver algo que me dé un susto de muerte.

Está sentada en un sillón, en una esquina, con la televisión puesta. Dan un anuncio de televenta de fajas modeladoras.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

Me sonrío con aire ausente.

Ve las cajas de medicinas en la mesilla. Hay muchísimas.

—¿Te alegras de haber vuelto a casa con tía Rita? —le pregunto sentándome a su lado.

Se encoge de hombros, como si fuera una pregunta difícil, y comprendo que, para ella, en este momento no debe de ser nada fácil expresar una opinión.

La abrazo de repente y me quedo un poco así, esperando que me corresponda, sin hacerme ilusiones pero con el recuerdo de las caricias del pasado, y por un instante me convengo de que funciona.

—He venido con un escritor que le gusta mucho a la tía. Por eso hoy me deja tranquila —le digo esperando que se ría.

Mi madre tenía un sentido del humor muy especial, se divertía con cosas muy tontas y no entendía los chistes, pero había algo que siempre nos hacía reír: tía Rita. Me parece imposible que no conserve en su interior una parte de

esa chispa vital.

—¿Estás viendo algo en particular? —le pregunto señalando la tele.

—Pues... no lo sé. Nunca dan nada.

Apago la televisión y le cojo las manos.

—Mamá, tienes que ayudarme, tengo un problema —decido confesarle como si fuera perfectamente capaz de entenderme—. Edoardo quiere casarse conmigo. Hasta me ha regalado un anillo, mira. —Saco el estuche del bolso y lo abro para que lo vea bien—. No sé qué pensar, no sé cuándo podría ponérmelo, pero ése no es el problema. —Suspiro—. El problema es que creo que ya no lo quiero.

Me mira, seria, y comprendo que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para reagrupar las informaciones que le he dado y que no corresponden a nada concreto en su mundo actual.

—Sí, ya sé lo que estás pensando, mamá —replico como si me hubiera contestado—. Que no podemos «creer» que no queremos a alguien, o lo queremos o no lo queremos, pero yo ya no siento ninguna emoción, el corazón no se me acelera, nada de nada... Lo que pasa es que él es tan maravilloso conmigo y está tan enamorado que no tengo valor para decepcionarlo, ¿me comprendes?

Me mira, concentrada, y yo prosigo mi razonamiento.

—Creo que si quieres a alguien tienes que sentir siempre algo en la boca del estómago, aunque hayan pasado mil años... una mezcla de alegría, afecto y complicidad, y también algo de celos... sí, *sobre todo* celos. Pero él y yo somos como dos estatuas de museo. Y lo peor de todo es que él está bien así, para él es suficiente que yo siga ahí. Y mientras tanto creo que me estoy volviendo loca. —Me muerdo inmediatamente la lengua—. Perdona, no quería decir...

Juro que la veo sonreír.

Puede que sea una sonrisa involuntaria, pero llega en el momento oportuno.

Y me echo a reír.

Ella me mira y se ríe conmigo, y yo más, y ella más fuerte.

Mi madre y yo nos reímos sin saber por qué y al mismo tiempo sabiéndolo perfectamente.

—Todo no es siempre lo que parece —me dice inesperadamente.

—¿Cómo dices, mamá? —le pregunto como si las palabras no vinieran de ella.

—A veces finges que no pasa nada por el bien de la persona que tienes al lado, pero tarde o temprano el dolor empieza a consumirte por dentro, como una carcoma que avanza despacio y te llega hasta el cerebro. Y te vuelve loca.

La miro, confundida e impresionada por esas palabras que ha pronunciado seria, mirando a otro lado, como en un momento de lucidez y como si hablara con una persona que no soy yo.

Alguien que ya no está.

—¿Te refieres a papá? ¿Lo echas de menos?

Entorna los párpados un instante, como si estuviera terriblemente cansada.

—Todo no es siempre lo que parece. Casi nunca —repite apoyándose en el respaldo y volviendo la cabeza hacia la ventana, con los ojos cerrados para dormir.

Me quedo un instante mirándola, con ganas de hacerle más preguntas, aunque no sé cuáles.

Antes de irme, meto en el bolso un par de blísteres cualesquiera, venenos y porquerías varias, con la esperanza de que tía Rita no se dé cuenta de que falta algo y no la atiborre más de lo debido.

Necesito que vuelva a estar lúcida, necesito hablar con ella, necesito a mi madre. Y tengo la sensación de que tiene algo que decirme.

En el salón me encuentro a Calamandrei visiblemente borracho y a tía Rita enseñándole un álbum de fotos.

Me dan ganas de irme sin que me vean, pero un instinto de protección hacia mi pobre autor me empuja a romper el idilio y a llevármelo de allí.

—Tenemos que irnos, tía, gracias por tu hospitalidad.

—De nada —gorjea—. Volved cuando queráis. Ha sido un gran honor.

Calamandrei me mira con gratitud.

Al llegar a la puerta, tía Rita nos detiene:

—¿Me haces una foto con Leonardo, por favor? Cuando se lo cuente a mis amigas, no se lo van a creer.

Contento a mi tía, completamente subyugada al atractivo de él, y nos vamos; yo con el corazón ligeramente aliviado y él con una botella de *limoncello* debajo del brazo.

—Te traeré más a menudo —le digo dándole una palmada en el hombro—. Nunca había visto a mi tía tan bien predispuesta hacia alguien.

—Ha sido una pesadilla. Me ha enseñado todas las fotos, desde que era

niña hasta hoy, incluida su colección de autógrafos.

—Está muy orgullosa de la colección, aunque estoy segura de que se los ha firmado ella misma.

—¿Cómo estaba tu madre?

—Estable. —Suspiro—. La tienen sedada, y creo que deberían rebajarle la dosis. Todo son intentos experimentales, cócteles totalmente aleatorios que deben responder a estándares que ha establecido no sé quién.

—Qué asco, ¿no?

—Mucho asco.

Andamos en silencio por lo menos un kilómetro y la frase de mi madre sigue dándome vueltas en la cabeza: «Todo no es siempre lo que parece». Cuando llegamos a la parada, el ego de Calamandrei no sigue dispuesto a mezclarse con la humanidad y llama un taxi.

Subimos y da la dirección del festival Vino & Libros.

—Leonardo, yo ahora tengo que volver al despacho...

—No, ahora vienes conmigo a la presentación. Tú y yo somos indivisibles, ¿lo recuerdas? Además, después de endosarme a la vieja bruja de tu tía, como mínimo me tienes que apoyar.

No contesto y me dejo llevar por la corriente, más segura que nunca de que no existe la más mínima planificación en esta absurda realidad.

Al cabo de unos cuarenta minutos, llegamos a una granja situada a las afueras de Milán, donde se celebra el festival al que lo han invitado. Naturalmente, vamos con veinte minutos de retraso.

Cuando el coche para, un grupo se acerca y empieza a sacar fotos.

Por supuesto, tengo que pagar el taxi mientras Calamandrei disfruta de su merecido baño de multitudes.

La presentadora lo secuestra y le dedica halagos tan excesivos que estarían fuera de lugar aunque hablara de Nelson Mandela.

Y yo lo voy siguiendo, como si fuera su asistente personal.

La sala está repleta hasta lo inverosímil, debe de haber por lo menos doscientas personas hacinadas, que ocupan cada centímetro libre. Sentadas en el suelo, de pie o fuera, en el pasillo, todas están aquí para escuchar las perlas de sabiduría de Leonardo Calamandrei.

Cojo sitio entre bambalinas, con la botella de *limoncello* en la mano y unos libros de poesía que ha tenido la amabilidad de regalarle el director del festival, e intento calmarme.

Calamandrei se sienta en el taburete que tenía reservado y el aplauso estalla, espontáneo. Se pasa la mano por el pelo, como siempre, y veo a las chicas de primera fila emocionadas, hablándose al oído y sacándole fotos en ráfaga.

Él da las gracias, saluda a un conocido entre el público y luego le dedica toda su atención a la presentadora, que se enzarza en una introducción digna de Baricco.

—El mayor escritor vivo, tengo que decirlo. Sus libros se han traducido en veintisiete países. Un talento único, versátil: escritor, guionista, presentador de célebres programas de televisión y tertuliano. Le encantan la música barroca, Cabo Verde y coleccionar piedras raras. ¿Cuántas ha coleccionado hasta ahora?

—Doscientos noventa y siete —dice el mentiroso.

El público está entusiasmado y a mí me gustaría tener un lanzallamas en la mano para hacer justicia.

—Gracias a todos, gracias por haberme invitado —lo oigo decir—. Para mí cada encuentro con mis lectores es un honor sin precedentes. La vida de un escritor puede llegar a ser muy árida y solitaria, pero en momentos así uno se siente totalmente recompensado con verdadero afecto.

Llueven los aplausos interrumpidos por «¡Bravo!», «¡Uau!». La presentadora empieza con las preguntas. La primera de todas es:

—¿Qué tienen de autobiográfico sus novelas?

Pregunta que genera un instinto homicida en cualquier autor, como si quien escribe un libro fuera incapaz de inventarse algo...

No sé si a J.K. Rowling le preguntarán: «¿Usted suele utilizar una varita mágica para conseguir lo que quiere?».

—Para mí, escribir lo es todo —responde serenamente—, nunca he deseado otra cosa desde que nací. Escribir es una necesidad tan profunda que a veces me deja sin aliento. No hay día en que no ponga por escrito lo que siento. Es una urgencia, es lo que me mueve, es mi savia vital —confiesa con expresión intensa.

El público entra en un delirio, todo el mundo asiente y le aplaude a la nada. La tentación de descorchar el *limoncello* y bebérmelo de un trago es cada vez mayor.

—La escritura es vida, es muerte, es devoción, es oxígeno y sólo puede entenderlo quien la ha probado.

Más aplausos. Y otra pregunta:

—¿Le resultó fácil publicar?

—Tuve suerte. Les envié mi manuscrito a varios editores y, por increíble que parezca, todos mostraron interés por publicarlo.

—Una suerte inaudita teniendo en cuenta lo difícil que es publicar hoy en día... y, sin duda, también mucho talento. Me gustaría pedirle que le diera algún consejo a un escritor emergente.

—Crear en lo que hace, crear y crear. Es el único camino. Porque, como dice Kobe Bryant: «Si no crees en ti mismo, ¿quién lo hará?».

Se me escapa una carcajada involuntaria.

—Si me permite —continúa la presentadora—, voy a leer un fragmento de su novela *La vida es sueño*, donde dice: «Quisiera ser una lágrima para deslizarme por tu rostro y aterrizar en tus labios, porque el amor clama venganza y nuestro tiempo es avaro».

El público aguarda conteniendo la respiración.

—Sí, con estas frases quiero decir que debemos vivir el momento, porque el tiempo es tirano y no sabemos cuándo ni cuánto estaremos aquí. Por eso es tan importante que nos mantengamos en contacto con nuestro ser y nuestra esencia más profunda... —Aplausos en medio de la escena—. ... lo único que importa es el aquí y ahora, quitarse la coraza, pensar en los demás como en nosotros mismos, amar, sufrir, vivir completamente y sin reservas... El amor es la respuesta.

Me ha cautivado, creo que luego voy a pedirle un autógrafo...

Suena mi móvil.

Es Paola.

—¡Fra, por favor, ven!

—¿Dónde estás?

—En Urgencias, en el Hospital Niguarda. Por favor, ¡corre!

Me limito a decirle a una de las organizadoras:

—Una emergencia. Niguarda. Me voy.

Salgo disparada y llamo al primer taxi disponible. Durante todo el trayecto rezo para que no le haya ocurrido nada grave y rezo para llegar a tiempo de ayudarla.

Cuando entro en urgencias, la veo encogida en una camilla, en el pasillo, con el labio partido y el jersey roto y manchado de sangre.

Corro hacia ella con los ojos llenos de lágrimas.



—¿Qué te ha hecho ese cabrón? —le preguntó tocándole la mejilla.

Se retrae a causa del dolor.

—Me estaba esperando cuando he vuelto de trabajar. Me ha arrastrado hasta el aparcamiento y allí me ha dado una buena paliza —responde tratando de mantener su tono inútilmente audaz.

—¡Qué hijo de puta! ¿Alguien lo ha visto?

—No, qué va. El muy cobarde lo ha planeado todo y ha huido en cuanto yo he conseguido gritar.

—Lo voy a matar —es lo único que soy capaz de decir.

—¿Qué crees que le van a hacer? —Se encoge de hombros—. Una noche en el calabozo, un tirón de orejas y cuando salga, me mata de verdad.

—Por favor, denúncialo.

—¿Y qué si lo hago? —me dice amargamente—. ¿Crees que eso cambiará las cosas?

—Paola, no puedes seguir encubriéndolo, ha ido demasiado lejos. La ley está de tu parte, al menos inténtalo.

La puerta batiente de urgencias se abre con violencia y aparece Calamandrei. Entra deprisa, con el móvil en la mano.

Lo miro, atónita. Me parece absurdo que esté ahí, pero en un instante comprende lo sucedido y se hace cargo de la situación.

—¡Vamos, llamen enseguida al médico responsable! —ordena con el teléfono pegado al oído—. Sí, póngame con el inspector jefe. Soy Leonardo Calamandrei y no puedo perder el tiempo.

A los diez minutos, un equipo entero se está ocupando exclusivamente de Paola. Habitación privada, asistente social, psicóloga y dos policías.

Esto es Italia...

Esperamos en el pasillo, apoyados en la pared, mientras Paola, por fin, se decide a poner una denuncia.

—Tengo que darte las gracias, Leonardo —le digo de corazón—. Ha sido un gesto muy bonito, en serio.

—Bah, no ha sido nada.

—¿Como que nada? Paola necesita ayuda, ha perdido el empleo y el bastardo de su exmarido la está volviendo loca. Si no llegas a intervenir, habría vuelto a casa y, dentro de poco, el tío habría hecho lo mismo otra vez.

—Qué asco me dan los hombres que pegan a las mujeres. ¡Les cortarían las pelotas!

—Hay que alejar por todos los medios a cualquiera que levante la mano en nombre del amor.

—Una amiga mía casi se deja la vida —me confiesa de repente—. Su ex le dio tantas palizas que una costilla rota le perforó el pulmón y perdió la vista de un ojo.

—Qué horror —murmuro tapándome la boca.

—Testifiqué contra él en el juicio. Le cayeron nueve años por lesiones agravadas.

—¿Y ahora ella cómo está?

—Se fue a vivir a Canadá. Teme que él, cuando cumpla la condena, vaya a buscarla.

No decimos nada más, pero ambos sabemos que eso es lo que nos da miedo.

Paola sale de la consulta del hospital con aire de pajarillo herido. Tiene la mirada asustada y furiosa a un tiempo, pero sigue siendo tan cabezota como siempre.

—Ha firmado para que le demos el alta —nos informa el médico que la acompaña—, pero esta noche no puede quedarse sola. ¿Alguien puede cuidar de ella?

—Sí, yo —me ofrezco al instante.

Le pongo mi abrigo sobre los hombros y la acompaño fuera junto a Calamandrei.

—Lo he denunciado —anuncia como si le costara inmensamente decir esas palabras.

—Has hecho bien, querida. —La abrazo fuerte—. Ahora la pesadilla ha terminado.

# 15

—¿Cómo que tu madre está mal?

—Ha tenido un ataque.

—¿Cuándo ha sido?

—Anoche, a la hora de la cena, cuando le dije que nos hemos prometido.

—Te dije que esperaras —grito por teléfono—. ¿Cómo se te ocurrió?

—Se lo quería decir, creía que se pondría contenta, pero se quedó postrada en el sillón.

—¿Y ahora dónde está?

—En casa.

Suspiro.

—Después de trabajar iré a verla —digo preguntándome cómo voy a poder hacerlo todo.

—Amor mío... es mejor que no vayas.

—¿Por qué?

—El médico ha dicho que no debe ponerse nerviosa y quizá sería mejor que no vinieras... al menos de momento.

—¿Cómo? —chillo—. ¿Qué es esta moda de que yo pongo nerviosas a las madres? Puedo llegar a entenderlo cuando se trata de la mía, pero la tuya...

—Ya, pero sólo es de momento. Aún se encuentra en estado de *shock*.

—¿Que su hijo se prometa es un *shock*? Edoardo, empiezo a dudar de tu inteligencia. Pero no te preocupes, no pienso atentar contra la salud de tu madre, al menos de momento.

Cuelgo con un nudo en el estómago.

Ilaria viene a preguntarme cómo estoy y a pedir noticias de Paola. Por suerte, Bigazzi la ha readmitido, aunque ella ha comentado: «No pienso aceptar limosna de ése».

—Aún se encuentra en estado de *shock* —contesto, y hago una rápida comparación mental entre el *shock* de Paola y el de mi suegra.

—Estábamos pensando en organizar una cena sorpresa en su casa el viernes —propone, y evidentemente también habla en nombre de Alejandro—, como hacíais siempre. Al menos así tendrá la sensación de que las cosas siguen

siendo normales.

—Me parece muy buena idea. Estoy segura de que le gustará. Aunque no lo reconozca, le gusta tener gente alrededor.

Calamandrei, que se ha convertido en mi sombra a todos los efectos, entra en el despacho como Pedro por su casa y se mete en la conversación.

—¿Una cena? ¿Qué cena?

—Una cena en casa de Paola —responde Ilaria—. ¿Te vienes?

Le hago un gesto para que diga que no, pero es demasiado tarde.

—Claro que sí. Donde va Francesca, voy yo.

Lo que faltaba.

Cuando nos quedamos solos, trato de abordar el problema de la novela.

—Te lo dije, soy inamovible —responde con una seguridad que nunca había visto en el trabajo—. Ya he empezado a escribir, mira —me dice lanzando sobre la mesa un montón de hojas A4 escritas con letra pequeña en el ordenador.

Hojeo las páginas con reserva... no me gusta nada su idea de utilizarme como conejillo de Indias. Me da miedo leer cualquier interpretación suya de mi vida, porque me temo que puede tener razón, aunque sea de una forma un tanto retorcida.

—Si quieres cambiar el plan, tengo que avisar a Bigazzi.

—¿Es necesario?

—Pues claro, es mi jefe.

—No, espera un poco, quiero tener más material para enseñárselo. Si sólo le dices que he cambiado de opinión, se cabreará. Ya sabes cómo son los editores, ¿no? Si les hablas de ideas e intuiciones saltan todas las alarmas. Necesitan tener como mínimo una planificación cerrada.

Acepto, porque lo veo muy motivado (en el fondo, no es más que un escritor de *best sellers*)... y espero que el nuevo proyecto no nos arrastre a todos al abismo.

Leo las páginas y entiendo mejor que nunca la diferencia entre escribir rodeado del fuego sagrado de la inspiración y escribir algo por la obligación de un contrato.

Ha calculado, pesado, masticado y escupido cada palabra en el momento oportuno, no ha dejado nada al azar, todo lo ha medido, seleccionado y sentido. Así, página tras página, va implicando al lector en un *crescendo* de dudas, preguntas y puñetazos en el estómago.

Si no supiera que lo ha escrito él, diría que no lo ha escrito él.

Es como si, de repente, hubiera puesto el alma en ello; en cambio, antes se limitaba a hacer sus deberes.

Ésta es mi opinión como editora. Mi opinión personal es mucho más difícil de expresar.

Porque, por mucho que intente guardar las distancias con la protagonista, está claro que soy yo a todos los efectos, con mis rigideces, mis principios y mi soledad incolmable.

Y es un problema.

Edoardo se ha quedado a dormir en casa de su madre y yo vuelvo con Paola, que no sale de casa y se queda tumbada en el sofá viendo la televisión.

Llamo al portero automático y digo espontáneamente:

—¡Caravaggio!

Es la contraseña anti-Demente. Me temo que vamos a tardar en librarnos de esta sensación que nos oprime.

No podemos enfrentarnos a él y a su fantasma a la vez y esperar un milagro.

—Te he traído la *focaccia* de Recco que te gusta, el salchichón curado que te gusta y un trozo de tarta de queso que no será tan buena como la mía, aunque con lo que me ha costado debería ser excepcional. Y no me digas que no tienes hambre, porque te lo doy a la fuerza.

Le sonrío y dejo las bolsas en el suelo.

Se levanta del sofá y corre hacia mí con un jersey largo, en el que le desaparecen las manos. Me abraza muy fuerte, como una niña que ha echado de menos a su madre, y sé exactamente qué significa.

La estrecho con todas mis fuerzas, le apoyo la barbilla en la cabeza y le susurro que esté tranquila, que todo va bien, que irá todo bien.

En realidad, no sé cómo irá, pero es lo único que podemos decir en momentos de desaliento: que todo irá bien, que de una manera u otra saldremos de ésa.

Paola llora en silencio, de miedo, de alivio y por la dificultad de tener que afrontar situaciones que nadie desearía: una denuncia, un juicio, las acusaciones, las preguntas.

Es el pánico del momento que sigue al terremoto, cuando buscas tus puntos de referencia, cuando buscas tu vida, tu hogar, y ves que tienes que reconstruirlo todo aunque no hayas hecho nada para merecer semejante

destrozo.

Cenamos en silencio. Luego nos recostamos en el sofá y vemos programas de pasteles y dietas. Y nos dormimos la una apoyada en la otra.

—Esta noche hay un acto y tienes que venir conmigo.

—No, Calamandrei, no tengo ganas de ir a una fiesta. ¿Por qué te empeñas en pedírmelo?

—No es una fiesta, es un pase privado de la adaptación de un cuento mío. Luego tendré que decir unas palabras. En una hora y media lo liquidamos.

—De verdad que no puedo. Díselo a Ilaria, igual ella te acompaña.

—No quiero ir con Ilaria, quiero ir contigo. Mejor dicho, *tengo que ir contigo*.

—¿Entiendes que ahora es un momento pésimo para mí?

—¿Y qué? ¿Quieres decir que en una hora y media va a cambiar algo?

—No, sólo digo que tengo que ocuparme un poco de mi vida.

Me mira con el ceño fruncido y los ojos achicados.

—O sea que tengo que ir solo...

—No creo que sea para tanto.

—Oye, yo no me eché atrás a la hora de encargarme de Paola o de entretener a tu tía Rita.

—¿Es que piensas echármelo en cara siempre que no haga lo que tú quieras? —Lo miro con expresión decepcionada—. ¿No era un gesto desinteresado?

Mira hacia otro lado, consciente de que se ha pasado.

—Nada, nada, haz lo que quieras —contesta dándole pataditas a la silla con la punta de su All Star—. Por supuesto, tú tienes tu vida, sólo te he pedido un pequeño favor —concluye en perfecto estilo pasivo-agresivo.

—Una hora y media. Ni un minuto más.

Esboza una sonrisa de victoria y me entrega dos páginas más.

—Toma, te las mereces —dice guiñándome el ojo.

Las cojo a regañadientes.

—Aún no me convence tu nuevo proyecto.

—En el fondo te gusta —replica con otro guiño.

Juro que lo mataré en cuanto entregue el libro. Así venderemos cinco millones de ejemplares.

A las pocas horas, estoy sentada en un taburete en forma de espermatozoide, bajo una cúpula blanca que parece la fiel reconstrucción de un útero, en lo que comúnmente suele llamarse una galería de arte moderno.

Ahora entiendo por qué Calamandrei ha insistido tanto para que lo acompañara. Es su forma de recordarme lo poco desinhibida que soy.

Me mira desde el escenario y se ríe.

Cuando termina la película, los camareros pasan ofreciendo vasos de plástico minúsculos, como los que se usan para donar esperma, y entonces doy por concluida mi participación en la velada.

Calamandrei no puede parar de reír.

Yo lo golpearía con el taburete.

—En el fondo ha sido divertido —me repite dándome palmadas en el hombro, como si me ayudara a escupir un trozo de comida con el que me he atragantado.

—Divertidísimo, Calamandrei, pero ahora tengo que trabajar. Sé que para ti es un concepto desconocido, pero es que tú tienes la rara capacidad de hacerme perder un montón de tiempo.

—Francesca, aprende a relajarte un poco. Estás muy tensa.

—Ya, vale, me lo apunto en la agenda.

Se acerca a nosotros Augusto Bonaccorsi, un cazatalentos *freelance* muy bueno, una especie de eminencia gris que los editores se disputan, porque tiene un olfato infalible para descubrir autores que escalarán puestos en las listas. Algo así como el gato de aquel hospital americano que, cada vez que se tumba cerca de un paciente, éste muere a las pocas horas.

Es un hombre alto, magnético y autoritario, con un cerebro hiperactivo y una mirada penetrante, como si siempre viera más allá. Y cuando hablas, te escucha como si no hubiera nada más interesante en el mundo.

Exactamente lo contrario de Calamandrei.

Se abrazan y se besan cogiéndose las manos al estilo de los raperos. Luego Calamandrei se vuelve hacia mí.

—Te presento a Francesca, la mejor editora con la que he trabajado hasta el momento —dice haciendo que me sonroje.

Nos estrechamos la mano.

—¿Trabajas con Bigazzi, no? —pregunta escrutándome—. He oído hablar de ti. ¿Cómo lo aguantas?

—Verás... hay días mejores que otros. —Sonrío—. Digamos que soy

resistente. Ahora sólo me ocupo de Leonardo, y no sé qué es peor —bromeo esperando que no se ofenda.

—Te entiendo muy bien —ríe Bonaccorsi—. Él solito se ha cargado a más editores que la crisis, pero si sobrevives, después harán cola en tu puerta. Y si él dice que eres buena, significa que eres un fenómeno.

—Perdonad que exista —interviene Calamandrei fingiendo que no sigue la broma—. Si molesto, me voy.

Nos reímos.

—No, en serio —insiste Bonaccorsi—. ¿Nunca te has planteado trabajar en otro sitio?

—La verdad es que no.

—Es una prueba de fidelidad encomiable, pero podrías aspirar a más — subraya mientras saca su tarjeta de visita—. ¿Por qué no me llamas cuando termines con él? —dice señalando al pobre Calamandrei.

—Lo haré —respondo halagada y confundida a un tiempo.

—¿Lo ves? —exclama Calamandrei en cuanto Bonaccorsi se va—. Siempre que yo te lo pida, tienes que venir conmigo.

Su tono está más próximo a una amenaza que a una exhortación simpática.

Me lleva a rastras a dar más vueltas por la galería y me presenta a todo el mundo con palabras cada vez más entusiastas. Al final me veo obligada a decirle que pare.

—Sal de tu caparazón, o te quedarás encerrada hasta que ya sea demasiado tarde —replica sin sonreír—. Y nadie irá a buscarte.

Siempre me sorprenden sus cambios de humor repentinos y su escasa capacidad para aligerar los ambientes cargados en exceso.

Es como si temiera que, por un momento, no tomaran en serio su personaje y sucediese lo irreparable: quedar desenmascarado como lo que es, un ser humano igual que los demás.

Por fin nos vamos, mucho más tarde de lo acordado, y me voy corriendo a casa a hablar con Edo. Llevo casi cinco días sin verlo.

Lo encuentro haciendo la maleta. Está metiendo las cosas dentro de cualquier manera.

—¿Te vas de semana blanca? —le pregunto sobresaltándolo como a un ladrón.

—No. Me voy unos días a casa de mi madre.

—Ah —contesto sintiendo una punzada dentro, como algo de cristal que se



rompe y perfora otra cosa, por ejemplo, el corazón.

Me siento en la cama.

—¿Es realmente necesario? —pregunto sin tener muy claro qué respuesta me gustaría oír.

—Ha despedido a Marisa, está sola.

Era exactamente la respuesta que temía recibir, y se me ocurre que debería existir una ley que prohibiera traer al mundo hijos únicos: «Quienes deseen procrear, deberán engendrar un número no inferior a dos hijos». Así los pobres podrán enfrentarse a este tipo de situaciones.

—O sea que eres el nuevo cuidador —ironizo.

—Sólo voy a echarle una mano, no será por mucho tiempo.

Últimamente debe de haber una epidemia que está acabando con el sentido del humor, me digo mientras yo también preparo una bolsa con un par de jerséis de recambio.

—Entonces... ¿cuándo nos vemos? —le pregunto en el umbral.

—Dentro de unos días. —Me sonrío como si no fuera a trasladarse a casa de esa mujer horrible, que accidentalmente es su madre—. Te llamo más tarde.

Y me da un beso en la frente que me quema como si me hubiera pegado una moneda ardiendo.

La rabia me sube de repente, sólo me falta girar la cabeza trescientos sesenta grados y empezar a vomitar verde.

—¿No te das cuenta de que tu madre te está manipulando?

—¿Manipulando? —repito como si fuera una palabra nueva.

—Sí, eso es. ¿No ves que lo tiene todo calculado? ¿Que ella no te dejará nunca, ni siquiera cuando esté muerta, porque siempre vivirá en tu sentimiento de culpa? Esa mujer me odia desde el primer día y tú siempre has hecho como si nada, nunca me has defendido, nunca te has puesto de mi parte. Te quedas ahí observando como si fuera la final del Roland Garros.

—No es cierto —responde con su típica sonrisa conciliadora y su mirada tierna.

—Y deja de sonreír siempre como si no pasara nada. ¿No ves que así no vamos a ninguna parte, Edo? ¿Que no vivimos la misma historia? Por mucho que finjas que tu madre es una buena mujer, nunca lo va a ser. Tú niegas la realidad, finges que el mundo es bueno y bonito y entierras la cabeza en la arena.

Me mira, acongojado, como si no le hablase de él, como si le no hablara de nosotros.

—Yo no entierro la cabeza en la arena... no sé por qué te enfadas.

—¡Ya sé que no lo sabes! Sé perfectamente que no entiendes nada de mí, de lo que siento, de lo hecha mierda que estoy, de cómo intento pegar con cola los trocitos. ¡Y tú no me ayudas nada con esa sonrisa tonta!

Se ríe.

—¿Y ahora de qué te ríes? —pregunto con una frustración que me sube por la garganta—. ¿Te parece que es el momento?

—No, pero no quiero que te pongas nerviosa.

—Pues yo quiero ponerme nerviosa. ¡Quiero enfadarme, gritar, tirarme de los pelos, volverme loca, descargar toda la rabia que llevo dentro! ¡¡Yo no soy un puto monje zen como tú!!!

Me he quedado sin aliento.

Apoyo los hombros en la pared. Estoy cansada. Por primera vez, me doy cuenta de que no es un ser humano.

Y de que no hay dos personas más distintas que nosotros sobre la faz de la tierra.

—Ahora intenta calmarte, no ha pasado nada —me dice con su voz pacífica—. Sólo voy a quedarme unos días con mi madre, y tú estarás en casa de Paola. No es el fin del mundo...

—No, Edoardo, tienes razón, no es el fin del mundo.

Sonrío con amargura, me cargo la bolsa al hombro y salgo de casa.

Estoy segura de que no va a correr detrás de mí.

Paola y yo pasamos una velada tranquila y silenciosa jugando a cartas y comiendo altramuces.

Pero cada vez que oímos abrirse la puerta del edificio, nos da un vuelco el corazón.

—¿Cómo te va con Edoardo?

—Bien —miento para no cargarla con mis problemas.

—No sabes hacer trampas —dice mirándome por encima de las cartas.

—¿Por qué? ¿Tengo algún tic? —replico haciendo guiños raros con los ojos.

—Porque te conozco. Adelante, dispara.

Yo también aparto la vista de las cartas.

—Me regaló un anillo, porque si nos casamos, su madre le da dinero para comprarse un piso. Y cuando le dijo que nos habíamos prometido, a ella le dio un ataque.

—¡Qué historia tan bonita! —Se echa a reír—. Es todo tan romántico...

—¿A que sí? —Escupo la piel de un altramuz—. Es exactamente el sueño de toda mujer.

—¿No os convendría más esperar hasta que muera?

—No morirá nunca, es como Highlander. Vive de maldad, nos enterrará a todos. Además, aunque muriera, Edoardo nunca venderá la casa que perteneció a sus queridos padres, y yo acabaré mis días en ese piso sin calefacción, sentada en el sillón desvencijado de la vieja, con *Polly* babeándome las rodillas.

—¡Peor que *Psicosis*!

—El amor es algo muy raro —reflexiono en voz alta—. Todo debería ser fácil y lógico, blanco o negro, o amas o te vas, o hay *feeling* o no lo hay. Y cuando las cosas funcionan, ambas personas deberían crecer de forma natural a través de las experiencias de la vida, no tratar de agarrarse a toda costa a la adolescencia y permanecer inmóviles sin hacer absolutamente nada.

—Mira, para mí las relaciones se han terminado —anuncia, y me gana al remigio por tercera vez seguida.

—Lo que necesitas es un buen chico.

Me levanto y pongo a calentar agua para el té.

—Tú encontraste a un buen chico y no te veo chispeante de alegría...

—¿Sabes qué? Creo que tú y yo nos vamos a quedar solteronas. No tías buenas solteras que van a los bares de moda de Milán, no, no; solteronas agrias con bigote. Viviremos aquí para siempre, adoptaremos gatos que procrearán, se harán los dueños y dejarán su caca por todas partes. Además, como no tendremos dinero, acabaremos comiéndonos su pienso directamente de la caja.

—¡Qué perspectiva tan alentadora! —exclama barajando las cartas—. Pero mira el lado positivo: al menos no estaremos solas.

—Eso sí. Y cuando una muera, la otra también morirá.

Pasó la enésima noche insomne, dando vueltas en el sofá, que nunca me

había parecido tan incómodo como ahora.

Entre los miles de preocupaciones que no me dejan dormir, ninguna tiene una solución práctica a corto plazo.

¿Debería arriesgarme y dejar que Calamandrei escriba la nueva novela? ¿Se lo digo ya a Bigazzi? ¿Y qué hago con Edo? ¿Y con mi madre?

No recuerdo haberme sentido nunca tan sola y desanimada como ahora.

Hay un momento en el que todos estamos llamados a afrontar nuestras responsabilidades, nos guste o no: las consecuencias de nuestras decisiones más o menos conscientes, nuestros fantasmas o los monstruos ocultos bajo la cama. Y por más que retrasemos la cita, siempre van a estar ahí esperándonos, con lluvia o sol, viento o granizo, luz u oscuridad.

¿De dónde vamos a sacar el valor para levantar la voz, irnos sin volver la vista atrás o arriesgarnos cuando también está en juego la piel de otro?

¿Tenemos que ser horriblemente egoístas o sólo debemos aprender a sobrevivir?

## 16

Bigazzi me convoca en su despacho el viernes a primera hora de la mañana.

—Francesca, por favor, al menos usted hágame feliz, que mi mujer me acaba de dar el presupuesto de las obras en la casa nueva y sólo tengo ganas de coger la escopeta.

Intento perder todo el tiempo que puedo poniendo en su sitio, por este orden, las gafas, la falda, la rebeca, el pelo y los bolígrafos, hasta que me veo obligada a darle una respuesta.

No es que el nuevo proyecto me convenza, ni muchísimo menos, pero no puedo truncar esta relación de confianza incipiente con el voluble Calamandrei.

—Creo poder afirmar que todo va muy bien, señor Bigazzi.

—¿Cree?

—No, no, estoy segura. Calamandrei está escribiendo una novela muy intensa y atormentada, totalmente en su estilo. Estoy muy satisfecha.

Digo esto cuando, en realidad, no sé de qué estoy hablando.

—Menos mal, Francesca. Créame cuando le digo que no duermo por las noches —declara con aire afligido—. A usted puedo confesarle abiertamente que la mía fue una adquisición incauta.

—No se desanime. Sí, es difícil de llevar, pero tiene mucho talento, en serio. Lo conseguiremos, créame —lo tranquilizo como hace un secuestrador de avión cuando les dice a los pasajeros: «Tranquilos, aterrizaremos suavemente».

—Oh, Francesca, me acaba de devolver diez años de vida. La verdad es que Calamandrei no estaba precisamente bien valorado cuando me lo adjudiqué. Su editor de siempre casi me lo regaló con los cheques restaurante, porque ya no lo aguantaba más. Pero yo pensé que, con la ayuda de una editora competente como usted, podríamos hacer la novela. Llámeme ingenuo, pero siempre he tenido buen olfato para los negocios, y no creía que iba a verme envuelto en todo este lío.

—Terminaremos en el plazo fijado —insisto en mi lúcida locura—, se lo aseguro.

—No sabe cuánto me tranquilizan sus palabras. El ascenso ya es suyo, cuente con ello.

Si Calamandrei no termina una novela, sea cuál sea, me lo cargo.

Edoardo me llama después de comer para tranquilizarme acerca de las condiciones de salud de su madre.

—Me alegro de que esté bien. ¿Habéis contratado a otra cuidadora?

—Pues... no. Dice que de momento no quiere extraños en casa.

—Un momento que durará hasta el final de sus días si te quedas allí —digo sin poder evitarlo.

—No, ya verás, será por poco, aún está débil...

—Ya, como un caimán.

No me responde y comprendo que me he pasado.

—Perdona, no quería...

—No es nada, Tuz, sé que no pretendías ofenderla.

Sí lo pretendía, ¡sí!

—Bueno... ¿cuándo nos vemos? —pregunto tristemente.

—En cuanto esté mejor y pueda dejarla un rato sola. Por ahora no me fío mucho, ya sabes, es mayor...

—Vale. Si lo he entendido bien, tú no vuelves a casa por no dejar sola a tu madre y yo no puedo ir a verte para que ella no se ponga nerviosa, ¿no?

—Anda, no digas eso...

—¿Es así o no?

—Sí, pero va a ser poco tiempo.

—¿Al menos te das cuenta de lo absurdo que es?

No contesta.

Por enésima vez, no contesta, no encuentra las palabras porque no sabe qué decirme ni cómo decírmelo.

Y cuelgo con violencia.

Tanta que Ilaria, al entrar, ve cómo salta una tecla del teléfono.

—¡Dime! —le ladro.

—He hecho la lista de la compra para la cena de esta noche en casa de Paola —me dice inmóvil desde la puerta. No se atreve a acercarse.

—Paola come muy poco —comento mientras me pongo a escribir—. Podemos pedir unas pizzas.

—No, nada de pizzas —replica ella con énfasis—. He pedido un permiso de dos horas, así puedo cocinar en casa y luego Alessandro y yo llevaremos

la cena hecha.

Me siento culpable por haberle contestado mal.

—¿Has pedido permiso? —le pregunto, sorprendida.

—Sí. —Sonríe—. Me apetece hacer algo rico. Bueno, me voy pitando. Tengo que acompañar a la Spagnulo a dar una clase de escritura creativa en un círculo de caza —me dice lanzándome la tecla del teléfono.

Llamo a tía Rita para cambiar mi estado de ánimo, porque entre el insomnio, Edoardo y Bigazzi estoy demasiado tranquila.

Además, si no la llamo yo, a ella no se le ocurre informarme de nada.

—Ah, eres tú, Francesca. ¿Cuándo volverás con Leonardo? Mis amigas se mueren de curiosidad. Quiero organizar un té y leer pasajes de sus novelas. ¿Puedes invitarlo, por favor?

Sería más fácil llevar a Lady Gaga, pero evito decírselo.

—Verás, tía, Calamandrei tiene muchos compromisos. Hay que avisar como mínimo con seis meses de antelación para quedar con él.

—¿Y cómo es que el otro día vino?

—Porque en el último momento le falló un compromiso que tenía, pero eso no pasa casi nunca.

La oigo respirar, nerviosa.

Y no puedo prescindir de su colaboración.

—Está bien, tía, te prometo que haré todo lo que pueda para llevarlo a tu casa. ¿Sabes una cosa? Me dijo que eras muy simpática.

—¿En serio? —gorjea.

—Sí, en serio. Y le encantó tu *limoncello*. Dijo que tienes muy buena mano, porque nunca había probado uno tan bueno.

—¡¡¡No me digaaas!!! —chilla como una tonta—. ¿Dijo eso?

—Palabra por palabra.

—Entonces cuento con él.

—Sí. Y ahora... ¿podrías pasarme a mamá?

—Espera, voy a ver si puede...

Ni que estuviera dando una conferencia sobre los nuevos horizontes de la biotecnología.

—¿Sí? —contesta una vocecilla lejana y extrañamente estridente.

—Hola, mamá, soy yo. ¿Cómo estás?

—Bien —me dice sin añadir nada más, pero yo tengo la impresión de que está sonriendo.

—¿Has hecho algo divertido hoy?

—Sí, la revista de pasatiempos.

—¿Ah sí? ¿El qué, las palabras cruzadas?

—Sí, ha unido los puntos y ha coloreado los espacios —interviene la asquerosa de mierda.

—Tía Rita, estaba hablando con ella, haz el favor de no meterte.

—La estás cansando, es mejor que vuelva a su habitación.

—Oye, que mi madre no está en libertad condicional. Creo que te tomas demasiado en serio tu papel de carcelera.

—Cuidadito, querida. Si me hablas así, ya sabes a lo que te expones.

—Pues tú olvídate del té con Calamandrei.

Oigo claramente cómo le chirrían los dientes mientras me pasa de nuevo a mi madre.

—Mamá, soy yo otra vez. Anda, dime cómo has hecho las palabras cruzadas.

—Nada, he estado un rato en el jardín.

—¿Has visto el sol que hace? No parece que estemos en Milán.

—Sí, se estaba bien.

Me armo de valor y me lanzo.

—Oye, mamá... ¿recuerdas lo que me dijiste el otro día? Lo de que... sí... cuando me dijiste que no todo es lo que parece...

Sigue un largo silencio, durante el cual imagino que se ha perdido tratando de retener los hilos de los pensamientos, que salen volando rápido, como globos.

—No era nada, Francesca, sólo cosas viejas, estúpidas, pasadas —me responde con plena conciencia.

—Habláme de esas cosas, mamá. Quiero saberlas, en serio.

—¡El té se enfría! —oigo gritar a tía Rita.

La oigo respirar.

—Tu padre... yo, no... él...

—¡El té se enfría! —se entromete de nuevo la segunda voz, y le quita el auricular de las manos—. Siempre acabas alterándola.

—¡Te odio, tía Rita! —chillo antes de colgar.

Perfecto. Como mínimo, mi padre no era mi verdadero padre. Sólo faltaba una prueba de ADN para ponerle el broche de oro a una semana fantástica.



—¿Me has traído más páginas? —le pregunto a Calamandrei.

—Hoy no —me responde con indiferencia.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Leonardo, por favor, esta mañana le he asegurado a Bigazzi que todo iba bien. ¿Quieres que le diga cómo están las cosas en realidad?

—¡Qué pesadez con el dichoso Bigazzi! Ni que fuera Dios. ¿Qué te pasa, estás loquita por él? —responde agresivo y sabiendo que ha fallado.

Lo observo seria unos segundos hasta que baja la mirada.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por algún museo? —le pregunto, sarcástica—. ¿O prefieres el parque Sempione? Ya sabes, estoy a tu disposición. Total, aquí no tenemos nada que hacer. El gabinete de prensa se está deslomando para promocionar un libro que no existe y que nunca existirá, o sea que bien podemos disfrutar del buen tiempo y salir a dar un paseo, o ir a tomarnos un capuchino de soja, lo que tú quieras.

Sonríó y cruzo las manos por detrás de la cabeza.

—Me acosté tarde —confiesa.

—Vaya, menuda novedad. ¿No podrías tener un mínimo de disciplina al menos durante las próximas semanas? Y no me llames maestrilla ni profesora, porque eso ya lo sé yo solita, pero, por lo que veo, tampoco funciona. Tú no respetas nada ni a nadie, pero aquí hay en juego un montón de dinero y cantidad de trabajo, y si te la trae al paio, habla con Bigazzi, que en cierto modo también es tu jefe, dile que renuncias y luego págale la penalización.

Calamandrei me mira como un niño travieso que ha roto no ya una ventana, sino una vidriera de Notre-Dame.

—Anda, Fra...

—¿Fra qué? ¡No somos amigos!

—Sí lo somos. —Se hace el ofendido.

—No, Leonardo, en absoluto. Y tú llevas mucho tiempo aprovechándote. Ya me he cansado de tu actitud de chulo de barrio. A mí me da igual si publicas o no, yo siempre seré editora de mesa y seguiré haciendo lo que hacía antes de conocerte, pero tú quedarás como el culo, todo el mundo se reirá de ti. Te lloverán cientos de artículos como el de Zanieri, y esta vez tendrán razón, porque habrás demostrado que realmente eres un bluf —concluyo rozando los límites de lo soportable.

Calamandrei me mira de arriba abajo, con una expresión que podría

significar cualquier cosa, desde «por favor, no me eches la bronca» hasta «no te atrevas a hablarle así a Dios».

Me inclino por la segunda hipótesis, aunque, sinceramente, ahora es la última de mis preocupaciones.

Me levanto ignorándolo por completo, pero esta vez no es una táctica, es que me tiene muy harta.

—¿Adónde vas? —me pregunta con un tono ansioso en la voz.

—A ocuparme de otras cosas —le contesto dándome la vuelta desde la puerta—. Ni te imaginas la cantidad de trabajo atrasado que tengo por tu culpa.

Me doy la vuelta y al momento noto que me coge del brazo.

—Basta ya de juegos —le reprocho con dureza—. Ahora empiezas a lloriquear y dentro de dos días estaremos como al principio. Lo he estado pensando y veo que para ti no tengo ningún tipo de autoridad. Supongo que debe de ser porque soy una mujer y tú no respetas a las mujeres. De vez en cuando tienes que demostrarte a ti mismo quién manda. El caso es que no tengo tiempo para el psicoanálisis. Y además, francamente, tampoco me importas. Estábamos equivocados. Es mejor que lo aceptemos y que todo acabe aquí —prosigo exhausta—. Le diré a Bigazzi que te busque a otra persona, quizá un editor. Igual con un hombre te pones a trabajar en serio.

—Venga, Francesca, no me hagas esto.

Me coge por los hombros y recurre a todas sus capacidades de persuasión, pero, para su desgracia, las conozco al dedillo.

—¿Has terminado? —replico, nada impresionada.

—Tengo que hablar contigo. —Me coge la mano, me saca del despacho y me lleva abajo, al vestíbulo, donde obviamente estamos a menos dos grados—. Mira —me dice, turbado—, yo armé una buena donde estaba antes. No respeté el contrato, los dejé tirados como colillas, tuve que devolver el anticipo, que era una cantidad grande, y al final prefirieron echarme que seguir trabajando conmigo. Así es que Bigazzi es mi última oportunidad.

—¿Y qué? Lo hemos intentado y no funciona —respondo como si lo estuviera dejando. Sólo falta que añada: «No eres tú, soy yo».

Niega con la cabeza y da un puñetazo en la pared que me impresiona.

—¡Soy un capullo! —Se masajea la mano—. Un capullo integral, y me he pasado.

Toso un poco para confirmarlo.

—Pero tú eres la única que me puede ayudar. Si cambio de editor, no acabaré nunca, eso te lo aseguro.

—Ya. Tu vida es muy triste, pobre niño indefenso. Lo siento mucho, haberlo pensado antes. Ahora, si no te importa, vuelvo arriba, porque me estoy congelando.

Calamandrei no dice nada y se queda ahí plantado, mirando la pared, sin poder creer que algo escape a su control por primera vez en la vida, como quizá sólo le había ocurrido al perder una partida en la máquina del millón a los trece años.

Entro en el despacho y dejo de pensar en él. Durante un par de horas, es como si hubiera regresado a la etapa anterior a esta pesadilla. Cuando podía encargarme de la burocracia, los papeles, las llamadas incómodas y todo lo demás.

Pero, a las dos horas, la luz del teléfono que corresponde al despacho de Bigazzi parpadea en mi aparato.

—Francesca, piense que estoy de rodillas.

—¿Qué le ha pasado?

—Calamandrei está aquí, delante de mí, y jura solemnemente que no hará más el idiota, que trabajará duro y hará todo lo que usted diga. Si no, hemos quedado en que yo personalmente le daré una patada en el culo. Ya me he ocupado de aumentarle la nómina.

A mí también me entran ganas de darle un puñetazo a la pared y romperme todas las falanges. Al menos así podría quedarme en casa.

Respiro hondo diez veces y me resigno a mi destino. Luego oigo que llaman a la puerta y veo a Calamandrei otra vez delante de mí, con la mirada de un perro apaleado pero contento de haber encontrado a su amo, que lo había abandonado en la autopista.

—Otra vez lo has conseguido, ¿eh? —Sonrío, sarcástica—. A ver cuánto dura. Diez a uno a que dentro de tres días estamos como al principio.

—Te juro que no, ya te lo dije: quiero que me ayudes a ser mejor persona. Necesito a alguien que me señale mis limitaciones y me ayude a superarlas.

—¿No las ves tú solo esas limitaciones? No debería resultarte tan difícil: eres un narcisista, un egocéntrico, crees que puedes permitírtelo todo y que todos tienen que hacer lo que tú quieres, y ocasionalmente eres un escritor con talento. Yo preferiría relacionarme sólo con esta última parte de ti, pero, lamentablemente, se presentan con mucha más frecuencia tus otras

personalidades.

Sonríe porque sabe que ha obtenido de nuevo lo que quería, y yo tengo que resignarme y volver a ocuparme de este niño consentido.

—Con una condición, Calamandrei.

—Todas las que quieras.

—Deja el proyecto del libro sobre mí y volvamos al que estábamos escribiendo hasta la semana pesada.

—No puedo. —Se pone rígido.

—Entonces no puedo trabajar contigo.

—Se lo acabo de decir a Bigazzi y está de acuerdo.

—No me lo creo, voy a llamarlo —digo levantando el auricular.

—Llama.

Lo hago y Bigazzi me confirma que está al corriente del cambio de plan y que no tiene nada en contra, siempre que escribamos algo.

Esto es lo que yo llamo estar en las últimas.

—Perfecto —ironizo al colgar—. Has vuelto a ganar. Pues ahora tú verás: si no lo terminamos en un tiempo récord, estás acabado.

—Te prometo que no te decepcionaré —me dice con una nueva luz en los ojos.

Trabajamos hasta tarde, concentrados en la historia de Marina (es el nombre de la protagonista), que tiene una madre enferma, un marido al que no quiere y una larga lista de sentimientos de culpa.

Trato por todos los medios de mantener las distancias, pero me resulta muy difícil no identificarme, sobre todo porque el *autor* se toma la libertad de utilizar una serie de detalles de mi vida sin que yo pueda impedirselo.

Pero al menos trabaja.

Por la noche, para ir a casa de Paola, nos permitimos el lujo de coger un taxi, que paga Calamandrei. Insiste en parar en Peck a comprar dos botellas de Franciacorta, tres de Château Lafite y una selección de quesos con sus correspondientes salsas.

—No hacía falta, Ilaria se ha pasado la tarde cocinando.

—Nunca voy a una cena con las manos vacías.

—Ya, pero entre llegar con las «manos vacías» o cargado como un rey mago existe una gran diferencia.

—Yo tengo gustos de lujo —me dice pellizcándome una mejilla.

Llegamos a casa de Paola, que abre la puerta sin contraseña y se sorprende

al vernos.

—¿Qué hacéis aquí? Bueno... tú sí, Fra, pero ¿y él?

—Si no quieres que me quede...

—No es eso —contesta riendo nerviosamente—. Parece que he olvidado las buenas maneras, perdóname.

—Tú nunca has tenido buenas maneras —le recuerdo entrando con las bolsas, seguida de Calamandrei.

Finjo que no noto lo incómoda que se siente y empiezo a colocar las botellas en la mesa mientras Calamandrei nos ilustra las maravillas del Tête de Moine, de la *mozzarella* de búfala de Campania y de los quesos de cabra con hierbas y las distintas salsas.

Observo a Paola por el rabillo del ojo. Lo escucha con los brazos cruzados y trata de interesarse por lo que dice, pero es como si aguzara el oído hacia algo que está fuera, como haría un cervatillo en el bosque al oler el peligro.

Tendrá que pasar mucho tiempo para que las cosas recobren la normalidad, si es que algún día vuelven a ser normales.

El Demente tendrá un juicio rápido, pero, a pesar del procedimiento abreviado, esperamos que al menos le caigan uno o dos años por agresión y lesiones con dolo.

Es una condena ridícula, pero es mejor que nada.

Ojalá sus compañeros de celda le quiten las ganas de pegar a las mujeres.

Una vez leí que hay un fármaco que borra los traumas de la memoria. No sé cómo es posible que una molécula se dé una vuelta por tu cerebro, reconozca tus *shocks* y los elimine como si fueran archivos infectados por virus, pero, si me ocurriera algo así, no dudaría en tomarlo.

Quizá todo el mundo debería tomarlo, en mayor o menor grado.

Le sirvo a Paola una copa generosa de tinto y le digo que se siente tranquilamente en el sofá a fumar mientras nosotros ponemos la mesa.

Obedece protestando. Se sienta envuelta en su jersey y pone la MTV.

Calamandrei y yo colocamos sus preciados quesos según un orden concreto, del más suave al más fuerte, sin dejar de discutir. Él insiste en que pongamos más copas y más cubiertos, pero renuncia a la idea cuando ve que no hay un servicio de veinticuatro piezas y que es demasiado tarde para ir a comprar uno.

Al cabo de media hora Alessandro e Ilaria llaman a la puerta y suben con tantas bandejas que parece la cena de Nochebuena.

Paola está algo confundida, pero le leo en los ojos que se alegra de estar rodeada de gente que la hace sentir protegida.

Y, como siempre, el alcohol ayuda.

—¿Todo bien? —le pregunto en voz baja, y me siento a su lado.

Asiente con la cabeza.

—¿Te molesta que te hayamos organizado esta cena?

Niega.

—Poco a poco se te pasará —le digo con ternura—. Ahora cómete trescientos gramos de este queso de un millón de dólares. Si no, Calamandrei se ofenderá.

Ilaria está ocupando todas las superficies libres de la mesa con bandejas y contenedores de aluminio y Alessandro, con ojos enamorados, atiende todas sus peticiones.

—Creo que me he pasado con las cantidades —confiesa Ilaria haciendo una mueca—. Tenía tantas ganas de cocinar que no he pensado que sólo éramos cinco. En mi casa somos como mínimo doce y nunca hemos sabido qué son las medias raciones.

—Ya he engordado tres kilos —comenta Alessandro mirándose la barriga.

—Aún estás más sexy —asegura ella. Lo abraza por las caderas y le estampa un beso en los labios.

Paola, desde el sofá, me mira y hace el gesto de meterse dos dedos en la garganta.

Me echo a reír.

Ha vuelto.

Mejor dicho, nunca se fue, sólo se había alejado un momento.

Nos sentamos a la mesa y le pasamos los platos a Ilaria, que nos sirve raciones inmensas de flan de setas, *crêpes*, patatas al horno, guisantes, rollitos de carne y pastel de verduras.

Todo está muy rico y comemos y bebemos hasta reventar mientras escuchamos las anécdotas de Calamandrei (sin duda inventadas en un ochenta por ciento, pero hilarantes).

—Anda, Leonardo, cuéntanos lo de la fiesta en Nueva York, cuando enseñaste a Al Pacino a jugar a la brisca —lo anima Ilaria—. Y lo de aquella vez que te robaron el Rolex y fuiste a hablar con el patriarca de los gitanos, que te lo devolvió a cambio de un agradecimiento en tu próximo libro.

Calamandrei está en su elemento, no se calla las novedades y cotilleos

sobre el mundo del espectáculo y empalma una historia con otra, como sólo sabe hacerlo un consumado fabulador.

Paola se ríe muy a gusto y la veo serena.

En cambio, yo me siento a años luz de distancia.

Pienso en Edoardo en casa de su madre y siento una gran rabia.

Aunque estoy casi segura de que no habría venido esta noche.

No puedo creer que esa mujer sea capaz de manipularlo hasta tal extremo y él no se dé cuenta. ¿En qué se equivocan algunas madres para ser incapaces de entender que no están casadas con sus hijos?

Empiezo a sentir náuseas y salgo al frío del balcón, a tomar un poco el aire.

Calamandrei me ve y me sigue con una botella de vino y una copa en la mano. Me la tiende.

—¿Algún problema? —me pregunta apoyándose en la barandilla, junto a mí.

—Sólo estoy un poco cansada —respondo mirando la copa.

—¿Estás segura?

—Más o menos.

—¿No es por tu madre o por tu novio, que nunca te acompaña?

Otra vez se me encoge el estómago. Me parece el colmo que precisamente él sea el único hombre del mundo que sabe leer en mi interior.

—Un poco por cada uno.

—Lo imaginaba. Creo que eres una mujer que necesita mucho más, pero sé que no te interesa mi punto de vista.

—¿Qué significa para ti «mucho más»? —le pregunto con verdadero interés.

—Más pasión, más entusiasmo, más vida, más aventura. Si sigues así, llegarás a los setenta años sin darte cuenta y no habrás disfrutado ni de una pequeña parte del espectáculo.

—¿Y tú cómo vas a saber si disfruto de la vida o no? —replico haciéndome la ofendida, aun sabiendo que le sobra razón.

—¿Cuándo fue la última vez que te relajaste, o que hiciste algo que realmente te guste? Aparte del trabajo, claro.

—Pues... ahora que lo dices...

—¿Lo ves? Tengo razón, como siempre. Anda, dime algo que te guste realmente hacer. Vale cualquier cosa.

—No lo sé, no se me ocurre nada. —Me río—. Tal vez comer chocolate.

—¡Qué banalidad! Inténtalo otra vez.

—Pues... ¿hacer un viaje?

—Eso son cosas buenas para todo el mundo, pero yo quiero saber algo de ti, algo más íntimo. Seguro que hay algo que te guste.

—No lo sé, en serio —contesto, desanimada, después de pensarlo un instante.

—Está bien, te voy a ayudar. A mí me encanta tumbarme en la hierba fresca recién cortada, mejor si es cerca del mar. Y el amanecer, soy un fan del amanecer. Me levanto muy temprano, o no me acuesto y me quedo mirando el sol mientras sale. A veces me conmuevo y luego toco la guitarra. Lo hago de pena, pero sigo tocando como si se me diera bien y me siento Eric Clapton.

Me quedo en silencio un instante.

—¡Ya lo tengo! Creo que ya lo he entendido: las nubes, me gusta buscar caras en las nubes, pero sólo caras de actores muertos.

—Eso es exactamente lo que quería oírte decir. Vamos, sigue.

—Los bastoncitos de algodón, me encanta limpiarme los oídos con bastoncitos de algodón.

Calamandrei se echa a reír.

—A mí me gusta meter los dedos en el tarro de la miel —dice—. Sólo como miel de castañas.

—Las declaraciones de amor escritas en el suelo siempre me han emocionado. Las leo y las copio en un cuaderno. Nadie ha hecho nunca algo así por mí.

—Muy poético. A mí me gusta salir a correr por lugares que no conozco.

—Las pompas de jabón. De niña adoraba las pompas de jabón y no hago desde hace treinta años.

—¿Lo ves? Sólo hay que empujarte un poco. El olor a pintura fresca.

—El aroma de las glicinas.

—Eso es porque eres una romántica, como todas las mujeres. A mí el olor a gasolina.

—Los pies en la arena.

—Conducir de noche.

—El olor a lluvia.

—Un filete al punto.

—El pan caliente.



—El Magere Brug de Ámsterdam.

—La tarta de nueces que hacía mi madre. —Luego niego con la cabeza—. Perdon, me ha salido de repente.

—Has hecho bien, el juego es así. Decir tus cosas favoritas sin pensarlo. Seguro que era una tarta muy especial.

—Era increíble. Sabía a amor.

—Apuesto a que pronto volverás a probarla. —Me sonrío.

—Quién sabe —respondo, y me entristezco.

—No te deprimas, venga, sigamos. Puestas de sol en las Maldivas, colada recién hecha, Maroon 5.

—Eso son cosas de mujeres.

—Ya sabes que os conozco bien —replica, socarrón.

—Ya. Ahora voy a confesarte lo que más me gusta hacer en el mundo, ¿estás listo?

—No me digas que son *selfies* desnuda delante del espejo.

—Ya pasé por esa fase —lo tranquilizo riendo—. Lo que más me gusta es cerrar los ojos cuando subo las escaleras mecánicas del metro. Me gusta sentir el viento que llega de la salida en el pelo e imagino que soy una alfombra voladora. No abro los ojos hasta que ya estoy casi arriba.

—¿Sabes que utilizaré todo esto para mi novela?

—Lo sé perfectamente. Y lo harías aunque tratara de impedírtelo.

—Exacto.

Nos reímos y luego nos quedamos en silencio mirando la niebla que rodea las farolas.

—Francesca, perdóname por haberte hecho la vida tan difícil últimamente. Quiero decirte que valoro mucho lo que haces y que verdaderamente necesito tu apoyo.

—Tendrías que beber más a menudo —replico alzando mi copa—. Eres mucho más simpático y sincero cuando no vas de «Calamandrei». —Hago el gesto de las comillas.

—Ya, pero cuando bebo me acuesto a las cuatro de la madrugada y tú te cabreas. —Me da un codazo.

—Tú dirás. El problema es que no te dieron unos buenos azotes de niño.

—Dámelos tú.

—No hago otra cosa... hablando en sentido metafórico, claro. Pero no funciona. Oye, te recuerdo que me debes un favor. Y es un gran favor.

—Lo que quieras —me dice con una reverencia.

—Tienes que hacer una lectura en casa de tía Rita, para ella y sus amigas.

—¡No puedes pedirme eso!

—Lo acabo de hacer.

—No, Fra, no puedo ir a casa de tu tía con el *limoncello*, eso me mataría.

—Tienes que hacerlo. Me has obligado a seguir trabajando contigo porque le has ido con el cuento a Bigazzi.

—Ha sido un acto de humildad.

—No, lo que has hecho es salvarte el culo y conseguir lo que querías, como siempre. —Le empujo el hombro con el dedo índice.

—Vale. Haré cualquier otra cosa, pero no me obligues a eso, por favor.

—Una buena obra te convertirá en mejor persona, y eso es lo que querías, ¿no?

—Está bien —dice, magnánimo, despeinándose—. Iré, pero con una condición.

—No puedes poner ninguna.

—Yo siempre puedo poner condiciones. Soy el autor más puntero, ¿recuerdas?

—A ver, ¿qué más quieres? —Finjo que lloro.

—Ven a París conmigo. Tengo que dar una conferencia.

—Ni hablar.

—A cambio haré que tu tía se enamore de mí.

—Tú y yo no podemos seguir siempre con chantajes, ¿te das cuenta?

—Si fueras más abierta, no sería necesario.

—Ya, claro, si te dijera que sí a todo lo que pides, como hace todo el mundo, ¿no?

—Exactamente.

—Calamandrei, disculpa la banalidad, pero si no existieras, habría que inventarte.

La puerta del balcón se abre y aparecen Alessandro y Paola.

—Chicos —dice Alessandro, nervioso—, ahora que Ilaria ha ido al lavabo, tengo que pedirlos un favor enorme.

Lo miramos expectantes.

—Tenemos que prepararle un *flash mob* a Ilaria. Quiero pedirle que se case conmigo.

—¿Casarte? —Me pongo nerviosa—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Sabes que «matrimonio» es sinónimo de «muerte» y «destrucción»? — asegura Paola.

—Sinceramente, hombre, piénsalo bien —añade Calamandrei—. ¿Quieres complicarte la vida, estás seguro?

—¡Qué entusiasmo! —dice el pobre Alessandro, decepcionado al ver nuestra reacción—. Pero lo tengo decidido, es la mujer ideal.

Ilaria aparece en el umbral.

—¿Ideal para qué?

—¿Quién quiere más vino? —gritamos al unísono.

¿Por qué a todo el mundo le ha dado por casarse?

Pienso mientras monto las claras a punto de nieve con energía suficiente para hacer girar las aspas eólicas de Salento.

La última persona a quien podía imaginar casada es Alessandro, un hombre que iba con una mujer distinta cada semana, que en el punto culminante de su carrera llegó al récord de tres rubias en cinco días.

Porque, antes de conocer a Ilaria, sólo le gustaban las rubias.

¿Qué ha ocurrido de repente para que ya no quiera vivir ni un minuto de su vida sin esa persona al lado?

He leído demasiadas novelas pésimas para no saber que eso sólo pasa en la ficción.

Que, como dice Calamandrei, «luego un día algo empieza a ir mal» y tienes que reelaborar cada segundo de tu vida preguntándote: «¿Dónde me equivoqué y por qué se ha ido todo a pique?».

¿Una pasión puede durar para siempre?

¿Dos almas pueden ser totalmente afines e indivisibles, estar predestinadas?

¿Te falta el aire cuando el otro está lejos, cualquier cosa, por estúpida que sea, carece de sentido si no se la cuentas de inmediato y tienes la sensación de que te falta un brazo si él no está?

¿Eso es amor verdadero? ¿O es sólo una perversa invención del cine y las novelas para mantenernos en el limbo de la espera eterna, hacernos sentir equivocados y confusos y obligarnos a gastar una fortuna en libros, manuales y películas mientras seguimos confiando en la llegada del gran amor?

¿Y qué quería decirme mi madre de mi padre?

Estoy desanimada y debo de haber contagiado a mis magdalenas, porque no hay manera de que suban.

Me siento delante del horno, como si observarlas sirviera para convencerlas de que se hinchen, y pienso en Edo abrazándome las rodillas.

¿Aún estamos a tiempo de cambiar?

¿Aún estoy a tiempo de recuperar ese amor impetuoso que no siento y no

recuerdo haber experimentado nunca?

¿Se puede aprender de nuevo a amar?

Apago el horno, abandono las magdalenas a su destino, me tiendo en el sofá y meto la cabeza debajo de la manta para protegerme del mundo y sus preguntas.

Y caigo en un sueño agitado y triste.

—¡No sé bailar! —me lamento andando rápido por el pasillo.

—Venga, es muy fácil —asegura Alessandro pisándome los talones—: derecha, izquierda, salta, cruza y una vuelta. No cuesta tanto.

—¿Desde cuándo eres concursante de *Mira quién baila*? —le pregunto sin mirarlo mientras hago unas fotocopias—. Lo máximo que puedo concederte es sentarme en una silla giratoria y dejar que alguien me empuje.

—Pues mira, no es mala idea. Pensaré en una entrada triunfal mientras suena el estribillo.

—Ale —le digo mirándolo a los ojos—, ¿qué ha sido de mi amigo, el que decía cosas como: «¡Esta vez me he superado *hackeando*! He desactivado Flash y le he hecho creer a la web que soy una tablet Android, luego con una herramienta he interceptado los flujos y he descargado el archivo. Me siento como Matthew Broderick en *Juegos de guerra*».

—¿Yo dije algo así?

—Sí, cuando Bigazzi te pidió que le descargasas un vídeo de *power yoga* para su mujer de una página web más protegida que la del Pentágono.

—Ya, vale, pero ahora tienes que echarme una mano con esto. Todos bailan menos tú.

—Porque soy la única persona seria que queda.

Entro en el despacho y le cierro la puerta en las narices.

—Fra, no te lo pediría si no fuera importante —me dice aguantando la puerta con el pie.

—Está bien, Ale. —Me rasco la cabeza y reflexiono—. Pero no prometo nada.

—Eres una amiga.

Me da un beso sonoro en la mejilla y sale corriendo a convencer a otro.

Antes esto era una editorial seria.

Llamo a Edo para saber cómo le va.

Sólo pasamos por casa para coger ropa limpia.

—Sí, mamá está mejor, pero no se levanta de la cama y necesita a alguien que le haga los recados.

—¿Por qué se queda en la cama? ¿No le iría bien moverse un poco?

—Sí, pero necesita su tiempo. Y no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

—Sí, ya me había dado cuenta —comento amargamente.

—¿Y Paola cómo está?

—Mejor. Mañana volverá al trabajo, aunque no va a ser fácil.

—Me lo imagino. Dale muchos recuerdos.

—Lo haré —respondo como si fuera un tío con el que no hablo desde hace años y no el hombre con quien vivo desde hace años.

Calamandrei llega de un humor espléndido a alegrarme el lunes.

—Qué gran noche la del viernes, ¿eh?

—Sí, fue una cena fantástica.

—¿Paola está bien?

—Mejor —repito, agradecida de que tanta gente se preocupe por ella.

—Tengo que pedirte otro favor, Fra.

Lo miro como si un pingüino me estuviera pidiendo fuego.

—¿Qué más quieres...?

—Tienes que presentarme a Edoardo, es fundamental para que yo entienda la relación entre Marina y su compañero.

—¡Ni lo sueñes!

—¿Por qué? —se queja con la cara larga.

—Porque mi vida privada tienes que dejarla fuera, ¿cómo tengo que decírtelo? —contesto, harta, al menos en la medida en que Calamandrei me lo permite antes de ponerse pesado.

—Tengo que comprender la situación para poder construir una novela sobre ella.

—Usa tu imaginación. Eres escritor, te pagan para eso.

—No es lo mismo.

—¡No, no y no! No te presentaré a Edoardo. Además, ahora no está. Su madre está enferma y vive con ella —anuncio esperando zanjar el tema.

—¿Cuánto tiempo estará con ella?

—No lo sé, espero que poco.

—Mmm... lo que faltaba.

—Lo siento por ti. ¿Ahora podemos trabajar?

—No puedo. —Se cruza de brazos.

—¿Qué es esto? —le pregunto quitándome las gafas—. ¿Hay huelga de escritores?

—Me falta una pieza demasiado importante, no puedo seguir adelante.

—Calamandrei, eres la prueba viviente de que el karma existe y no perdona. —Suspiro y me toco la frente—. En una vida anterior debí de ser Torquemada.

—Soy un artista y ya sabes que necesito estímulos.

—Los estímulos están sobrevalorados. Y los artistas también.

—Tienes que encontrar la manera de presentármelo, o no podré seguir.

Se levanta y va hacia la puerta para una de sus típicas salidas de escena.

—Está bien. Pero mañana irás a casa de mi tía a conocer a sus amigas — anuncio sin descomponerme—. *Quid pro quo* —añado inspirándome más en Jodie Foster en *El silencio de los corderos* que en mis reminiscencias de latín del bachillerato.

—Vale —contesta al salir.

Lo que ha costado.

No acabaremos nunca.

Me llama Bigazzi. Él siempre tan oportuno.

—¿Todo bien, Francesca? ¿Cómo va la cosa?

—Todo bien, señor Bigazzi, vamos de prisa, es cuestión de poco tiempo — miento descaradamente.

—Me alegro. Esta noche he soñado que ganábamos el Strega; seguro que es una señal. Siga así, estoy muy orgulloso de usted.

—Seguiré así —murmuro al colgar.

¿Así... cómo?

Releo las páginas.

Son cautivadoras, emocionantes, buenas, durísimas, pero... son condenadamente pocas.

Y no nos queda mucho tiempo.

Cojo el teléfono y llamo a Edo.

—Oye, no te lo pediría si no fuera una especie de situación de emergencia, pero Calamandrei te quiere conocer.

—¿Calamandrei, tu autor?

—¡No, Calamandrei el poseído! —respondo, agotada—. Dice que necesita

«piezas» para que encaje su nueva novela. No intentes entenderlo, yo ya he renunciado a ello hace tiempo. Síguele la corriente y ya está. ¿Podemos vernos en casa esta noche? Aunque sólo sea media hora.

Noto que se lo piensa.

—Puedo cenar con mi madre pronto y luego pasarme un momento por casa.

—Hazlo como un regalo para mí, por favor. Si no, no escribiré más.

—Vale, pero ¿por qué quiere conocerme?

—¡Y yo qué sé! Ya sabes cómo son los autores.

—No, la verdad es que no lo sé —admite, cándido.

—Ya, yo tampoco lo sé... Bueno, nos vemos en casa a las nueve.

Alessandro entra otra vez en mi despacho como si hubiera una amenaza de bomba.

—Ilaria ha bajado a comer. Rápido, tenemos que ir al lavabo a ensayar.

—¿Al lavabo a ensayar qué? —pregunto, atemorizada.

No me contesta, me coge casi en volandas y me arrastra fuera.

—Venga, Fra, ya sé que estás impedida, pero cuento con que te esforzarás —me dice como un consumado coreógrafo.

No me sienta nada bien el comentario, pero comprendo que va a la desesperada, sobre todo si tiene que llevarse a toda la oficina al lavabo cada vez que Ilaria sale.

—Mírame, yo te haré de espejo —me indica, y se coloca frente a mí.

Lo observo, muy concentrada, y sigo todos sus movimientos. Cuando los hace él, parecen solos de Pina Bausch; cuando los hago yo, son como un ataque epiléptico.

—Madre mía, Fra, ¡qué pena! —exclama al cuarto intento, desanimado—. Quizá tendría que tomarme en serio lo de la silla giratoria.

—Pues mejor lo dejamos aquí —resoplo, mosqueada—. Hazlo sin mí.

—¿Sin ti? ¡Ni hablar! Pero tendremos que ensayar por la noche.

—¿Puedo dar palmadas y ya está?

—No.

—Vale. Vamos a intentarlo otra vez.

A los veinte minutos, Alessandro sale empapado en sudor, y yo detrás de él...

—Venga, Ale, no lo he hecho tan mal...

—He visto osos cojos bailar mejor que tú, Fra. Eres la negación de la



danza, el apocalipsis. Realmente, ¡eres una catástrofe!

Me abandona en el pasillo. Lo llamo con un hilo de voz, pero ni siquiera se da la vuelta. Mi carrera de bailarina se ha truncado míseramente antes de empezar.

Más tarde, en casa, aguardo sentada en el sofá a que lleguen Edo y Calamandrei.

Me preguntó qué espera entender al conocerlo, qué espera ver en él, y me siento inquieta, porque su instinto animal suele dar en el clavo con la precisión de un bisturí.

Oigo voces y risas cada vez más cerca. A continuación, se abre la puerta y Calamandrei y Edo entran riendo como dos viejos amigos.

¿Hay algo que se me escapa, o esto también es un *flash mob*?

¿Ahora va a aparecer Alessandro, se pondrán a bailar y me ascienden?

¿Es eso, no?

No, porque normalmente Edo no soporta a los tipos como Calamandrei, aunque no es del todo cierto, porque jamás he oído a Edo pronunciar las palabras «No soporto a ese», pero no conozco a dos personas que tengan menos cosas en común que ellos dos.

Uno siempre va limpio y planchado, el otro siempre descuidado y con los mismos zapatos desde que lo conozco. Uno se conmueve cuando lee que le han robado a un anciano, el otro no me sorprendería que les robara a los ancianos. Uno sólo ha tenido una mujer en su vida, el otro se duerme si empieza a contarlas.

Y sin embargo, Calamandrei acaba de darle una palmada en el hombro.

—¿Os traigo unas cervezas, chicos? —ironizo, y casi siento que sobro.

—No estaría mal —responde tirándose en el sillón como si estuviera en su casa.

Edo lo mira con una mezcla de curiosidad y tal vez algo que puedo interpretar como admiración.

Hablan de política, de literatura, de fútbol (¿fútbol?) y acaban pidiendo unas pizzas.

En un momento se hacen las diez y media y Edo vuelve a la realidad al contestarle al teléfono a su madre, que lo llama al orden.

—Perdona, Leonardo, tengo que volver a casa de mi madre. No se

encuentra bien y está sola —le dice casi con pesar.

—No te preocupes. Ha sido un placer conocerte —lo tranquiliza con otra palmada en el hombro—. Una noche de éstas tenemos que ir a tomar algo.

—Cuando quieras —responde Edo con el entusiasmo de un niño que acaba de hacer un amigo nuevo en el patio. Luego me da un beso, sale de casa y nos deja solos.

Me vuelvo hacia Calamandrei, que vuelve a estar tirado en el sillón escribiendo mensajes en ráfaga.

—¿Qué era todo esto? —le pregunto, atónita, señalando la puerta.

—¿El qué? —Me mira sin levantar la cabeza.

—Lo que acabas de hacer con Edoardo. ¿Qué era todo este teatro?

—¿Qué teatro? ¡Si es *adorable*! —me contesta como si fuera tonta.

—¿Acaso lo dudabas?

—Un poco sí. Al verte a ti, que pareces tan frí... digo... rígida, pensé que estarías con un cincuentón hosco y anafectivo, con tres hijos y dos exmujeres que lo atormentan con las pensiones. Pero no, tienes un novio que es una joya.

—Ya sé que es una joya —reconozco, algo incómoda, y me siento.

—¿Y qué es lo que no funciona?

—No hay nada que no funcione —contesto tratando de mostrar indiferencia.

—Se ve a kilómetros de distancia que tu vida en pareja no te satisface.

—¿Y tengo que hablar del tema contigo? —le pregunto mientras voy a por dos cervezas más—. ¿Acaso eres de los que entienden a las mujeres?

—Las mujeres son lo más fácil de entender del mundo. —Coge la botella con una cara que expresa la obviedad—. Todas queréis *exactamente* lo mismo, aunque finjáis lo contrario, y cuando uno aprende esta regla tan simple, haceros caer como moscas es un juego de niños.

—Mira tú por dónde... la cosa se pone interesante: *Cómo las enamoro* de Leonardo Calamandrei —escribo en el aire—, un *best seller* total.

—¿Sabes cuál es el secreto, Fra? —me dice apartándose el mechón de la frente y recostándose en el sillón—. Sólo hay que decir las palabras mágicas: «Yo *nunca* me he enamorado», y ellas se vuelven locas. Y se me ofrecen en bandeja de plata. ¡Todas!

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué?

—Porque se os activa un mecanismo interior y queréis ser la primera, la

única, la que nos hará cambiar, la que redimirá al chico malo. Créeme, es un plan que nunca me ha fallado. Una vez hasta me ligué a una monja.

—¡No, una monja no! —exclamo, horrorizada, y me tapo los ojos.

—Sí. Dejó el convento poco después, ya no estaba convencida. Cuanto más huidizo eres, más van detrás de ti, porque no podéis soportar la idea de que un hombre no se enamore *precisamente* de vosotras, que sois tan especiales y únicas, y que se acueste con vosotras sólo porque tenía ganas. Queréis una historia, sobre todo con los que no quieren tener ninguna historia.

—No sé qué decirte, Calamandrei, hace mucho tiempo que estoy fuera del mercado —comento arrancando la etiqueta de la botella.

—Las mujeres no estáis hechas para un plis plas y ya está, por mucho que los telefilmes intenten convenceros de lo contrario. En cuanto os acostáis con alguien, ya empezáis a implicaros. Y aunque digáis que os apetece una historia sin compromiso, en plan «llámame cuando quieras», ya os habéis montado una película, con títulos de créditos y todo, y os pasáis el día tendiendo el oído, a la espera de un mensaje. Y esto os joroba mucho, porque nos hace sentir omnipotentes.

—¿Quieres que tome apuntes? Lo digo porque igual Bigazzi...

—Recuerda esto —me dice después de levantarse y empezar a andar arriba y abajo—: las mujeres quieren poseer a un solo hombre; en cambio, los hombres quieren poseerlas a todas. Son cosas de la naturaleza. Obviamente, las convenciones sociales han establecido reglas, pero todo hombre, secretamente, sueña con tener un harén, y es algo que tenéis que aceptar.

—Yo no creo que Edo haya soñado jamás con tener un harén —respondo tratando de imaginármelo con un turbante y rodeado de odaliscas danzarinas.

—Claro que sí. Lo que pasa es que la sociedad, su madre y las maestrillas como tú lo habéis castrado. ¿Quieres saber qué hago para ligar? —pregunta como si me muriera de ganas de oírlo—. No hago absolutamente nada. Después de cada presentación, siempre acabo con un mínimo de diez números de teléfono en el bolsillo. Y si estoy de humor y recuerdo la cara de una cualquiera, le envío un mensaje y le digo que se me han quedado grabados sus ojos, cuento hasta cinco y ya está. Y no veas lo fácil que es convencerlas para que se hagan *selfies* desnudas. ¿Quieres ver cuántas fotos tengo en el teléfono?

—No, no —me apresuro a decirle con las manos hacia delante—. Confío ciegamente en ti.

—Se hacen las remolonas cinco minutos, empiezan mandándote una foto de cara, de medio perfil, del tobillo y del tatuaje. Les pides algo un poco más atrevido y a los dos días te encuentras sus tetas en la pantalla. ¡Dios, qué ingenuas sois! —grita mirando hacia arriba.

Me imagino haciéndome *selfies* con las bragas descoloridas y las ojeras, y vuelvo a preguntarme si él y yo vivimos en dos universos paralelos.

—Deberíais comprender que nosotros os escuchamos cautivados y decimos que sí a todo lo que nos pedís sólo hasta que conseguimos llevaros a la cama... sobre todo la primera vez que os invitamos a cenar. Luego el interés disminuye enseguida. Es así, somos animales, somos instintivos. Cuando entendáis esto, terminará la guerra de sexos —concluye, satisfecho.

—Perdona, pero ¿cuál sería tu consejo final?

—Decid que sí más a menudo y hacedlo alegremente, porque cuando tengáis setenta años nadie querrá acostarse con vosotras. Y sobre todo no nos toquéis las pelotas, porque, aunque os parezca mentira, somos capaces de sobrevivir sin una camisa planchada.

Mientras me pregunto si debería hacerme una camiseta con la última frase, intento digerir todas estas informaciones imprevistas.

Desde luego, «levedad» no es la palabra que mejor me describe, pero empezar a pensar ahora que los hombres van armados con palos y sueñan con arrastrarnos por los pelos en la caverna para fornicar y luego desaparecer de inmediato, me parece cuando menos discutible.

Aunque antes de Edo estuve con muchos que eran así... y ni siquiera existía el WhatsApp.

¿Tanto dependemos del corazón y las hormonas?

Se termina la cerveza y me da un beso en la mejilla.

—Nos vemos mañana por la mañana —me dice al salir—. Y, por favor, sé puntual.

Yo creo que es una especie de conjura, pienso al quedarme sola, nos han dado un pobre corazón ingenuo que sólo se enamora de la persona equivocada, un cerebro capaz de encallarse en una frase y darle vueltas durante años sin encontrar una solución y, para complicarlo aún más, llegan las hormonas con el tequila en la mano y muchas ganas de fiesta. ¿Cómo va a salir viva de semejante lío una mujer?

Y me pregunto si la conclusión de su discurso es que nosotras, las mujeres, somos todas tontas, o si su narcisismo es tan patológico que «Calamandrei»

se convertirá en el nombre de un psicofármaco.  
Y, como siempre, me inclino por lo segundo.

Paola cruza la puerta de la editorial con un aire que no es precisamente entusiasta, aunque ambas sepamos que trabajar es lo único que le sentará bien.

Annamaria la coge del brazo, como hace con la Zarina, fingiendo que le interesa algo de ella, y la acompaña a su despacho.

A los cuatro minutos, oigo gritar a Paola.

—¿¿¿Las fotocopias y los cafés??? ¿Eres tonta o qué? ¡Eso lo hacía yo a los quince años!

—¿Y yo qué quieres que te diga? —se defiende Annamaria—. Ahora tu trabajo lo hace Ilaria.

—¿Quieres decir que en esta puta editorial ya no hay nada que hacer? ¿Se está acabando el mundo o qué?

—No, pero en tu *estado*, es preferible que te encargues de tareas más sencillas. No queremos que te estreses...

—¿Qué *estado*? —chilla—. ¿Quieres que me ponga en la puerta del váter a pedir monedas? Si quieres lo hago, ya todo me importa un pito.

—Puedes echarle una mano a Ilaria, tiene un montón de trabajo.

—Ah, claro, tengo que convertirme en ayudante de la ayudante, me parece muy lógico —grita dando un portazo.

—Te juro que he conocido a muchas cabronas, pero ésta las supera a todas —me dice al pasar por delante de mí como un huracán.

—¿Quieres que hable con ella?

—No, gracias, ya lo intentaste una vez —contesta con rabia—. Me las puedo arreglar perfectamente yo sola. Ésa se creía que ya se había librado de mí y ahora no soporta tenerme aquí otra vez. Voy a buscar la manera de hacerle la vida imposible. Es justo lo que me conviene en mi *estado*.

Seguramente está en lo cierto, es una forma de canalizar la rabia en otra dirección. No es que sea muy budista que digamos, pero si funciona...

Calamandrei llega con un retraso académico de tres horas.

—¿Qué? ¿Te has hecho un *selfie* en el lavabo con la camarera? —le tomo el pelo.

—Entrevista larga en Radio 24. Ya sabes, cuando se habla de cultura...

— ... te llaman a ti, por supuesto. Y luego nos quejamos de que Italia va a la deriva —me burlo aprovechando su buen humor momentáneo.

Se sienta y busca algo en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Tienes algo para mí? —le pregunto, esperanzada. Esta semana no ha pegado golpe.

—Toma —me dice dándome unas hojas.

—Gracias, Dios mío —se me escapa mientras empiezo a leer.

En las páginas nuevas, habla de Edo como de un santo, naturalmente, y Marina aparece cada vez más como una mujer árida y frustrada, que no pierde ocasión de machacar al pobre hombre.

Instintivamente, me pongo rígida y trato de guardar las distancias con aquellas frases, pero siento los ojos de Calamandrei clavados en mí, listos para captar la más mínima señal de debilidad, como siempre.

—Es interesante —digo tratando de no exteriorizar ningún tipo de emoción —, un perfil psicológico muy concreto, que encaja a la perfección con el de Marina.

—Sois vosotros. No he hecho más que describir vuestra vida en pareja.

—Creo que pretender conocer las dinámicas de una pareja de desconocidos es ir demasiado lejos, pero digamos que lo que escribes funciona y es totalmente creíble —replico en tono profesional, intentando echar balones fuera sin ponerlo nervioso a primera hora de la tarde.

—¿Estás de cachondeo? —dice cambiando por completo de humor.

—¿Por qué lo dices?

—Te has puesto roja y no paras de tocarte la ceja. ¿A quién pretendes engañar?

—¡Anda, si eres mentalista!

—No sé cómo tengo que decírtelo. A vosotras, las mujeres, os leo como a un libro abierto.

—Está bien, Calamandrei. —Suspiro—. Tocada y hundida. Y ahora prepárate, que vamos a casa de mi tía. Y el taxi lo pagas tú.

Al cabo de una hora estamos delante de la cancela de la casa de tía Rita. Vistos desde fuera, parecemos dos testigos de Jehová.

—A lo mejor no está.

—Eso es lo que te gustaría —respondo sonriendo mientras mi tía abre la puerta.

Lleva un traje de chaqueta rojo, con un escote que parece que va a explotar de un momento a otro, y el pelo tan cardado que casi supera la altura permitida para los edificios.

—¡Por fiiiin! —exclama secuestrando a Calamandrei y cerrándome la puerta en las narices.

En el salón, diez señoras elegantísimas esperan con un ejemplar de su libro más famoso en la mano y los ojos soñadores.

Calamandrei me mira, realmente *desesperado*, y leo en sus labios algo que suena como: «Por favor, ayúdame, haré todo lo que quieras». Al menos, eso es lo que creo entender.

Lo miro con ternura y comprensión. Luego le digo adiós con la mano y me voy directa a la habitación de mi madre sin que me paren ni me registren.

—Hola, mamá —dijo asomándome al dormitorio con una megasonrisa pintada en la cara. Evito fijarme en la combinación de colores de su vestuario, que me hace sospechar que tía Rita es daltónica.

—Hola, guapa —me responde ella con cierto brío.

La veo más espabilada y sólo puede deberse a una razón: ha tomado menos pastillas de lo que es habitual.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Me aburro un poco —contesta sorprendiéndome—. Tía Rita no me deja hacer nada, aparte de acompañarla al supermercado, y siempre habla de gente de la televisión a la que no conozco.

—Qué aburrimiento, ya me lo imagino. Oye, ¿por qué no damos un paseo por el jardín? Ella ahora está pendiente de su escritor favorito y no nos molestará.

La ayudo a ponerse un jersey más grueso y salimos como dos ladronas al jardín de la parte de atrás pasando por la cocina, mientras oigo la voz de tía Rita leyendo en voz alta fragmentos de un libro de Calamandrei.

Me digo que le haré un buen regalo, quizá un par de All Star nuevas.

Nos sentamos en las sillas que hay en la hierba, bajo un cielo plúmbeo que hace dudar de la existencia del sol. Por un momento, al cerrar los ojos, disfruto de nuevo de su compañía.

Abro el bolso y saco una bolsita de papel que contiene un trozo de tarta de manzanas reineta con canela y pasas.



—Pruébala y dime qué te parece

La estudia un momento, la huele, le da un mordisco y mastica despacio, con aire reflexivo.

—Demasiada canela y a la masa le falta aire. ¿Has tamizado dos veces la harina?

—Sí, mamá.

—¿Has echado mantequilla derretida alrededor de la masa para que no saliera el aire?

—No, mamá.

—Vaya, por eso ha quedado un poco densa. Pero no está mal, ¿eh? En serio —me dice dejando el trozo de tarta en la servilleta, como si fuera uno de los jueces de *MasterChef*.

—¿Cómo te va el trabajo? —me pregunta exactamente como una persona normal.

—Tengo demasiado, como siempre. Prácticamente vivo en el despacho, pero me gusta, me hace sentir útil.

—Tu padre también trabajaba mucho.

—Sí, es verdad, recuerdo que siempre volvía muy tarde.

Se vuelve hacia mí y me observa intensamente.

—Cómo te parecen a él...

Doy un suspiro de alivio al ver que no tengo que empezar a buscar a mi verdadero padre.

—¿Y cómo te va con Edoardo? —me pregunta, como una buena amiga.

—Mal, mamá. Él está viviendo en casa de su madre, yo siempre estoy sola... todo se va a pique y no sé cómo parar el desastre. Creía que lo tenía todo controlado, creía que había encontrado a mi media naranja y ya no tenía que preocuparme, creía que había tenido tanta suerte como vosotros, pero no. Somos dos extraños, dos personas que no se conocen, que...

—Tu padre no fue el amor de mi vida. No me enamoré perdidamente de él, ni fue él la pasión que me partió el alma y me dejó así, consumiéndome día tras día.

Estoy segura de que he oído el sonido de un trueno.

Me vuelvo a mirarla, como si quisiera asegurarme de que quien ha hablado ha sido mi madre.

—¿Cómo? ¿Papá no era tu gran amor?

—Tu padre fue el mejor hombre del mundo —prosigue mirando lejos—,

me quiso de una forma absoluta, en todo momento y con cualquier humor. Cuando estaba deprimida y cuando era feliz. Siempre veló por mí, me protegió, me apoyó y me comprendió, y no sé qué habría hecho sin él. Pero si me preguntas si había pasión entre nosotros, sólo puedo decirte que se había extinguido hacía muchísimo tiempo. Por eso, cuando conocí a Marcello y empecé a tener una relación con él, tu padre se apartó.

—¿Marcello? —pregunto, desconcertada—. ¿Qué Marcello?

—Marcello... Co... no me acuerdo —se desanima tras perderse intentando recordar.

—Vale, mamá, tranquila. Todo está bien, bueno... no está nada bien, yo no sabía, no tenía ni idea... ¿Papá sabía que tenías una relación con otro hombre y no dijo nada?

—Lo sabía. Siempre lo supo, y lo aceptó. —Suspira y se retuerce los dedos—. Ninguna historia es perfecta, menos aún las que lo parecen. En todas hay un reverso de la moneda, y muchas veces es algo doloroso y casi imposible de entender o aceptar.

—¿Y por qué no te fuiste a vivir con Marcello cuando papá murió?

Cierra los ojos como si la luz le molestara.

—Venía hacia mi casa, había dejado a su mujer y yo habría dejado a tu padre. Lo esperaba en el salón, pero nunca llegó.

—¿Se arrepintió?

—Un accidente de coche.

—Dios mío...

No sé qué decir. No sé qué pensar. Se me encoge el corazón.

Me levanto y la cabeza me da muchas vueltas.

—Quizá no habría tenido que decírtelo, pero era importante que lo supieras —me dice, turbada de pronto, como si no recordara por qué motivo me lo ha dicho, pero hubiera sentido la urgencia de hacerlo.

—No pasa nada, mamá, has hecho bien.

—Las cosas importantes son las que sientes dentro, no las que demuestras por fuera... para salvar las apariencias —prosigue para asegurarse de haber transmitido su mensaje—. El amor es importante, el resto... el resto... no hay tiempo para el resto.

Mi madre nunca ha sido de medias tintas, pienso acariciándole la cabeza y tratando de contener las lágrimas. Cuando tenía que decir algo, lo decía sin filtros y sin darle vueltas.

Y yo sabía que volvería a ser ella sin toda esa mierda circulando por el cerebro. Lo sabía.

Y también sabía que se estaban pasando, que se estaban equivocando. Y no sé si la tonta de tía Rita ha seguido las instrucciones de los médicos o le ha dado las medicinas de cualquier manera.

La dejo un momento sola con la excusa de ir la lavabo y me meto en su habitación para sustituir todos los blísteres de psicofármacos por otros de forma y color muy parecidos, que he encontrado después de mucho buscar: antiácidos, antihistamínicos y calmantes que, sin duda, le harán menos daño que lo que toma ahora.

Yo lo intento. En el peor de los casos, ¿qué puede ocurrir?

¿Que vuelva a ser la madre *borderline* que siempre he tenido? ¿Que se ríe hasta el borde de las lágrimas y llora hasta la extenuación?

No pido más.

—Te sacaré de aquí, te lo prometo —le digo en voz baja más tarde, mientras la acompaño a la habitación—. Ten un poco más de paciencia.

Asiente con la cabeza.

Salgo de su cuarto y bajo silenciosamente al trastero, donde tía Rita guarda las cajas con las cosas de mi madre.

Las hay por todas partes y necesitaría una semana para abrirlas todas.

Además, no sé qué buscar.

O a quién.

El nombre de Marcello me retumba en la cabeza... ¿Cómo es posible que yo nunca me diera cuenta de nada, que no notara nada?

¿Cuándo murió? ¿Dónde está enterrado? ¿Y su mujer?

Estaba convencida de que mis padres eran la pareja perfecta, que se querían tanto que a veces se olvidaban de mí. Pero no, mi madre suspiraba por otro hombre.

¿Y si se lo había inventado todo? ¿Y si era una alucinación, un cortocircuito, algo que ha soñado en sus largas horas de olvido sintético, un mecanismo mental para huir de la realidad?

Pero yo recuerdo claramente, como si fuera hoy, a mi madre de pie frente a la ventana del salón, esperando y esperando, y a mi padre apartándola de allí y echándole una manta sobre los hombros. Roja, quizá.

Abro un par de cajas y sólo encuentro ropa (los vestidos bonitos de mi madre), sus viejos discos, los moldes de pastelería, paquetes atados con

cuerdas que contienen los documentos de una vida, papeles, papeles y más papeles. Y de pronto me llama la atención un ejemplar de *Cien años de soledad*. Siempre lo veía en su mesilla.

Lo abro y leo en la primera página:

Eres mi Flor, mi aurora, mi paz siempre.

Marcello

Me tambaleo.

O sea que es cierto. No se lo ha imaginado, no es un fantasma. Marcello existió de verdad y él y mi madre tuvieron una relación.

Se querían.

Y leían a García Márquez.

De pronto, me entran ganas de abrazar a mi padre, que amaba a mi madre desde lejos y velaba por ella, que se conformaba estando cerca de ella, calentándose con su luz y perdiéndose en su oscuridad.

¿Podría ser un destino similar al de Edo y al mío? ¿Él aceptando que yo ame a otro con tal de no perderme?

Cojo el libro, lo meto en mi bolso y vuelvo a buscar a Calamandrei, que, mientras tanto, se ha convertido en el ídolo de las señoras, y temo que acaben dándole sus números de teléfono.

No por nada, sino porque estoy segura de que se aprovecharía de ellas.

—¡Estás aquí! —exclama al verme entrar en el salón—. Quiero presentarte a unas chicas estupendas: Clara, Nora, Mariella, Sandra, Ludovica, Anna y Giulia —dice de un tirón, sin vacilar, como un presentador. Y ellas se sonrojan, halagadas.

—Encantada —respondo, sorprendida ante semejante entusiasmo.

—Ella es Francesca, la mejor editora que uno pueda desear —dice pasándome un brazo alrededor de los hombros y abrazándome fuerte.

—Mira qué bien —murmuro, cohibida.

—Tiene que volver, Leonardo —le pide una de las grupis.

—Ya, pero es que Leonardo está muy ocupado —aclaro rompiéndoles el corazón—. Ha sido un milagro traerlo hoy aquí...

—Seguro que volveré —afirma él—. Ha sido un inmenso placer estar hoy con ustedes, mejor dicho, un honor.

Estoy segura de que no lo he oído bien.

¿Ahora le gustan las presentaciones caseras?

Las señoras, capitaneadas por tía Rita, forman una respetuosa cola para que les firme los libros y para regalarle botes de conserva, dulces y poesías autoproducidas. Luego viene el momento de las fotos y por fin podemos mirar hacia la salida.

Tía Rita está tan fascinada que me da un beso al llegar a la puerta.

—No me digas que no te has muerto de aburrimiento —le digo en el taxi.

—No, te lo aseguro. Habían leído todos mis libros y los citaban casi de memoria. Y me han hecho un montón de preguntas. Son adorables. Tengo que centrarme mucho más en este segmento de lectores.

—Calamandrei, ¿sabes que eres una sorpresa continua?

—Lo sé —responde dándome una palmada en la rodilla—, lo sé.

—Edo, ¿cuándo piensas volver a casa? —le pregunto más tarde por teléfono—. ¿O tengo que llevarte a Calamandrei para convencerte?

—Todavía no lo sé. Está decidida a rechazar a una cuidadora y, de momento, es mejor que me quede aquí con ella —me dice con un leve sentimiento de culpa en la voz.

—Claro que no quiere una cuidadora... ¡si tiene una gratis! Has retrocedido a los dieciséis años, ¿te das cuenta? No me digas que haces la siesta todas las tardes.

No he podido evitar el profundo sarcasmo.

—Anda, Fra, no te enfad...

Cuelgo. O acabaré diciendo cosas de las que me arrepentiré toda la vida.

Me siento herida e incomprendida. Está dejando que el útero de su madre lo reabsorba y no quiere darse cuenta.

Y da igual lo que le diga, él siempre contesta: «No te enfades, Fra».

—¡Mierda! —grito mientras Paola entra en mi despacho con un café en la mano.

—Creo que te iría mejor una tila —me dice, y se sienta en mi mesa, como en los viejos tiempos.

—¿Edo?

—Mm-mm —respondo.

—Fra, la gente no cambia, métetelo en la cabeza. Y cuanto más quieras que cambie, menos lo hará.

—¿Y entonces qué?

—O te casas con él, o lo dejas.

—No puedo casarme con él, entre otras cosas porque su madre se moriría... lo que podría ser una buena solución. Y tampoco puedo dejarlo.

—Entonces aguántalo como es, no hay otra alternativa.

—Tiene que haberla, ninguna de estas opciones me gusta.

—Cogeos un fin de semana, haced una escapada romántica a algún sitio, follad como conejos y luego, cuando volváis, seguro que tendréis las ideas más claras.

—¿Y la vieja?

—Yo me quedo con la vieja, así nos hacemos compañía.

—Pero si odia a todo el mundo...

—A mí no, o se arrepentirá.

—¿A cuánto cobras la hora?

—No mucho, me conformo con la felicidad de mi mejor amiga —contesta guiñándome el ojo.

En cuanto sale, saco del bolso *Cien años de soledad* para examinarlo bien.

Mi madre debe de haberlo releído un millón de veces por lo gastado, subrayado y comentado que está.

Me pregunto cómo habría sido su vida si Marcello no hubiera muerto. ¿Habrían sido felices juntos? ¿O habría acabado como todos los sueños cuando se contaminan de realidad? ¿Habría sabido protegerla como mi padre, o al final se habría cansado?

¿Quién eras, Marcello? ¿Cómo puedo averiguar algo de ti?

Escribo el nombre «Marcello» en mi bloc de apuntes, luego empiezo a buscar un lugar bonito, cerca de Milán, donde, en caso de emergencia, Edo y yo podamos desconectar un par de días y ser capaces de hablar.

Me siento como en una batidora, y este estado de confusión me impide comprender en qué punto de mi vida *estoy*.

En qué punto *estamos*.

Me gustaría que alguien aliviara esta presión, que me dijera: «No te preocupes, yo me ocuparé de todo, apoya la cabeza en mi pecho y cierra los ojos. No tengas miedo, no. Nunca más».

¿Existe alguien así en este mundo, o sólo en los libros de la Spagnulo?

¿Por qué nunca puede ser el paquete completo y siempre falta algo fundamental?

Quizá sea nuestra inclinación natural a la insatisfacción lo que nos lleva a perder de vista las cosas importantes y a concentrarnos en detalles insignificantes que, con el tiempo, se convierten en diferencias irreconciliables.

Selecciono un par de casas de turismo rural con SPA y envío una solicitud de reserva. Luego me sumerjo de nuevo en el trabajo y me olvido de todo hasta el anochecer.

Mejor dicho, hasta que Calamandrei me llama para pedirme que lo presente en una librería que está en la zona de los Navigli dentro de media hora.

No, en realidad no me lo pide. Me lo ordena.

—Esta noche no puedo. Ya es muy tarde y quiero irme a casa. Estoy cansada, no puedo más, y en gran parte es culpa tuya. Además quiero proponerle a Edo un fin de semana en algún sitio, porque últimamente tengo la sensación de que soy tu novia más que la suya. O sea que lo siento, pero esta noche no.

—Francesca, no te lo pediría si no fuera cuestión de vida o muerte.

—Me lo pedirías de todas formas.

—El presentador ha tenido un accidente y no me veo capaz de presentarme solo.

—¿Por qué se suicidan todos los presentadores? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—Ahora mismo no estoy para bromas —responde, contrariado.

—Llama a otra persona. Alguien te deberá un favor, ¿no?

—Ya los he llamado a todos, es demasiado tarde.

—Es exactamente lo que te acabo de decir. Para mí también es demasiado tarde.

—Francesca, eres mi última posibilidad.

—*Siempre* soy tu última posibilidad.

—Acabaré de escribir el libro dentro de cinco días.

—¡Anda ya!

—Te presto mi casa de campo.

—No, gracias, odio el campo.

—Conseguiré que te contraten en la editorial que tú quieras.

—Eso es lo único que me tienta realmente, pero estaría en deuda contigo el resto de mis días y, sinceramente, no lo soportaría.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿O sea que no vas a venir?

—No, en serio. No me lo pidas más, esta noche no.

—Está bien. Ya me las arreglaré.

—¿Quieres que haga unas llamadas?

—No, gracias, ya lo hará mi agente. Como si no te hubiera pedido nada.

Perdona las molestias.

Cuelga.

Recojo mis cosas, me levanto, me pongo el abrigo y el gorro, apago la luz, salgo de mi despacho, bajo a la calle y me dirijo a la parada de autobús.

Saco el móvil del bolso, lo observo unos diez segundos, grito un «¡¡¡¡¡AAAAAARGGGGGG!!!!!» al cielo y llamo.

—¡Al diablo! Calamandrei, ¿dónde quedamos?

Tres horas más tarde, estamos comiendo una pizza en el restaurante de un *queridísimo* amigo suyo.

—Gracias otra vez, Francesca —me dice al llenarme la copa de vino.

No levanto la cabeza del plato y sigo cortando el trozo de pizza.

—No me des las gracias —respondo con la boca llena—. Siempre consigues lo que quieres, ¿no?

—Sí, pero esta vez me has salvado el culo, en serio.

—Por tan poca cosa... En el contrato que has firmado debe de haber una cláusula, de la que evidentemente no me informaron, que incluye mi total disponibilidad, pero son cosas sin importancia...

—Oye, tengo una amiga que tiene una espléndida residencia histórica en el lago de Como. La llamo y este fin de semana tú y Edoardo vais allí como mis invitados. ¿Qué te parece?

Lo pienso un instante.

No me gusta la idea de aceptar algo de Calamandrei, pero qué demonios, desde que lo conozco me he visto implicada en sus compromisos y no hago más que trabajar para él... me parece lo mínimo para resarcirme.

—Me parece bien.

—¿Entonces te pongo en contacto con ella? —Me sonrío, ligeramente sorprendido.

—Sí, llámala enseguida —le digo señalando el teléfono con el tenedor.

—Bien, ahora mismo. —Busca el número en la agenda—. Hola, Betty, soy Leo... muy bien, gracias... ah sí, ¿lo has leído? Gracias, qué buena... Oye, quiero mandarte a una *queridísima* amiga mía este fin de semana... no, no es



una de mis novias. —Se ríe y me lanza una mirada como diciendo: «Perdónala»—. Vale, le dejo tu e-mail y os ponéis de acuerdo... Gracias, eres una joya... Sí, pasaré a verte, seguro.

Cuelga y me mira, complacido.

—Me pregunto cuánto durará este rebote de favores entre nosotros —le digo—. Esto parece una competición.

Coge un cigarrillo del paquete y lo sostiene entre los dedos.

—Me resultas muy simpática, Fra, ¿lo sabes? —Se pasa una mano por el pelo—. Eres casi como una hermana. Yo nunca me hago amigo de las mujeres, me acuesto con ellas y ya está, y luego ni siquiera las llamo. Pero contigo es distinto, y me pareces estimulante, un poco tocapelotas pero estimulante. Ya verás cuando gane el Strega con un libro sobre tu vida...

—Eso preferiría que no lo fueras pregonando a los cuatro vientos —le pido fingiendo indiferencia.

—Si habéis decidido hacer una escapada romántica es que las cosas se van allanando entre vosotros. —Me guiña un ojo.

—Ha sido idea de Paola. Llevamos mucho tiempo sin vernos con esta historia de su madre y tenemos que hablar seriamente.

—Tienen una bañera de hidromasaje increíble y hacen unos tratamientos ayurvédicos con aceite caliente alucinantes. También los hay para parejas... deberías reservar uno —me sugiere maliciosamente.

—Ya veremos.

—¿Ya veremos? —Está horrorizado—. ¿No tienes intención de practicar un poco de sexo atrevido?

—Leonardo, créeme, la prioridad es *hablar*.

—No, créeme tú. —Se remueve en la silla—. La prioridad es follar, y si no entiendes esto es que no has entendido nada de los hombres.

—Te aseguro que mañana lo primero que voy a hacer es escribírmelo en un Post-it —trato de ironizar mientras me sirvo agua.

—No, Francesca, lo digo en serio. El sexo lo es todo para un hombre, al menos es el ochenta y cinco por ciento. Si no se lo das, al final irá a buscarlo a otra parte.

—Todos los hombres no son unos salidos, Calamandrei, créeme.

—Sí lo son, especialmente los que fingen que ya les va bien tener una mujer frígida.

—¿¿¿Otra vez??? ¡Yo no soy frígida! —salto, y los de la mesa de al lado se

nos quedan mirando.

—Yo creo que sí.

—¿Y tú qué sabes? Y para ya, que me da vergüenza.

—Ése es el problema. Tienes que desbloquearte, y cuanto antes lo hagas, antes despegará tu historia. Si quieres, yo hablaré con Edo.

—No, estamos muy bien así, en serio. Te agradezco los consejos, y los tendré en cuenta, pero no te metas más.

Le hago señas al camarero para que nos traiga la cuenta.

—Ay, Francesca, Francesca. —Se ríe—. He encontrado tu punto débil.

—¡Basta ya! —le pido, roja como un tomate. Me levanto y tiro de la bufanda, que se ha quedado enredada debajo de la silla.

Él también se levanta y me sigue tras dejar una propina que nos conmueve al camarero y a mí.

Salimos a esperar al taxi.

—Mira que eres tonto —le digo ciñéndome el abrigo.

—Si soy lo mejor que te ha pasado en los últimos veinte años —afirma sin atisbo de ironía.

—Sí, junto con la operación del menisco del noventa y ocho.

Llega mi taxi, entro y bajo la ventanilla para despedirme.

Calamandrei se apoya en el borde del coche, saca del bolsillo una especie de cilindro largo, envuelto en papel de regalo, y me lo da.

—No es un vibrador, querida, no te exaltes —me dice con su típica cara de bofetada, y se aleja con el cigarrillo apagado en los labios, despidiéndose con la mano, de espaldas.

Abro el paquete y me río... con un tubo de pompas de jabón entre las manos.

## 19

—¡Venga, que ya viene! —nos grita Beatrice, y corremos a nuestros puestos como hormigas enloquecidas.

—Por favor te lo pido, Fra —me intimida Alessandro con aire amenazador, cogiéndome por el cuello de la camisa.

—Vale, vale —respondo, un poco picada—. Deberías confiar más en mí.

—No después de lo que he visto.

Nos escondemos todos en la sala de reuniones y esperamos la señal que nos hará Beatrice cuando Ilaria haya subido a la oficina y esté sentada delante del ordenador. Entonces, con un pretexto, la mandará a la sala de reuniones con la excusa del lanzamiento especial de varias novelas, y nosotros empezaremos el *flash mob*.

Me siento como cuando éramos pequeños y jugábamos al escondite. Te entraban sudores fríos mientras estabas encogido detrás de una pared, no veías absolutamente nada y te morías de miedo al oír los pasos de alguien que te buscaba y se iba aproximando.

Que viene a ser la misma sensación que tengo cuando Bigazzi se acerca a mi despacho.

Nos metemos todos debajo de la enorme mesa de roble hasta que oímos toser a Beatrice para anunciarnos que Ilaria ha entrado en la sala.

La puerta se abre despacio, Ilaria se asoma en la oscuridad y dice:

—¡Aquí no hay nadie!

En cuanto termina la frase, se enciende la luz y suena *Happy* de Pharrell Williams. Bailan la canción las chicas con contratos de prácticas, jóvenes promesas de la zumba.

Ilaria se queda boquiabierta, apoyada en la puerta con los libros en la mano, mientras todos empiezan a realizar piruetas de profesional: hacen la rueda, el espagat... y Alessandro, en el centro, vestido con americana, vaqueros y sombrero, canta en *playback*.

No puedo creer que haya obligado a todo el grupo a ensayar en el baño.

Me preparo para mi tímida actuación. Con el fin de evitarnos disgustos, la hemos reducido a pasar andando junto a Paola y Silvia, que van delante por si

acaso me pierdo, con una cesta de pétalos de rosa en la mano que iremos lanzando al suelo.

Mientras pienso en lo bonito que es que una oficina entera se movilice para complacer a un amigo, se abre la otra puerta de la sala. Entra Bigazzi con traje y corbata y avanza chasqueando los dedos al ritmo de la música, estilo John Travolta.

Y esto no es nada. De pronto, aparece detrás de él Maria Vittoria Spagnulo, de rosa fucsia de los pies a la cabeza, y Bigazzi la coge en brazos y le da unas vueltas con gracia. Luego la deja en el suelo y ellos dos y Alessandro terminan la canción bailando juntos, perfectamente coordinados, mientras nosotras, en corro, llevamos el ritmo con las manos (¡en esto soy imbatible!). Por último, Alessandro se pone de rodillas y le da el anillo a una emocionadísima Ilaria.

Lo cual me recuerda el anillo que me regalaron en otra vida y que surtió un efecto muy distinto.

Se me encoge el estómago al pensar que, al final, lo dejé completamente olvidado en casa, en un cajón del dormitorio.

Ilaria está llorando y todos la rodean, gritan «viva» y aplauden.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunta Alessandro con voz temblorosa.

Ilaria asiente con la cabeza y luego lo abraza fuerte y sigue llorando como una magdalena.

Bigazzi saca el champán de su reserva especial y la Spagnulo la felicita y le dice que su tercer marido le dio una sorpresa parecida: estaban en París, y el director del Folies Bergère interrumpió la función para anunciar su compromiso e hizo que ocho bailarines vestidos únicamente con pajaritas de color rosa la llevaran en volandas.

Paola se acerca a mí con los brazos cruzados y me susurra al oído:

—No me digas que no te corroe un poquito, porque yo estoy verde de envidia.

—¿Oyes este ruido? Son mis dientes... no hay férula que valga...

El amor es el rey indiscutible durante toda la mañana, y nos contagia a todos. No hacemos más que comer bombones y hablarnos con amabilidad, incluida Annamaria.

No oculto un pelín de tristeza al ver esta felicidad tan genuina, serena y perfecta.

En parte porque temo que se acabaron nuestras cenas en casa de Paola, en parte porque admiro el valor de Alessandro al haber tomado una decisión tan imprevista, tan fuera de su forma de ser, tan radical.

Así es como hay que actuar, me digo, lanzarse, ser impulsivo, seguir la onda del entusiasmo, sin reflexionar, sin darle vueltas ni hacerse preguntas.

Así es como la gente se casa, tiene hijos y sigue adelante, porque vive el momento, porque siente que en ese instante no podría ser más feliz y no se pregunta qué pasaría si todo acabara mañana, no piensa en las consecuencias de un divorcio, una traición o un luto. Toma lo que hay, día tras día: sol, lluvia, brisa o tormenta. Y lo afronta minuto a minuto, con valor y paciencia.

Así actúan los adultos.

Y el resto no son más que excusas.

Suspiro y me pregunto una y otra vez qué debo hacer ahora.

Quizá esperamos demasiado tiempo, quizá tendríamos que habernos casado después del primer año, cuando aún había emociones y expectativas, quizá deberíamos haber tenido hijos enseguida, sin pensarlo.

Estos pensamientos me dejan una profunda amargura en la boca, como si hubiera perdido un tren importante, como si hubiese jugado mal mis cartas.

Desde que tengo memoria, las personas a quienes amo se van, o no me consideran lo bastante importante para quedarse.

Mi padre siempre estaba demasiado ocupado para pensar en mí como en una prioridad y mi madre era demasiado frágil para ser mi guía. De modo que la soledad fue mi compañera de juegos más fiel durante toda la infancia.

Al crecer, el vacío que tenía dentro fue ocupando cada vez más espacio hasta convertirse en una cosa dura y helada, pegada a las paredes de mi corazón. Y comprendí que las personas son como la arena entre los dedos; no las puedes retener, y un padre o una madre no están obligados a quererte sólo por haberte traído al mundo.

Me di cuenta de que el amor no sería nunca algo que me correspondiera por derecho, sino un privilegio que tendría que ganarme con esfuerzo, sacrificio y no necesariamente de forma vitalicia.

Y luego, un día, apareció Edoardo con su bagaje caótico, hecho de miedos e inseguridades, y me vio como un ancla de salvación, confundió mi costumbre de arreglármelas sola con seguridad y lanzó sobre mí toneladas de fidelidad absoluta, dedicación y afecto.

Precisamente a mí, que nunca he sabido lo que era el amor incondicional y

que todavía sigo luchando con ese hielo sin nombre que no me deja dormir por las noches.

La paradoja es que la única persona que se ha quedado a mi lado no está realmente a mi lado.

Por eso hemos llegado a este punto, a una relación con roles desequilibrados entre dos individuos que no saben qué es el amor verdadero, sino únicamente la necesidad.

Acabo mis tareas y vuelvo a casa a esperar a Edo. Le he pedido que se pase para proponerle el fin de semana al que nos ha invitado Calamandrei.

Para ser sincera, no me siento como al principio de nuestra relación, cuando la idea de una escapada romántica era sinónimo de pasión, vino y mimos. Ahora es un «intentemos recuperar lo que teníamos».

Si es que todavía lo queremos.

Como era de esperar, tiene que dejar arreglada a su madre y luego puede dedicarme el tiempo que ella le permita dedicarme.

Es todo tan absurdo que no sé ni cómo hemos llegado a esto.

Supongo que estas cosas ocurren cuando dejas de estar pendiente, cuando te sientes tan seguro de tu historia que ya no temes nada, cuando estás convencido de que tu barca seguirá recto hasta el puerto sin que tú lleves el timón.

Y de pronto chocas contra un iceberg que no habías previsto.

—Sólo es un fin de semana —le digo, casi le suplico—. Como máximo cuarenta y ocho horas, y Paola se quedará en casa de tu madre, no va a pasarle nada.

—Ya lo sé, pero no me siento tranquilo, Tuz.

—¿O sea que nunca iremos a ninguna parte mientras tu madre siga viva? ¿Es lo que estás tratando de decirme?

—No quiero decir eso, sólo que esperemos un poco, quizá...

—Edo, por favor, ¿esperar cuánto...?

Me mira, perdido pero consciente de que me debe una respuesta.

—¿O sea que Paola dormiría en su casa?

—No se moverá ni un milímetro. Estática como un menhir.

Suspira. Se da cuenta de que exagera, pero es incapaz de tomar una decisión que nos contente a las dos.

Por el simple hecho de que es imposible contentar a tu madre y a tu novia al mismo tiempo.

—Intentaré hablar con ella... a ver si se ve con ánimos...

—¡Edo! Te estoy proponiendo un fin de semana en un sitio precioso, que no podemos permitirnos y que tenemos la suerte de que nos regalen. ¿Será posible que no podamos ir a ningún sitio porque tu madre podría *simular* un colapso de un momento a otro?

Me arrepiento al instante de haberlo dicho.

—¿Simular?

—No quería decir eso, perdona... quería decir... nada, nada, perdona.

—Amor mío, es cuestión de poco tiempo. Cuando se recupere...

—¡Edo! ¿Quieres entender de una vez que nunca se va a recuperar porque no tiene intención de hacerlo?

—No seas tan negativa, está mejorando a ojos vistas, y siempre me pregunta por ti, le preocupa que estés sola y me dice que vuelva a casa.

—Qué mujer tan encantadora, apuesto a que cuando lo dice tose o se desmaya...

—Fra, por favor...

—Vale, ya paro. Total, era una batalla perdida desde el principio. ¿Qué? ¿Lo anulo todo?

—No, espera un momento. —Me coge por los hombros—. Deja que hable con ella.

Siento tanta rabia dentro que podría mover una pirámide. Y dudo entre el doble homicidio y el gesto impactante.

Pero, una vez más, trato de mantener la calma.

—Cuarenta y ocho horas, Edo, sólo son cuarenta y ocho horas. Podrá soportarlo.

—Sí. En realidad, ¿qué puede ocurrir en cuarenta y ocho horas?

—¿Está todo claro? —le digo a Paola mientras ordeno las cacerolas en la cocina de Silvana para que no me oiga.

—Fra, por favor, esa mujer está mejor que yo.

—Lo sé, pero no podemos decirlo, ¿entiendes? Está enferma, repite conmigo: en-fer-ma.

—Sí, es una enferma... mental. Entendido.

Pongo los ojos en blanco mientras Edo aparece en la puerta, un poco nervioso, pero aun así con toda su buena voluntad de colaborar.

—Normalmente quiere cenar a las siete y media —le explica—. Hazle un poco de sopa y pechuga de pollo. Después de cenar tiene que tomar los medicamentos para la presión y luego ve la televisión hasta las nueve. Si puedes, saca a *Polly*, sólo tienes que dar una vuelta a la manzana.

—Perfecto. Y sobre las dos la llevo al Plastic, ¿vale? Estamos en la lista —le dice dándole un codazo.

—Bueno, tenemos que irnos, o vamos a encontrar mucho tráfico en la carretera —intervengo antes de que Edo crea que Paola va a llevar a la vieja a la discoteca.

Aunque sería muy capaz.

Me asomo a la puerta de la habitación a despedirme de Silvana esperando que no se ponga nerviosa justo ahora.

—Adiós —le digo, e intento que mi sonrisa no resulte demasiado entusiasta.

—Dios —responde con un hilo de voz volviéndose hacia la ventana.

Abrazo a Paola, le susurro un «Dios te bendiga» al oído y empujo a Edoardo al otro lado de la puerta y luego hasta la calle. Por fin somos libres.

El día es frío pero despejado, perfecto para una excursión al lago de Como. Lástima que el coche de Edo siga siendo el de su padre, un viejo Alfa Romeo del 91 que se cae a trozos, con una puerta atascada, el retrovisor roto, varias abolladuras y sin calefacción.

No lo lleva al desguace por pereza, o porque sería un sacrilegio, o por ambas cosas, no sé, he dejado de preguntárselo.

Está en *standby*, como el resto de su vida.

De nuestras vidas.

Nos dirigimos a la autopista, hay poco tráfico y no deberíamos tardar más de una hora.

—¿Sabes el trayecto que debemos hacer? —me pregunta al cabo de diez minutos.

—¿Yo? Qué va, creía que lo habías mirado tú —le contesto con impaciencia.

—No me dio tiempo a imprimir el e-mail que me enviaste, creía que sabías el camino.

—Pues no, ni idea —replico, harta—. ¡No puedo hacerlo siempre todo!

—Claro que no, ya lo sé, pero creía...

No contesto y empiezo a buscar la dirección en mi teléfono; lo malo es que



no llevamos GPS y tenemos que conformarnos con una vieja guía del Automobile Club que debe de llevar cuarenta años en la guantera.

Estoy nerviosa y decepcionada.

¿No son las famosas «cosas de hombres»? Aparcamientos, mapas, carreteras, balones... ¿No son esas cosas que ellos hacen por instinto, al igual que nosotras ponemos la lavadora o el agua a hervir para la pasta y hablamos por teléfono?

Entonces... ¿por qué él no las hace? ¿No habría tenido que preparar él este fin de semana sorpresa? ¿No debería ser él quien me protege, me apoya y me hace sentir importante?

¿Por qué soy yo quien hace el papel de macho alfa?

Intento mantener la calma, no ser agria ni mala mientras por el rabillo del ojo veo su miedo, porque se da cuenta de que ahora estoy enfadada y quiere remediarlo, pero no sabe cómo.

—Lainate-Como-Chiasso —digo, lacónica.

—¿Qué? —contesta él, distraído.

—Coge la A9 dirección Como. Luego desde ahí llamaré al hotel.

Obedece y no decimos nada durante media hora. Ya no puedo disfrutar del panorama ni del hermoso día invernal, y se me pasan las ganas de contarle las novedades sobre mi madre y el misterioso Marcello.

—Lo siento, creía que te lo habrían explicado... —intenta de nuevo.

—Sí, ya me he dado cuenta... dejemos el tema —lo interrumpo, agotada—. Supongo que ya llegaremos.

Tardamos casi tres horas en llegar, después de perdernos y equivocarnos de camino no sé cuántas veces entre salidas perdidas, carreteras y callejuelas remotas.

—No te preocupes, pronto llegaremos y lo pasaremos bien —me dice sonriendo con ternura.

Y a mí me entran ganas de molerlo a palos.

Por fin llegamos a la verja de una villa decimonónica estupenda, con un jardín inmenso, lleno estatuas y fuentes, donde imagino al señor Darcy paseando del brazo con Elizabeth.

La fachada es una sucesión de ventanas con pequeñas columnas y un balcón central; la escalinata con doble acceso está cubierta de una hiedra muy verde, y a ambos lados hay enormes jarrones de piedra.

Bajo los árboles centenarios, algunos clientes del hotel conversan sentados

en hamacas, abrigados con mantas, y toman un aperitivo observando el lago somnoliento y plácido.

De repente, me siento mejor.

Como si la capa gris que me envuelve siempre se hubiera quedado al otro lado de la verja y existiera un mundo más allá de la neblina.

Edo me sigue en silencio, con una enorme sonrisa pintada en la cara.

Presiento que puede ser un fin de semana fantástico, que nos relajaremos y seremos capaces de hablar.

Incluso de hacer algo más. Quién sabe.

La amiga de Calamandrei, Betty, nos recibe con suma amabilidad y me dice cuánto le ha insistido él para que nos trate bien. Luego nos acompaña a la habitación, una suite con muebles de época, estores de color ocre y una cama con dosel enorme, que haría palidecer a María Antonieta.

En una mesa, una cesta con fruta, dulces y una botella de champán con una tarjeta. La abro y leo:

Bebed a mi salud.

L.C.

Sonrío y me vuelvo hacia Edo, que está sentado en la cama y me mira.

Me siento a su lado y le rozo la mano.

Su presencia constante me calma.

Es como si dijera: «Estoy aquí, ya lo sabes, no voy a irme a ninguna parte».

Pero al mismo tiempo hay algo desesperado y triste en todo esto, es como si sobreentendiera: «No voy a ninguna parte porque no tengo adónde ir», lo cual me hace sentir sola.

Hace años, muchos años, seguramente ya nos habríamos metido en la bañera llena de espuma a beber champán y reírnos.

Ahora ninguno de los dos hace el más mínimo gesto para estimular al otro, como si hubiera una pereza de fondo, una no-necesidad.

Llevamos juntos siglos, nos conocemos demasiado, cuando vamos al lavabo dejamos la puerta abierta y le pedimos al otro que nos lance el papel higiénico si se ha terminado.

Y luego una se pregunta por qué disminuye el deseo...

Quizá porque el cuerpo lo comprende todo mucho antes que la mente, y te

lo transmite convirtiendo algo tan natural como el sexo en un esfuerzo de voluntad.

—¿Vamos a ver el lago? —le pregunto anticipándome a él.

Me sonrío con dulzura, me acaricia la mejilla y bajamos juntos a pasear por la orilla.

Hay una calma casi irreal, un silencio interrumpido solamente por el graznido de los patos, el viento suave apenas encrespa el agua inmóvil.

Un ambiente que me empujaría al suicidio a las dos semanas.

Nos sentamos en un banco y miramos a lo lejos. Edo me pone el brazo en el hombro y me abraza. Nos quedamos un rato así, sin decir nada.

Yo me había preparado el típico «superdiscurso» para decirle, como siempre, que hay algo que no funciona en nuestra relación, algo que no funciona en él, algo que no funciona en mí, que ya no estoy segura de nada, que no quiero ni pensar que los próximos diez años van a ser así, planos e inmóviles como este maldito lago, pero, de repente, siento una nostalgia profunda e inexplicable, como si me poseyera el fantasma de alguna desgraciada que se tiró al agua por amor, cuyo espíritu sin paz sigue merodeando por estos lugares.

Me imagino sola en este banco, con Edo fuera de mi vida, sin sus ojos y su sonrisa velando por mí, empezando de cero, con la sensación de vacío que vuelva a hacerme compañía, y siento una mezcla de vértigo y miedo.

No tiene nada que ver con el amor, sino con el síndrome de abandono que nunca he superado, que sólo he tapado con capas de falsa seguridad.

Como una niña que se pone los zapatos de mamá para sentirse adulta.

He crecido intelectualmente, pero no emotivamente.

Emotivamente tengo cinco años y medio y me da miedo que me olviden en un supermercado desierto. Volverme y no ver a nadie, echar a correr desesperadamente por las distintas secciones, buscando a mi padre y a mi madre, bajo unos fluorescentes que dan una luz intermitente y se van apagando uno tras otro hasta que la oscuridad se apodera de mí.

—¿Tienes frío? —me pregunta Edo—. Estás temblando.

—Sí, es mejor que entremos —le digo ciñéndome el jersey—. Se está yendo el sol y empiezo a tener hambre. A ver si nos recomiendan un buen restaurante.

Cenamos en un mesón que nos sugiere Betty. No está muy lejos, así a la vuelta no nos perderemos ni tendremos que dormir en el coche.

Comemos de maravilla y en cantidad, algo que siempre se nos ha dado bien.

Quizá porque al comer evitamos afrontar cuestiones mucho más serias, el vino nos ayuda a relajarnos y la velada transcurre de manera agradable.

Si al menos fuera más decidido, pienso sin dejar de observarlo a través de la luz trémula de la vela mientras me habla de la última ocurrencia de su jefe.

Sigue siendo guapo, con su nariz pequeña, los ojos oscuros y su pelo abundante, y podría ser increíblemente sexy si fuera menos bueno y menos previsible.

Cuando alguien te resulta previsible, pierdes por completo el interés y al mismo tiempo lo condenas a ser siempre como crees que es.

Por eso (quizá entre otras cosas) mi madre debió de enamorarse de Marcello.

Lo cierto es que si no lo intento siquiera, si no me desbloqueo, si no dejo de ser una especie de maestrilla como dice todo el mundo...

Pero ¿cómo? Ya no recuerdo cómo se hace.

Nunca se me dio bien tomar la iniciativa, menos aún en estos temas.

Además, ¿no debería intentarlo él? ¿No debería tratar de seducirme de alguna manera? ¿De hacerme sentir irresistible y atractiva?

También es verdad que el último sujetador decente me lo compré hace cinco años... ¡en Tezenis!

—¿Pedimos postre? —me pregunta Edo distrayéndome de mis pensamientos.

—Sí, claro.

—Hay un *fondant* de chocolate con guindilla —dice estudiando la carta.

—Me parece perfecto.

Leo una invitación a algo más una vez que subamos a la habitación.

Y decido seguirle el juego.

Nos lo sirven con una montaña de nata montada y una espectacular *grappa* de almendras que ayuda a subir un poco la temperatura. Pero al entrar en el coche, sin calefacción y menos cinco grados fuera, me sube esa rabia ciega tan habitual y me entran ganas de pegarle.

—Edo, ¿por qué no echas al desguace esta reliquia? —protesto, y me echo inútilmente el aliento en las manos heladas.

—Cariño, para lo poco que usamos el coche, está más que bien —responde en tono amable.

—No «está más que bien», Edo —replico en un tono nada amable—. Lo normal es tener un coche decente o alquilar uno cuando se necesita. Seguro que puedes dejar de pagar el impuesto de circulación... ¡esto ya es un coche de época!

—Vale, un día de éstos lo llevo al desguace.

—¿Qué día?

—No sé, tarde o temprano.

Esa forma suya de posponer los temas, como si la vida fuera infinita, me pone negra.

—¡Por supuesto, Edo, tienes razón! ¿De qué sirve actuar? ¿Activarse? ¿Mejorar? ¿Crecer? ¿Buscar nuestro camino o algo que nos haga no digo felices, pero al menos sentirnos más satisfechos?

—No entiendo qué tiene que ver todo esto con el coche —objeta, sorprendido.

—El coche es un ejemplo, es la metáfora de tu vida. Tú... tú no haces nunca nada para cambiar un mínimo tu situación y esperas que la realidad te ponga contra las cuerdas.

—Venga, Tuz —me dice con ternura—, estábamos muy a gusto, no nos peleemos ahora por esto.

No hay nada peor que decirle a una mujer enfadada que no se enfade; es el equivalente a echarle gasolina al fuego.

Aunque me sienta horrible, la mecha ya está encendida y peligrosamente cerca de la pólvora de disparo.

—Pues mira, yo quiero discutir. ¿No ves que es imposible evitar los conflictos?

—Yo no evito los conflictos, simplemente creo que enfadarse no soluciona nada.

—Tú subestimas el poder terapéutico de un cabreo monumental. Tú siempre estás tranquilo y sereno, nada te afecta.

—No es cierto, hay muchas cosas que me molestan...

—¿Por ejemplo qué? Dime una, venga.

—Ahora, así, de pronto, no sé... bueno, por ejemplo, en el metro, no soporto a los que tocan un instrumento muy fuerte, porque no me dejan leer.

—¡Ooooooh! —exclamo levantando las manos—. ¡Cuidado! A Edoardo le molestan los que tocan música en el metro porque lo distraen. Me inclino ante ti, nada que objetar.

—Me molestan los maleducados, los que tratan mal a los ancianos, los que siempre llevan el móvil en la mano...

—Esa gente molesta a todas las personas honestas y civilizadas, no me refería a eso —prosigo, dispuesta a ahorcarme con el cinturón de seguridad —. Me refería a cosas que te hieren en lo más profundo, que te remueven por dentro. ¿Vas a decirme que no hay nada de mí que te moleste?

Se ríe.

—No hay nada en ti que me moleste, tú eres mi amor.

No me lo puedo creer.

Es un alienígena.

—¡Edo, es imposible! Hay doce mil cosas en ti que me molestan, y llevo años diciéndote cuáles son. En primer lugar, esa manía tuya de considerarme la Virgen por muchos defectos que yo tenga. O sea que es imposible que no haya algo en mí que no funcione.

—Ahora que lo dices... hay una cosa que me molesta.

—Dispara.

—Cuando dejas el hilo dental usado en la repisa del cuarto de baño.

—¿Y ya está?

—¡Y ya está!

—No hay nada más de lo que digo o hago que no apruebes —repito, escéptica.

—Exacto —admite, risueño.

No insisto. Me ha vuelto a desarmar.

¿Qué hacer con alguien como él?

Subimos a la habitación, nos desnudamos cada uno por su cuenta, nos ponemos el pijama y luego voy al baño (y tiro el hilo dental después de usarlo). Cuando salgo, él ya se ha metido en la cama y me está mirando.

Me mira como si yo fuera lo más bonito que hay, aunque no sea cierto, aunque yo sea un desastre y esté enfadada con él.

Y eso no me excita en absoluto.

Porque no te puede excitar alguien que siempre hace lo que le pides... al final es como estar contigo misma.

Yo también me meto en la cama y trato de recordar cuándo dejamos de hacer el amor y cuál fue la última vez y por qué, y juro que no me acuerdo.

Sencillamente, dejamos de hacerlo porque ya no era importante. Desde siempre, nuestros papeles han estado intercambiados, por eso ahora yo hago

de marido tocapelotas y él de ama de casa desesperada.

Y mentiría si dijera que en ese momento me muero de ganas de saltar encima de él.

O sea que apago la luz de la mesilla y me preparo para mi enésima noche en blanco, a pesar del colchón perfecto y las almohadas mullidas.

A los diez minutos, nuestros móviles suenan a la vez.

—Dime, Paola.

—Dime, mamá.

Contestamos al unísono, sentándonos en la cama.

—¿Cómo que te ha encerrado fuera de casa?

—¿Cómo que se ha ido y te ha dejado sola?

A la media hora estamos en el coche, de vuelta a casa.

No decimos una palabra en todo el camino.

Al llegar debajo de la casa de su madre, veo a Paola con los pelos de punta. Viene hacia mí a grandes zancadas tirando de la correa de la pobre *Polly*.

—¡Menuda arpía! —empieza mientras Edoardo está aparcando la cafetera—. Le he dicho que iba a sacar a la perra y que llamaría para que me abriese, pero no me ha abierto. Llevo aquí casi tres horas y estoy muerta de frío.

—¿Por qué no has vuelto a tu casa?

—¿Con qué autobús? —me dice pasándome a la perra.

—Haber cogido un taxi, yo te lo habría pagado después.

—¿Con qué dinero? Me ha ganado los últimos veinte euros a la brisca.

—¿Brisca? —repito, incrédula.

—Sí, y también se ha bebido medio litro de vino. Nunca había visto una moribunda tan en forma.

Instintivamente, miro hacia arriba, como si una presencia oscura me estuviera observando, y la veo asomada a la ventana. Me hace un gesto con la mano y me dedica una sonrisa que no tiene nada que ver con la de su hijo, sino con la mueca de una bruja.

E inevitablemente siento un escalofrío.

## 20

—Deja de reírte, Calamandrei, no tiene gracia.

—Sí la tiene. —Se seca una lágrima entre un golpe de tos y otro—. Me muero de risa... O sea que os fuisteis en plena noche y no hicisteis nada.

—Te he contado la historia tres veces. ¿Hay algo que no te haya quedado claro? —replico con la mejilla apoyada en la mano, tamborileando los dedos, mientras espero a que acabe de desternillarse.

—Es increíble, Fra, qué desgraciada eres.

—Gracias, siempre va bien que la animen a una.

—No, lo digo en serio, estás rodeada de gente absurda. Hice bien en elegirte como protagonista de mi libro, eres una fuente de sorpresas constante, no necesito inventar nada.

—Hablando del libro, ¿sabes que se acerca la fecha de entrega, no? Sólo falta un mes. Tienes que acabarlo pronto, o las cosas se torcerán. Escribe de noche, dópate con anfetaminas, búscate un negro, lo que quieras... pero entrégalo lo antes posible. Bigazzi no me deja en paz. Yo le he hecho creer que lo tenemos todo bajo control y que casi hemos terminado, pero ahora empiezo a dudar de que lo consigas y, por decirlo con un galicismo, nos vamos a la mierda por momentos.

—¿Dudas de mí? —me pregunta, casi indignado.

—Dudo de ti.

Achica los ojos imperceptiblemente y se pasa la mano por el pelo un par de veces.

—Hablando de galicismos... si te vienes a París conmigo este fin de semana, lo termino en diez días.

—¡No!

—Han organizado una fiesta en mi honor en el Centre Culturel Italien y tengo que ir a la fuerza. Por favor, ven conmigo.

—He dicho que no. Y no corras a decírselo a Bigazzi, porque esta vez no voy a ceder, lo digo en serio.

—¿Es definitivo?

—Lo es.



—No sabes lo que te pierdes.

—Puedo imaginarlo. ¡Venga, a trabajar!

Más tarde, Ilaria entra a informarnos de todas las iniciativas del gabinete de prensa relacionadas con el lanzamiento del libro, algo que solía hacer Paola. Y lo siento muchísimo por ella, porque no se merece que la dejen de lado así.

Ilaria trabaja bien, es buena y sensible (es la primera en lamentar la situación que se ha creado), pero Paola tiene algo especial, la cabezonería y la obstinación típica de alguien que se pasa el día convenciendo a toda la prensa de que *ese* libro es el mejor del mundo cuando nadie lo ha leído ni lo leerá nunca.

—¿Te vienes conmigo a París? —le pregunta Calamandrei mientras sale, dirigiéndome una mirada asesina.

—No, gracias —le contesta ella cerrando la puerta tras de sí.

—Vaya, tu atractivo empieza a declinar —le digo, irónica.

—Antes esto no habría pasado. ¿Crees que me hago viejo?

—Es bastante probable.

Suspira y se pone pensativo. Una modalidad en la que lo he visto en contadas ocasiones.

—Anda, no te enfurruñes por tan poca cosa. Encontraremos a alguien que vaya a París contigo.

—No es eso, habría cola si yo quisiera —replica con su acritud habitual—. Es que a veces no te entiendo. ¿Qué quieres *realmente*?

—Tú crees que lo sabes todo de las mujeres. —Lo miro a los ojos con intensidad—. Pues ahora voy a decirte lo que queremos realmente: poder confiar.

Por la tarde, al salir, ando un trecho con Paola, que necesita desahogarse.

— ... hoy me ha pedido mil cosas, y yo como una tonta dándole consejos y sugerencias sobre cuándo y a quiénes es mejor llamar y sobre las mejores estrategias, aunque ahora mismo mi cargo aquí es algo impreciso, una especie de «colaboradora» que ella toma más bien por «criada».

—¿Has hablado con Bigazzi?

—Sí, pero no quiere problemas y delega por completo en Annamaria. Delante del jefe, ella es tan solícita como mi madre, pero al salir vuelve a ser tan cabrona como siempre.

—Annamaria debe de ser la verdadera hija de mi suegra, no Edoardo — digo pensando en la imagen espectral de la ventana—. Tengo que encontrar la forma de hacerle una prueba de ADN. ¿Puedes robarle la taza del café?

Me río y la cojo del brazo.

— ... y además es una pelota —prosigue sin haberme escuchado ni un segundo—. Va repartiendo sonrisitas a diestro y siniestro, todos la adoran, pero no es lo que parece... no sé por qué eres tan amiga de ella —me reprocha dándome un pellizco en la cadera.

—¡Ay! —me defiende masajeándome—. ¿Que yo soy amiga de Annamaria? Pero ¿qué dices? Hay veces que ni siquiera la saludo.

—No estoy hablando de Annamaria, sino de Ilaria.

—¿Qué pasa con Ilaria? —le pregunto, perpleja.

—Desde que entró ha hecho una buena escalada, ¿no te das cuenta?

—Lo dices porque ocupa tu puesto. Es normal, yo en ese caso también la odiaría.

—No es eso, aunque sería suficiente para desearle la muerte. —Se para delante de mí—. La he estado observando atentamente: de simple niñera de la Spagnulo ha ascendido meteóricamente y ahora se casa con Alessandro. ¿No te parece sospechoso?

—Eso significa que se lo merece —replico sin ninguna intención de apoyarla en esta nueva fijación suya—. En cuanto a lo de Alessandro, la verdad es que me alegro por él. ¿O preferirías que siguiera torturándose por culpa de la Mosquita Muerta?

—Empezó a salir con Alessandro para separarlo de nosotras, ¿no lo ves? — Me señala con los dos índices—. Él era nuestro amigo inseparable, y ahora ella ha logrado hacerme el vacío.

—Te estás pasando. Ahora no me digas que crees en la conspiración de las estelas químicas.

—Hazme caso y piénsalo bien —insiste, picada.

—Si quieres, yo hablaré con Bigazzi.

—¡Me importa un pito que hables con Bigazzi! Te aseguro que Ilaria es una víbora, y te equivocas tratándola como una amiga.

—No la trato como una *amiga*, Paola, sólo es una compañera.

—Haz lo que quieras, pero luego no digas que no estás avisada.

Y corre a coger el autobús.

No llego a final de mes, y esto es poco pero seguro.

Edoardo no está en casa. Encuentro una nota suya en la que me dice que está (otra vez) en casa de su madre.

Suspiro y pienso automáticamente en Marcello. Yo también me estoy enamorando perdidamente de él.

Lo imagino con el aspecto de un español tenebroso, con los ojos oscuros y unos rizos rebeldes, pasional y loco, cantándome desgarradoras canciones gitanas y susurrándome al oído poemas de García Lorca, bailando en la playa a la luz de la luna mientras me promete amor y pasión eternos.

Soy tonta, eso está claro.

Tengo que averiguar quién es Marcello.

Cojo el libro y lo hojeo página por página. Al final reparo en un adhesivo, muy gastado, de la librería donde lo compraron hace quince años.

La busco en Internet, pero ya no existe.

Como soy igual de resuelta y testaruda que el comisario de Rapisardi, recuerdo perfectamente quién era la librera, hago unas llamadas y consigo localizarla.

—Señora Repetti, cuánto tiempo... perdone que la llame a esta hora, pero es una emergencia.

La señora Repetti se muestra extremadamente receptiva. Desde que se jubiló, se muere de ganas de hablar de libros y autores, aunque yo, por una vez en la vida, necesito hablar de clientes.

—¿Se acuerda de un señor que se llamaba Marcello?

—Mmm... Marcello... me suena... ¿no sabe el apellido?

—Co... no sé qué más. Es la única pista que tengo y quizá no sea exacta.

—¡Costantini! Claro que sí, Marcello Costantini. Me acuerdo perfectamente de él. Venía mucho y compraba un montón de libros. Me decía que eran para una persona especial y quería que le diera buenos consejos para quedar bien. Además, siempre me pedía que se los envolviera en papel azul.

Me entran ganas de llorar.

De llorar por esta historia desventurada, que no sólo no tuvo un final feliz, sino que tuvo el final más horrible de todos.

—¿Por casualidad recuerda usted su dirección?

—No, lo siento. Vivía en Sesto San Giovanni, de eso me acuerdo porque mi hermano también vivía allí. Luego dejó de venir... Han pasado muchos años, no sé...

Le doy las gracias de corazón, anoto las escasas pistas que tengo y luego

llamo a Edo.

—Edo, ¿otra vez ahí?

—Sí. No se sintió a gusto con Paola y quería que volviera con ella.

—¿No se sintió *a gusto* con Paola? ¡Hasta le ganó veinte euros a la brisca!

—Imposible, mi madre odia las cartas.

Aprieto el auricular con las dos manos, como si fuera su cuello.

—¿Y qué piensas hacer de ahora en adelante? ¿Busco una compañera de piso para compartir gastos?

—No, escúchame, será poco tiempo...

—Hace días ya dijiste que sería poco tiempo, pero has vuelto a empezar. Tengo que pedirte que elijas, Edo: o ella o yo.

Me daría de bofetadas por haber dicho semejante gilipollez.

—¿Cómo voy a elegir, Tuz? Ella es mi madre y tú eres tú. No puedo elegir.

—Muy bien. Entonces elijo yo.

Cuelgo, furibunda. Me tiemblan las manos.

Después llamo.

—Calamandrei, ¿cuándo nos vamos a París?

A los cuatro días, lo estoy esperando en el aeropuerto de Malpensa, en la cola de facturación. Llega tarde, para variar.

Edoardo se alegra de que me vaya.

—Al menos así te relajas un poco, ya que conmigo no lo consigues —me ha dicho con una sonrisa triste.

Y, como siempre, me he sentido fatal.

Ni siquiera le molesta que me vaya a París con un mujeriego empedernido.

Esto no es confianza, es locura total.

Si al menos se hubiera puesto un poco celoso y me hubiese dicho: «No, a París irás conmigo». Pero nada, me ha dejado marchar.

Todas tenemos la idea naíf del hombre que, si te vas, irá a buscarte a la otra punta del mundo, pero luego, en la realidad, él se queda ahí, en el umbral, mirando cómo te vas, muriéndose por dentro pero sin valor para tenderte una mano y decirte «quieta».

Porque tú te quedarías.

Por fin Calamandrei llega corriendo y hace un gesto que significa: «Me ha

pasado de todo». Evito que me cuente a qué hora se acostó y con quién, porque sé que me lo contaría.

Viajo por primera vez en preferente y la verdad es que podría acostumbrarme a esto. Calamandrei se duerme en cuanto despegamos y yo aprovecho para echarle un vistazo a la guía de París.

La última vez fui con mis padres.

Sólo recuerdo que me comí una crep de Nutella enorme y me entró un dolor de barriga tan grande que nunca más en la vida he podido comerme una.

Y también un paseo en *bateau-mouche* mientras mi padre nos hacía fotos, un día de finales de octubre, melancólico y silencioso.

Miro por la ventanilla las nubes bajas y trato de buscar caras de actores muertos, pero sólo veo conejos y leones. Al final cierro los ojos y me pregunto si no estoy intentando barajar las cartas al azar, esperando una señal de alguien.

Pero nunca he creído en los horóscopos ni en los milagros.

Una azafata viene a despertar a Calamandrei, porque vamos a aterrizar. Está medio dormido, pero no pierde ocasión y coquetea con ella diciéndole en un francés macarrónico que tiene unos ojos preciosos.

—Eres incorregible —le digo riendo.

—*Noblesse oblige* —replica apartándose el mechón de la frente.

Llegamos en taxi a un hotel de la zona de la Bastilla. Llueve y el cielo es de un color plúmbeo. Calamandrei me mete prisa porque quiere ir enseguida a comprar su perfume favorito a una tienda minúscula, cerca de Saint-Germain-des-Prés, donde se lo crean personalizado, e insiste para que yo pida otro.

—No soy de perfumes.

—Pues deberías. ¿Qué usas, Sanex? ¿O talco Roberts?

Me sonrojo como si me hubiera preguntado si llevo bragas.

—Eres lo contrario a la feminidad —me dice negando con la cabeza. Y le hace un gesto a la dependienta para que me atienda.

Me pierdo en un sinfín de fragancias increíbles, de las cítricas y empolvadas a las especiadas, hasta que opto por algo decididamente floral, con una base de jazmín, musgo blanco y pimienta negra. Calamandrei lo aprueba de inmediato y saca la Visa.

Al salir, tomamos un aperitivo en Les Éditeurs. Pide un kir royal para mí y un pastis para él. Nos dedicamos a observar por la ventana a la gente que

pasa, como dos viejos amigos.

—Te imagino viviendo aquí —le digo mirando cómo cae la lluvia—. Serías el prototipo del escritor maldito, el cliché.

—Si viviera aquí, moriría de cirrosis hepática en dos meses. —Se mete en la boca un puñado de avellanas—. Además, hay demasiadas mujeres, no escribiría nada.

Levanto la copa para brindar por la sinceridad.

—Podrías convertirte en pintor, o en fotógrafo. Tendrías que ir pensando en un plan B por si se seca tu vena creativa.

—Quizá debería hacerlo, sí. ¿Y tú? ¿Cuál es tu plan B?

—No lo sé. —Me rasco la barbilla—. En realidad, no tengo ningún plan B... más bien tengo un sueño: una librería-agencia literaria. Pero no sabría ni por dónde empezar, no es más que un sueño. Lo que está claro es que cualquier proyecto alternativo tendría que ser algo relacionado con los libros. Es lo que más amo en este mundo.

—¿Más que a Edo?

—¿Qué pinta Edo en todo esto?

—Yo creo que no amas a nadie como a tu trabajo, ni siquiera a Edoardo —responde, tan sabiendo como siempre—. Te da tanto miedo sentir emociones fuertes que te entierras entre papelotes para no tener que vivir de verdad.

—Te recuerdo que entre esos «papelotes», como tú los llamas, está tu libro —puntualizo, sarcástica—. Además de un pequeño detalle sin importancia: si no trabajo, no puedo pagar el alquiler. Y, por increíble que parezca, me lo exigen cada mes.

—¿Lo ves? Siempre estás a la defensiva. Eso significa que tengo razón.

—Siempre tienes razón, Calamandrei.

—Anda, vamos.

Se levanta rápidamente y deja veinte euros en la mesa.

Lo sigo fuera del bar sin tener tiempo de ponerme el abrigo. Cogemos un taxi para ir al barrio del Marais, donde es *imprescindible* que vayamos a comer ostras a un sitio especial que sólo conoce él.

—No me gustan las ostras —protesto torciendo la nariz mientras le echo limón al molusco viscoso.

—Claro que te gustan —me ignora mientras aliña la suya—. Tú *crees* que

no te gustan, como el resto de cosas de las que prescindes, por ejemplo, el sexo, pero en el fondo te gusta —comenta plácidamente mientras engulle la tercera ostra y se limpia los labios con el dorso de la mano.

—Eres un animal —le digo, entre molesta y divertida.

—Lo sé, me lo dicen muchas veces, pero nunca en sentido negativo — responde guiñándome un ojo.

Me río de nuevo y me trago la ostra de un tirón.

—Bueno, ¿qué tal?

Hago una mueca y lo pienso un instante.

—No está tan mal.

—¿Has visto?

Le pide al camarero que nos sirva dos copas más de champán.

—Si sigo bebiendo tanto, no llegaré a la noche.

—El secreto es beber poco, pero constantemente. Así siempre tienes la cabeza un poco ligera, pero nunca estás mal. Es una técnica.

—¿Cómo he podido vivir treinta y seis años sin tus valiosas perlas de sabiduría?

—Yo también me lo pregunto. —Apura la copa de un trago y se levanta—. Vamos, ahora tenemos que ocuparnos de tu vestuario.

—¿Vestuario? ¿Qué vestuario? ¿Estás loco? —pregunto, aterrorizada—. ¿Qué es esto, un *remake* de *Pretty Woman*? No me interesa, lo que he traído está perfecto.

No se digna mirarme y sale a parar otro taxi, esta vez en dirección a las galerías Lafayette.

Intento disuadirlo, pero es imposible.

Me siento muy incómoda, es algo que no aceptaría nunca, ni siquiera de Edoardo. Al final, se ve obligado a sacarme del taxi, porque yo me niego a bajar.

Odio ir de compras, odio gastar dinero en ropa y, lo peor de todo, odio mirarme al espejo.

Y las tres cosas juntas, en presencia de Calamandrei, son mi idea exacta del infierno.

—Empecemos por algo fácil —me dice andando rápido entre los infinitos mostradores de la planta baja—. Por ejemplo, un bolso.

Coge varios modelos de asa corta, me pide que los sostenga yo y opta por un modelo Kelly de piel.

—Éste me parece perfecto —decide—. Es elegante, pero tiene carácter y no grita «mercadillo» como todo lo que llevas.

Ignoro el comentario y lo sigo a la sección de zapatería.

—¡Éste es mi reino! —exclama dirigiéndose hacia los modelos de tacones vertiginosos—. Para que lo sepas, los hombres adoran los zapatos de tacón; a mí personalmente me vuelven loco, o sea que confía en mi gusto al cien por cien.

Me da un par tan alto que tiene que sujetarme para que no me caiga.

Me miro al espejo y sólo puedo decir que son preciosos, aunque los lleve con un pantalón y una rebeca gris.

—Espera, voy a buscarte un vestido decente, así das pena.

Finjo otra vez que no lo he oído y espero a que vuelva con un vestido negro largo, que sólo tiene una manga y una abertura lateral que le quedaría bien a Halle Berry en la gala de los Oscar.

—Es demasiado elegante, no sabría cuándo ponérmelo. Además, ¡es carísimo!

—Te lo pones esta noche, y el precio no es tu problema.

—Leonardo, no es para mí, en serio.

—¡Pruébatelo!

—¡No es para mí!

—Anda. —Me empuja hacia el probador—. Ya sé que llevas calcetines debajo... no lo quiero ni pensar. ¡Brrrr!

Me desnudo a regañadientes y me pongo el vestido largo.

Realmente es un sueño, casi no me reconozco.

Me asomo por la cortina para enseñarle cómo me queda, ando muy torpe y tropiezo con la abertura mientras intento esconder los calcetines.

—Bien, ahora podemos empezar a hablar en serio —me dice, complacido—. Date la vuelta.

Giro sobre mí misma.

—Te queda muy bien, pero... ¡Oh! ¿Qué es eso? —pregunta señalándome, horrorizado.

—¿El qué?

—Esas protuberancias de ahí delante, si parecen tetas... ¡¡¡TIENES TETAS!!!

—Calla, idiota —río, y me tapo.

—Necesitas un conjunto de lencería como es debido.



—Eso no, no, Calamandrei.

—¿Quieres sorprender a ese pobre hombre con el que estás o no?

Corre a llamar a una dependienta y dibuja con las manos dos pelotas de golf, creo que para referirse a mi talla.

Vuelve a los pocos minutos con varios sujetadores de encaje negro y de color champán, con tangas a juego.

—Ah no, el tanga no es para mí.

—Claro que sí. Si conozco bien a las mujeres, dentro de un mes irás a un sex shop a por un látigo.

Vamos a la caja con tres pares de zapatos, dos bolsos, dos faldas, una camiseta ajustadísima con un escote imposible, el vestido largo, una pashmina, tres conjuntos de lencería y varios pares de medias.

—Esto también —dice, y le da a la cajera una barra de labios roja. Luego me dice al oído—: No salgas nunca sin ella.

—Calamandrei, no te enamores de mí, porque no quiero romperte el corazón.

—Yo no tengo corazón —me responde, como si no fuese algo obvio.

—Es verdad, qué tonta soy.

Pero sabe lo que se hace.

Volvemos al hotel a arreglarnos para la fiesta.

Llamo a Edoardo para saludarlo y porque me siento un poco culpable de que él esté en casa mientras yo compro desenfrenadamente con el autor más puntero de la editorial.

—Hola, *Escargot* —contesta haciéndome sonreír.

—¿Cómo va todo por allí?

—Bien. He hecho la compra, ahora pondré la lavadora y luego vuelvo a casa de mi madre. ¿Te estás divirtiendo?

—Sí, bastante. Calamandrei está tan loco como siempre y París es muy bonito.

—Lo imagino —dice con una pizca de amargura, pero enseguida se corrige—. Te merecías desconectar un poco.

—Sí.

Me pregunto qué haría yo si él estuviera dando vueltas por París con una mujer guapa mientras yo cuido de mi madre.

Probablemente aprendería a usar un kalashnikov.

Me doy una ducha larga aprovechando todos los lujos de mi habitación de

cinco estrellas y elijo lo que voy a ponerme entre todo lo que hemos comprado juntos: lencería, medias, zapatos, vestido largo y perfume.

Y, claro está, la barra de labios roja.

Esta vez no me importa mirarme un poco más al espejo.

A las siete, Calamandrei llama a mi puerta.

Abro y, en cuanto me ve, silba para aprobar mi aspecto.

—*Oh là là!* Ahora podemos empezar a hablar en serio.

Me ofrece el brazo con un «Madame» y entramos en el ascensor como una pareja de celebridades. La gente que está en el *foyer* nos observa con curiosidad.

Calamandrei, con su traje de Hugo Boss y su cabello entrecano despeinado, causa admiración. Incluso la glacial recepcionista aparta los ojos del ordenador un par de veces.

En el Centre Culturel Italien nos reciben con todos los honores. La velada entera está dedicada a él. La sala está repleta de italianos que viven aquí y se mueren de ganas de conocerlo.

Me gustaría que lo conocieran de verdad...

Lo presentan como si fuera el inventor de la vacuna contra la malaria. El público guarda un silencio religioso mientras él habla durante una hora de sus libros, sus personajes y de todo lo que se le pasa por la cabeza... me recuerda a un predicador.

Juro que si conseguimos el milagro de ganar el Premio Strega empezaré a creer en los ovnis, en Papá Noel y en las estelas químicas.

Tras los aplausos torrenciales, una cola increíble para firmar autógrafos y otra más larga para las fotografías, por fin lo dejan libre.

—Ellos han organizado una cena —me anuncia—, pero les he dicho que tengo un compromiso y que no puedo cancelarlo, o sea que somos libres.

—Bien. ¿Y cuál es el plan?

—Te llevo a cenar...

—... al mejor restaurante de París —termino su frase.

El taxista para en la calle Rivoli, delante de Le Meurice, el restaurante de Alain Ducasse que, según me informa Calamandrei, tiene tres estrellas Michelin.

Trago saliva disimuladamente mientras él da la vuelta por delante del coche para abrirme la puerta y ayudarme a bajar.

—¿El lunes en el despacho también me tratarás así?

—Ni lo sueñes, querida —ríe, sádico—. Cuando den las doce de la noche, volverás a la cocina a lavar los platos.

Entramos en una sala fastuosa, decorada en estilo imperio, con grandes lámparas colgadas de los techos pintados al fresco, ventanas enormes, pinturas, estucos y mesas con manteles immaculados, dispuestas de forma impecable.

En mi carta no hay precios, pero espío la suya y veo que las verduras variadas cuestan ochenta euros.

Calamandrei no se preocupa lo más mínimo y pide enseguida champán y dos menús que, si no me equivoco, salen a unos trescientos euros por persona, a base de animales en vías de extinción de los que sólo queda un ejemplar en el mundo.

Me llena la copa hasta el borde y alza la suya para hacer un brindis, que suena como un título de autoayuda de Ediciones Bigazzi:

—¡Por tu renacimiento!

Sonrío y correspondo al brindis agradeciéndole su generosidad, cosa que acepta encogiéndose de hombros, casi como si le molestara.

—El dinero está para gastarlo. Si no, ¿de qué sirve?

La cena es indescriptible, todos los sabores son delicados, equilibrados y exquisitos, aunque no tengo ni idea de lo que me estoy llevando a la boca.

—Después nos vamos a comer unos falafel increíbles al mejor libanés de París —me dice con la boca llena—. Siempre salgo de aquí con hambre.

Sonrío y por primera vez me sorprendo pensando que, cuando todo haya terminado, lo voy a echar un poco de menos.

Es un tren en marcha, no es de fiar, es inconstante, pero sabe vivir la vida y no va muy desencaminado al brindar por mi renacimiento.

No importa en qué consista.

Voy al lavabo para no ver cómo paga la cuenta, que equivale a la mitad de mi sueldo, y cogemos un taxi en dirección al «mejor libanés de París», donde nos comemos un enorme kebab de pie en la acera. Luego vamos a la calle Lappe a beber el mejor tequila, etcétera, etcétera.

—Ahora voy a enseñarte un juego, y te aseguro que jugarás el resto de tu vida —me dice sirviéndome un generoso vaso de tequila oscuro. Estamos sentados en un bar mexicano de lo más ruidoso—. Cada vez que uno de los dos diga la palabra «agua», tiene que tomarse un chupito.

—Qué juego tan tonto. ¿Y por qué voy a decir «agua»?

—¿Lo ves? ¡Uno para ti! —dice haciéndole una señal al camarero.

—No vale, aún estaba aprendiendo las reglas.

El camarero nos trae un chupito de tequila y Calamandrei me anima a beberlo de un trago.

Estoy tan borracha que no tengo fuerzas ni para polemizar, de modo que le sigo la corriente.

—Vale, ahora juguemos a las adivinanzas. —Golpeo la mesa con las manos—. Tú piensa un escritor que te guste y yo tengo que adivinar quién es.

—Vale, empecemos... ¡ya lo he pensado!

—¿Es un escritor vivo?

—Sí.

—¿Hombre?

—Sí.

—¿Norteamericano?

—Sí.

—John Irving —disparo, segurísima de que no es él.

—¡No! ¡Agua, agua!

—Te he pillado —me río y le pido otro chupito al camarero.

Me mira como si le acabara de pinchar un globo en la cara.

—¿No te interesa saber qué escritor es?

—Seguro que has pensado en Philip Roth, *Pastoral americana*: el único libro que debes de haber leído en tu vida.

Me mira con odio y se cruza de brazos.

—Por favor, no se lo digas a nadie.

—No te preocupes, guardo secretos mucho peores.

Al beber se le derrama un poco de tequila en la chaqueta.

—¡Noooo! El traje nuevo, ahora quedará la mancha.

—Échale un poco de agua con gas.

—¡JAJAJAJAJA! ¡Otra ronda!

Bebemos de un trago.

—¿Cuál es tu signo astrológico? —le pregunto con la garganta en llamas.

—Piscis.

—Un signo de tierra.

—No, de agua.

—¡*Garçon! ¡Un autre, s'il vous plaît!* —le grito al camarero.

—Menuda suerte tienes —me dice, abatido.

—No es suerte, es Wikipedia —respondo frotándome las manos.

Seguimos así media hora más, hasta que estamos borrachos perdidos y nos reímos de todo lo que se nos pasa por la cabeza.

Salimos del bar y nos dirigimos al metro tambaleándonos.

—Ven, tenemos que ir a un sitio —me dice. Me coge de la mano y echa a correr a pesar de mis tacones.

Parezco una muñeca de trapo en un estado de confusión total, pero me río como ya no recordaba que sabía hacerlo.

Entramos en la parada de Bastilla, compramos los billetes y bajamos al andén.

—¿Dónde quieres ir ahora? —lloriqueo masajeándome un tobillo—. Ya no tengo más hambre y estoy agotada.

—Confía en mí.

Bajamos dos paradas después y andamos hasta un local donde tocan música senegalesa. La sala es inmensa, toda de madera, y las notas se difunden suavemente en mis oídos, como chocolate fundido.

Calamandrei me coge por las caderas y me hace bailar.

O al menos lo intenta.

—Ya sabes que soy negada.

—Sí, lo sé. Intenta seguirme como puedas y no me pises con esos tacones.

Trato de dejarme llevar hasta donde soy capaz. Tropiezo un poco con el vestido y con él, pero al final logramos una especie de paso étílico, y él me hace dar vueltas y me coge con una seguridad... no sé de dónde la saca.

Cuando salimos es tardísimo, y volvemos a coger el metro, aunque, por primera vez, yo le suplico casi de rodillas que llame un taxi.

—Es más guay volver en metro vestidos así de elegantes, queda muy Truffaut.

—Me duelen los pies, me gustaría verte andar con estos zapatos.

—Quítate los.

—¡No, qué asco!

—¿Lo ves? Nunca te atreves a hacer nada —me reprocha al salir del vagón—, eres tan modosita...

—Vale, me los quito, no hay problema.

Me los desabrocho y voy hacia las escaleras mecánicas con el paso incierto y los zapatos en la mano.

—Y ahora vamos a cerrar los ojos —le digo solemnemente mientras las

escaleras suben hacia arriba—. ¿Notas el viento cada vez más intenso en el pelo? —le digo extasiada, y me sujeto con fuerza a la barandilla mientras la cabeza me da vueltas.

Me río con los ojos cerrados, me siento liviana y extraordinariamente bien, como si el mundo exterior estuviera hecho de nata, confetis y pompas de jabón.

Entonces los labios de Calamandrei presionan los míos mientras me abraza. Y no opongo resistencia.

# 21

Por la mañana me despierto con un dolor de cabeza espantoso.

Y la sensación de haber hecho algo horrible.

Me arrastro hasta la pequeña nevera para beber un botellín entero de agua. En cuanto formulo en mi mente la palabra «agua», recuerdo al menos seis chupitos de tequila y corro al lavabo a vomitar.

Miro a mi alrededor y trato de recordar algo de anoche, pero todo es una *collage* psicodélico de bares y alcohol y soy incapaz de reconstruir algo sensato después del baile en el concierto senegalés.

Miro el reloj: son más de las once. No dormía tanto desde la vez que Bigazzi me hizo revisar las cuentas tres días seguidos porque le habían dicho que habría una inspección de Hacienda.

Aún llevo puesto el vestido y la ropa interior, pero eso no garantiza nada. Tengo que averiguar si hemos hecho algo.

Me pongo otra vez mi ropa de monja laica y llamo vigorosamente a la puerta de Calamandrei.

—¿Quién es? —farfulla a los cinco minutos.

—Servicio de habitaciones.

Acude a abrir en un estado penoso, con los ojos hinchados y el pelo como un nido de gorriones, por no hablar del aliento pestilente, que me golpea como un cabezazo en el tabique nasal.

—Dime qué hicimos anoche —le pido.

Le cuesta verme bien y no entiende mi pregunta.

—Calamandrei, dime qué hubo entre nosotros anoche, ¡tengo un lapsus de horas!

—Ah, es eso —dice volviendo a la cama y rascándose el trasero a través del bóxer—. ¿Sabes qué? No estás nada mal... nunca habría imaginado que fueras tan caliente.

—¿Caliente? —repito, desolada.

—Creía que eras fría como el hielo, pero, cuando te pones, eres una yegua en toda regla.

—¡Dios mío! —me lamento con las manos en el pelo—. ¿Por qué me

dejaste beber tanto? Eres un gilipollas, ¿lo sabes? —lo acuso mientras se me cierra el estómago.

—No es culpa de la bebida. Sólo te soltó un poquito, pero el resto lo hiciste tú sola, te aseguro que no tuve que suplicarte...

Estoy furiosa. Al ver su sonrisita astuta me entra tal rabia que cojo una almohada y empiezo a golpearlo repetidamente mientras él se protege y pide compasión.

—¡Eres un cobarde, te has aprovechado de mí! Tendría que denunciarte por abuso a una discapacitada.

—¡Para ya! ¡Me haces daño! —se defiende. Baja de la cama y corre a encerrarse en el cuarto de baño.

Llamo con todas mis fuerzas. Una simple puerta no va a detenerme.

—¡Calamandrei, sal o la echo abajo, te lo juro!

—¿Quieres más? ¿No has tenido bastante esta noche? —dice desde el otro lado.

—¡Burro! ¡Sal o será peor para ti!

No puedo creerlo... ¿qué he hecho? ¿Me he acostado con él y no me acuerdo de nada?

Del beso sí, de eso me acuerdo muy bien... fue ligero, suave, perfumado, intenso. Aunque fuese un error y todo eso, me ha removido algo por dentro. Mi cuerpo estaba vivo, yo estaba viva y luego... ¡¿será posible?! No recuerdo nada más.

Me siento en el suelo. La cabeza me va a estallar y maldigo el momento en que decidí venir aquí.

Soy una estúpida, no tengo remedio.

Se abre la puerta, Calamandrei sale con la toalla atada a la cintura y me mira.

—¿Quieres que me la quite?

Niego con la cabeza y me levanto para irme.

—¡Anda, Fran, no te cabrees! —grita detrás de mí.

—¡Desaparece! —le digo al salir.

—Fra, ¡era broooooooma! —lo oigo gritar cuando ya estoy en el pasillo.

—¿Qué dices? —Me vuelvo y me quedo parada.

—¿Cómo iba a aprovecharme de ti? —Se echa a reír—. ¡Ni siquiera me gustas! Aunque la tentación era fuerte.

Vuelvo despacio junto a él.



—¿O sea que entre tú y yo no pasó nada anoche?

—Claro que no. Te di un beso en la escalera mecánica y te quedaste en coma. Te cargué al hombro como si fueras un saco de patatas y te llevé a la habitación. Pesas, aunque no lo parezca. Luego te tiré en la cama y me metí en mi habitación. Nada más.

—Nada más —repito, seria.

Lo miro un largo instante y luego le doy una torta tan fuerte que resuena en todo el pasillo.

—¿Y esto por qué? —me pregunta tocándose la mejilla.

—Porque eres un imbécil —le anuncio antes de darle otra más potente—. Y ésta porque a una mujer no se le dice: «Ni siquiera me gustas».

Entro en mi habitación a hacer las maletas.

Más tarde, en el avión, hago todo lo posible por ignorarlo y me pongo a leer. Aunque admito que me siento muy incómoda después de esta noche y no quiero indagar más sobre el porqué.

Pero él no me da tregua.

—Eres la primera que se cabrea por creer que se ha acostado conmigo —se obstina el muy cabezota—. Te juro que las mujeres casi me pagan.

—Yo no —replico tranquilamente, sin dejar de hojear la revista.

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque me pareces desagradable, arrogante y, sobre todo, ignorante.

—No, eso no, ignorante no.

—Sobre todo ignorante —repito sin mirarlo.

Y ya no me habla hasta que aterrizamos.

—Mamá, he besado a otro hombre —le digo sentándome en su cama.

—Ah —me responde con inesperada curiosidad, irguiéndose—. ¿Y cómo era?

—¿Cómo era qué, el beso o el hombre?

—Los dos —responde, alegre.

La miro con los ojos como platos.

Es una respuesta de *persona normal*.

Ha vuelto, mi madre ha vuelto.

No sé por cuánto tiempo, pero quiero disfrutar de ella mientras pueda.

—Mamá, por favor, ¿puedes decirme algo más sobre Marcello? —le

pregunto aprovechando su lucidez.

Se ilumina de inmediato.

—Marcello era un hombre estupendo. No quiero decir que tu padre no lo fuera, pero él era especial y sabía hacerme sentir especial, hacerme sentir única. Era «él», no sé si me explico, mi alma gemela, como suele decirse. Por eso tu padre lo entendió, porque era como si él y yo nos hubiéramos encontrado y nada pudiera separarnos. Yo habría pagado por amar a tu padre tanto como amaba a Marcello, porque realmente se lo merecía, pero era algo más fuerte que yo. Y por eso —hace una pausa— creo que recibimos el castigo.

—No creo que el cielo nos castigue por intentar ser felices.

—A nosotros nos ocurrió. Y yo traté de resignarme, de olvidarlo, de aceptarlo, pero estaba tan mal que... que al final, aquel día de mayo, no pude más...

— ... e intentaste...

—Sé que da asco que te lo diga tu propia madre, pero es la verdad. Yo me sentía morir y quería morir. Había fracasado en todo, como madre, como esposa y como mujer, y no quería seguir adelante. A mi alrededor y dentro de mí todo era negro, y lo mejor para todos era que yo desapareciera.

—Pero ¿qué dices, mamá? Te enfrentaste a un dolor horrible tú sola, no tenías la culpa, sucedió y no estabas preparada. Siempre has sido una persona muy sensible, no te sientas culpable por ello.

—Pero fui una madre horrible.

—Hiciste lo que pudiste, como todo el mundo. No hay un manual de instrucciones para ser buenos padres.

Y lo creo de verdad. A pesar del vacío que llevo dentro y que se hace notar a la menor ocasión, en el fondo sé que ella hizo lo que pudo.

Para algunos de nosotros, el amor es algo muy difícil de manejar. Y cuando se apodera de ti de esa manera feroz, impetuosa y prepotente, si no estás preparado, te arrastra como una ola peligrosa, te lanza contra los escollos y se te lleva.

Guarda silencio, cabizbaja, como si no la hubiera convencido. Y yo sigo hablando.

—No eres responsable de su muerte, mamá. Tú lo querías y, en cierto modo, al amar su recuerdo lo has mantenido con vida.

—Marcello no murió.

—¿No murió? —repito, confusa.

—Cuando fui a su casa, después del accidente, su mujer me echó diciendo que yo había sido un capricho, que ésa era su familia y que él no quería verme nunca más. Me dijo que desapareciera de sus vidas y eso fue lo que hice. Eligió quedarse con su mujer, ¿lo entiendes? Yo no era suficientemente importante para él, a pesar de que me había jurado y perjurado que sí. Pero me abandonó.

Esta frase me traspasa como un cuchillo, y viniendo de ella empiezo a temer que sea una herencia amarga, un error genético.

Marcello dejó a mi madre después de haberle prometido la luna. La típica situación, el *leitmotiv* de toda tragedia que se precie. La única arma letal capaz de acabar con una mujer sin rozarla siquiera incluso en el siglo XXI, tan civilizado.

Y yo creía que era un héroe...

A la mierda, Marcello. A la mierda tú también.

—Mamá, sé que no hay forma de olvidar, pero lo importante es que ahora nosotras dos estamos aquí. Tú te encuentras mejor y seguirás mejorando. Dejemos el pasado en su sitio, sin removerlo. Mejor no pensar en ello, mejor enterrarlo. Vamos a concentrarnos en el futuro, en lo que haremos mañana y pasado mañana, en el día a día. ¿Qué te parece?

Me sonrío y enlaza sus dedos con los míos.

—Tienes razón, mi niña. Parece que tú seas la madre y yo, la hija.

Nos quedamos un rato calladas, luego decido confesar.

—Oye, mamá, los medicamentos...

—Llevo una semana sin tomarlos —me interrumpe—. A la tía le hago creer que sí, pero los tiro todos al lavabo. Al principio me daba vueltas la cabeza, tenía náuseas y me temblaban las manos, pero ahora me siento mucho mejor. Llevaba demasiado tiempo en la cama.

Hace una semana que tira medicamentos falsos. No me digáis que no soy hija de mi madre...

—Ahora háblame del hombre al que besaste —me pide regalándome otra sonrisa.

—No es Edo.

—Eso lo he entendido hasta yo, que estoy loca. Y dime, ¿quién es?

—Es uno de nuestros autores. Un tío insoportable y presuntuoso, aunque no puedo negar que es interesante y seguro de sí mismo.

—¿Es guapo?

—Es muy atractivo, e increíblemente resuelto. Todo lo contrario de Edo.

—¿Pero sigues con él, no?

—Sí, pero estamos pasando una época muy negra. Estamos a años luz de distancia, ni siquiera somos una pareja. Somos dos amigos que se quieren mucho, dos compañeros de viaje y de piso ideales, pero creo que hemos llegado a la última parada.

—Lo siento mucho, cariño. —Me acaricia la mejilla y me pregunta con dulzura—: ¿Estás segura de que has intentado hacer todo lo posible?

—No sé si existe un «todo lo posible», mamá. Pero tú me has enseñado que tratar de ser felices es nuestro deber, no egoísmo.

—No dejes nunca nada sin intentarlo, cariño —me dice con un velo de nostalgia en los ojos—. No hay que cultivar reproches ni remordimientos, porque eso es lo peor que hay, ¿me entiendes? La vida no es un enemigo.

Tía Rita irrumpe en la habitación con su gracia elefantina.

—¿No te esperan en el trabajo? —me pregunta, desabrida.

—Cinco minutos más, guardia —le responde mi madre sonriendo.

—No puedes cansarte, Fiorella.

—No tengo que correr la maratón —contesta con demasiado énfasis.

Tía Rita la mira con desconfianza, luego me hace un gesto para que salga de la habitación con ella.

—¿No la ves rara últimamente?

—¿Rara? No, no más de lo habitual —miento.

—La veo inquieta, no es normal que se comporte así.

—Tampoco es normal que se pase el día durmiendo.

—Voy a llamar al doctor para que le cambie la medicación. Creo que ya no le hace efecto lo que toma.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar que puedo encontrarla otra vez en estado catatónico, mirando al techo, y empiezo a pensar rápidamente en una solución.

—El objetivo de la medicación es que esté tranquila —explico con calma —, y yo, sinceramente, no la veo más nerviosa de lo normal. En realidad, lo que queremos es esto, que no se haga daño y no caiga en una depresión. Pero claro, tú la conoces mejor que nadie, o sea que si quieres llamar al médico...

Me observa un instante, luego se encoge de hombros.

—Ya, igual la veo demasiado y por eso no me doy cuenta —concluye

mientras el sudor me baja por la espalda—. De todas formas, no la perderé de vista —me dice levantando el dedo.

—Y harás bien, tía Rita, como siempre.

Vuelvo a la habitación. Mi madre me mira y me sonríe, y ya no lo hace como una muñeca de trapo. Ahora las pupilas están vivas y la tez, sonrosada.

Me echo a reír.

—Mamá, si sigues estando tan cuerda, la tía va a desconfiar.

Ella también se ríe.

—¿Y qué hago? ¿Finjo ser un vegetal?

—Sí, inténtalo.

Apoya la cabeza en la almohada y mira al vacío.

—¿Así está bien?

—Menos tensa, quizá.

Adopta una expresión concentrada y entorna los párpados.

—Mamá, así pareces Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses* —le digo en voz baja conteniendo la risa—. Intenta no hablar cuando llegue ella y no sonreírle mucho.

Resopla, impetuosa, y se cruza de brazos, como siempre le ocurre al ir recuperando energía cuando el efecto devastador de la depresión sale de escena silenciosamente. Es una fase mucho más peligrosa que la otra, porque de pronto se siente impaciente, eufórica y llena de entusiasmo, y entonces es cuando la vida puede hacerle más daño.

Tendría que medicarse siempre, eso no es un secreto para nadie. El verdadero enigma es la dosis. Los delicados equilibrios de la química son tan únicos que no existen recetas adecuadas para todo el mundo.

—Mamá, el litio tienes que tomarlo siempre, eso sí. —Abro el frasco y extraigo dos comprimidos, un poco preocupada—. Así estás tranquila, ya lo sabes.

Me tiende la mano, obediente, se traga las pastillas y me enseña la lengua.

Cojo el bolso, me pongo el abrigo y me acerco a besarla.

Me mira a los ojos, impaciente.

—Fra, ¿vas a sacarme de aquí? —me pregunta en un susurro.

—Te lo prometo, mamá. —Le cojo la cara entre las manos—. Ya se nos ocurrirá algo, pero tú tienes que colaborar. Tía Rita no puede darse cuenta de nada. Si no, te volverá a ingresar en la clínica, y de allí ya no sales.

Asiente con vigor.

Al llegar a la puerta, me vuelvo a mirarla.  
—Te lo prometo, te sacaré de aquí.

Vuelvo a la oficina, donde me espera un ambiente que no logro descifrar.

Por un lado, Bigazzi, de muy buen humor, me saluda con entusiasmo, canturreando. Por otro, Paola tiene un humor de perros y ni siquiera me saluda.

Decido empezar por Bigazzi, que me espera sentado ante su mesa, sonriente y pacífico como un monje tibetano.

—Ah, Francesca, la vida me sonríe. —Se apoya en el sillón y se afloja la corbata—. Mi mujer se ha ido a la India, a un *ashram*, Calamandrei ya no me da problemas, el libro casi está terminado y en la oficina reina la armonía. ¿Qué más puedo pedir?

—Me alegro de que todo vaya bien —le digo sinceramente, preguntándome de qué oficina habla o si se ha fumado un porro—, aunque el libro aún no...

—Cállese. —Levanta un dedo—. Le prohíbo que atente contra mi buen humor con una noticia negativa. —Abre un frasco de espirulina y se lleva un puñado de grageas a la boca.

—No es negativa, es sólo que... vamos un poco retrasados.

—Eso no me preocupa. Usted es muy buena, siempre lo ha acabado todo a tiempo, incluso los libros sin ton ni son que yo le mandaba editar. Ésta es su gran oportunidad, Francesca. Demuéstrame que he apostado al caballo ganador.

Siento escalofríos en la nuca y me invade una oleada de orgullo mezclada con terror en estado puro.

Tenemos que acabar el puto libro, o me juego mi carrera.

Al salir, voy a buscar a Paola. Y la encuentro junto a la fotocopidora, como siempre.

—¿Ya no somos amigas?

—Te has aliado con el enemigo —me responde sin dejar de hacer fotocopias.

—No me he aliado con el enemigo. Sólo le doy los buenos días.

En ese momento, demostrando tener el don de la oportunidad, Ilaria viene hacia mí, sonriente.

—¿Lista para un café en el bar? —me pregunta, alegre.

Miro a Paola con la cara de alguien al que han pillado con las manos en la masa. Y ella, por toda respuesta, me mira con el mismo desprecio que siente un vegano ante una carnicería equina; luego gira sobre sus talones y se va a paso ligero.

—¿La invitamos a ella también? —me pregunta Ilaria, cohibida.

—Mejor que no, no creo que sea buena idea. Últimamente está de muy mal humor.

Bajamos al bar de la esquina y la camarera me pregunta enseguida por Leonardo.

La animo diciéndole que irá pronto y que siempre habla de su capuchino de soja. Y ella, muy contenta, corre a prepararnos la mejor mesa, situada entre la máquina del millón y el lavabo.

—Dime, Ilaria, ¿cómo van los preparativos para la boda? —le pregunto mordiendo un cruasán.

—¡Oh, Fra, estoy muy emocionada! —exclama con unas ganas increíbles de hablar del tema—. Alessandro es el hombre de mi vida. Te juro que yo no creía en todo esto, llevaba siglos trabajando sin más. No tenía una relación desde hacía tres años; lo pasé tan mal que decidí olvidarme por completo del amor. Pero aquel día, en el despacho... cuando me los presentasteis... ¡BANG! Desde ese momento supe con certeza que quería pasar el resto de mis días con él y sólo con él.

Me gustaría saltar de alegría con ella, decirle que exactamente así es como tiene que ser, pero la frase «saber con certeza que quiero pasar el resto de mis días con él y sólo con él» despierta en mí una increíble melancolía y la sensación de haber perdido algo importante, único e irrecuperable, por el simple hecho de que las personas que Edo y yo éramos hace seis años ya no existen.

—¿Dónde os casáis?

—En la abadía de Morimondo.

—Tiene gracia... allí se casaron mis padres —comento preguntándome si es un lugar propicio para las relaciones felices.

—Los míos también —me dice con corazoncitos en los ojos—. Te he invitado a tomar café porque me encantaría que fueras mi dama de honor.

—¿Tu dama de honor? —repito sin aliento—. Pero si casi no nos conocemos...

—Ya lo sé, pero también sé que Alessandro os quiere mucho y sería

precioso teneros a las dos en el altar con nosotros... Como Paola me detesta, a ella se lo pedirá Ale.

Me impresiona su delicadeza, como tiene que ser: un gesto espontáneo de generosidad completamente desinteresado.

Me pregunto si yo he tenido alguna vez esos gestos con Edo. También me pregunto si, dentro de seis años, ella seguirá siendo tan generosa con Alessandro.

Puede que sí.

—Está bien, estaré encantada de ser tu dama de honor.

—Te lo agradezco mucho, Fra. Él se pondrá muy contento.

Siento un poco de envidia.

En parte me gustaría estar en su lugar y sentir ese amor novelesco con el que todo el mundo fantasea, que te hace perderte totalmente en los ojos del otro y a la vez seguir con los pies en el suelo, sin dudar jamás de nada; que te permite tirarte de un décimo piso de espaldas, porque sabes que sus manos siempre te cogerán; que hará que dentro de diez, veinte o treinta años, todavía digas con orgullo: «Éste es mi hombre».

Volvemos a la editorial hablando animadamente y finjo que no veo la mirada asesina de Paola, que está apoyada en la puerta.

La miro como dando a entender: «Estás exagerando», pero ella persiste en su actitud obtusa e intransigente, de modo que decido ignorarla.

Calamandrei me está esperando en mi despacho, con un ejemplar de *Las correcciones* de Jonathan Franzen.

Aunque no quiera, siempre acaba arrancándome una sonrisa. Me echo a reír tan fuerte que me da hipo.

—Venga, Leonardo, ¿sigues ofendido porque te llamé ignorante?

Se encoge de hombros y sigue leyendo.

—¿Puedes tú solo o necesitas un diccionario? ¿Quizá una regla para ayudarte a leer mejor? ¿O prefieres usar el dedo?

—¿Te crees muy graciosa, eh?

Sigue leyendo con el ceño fruncido.

—¿Por qué página vas? ¿Por la dedicatoria?

—Anda, ponte a corregir la puntuación de un manual de jardinería.

—En todo caso, me pondré a corregir *tu* puntuación. —Tomo asiento en mi silla—. Siento decírtelo, pero no das ni una con las comas.

Cierra el libro y resopla.



—Leonardo, tenemos que acabar. Bigazzi cree que ya estamos revisando, cuando en realidad sólo tenemos la mitad de la novela. ¿Quieres decirme qué piensas hacer?

—Ya te lo dije, lo conseguiré. Falta poco, unas cuantas noches en blanco y entrego. Lo malo es que tengo una duda sobre ella, sobre Marina —me dice pasándose la mano por la barba de tres días.

—¿Qué duda?

—A ver... ¿ella es *realmente* así? Quiero decir, ¿no hay forma de desbloquearla de una vez por todas? ¿Siempre vuelve a ser rígida y a ponerse a la defensiva, incluso después de haberse abierto un poco?

Me tomo mi tiempo mientras saco el ordenador de la funda.

—Ponemos barreras para defendernos de un peligro que percibimos, normalmente después de malas experiencias. El hecho de «abrirse un poco» no significa romperlas definitivamente. Cambiar de hábitos es lo más difícil que hay.

—Pero si alguien se da cuenta de que no es capaz de disfrutar de nada, ¿por qué no se relaja y se suelta un poco?

—Es fácil decirlo si eres una persona que suele estar relajada y a gusto en el mundo, pero si eres de los que siempre se sienten como en un camino accidentado con zapatos incómodos, disfrutar de la vida resulta bastante complicado. Todo eso sin contar que nacer en una familia rica siempre ayuda.

—Podría citarte decenas de ricos herederos que acabaron suicidándose.

—Nunca serán tantos como los suicidas de familias muy pobres.

—Ya, pero si uno se da cuenta de que está desperdiciando su vida...

—¿Quién te dice que estoy desperdiciando mi vida? Hago lo que mejor sé hacer y lo hago lo mejor que puedo. No podría ser nada más ni nadie más, porque entonces no sería yo. —Me levanto y hago caer la silla—. Y ahora hazme el inmenso favor de ponerte a escribir.

Me alejo de mi despacho echando humo por las orejas. Veo a Alessandro hablando con Ilaria con la sonrisa radiante de un joven enamorado.

Reprimo un gesto de rabia y me esfuerzo por sonreír y alegrarme por ellos, que no se merecen mis nervios.

Alessandro se disculpa con Ilaria y viene hacia mí.

—Fra, le acabo de pedir a Paola si quiere ser dama de honor de Ilaria y me ha dicho que no.

—¿Y eso por qué?

—Según sus palabras: «No soporto ni a tu amiga ni a tu futura esposa». ¿Podrías hacer algo?

—¿Algo como darle un golpe en la cabeza y meterla en un saco el día de la boda?

—Sí, algo así.

—Puedo intentarlo, pero no te prometo nada.

—Inténtalo, Fra, no puedo casarme si vosotras dos no os habláis... ¡que sois amigas íntimas, joder!

—Ya, lo malo es que Paola está en modo «hipótesis de complot» y no habla con nadie. ¿Qué puedo hacer yo?

—Convencerla. Sé que puedo contar contigo —me dice poniéndome las manos en los hombros y mirándome, serio.

Me gustaría saber por qué todo el mundo cuenta tanto conmigo.

Quizá porque saben que tengo un sentido del deber tan distorsionado que no paro hasta conseguir lo que me han pedido.

¡Menuda cruz!

## 22

El amor sólo es una ilusión óptica.

Crees ver cosas.

Preciosas, excepcionales, cosas únicas.

Auroras boreales, unicornios, arco iris.

Pero cuando te acercas y alargas la mano, te das cuenta de que ésta pasa a través de ellas.

Sin coger nada.

Yo amaba a Edo. Sé que lo amaba.

Pero luego, un día, algo se rompió.

Recuerdo que casi pude oír el ruido.

Fingí indiferencia, fingí que todo era como antes, pero en mi fuero interno los cristales empezaron a abrir una brecha.

Y a traspasarme a cada movimiento brusco.

Dicen que cuando cerramos una historia en realidad ya había terminado mucho tiempo antes, sólo que no queríamos aceptarlo porque duele mucho, y por eso seguimos adelante hasta que ya no hay nada que salvar.

Hasta que la fuerza de la costumbre supera el peso específico del amor y te das cuenta de que lo único que puedes salvar... es a ti misma.

No puedo seguir viviendo así.

Pienso mientras empiezo a hacer una de las recetas más peliagudas de mi madre: la crema catalana. Es sencilla, pero muy delicada.

Tengo que enfrentarme a él, obligarlo a escucharme. Tiene que comprender que no podemos seguir adelante de esta manera, que esto no es una relación. Y es mejor que nos separemos, al menos por un tiempo.

Tenemos derecho a darnos otra oportunidad, somos muy jóvenes para enterrarnos en una relación que, sin darnos cuenta, ha llegado a un callejón sin salida.

Edo me está consumiendo.

Su técnica de posponerlo todo es peor que la tortura de la gota malaya, me tiene atrapada en un limbo y siento que empiezo a ahogarme.

No hay nada peor que alguien que no te dice qué siente ni qué desea hacer, alguien que se adapta a todo cuanto decides y dices. Alguien que siempre te da la razón porque la sola idea de contradecirte y defender una opinión distinta requiere un esfuerzo demasiado grande.

Que prefiera perderte en vez de intentar retenerte.

Me gustaría que alguna vez pudiéramos discutir de verdad, una de esas peleas sanas en las que te lo dices todo a la cara, incluso lo que no piensas, y le haces sentir al otro cuánto te importa.

En cambio, mis discusiones con él sólo existen dentro de mi cabeza.

Como la que estoy teniendo en este momento, mientras utilizo un colador para echar la nata líquida, que antes he puesto a hervir con semillas de vainilla, en la espuma ligera de yemas y azúcar. Mientras espero que él llegue.

Lo he llamado y le he pedido que viniera para sentarnos, hablar y decidir nuestro futuro.

Vierdo la crema en los cuencos y la pongo a cocer al baño maría en el horno, a 150 grados (¡ni uno más!). Luego me siento a esperar y voy leyendo las últimas páginas de Calamandrei.

No sé adónde quiere ir a parar.

Esta historia corre tan paralela a la mía que temo que Calamandrei esté perdiendo tiempo para ver qué hago. Es tan vago que le da pereza inventarse un final.

Edo llega con su sonrisa feliz y melancólica.

—Te he echado de menos, Tuz.

Me gustaría decirle «yo también», pero no me sale. Tengo un barullo de sentimientos confusos dentro y ya no sé distinguir dónde acaba el afecto y dónde empieza la rabia.

—Edo, no podemos seguir así —le suelto esperando una respuesta decidida o, cuando menos, el producto de alguna reflexión suya.

Edo baja la mirada y asiente con la cabeza.

Y ya está.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? —insisto, y empiezo a ponerme nerviosa.

—Lo sé. Estamos en las últimas, no creas que no me he dado cuenta.

—¿Y...?

—Y... no lo sé —contesta sentándose y truncando mis expectativas.

—¿No sabes qué hacer? —le pregunto con tristeza.

—Sólo sé que no quiero que lo dejemos.

—Edo, eso no es suficiente, ¿lo entiendes? —Me siento a su lado—. Nuestros caminos se separaron en algún punto hace tiempo, sin que nos diéramos cuenta, y ahora somos casi dos extraños que se tienen mucho cariño, pero sin nada en común.

—Lo sé —repite mirándose las manos.

Los nervios me muerden por dentro como pequeñas pirañas hambrientas de respuestas. El atisbo de calma que tenía reservado se evapora más deprisa que el alcohol.

—¿O sea que no piensas hacer nada para tratar de cambiar la situación?

—Me gustaría, pero no sé qué hacer. ¿Qué puedo hacer?

—No sabes qué hacer... —repito mientras un vacío abismal se apodera de mí y el frío del fracaso me cala hondamente los huesos—. Tú nunca me has querido.

—No es cierto, Fra, yo te amo —me dice casi en un lamento.

—No —replico con una punzada en el corazón—. Tú me has querido como un niño quiere a su madre, por eso lo dabas todo por descontado, creías que yo estaría siempre ahí, como hacen las madres, pasara lo que pasase. Pero yo

no soy tu madre, yo soy... era... tu compañera. Y ahora mírame —le digo abriendo los brazos—, mira en qué me he convertido. No sé cuánto tiempo hace que no me siento deseada, querida, buscada. ¡Soy como un mueble, una *certeza*, igual que el puto sofá! —concluyo. Me levanto y le doy una patada al Ektorp.

—Pero Tuz...

—¡Ni Tuz ni hostias, Edo! —le grito, exasperada, cogiéndole los hombros y zarandeándolo con la esperanza de sentir algo de energía en su cuerpo, un mínimo deseo de no perderme.

Pero nada, él se queda así, como un muñeco inerte, esperando que *yo* le diga lo que debe hacer.

Como siempre.

Que yo le diga que me haga sentir importante, que me haga sentir amada, que me retenga.

Esta vez no. Lo miro con un dolor sordo y desesperado que busca una salida, un dolor que se burla otra vez de mí y parece decirme: «¿Qué creías, que eras lo suficientemente importante para alguien?».

*Llevo toda la vida preparándome para decir adiós.*

*Llevo toda la vida diciendo adiós.*

—Se acabó, Edo —digo en tono lapidario.

Al materializarse, la frase me llena de tristeza y soledad.

Edo no se mueve. No intenta frenarme, ni decirme algo que deje entrever siquiera un conato de reacción.

Miro a mi alrededor, desorientada.

De pronto, nuestro salón es un lugar que sólo espera ser desmantelado.

—Supongo que volverás con tu madre —le digo para hacerme más daño aún.

Se encoge de hombros sin dejar de mirarme, impotente y desanimado.

Esperando que yo cambie de opinión.

Pero no lo hago.

Lo observo mientras sale de casa diez años más viejo y se vuelve por última vez, como diciéndome: «Piénsalo bien».

Pero no lo dice.

En cuanto se cierra la puerta, lo primero que hago es sacar los cuencos de

crema catalana del horno y empezar a llorar.

Y sigo mientras les paso por encima el soplete para caramelizar el azúcar sin esperar a que la crema se enfríe, carbonizándola.

Irremediablemente.

Por la mañana estoy impresentable.

Llego tarde al trabajo y no saludo a nadie. Me encierro en mi despacho para enterrarme entre los papeles.

Sólo Ilaria, intuyendo mi mal humor, entra discretamente a traerme un té sin preguntarme nada.

Seis años de mi vida han terminado así, a causa de la inercia y la cobardía.

Seis años desperdiciados, en los que creía haber construido algo, en los que creía que me amaba, en los que creía.

Sigo viendo la imagen de Edo saliendo de mi vida sin preguntarme siquiera el porqué, sin intentarlo siquiera.

Y me siento insignificante.

¿Será que yo no valgo nunca la pena?

¿Será que nunca he sido importante de veras para nadie?

Me siento fatal al pensar en mi madre, en cómo la rechazó Marcello, que no tuvo el valor de decírselo a la cara e hizo que se lo comunicara su mujer.

Nunca habría pensado que nuestros destinos fueran tan similares.

Y mi rabia mezclada con la de mi madre y la de todas las mujeres decepcionadas y heridas del mundo hace que me embarque en la búsqueda más audaz desde los tiempos del KGB.

Marcello, no escaparás.

Calamandrei entra sin llamar. Mi cara debe de ser muy elocuente, porque evita los comentarios idiotas.

Trabajamos sin descanso todo el día.

Cuando llega la hora de apagar el ordenador, la idea de volver a casa sabiendo que ahora sólo es mi casa me genera una ansiedad tremenda.

—Tú esta noche cenas conmigo —me ordena Calamandrei—. No me fío de dejarte sola, no con esas ojeras.

—No me apetece. Además, estoy segura de que tendrás algo mejor que hacer.

—Siempre tengo algo mejor que hacer, pero esta noche haré un sacrificio —dije cogiéndome del brazo.

Es como si estuviera en una especie de burbuja de algodón. Miro las calles por la ventanilla del taxi y me siento sin piel.

Siento que estoy de nuevo fuera, bajo el frío, entre lobos, que no tengo un refugio donde volver por la noche que me proteja y me tranquilice. Si es que alguna vez lo he tenido.

Puede que todo estuviese en mi cabeza.

Me había creado un pequeño castillo de naipes.

Pero todo era un engaño.

Quise creerlo, deseaba tanto estar a salvo, haber encontrado a la única persona que te ama incondicionalmente, la famosa alma gemela.

Pero no, sólo fue un encuentro de soledades, una especie de acuerdo tácito entre almas destrozadas.

Nada que ver con el amor verdadero.

Esta historia me ha deshidratado.

—¿Bajas o te dejo aquí? —me pregunta Calamandrei al abrirme la puerta del taxi.

Bajo sin darme cuenta.

Y lo sigo al interior de un edificio en la zona de Brera.

—¿Dónde estás invitado? —le pregunto, sin ganas de cenas oficiales.

—Estamos en mi casa, tonta —responde mientras abre.

El piso de Calamandrei sólo podía ser un *loft* gigante al más puro estilo neoyorquino, con ladrillos blancos, un sofá infinito, cocina americana con electrodomésticos de última generación y una maxipantalla que le envidiarían en unos cines multisala.

—¿Qué quieres beber? —me dice abriendo la nevera de doble puerta, llena a rebosar.

—Lo que te parezca —contesto sentándome en un taburete de la cocina.

Coge dos cervezas, las abre y me pone una delante.

—Qué mal rollo cuando estás así, Fra.

—Si es tu manera de animarme, no vas por el buen camino.

—Ya sabes lo que dicen... a rey muerto, rey puesto.

—Hemos estado juntos seis años, no seis días. Para ti es algo inconcebible, pero algunos lo llaman «relación estable».

—Ése es vuestro problema —sentencia dejando ruidosamente la botella en



la mesa—. Qué obsesión con los vínculos fijos... ¿Cómo tengo que decirte que los hombres no están hechos para las relaciones largas? Es algo contra natura y, tarde o temprano, explotan.

—Sí, ya, Calamandrei. Para ti la vida puede resumirse en un concepto muy simple: follar o no follar. ¿A que sí?

—Pues claro. ¿Existe algo más?

—Deberías saberlo. —Me río—. En tus libros se te da muy bien hablar de emociones.

—Escribir sobre emociones es muy fácil —me dice con una lógica desarmante—, sólo hay que decirnos lo que queréis oír. Sois todas iguales, un montón de hormonas con el pelo largo. Pero nosotros siempre queremos sentir la emoción de la conquista. ¿Has visto algún pescador que pare después de coger la primera lubina? No. Sigue porque es muy divertido y muy fácil.

Sonríó ante tan aguda metáfora jugando con la chapa.

—Ya, puede que tengas razón —admito—. Estamos condenadas a la infelicidad, porque seguimos creyendo que existe de verdad el gran amor, que existe nuestra otra mitad, que llegará alguien, nos resarcirá por todo el afecto que no hemos tenido y colmará nuestro vacío de una vez por todas. Pero, tal como tú dices, la naturaleza es cruel, sólo le interesa que nos reproduzcamos y al diablo los sentimientos. ¿Es así, no?

—Ni yo lo habría explicado mejor —asegura levantando su cerveza.

—Pues entonces hay algo que no cuadra, porque, si debía ser así, ¿para qué tenemos sentimientos? Habría sido mejor que nos comportáramos como animales, nos diéramos bastonazos y fornicásemos en pleno bosque. ¿Qué sentido tiene la evolución?

—Ah, Francesca, siempre es estimulante hablar contigo. —Se quita los zapatos y se sienta en el sofá a jugar con la PlayStation 4—. La evolución y el desarrollo tecnológico no tienen nada que ver con las relaciones humanas. Nosotros todavía estamos en el Paleolítico, aunque nos vayamos a vivir a Marte.

—Me anima tanto hablar contigo...

—La vida es sencilla, querida. Y no hay que complicarla. —La partida a *Assassin's Creed* lo tiene hipnotizado—. Total, por mucho que te la compliques, no hay nada que hacer.

Decididamente, Calamandrei no ha evolucionado mucho desde el Paleolítico, pienso mirándolo con una mezcla de ternura y envidia mientras

lucha contra los malos.

Me quedo un rato con él, más por la angustia de volver sola a casa que por el placer de su compañía. Lo observo mientras se esfuerza en pasar al siguiente nivel y me encantaría estar en su lugar en este momento.

Liviano, superficial, egoísta, sin más pensamientos que las necesidades primarias y, por si fuera poco, asquerosamente rico.

Qué injusta es la vida.

Antes de irme, le recuerdo que pronto tenemos que encontrar un título para sustituir el provisional *El libro secreto de Leonardo Calamandrei*. Asiente con la cabeza sin apartar los ojos de la pantalla. Me lo imagino vestido con una piel de cabra mientras frota dos piedras para encender el fuego y se aplasta los dedos.

Vuelvo a casa, abro la puerta y definitivamente no encuentro a nadie, lo cual me recuerda que de ahora en adelante esto será lo normal para mí.

Me hago una infusión y me la bebo en la cama deseando que me dé sueño y me aplaque el frío y los nervios, pero sé que no servirá de nada.

## 24

—¡Ella! —exclama Calamandrei al abrir la puerta de mi despacho.

—¿Cómo?

—El título será *Ella*.

—¡Oh! —comento reflexionando sobre tanta originalidad—. Podría funcionar, espera que se lo diga a Bigazzi. —Levanto el auricular del teléfono—. Él siempre quiere tener la última palabra.

—Ya, pero no te lo estoy preguntando, te lo estoy *diciendo*: ¡el título de mi libro será *Ella*!

—Está bien, no te lo voy a discutir. Que sea *Ella*. ¿Se te ha ocurrido esta noche?

—Sí, en cuanto saliste de mi casa.

—Me alegro de haberte inspirado.

Le pongo delante el bloc con los apuntes para invitarlo a redactar el siguiente capítulo.

—¿Cómo estás hoy? —se informa en un reflejo involuntario de altruismo, ignorando deliberadamente el gesto con el que yo lo llamaba al orden.

—Yo diría que igual que ayer.

—¿Lo echas mucho de menos? —me pregunta aparentemente interesado.

—Lo echo de menos porque sé que no lo veré en casa, y porque sé que ya no me llamará todos los días a las dos y cuarto. —Hago una pausa—. Pero ése no es el verdadero motivo. Si te digo la verdad, y no sé por qué, pero te la quiero decir, lo que pasa es que estoy muy enfadada con él. Estoy supercabreada, loca de ira —digo en un tono distorsionado impropio de mí.

Calamandrei retrocede imperceptiblemente; como buen cavernícola, se huele la amenaza.

—Odio que se haya ido así, sin reaccionar en lo más mínimo. Aceptó de buen grado que yo decidiera el final de nuestra historia sin decir una palabra. ¿Tienes idea de lo que significa ser totalmente invisible, no ser especial para nadie? No lo sabes, porque tú naciste «especial». —Hago las comillas con los dedos—. Seguro que tus padres compraron la página central del *Corriere della Sera* para anunciar tu nacimiento y pusieron alfombras de pétalos de

rosa en casa para proteger tus piecitos. Y el Centro Aeroespacial le puso tu nombre a un cometa. ¡Pero a mí no, joder! Yo no sé qué significa ser especial, ser un cometa para alguien. No lo sé, ni lo sabré nunca —grito tratando de contener las lágrimas—. Pero con Edo creía que valía la pena, que había hecho algo bien, que no era tan gris y banal como tú me repites continuamente. En una palabra, creía que existía.

Y estallo en sollozos.

Entonces Calamandrei hace algo insólito en él. Bordea la mesa y viene a abrazarme.

Me abraza fuerte, no como el crío insoportable que jugaba con la Play anoche, sino como un hombre, un hombre sólido que comprende y percibe mi tristeza.

—No llores, pequeña. No llores, todo irá bien —me susurra acariciándome el pelo—. Pasará, créeme, esto pasará. Cada día será un día diferente.

Dejo que me abrace porque lo necesito como el agua en el desierto. Es una de esas escenas de película, que cuando las ves, dices: «Sólo es una película». Pero él lo hace de verdad, y lo hace en el momento adecuado, intuyendo que necesito sentirme protegida.

Aunque sea con un simple abrazo.

—Si tú no te has enamorado en tu vida —murmullo.

—¿Y tú qué sabes? —pregunta sin dejar de abrazarme.

—Me lo dijiste tú —le recuerdo secándome los ojos.

Calla un segundo, luego me mira.

—Se llamaba Valeria. Me rompió el corazón.

—¿Quieres decir que el gran Calamandrei sufrió por un amor desgraciado?

Asiente con la cabeza mientras yo busco un pañuelo.

—¿Y qué paso, si puede saberse?

Me sueno la nariz.

—Se fue con mi mejor amigo. Lo típico. Y yo estuve muy mal.

—Lo siento —le digo sinceramente—. Y confieso que, a mis ojos, eso te hace más simpático. Al menos sabes lo que se siente.

—Lo sé perfectamente, por eso huyo de cualquier posible relación. No merece la pena. Tarde o temprano, todas acaban y sólo dejan amargura, dolor y malos recuerdos. ¿Qué sentido tiene? Sólo es una pérdida de tiempo.

—Si todo el mundo pensara lo mismo que tú, la vida sería una sucesión de citas rápidas. Yo creo que el verdadero éxito es entregarle nuestro corazón a

alguien, saber que podremos contar siempre con esa persona y que podremos ser nosotros mismos en todas las situaciones.

—Yo siempre soy yo mismo —replica achicando los ojos.

—Eso es lo que tú crees, pero sólo dejamos a un lado nuestros mecanismos de defensa con la persona amada. Ése es el verdadero riesgo, el juego de azar más peligroso.

—Deberían prohibirlo.

—Anda, cuéntame... después de Valeria, para vengarte, ¿decidiste que tratarías a todas las mujeres como pañuelos usados? —pregunto mostrándole el mío.

—Yo no trato a nadie como un pañuelo usado. Todas son adultas y consienten. Lo único que he hecho es no enamorarme nunca más.

—Eso no se puede decidir *a priori*. El amor llega, no lo puedes evitar. Es como la gripe: por mucho que te vacunes y te atiborres de Multicentrum, siempre la puedes coger.

—Yo no. Créeme, yo no.

—Me das un poco de envidia —confieso suspirando—. Prescindir del amor es una gran ventaja. En cambio yo he sido una estúpida y siempre lo he buscado, aunque no he conseguido mucho.

—Todo cambiará cuando dejes de buscar. —Me sonrío con ternura.

—Por favor, Calamandrei, ahora mismo ahórrame las frases de tu libro.

—No es mía, pero suena bien. Anda, ven aquí.

Me abraza de nuevo.

—Bueno, ya es suficiente —río soltándome—. Ahora no te acostumbres.

—Eres mi editora y puedo hacer lo que quiera —dice, y no sé hasta qué punto bromea.

—Lástima que al final siempre acabes perdiendo puntos.

—Es que no quiero que te enamores de mí, porque empezarías a agobiarme con llamadas y mensajes, me esperarías en la puerta de casa, me preguntarías por qué he desactivado la hora de mi última conexión en WhatsApp y al final tendría que matarte.

—Sólo se enamoran de ti las locas. Eres más peligroso que el turrón duro para alguien con dentadura postiza. Eres irresistible, sí, pero provocas desastres, y cualquier mujer con una pizca de sentido común sabe que es mejor mantenerse alejada de ti.

—Entonces no hay mujeres con sentido común.

—Calamandrei, sal de este cuerpo. ¡Conmigo no cueles!

—¿Sabes por qué me gustas, Francesca? —Se pasa la mano por el pelo—. Porque haga lo que haga, nunca te gusto. Por eso eres alguien fuera de lo común.

Lo miro, impresionada. Luego me acerco a su cara y le susurro:

—Leonardo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro.

—¿Por qué has desactivado la hora de tu última conexión en WhatsApp?

Durante la pausa para comer, me siento en un banco con un triste sándwich de atún.

A las dos y cuarto me sorprendo mirando el móvil, que no suena.

¿Tan difícil es para un hombre entender que cuando decimos algo pretendemos todo lo contrario?

¿Que casi siempre esperamos que nos lean el pensamiento para no tener que explicar lo mismo una y otra vez?

¿Que quizá deseamos de verdad que cojan el palo y nos den en la cabeza para demostrarnos su interés, para que hagan algo, porque el amor tibio duele más que la indiferencia?

Me acabo el bocadillo bajo un cielo más gris y encapotado de lo normal... o quizá sólo sea una impresión mía.

Tengo ganas de hablar con mi madre.

La llamo y oigo que tía Rita dice:

—Suelta el auricular, Fiorella.

—¿Qué pasa, tía? —pregunto, preocupada.

—Tu madre está imposible, ¡ya estoy harta!

—Dime, hija mía querida —oigo que dice mi madre, enérgica—, ¿cuándo vas a sacarme de aquí? A tu tía no la soporto. La adoro, eso sí, faltaría más, pero... ¡ya te tenido bastante!

—Mamá, si fuera por mí iría a buscarte ahora mismo, pero la tía es la carcelera, y ya sabes cómo es, sería capaz de denunciarme por secuestro. Tú tranquila, deja que hable con ella y con el médico. Encontraremos una solución.

—Date prisa, porque un día la estrangulo. Y sabes muy bien que soy capaz de hacerlo.

—Sí, mamá.

Trago saliva. Y me pregunto por qué a ella la sedan por su exceso de entusiasmo y a Edo hay que espabilarlo para que tenga un mínimo de iniciativa.

Me temo que eso fue lo que me atrajo de él. Los continuos e imprevisibles cambios de humor de mi madre me tenían agotada, y por eso elegí a un hombre tranquilo y calmado, de quien no podía esperar sorpresas desagradables, ni huidas, ni llantos, ni fiestas improvisadas un miércoles por la noche para ahuyentar la melancolía.

Todos nos defendemos como podemos.

Y casi nunca acertamos.

Me cierro el abrigo y me preparo para subir al despacho. De pronto, oigo que me llaman a grandes voces.

Me vuelvo y veo a Ilaria corriendo hacia mí con un entusiasmo engorroso.

—¿Estás lista? —me dice jadeando, con los pómulos rojos.

—¿Lista para qué?

—La prueba de los vestidos —me dice con cierto malestar en la voz—. Es hoy...

—¡Ay! —Me doy una palmada en la frente—. Se me había olvidado por completo... perdona.

—No pasa nada. Es un momento difícil para ti. Si no te ves con ánimos, no importa...

¡No! Otra ración de sentimiento de culpa no, no lo aguanto.

—Sí que me veo con ánimos. —Intento mostrarme exaltada—. Anda, vamos.

—Vale, pero hay un problema... Paola no está en el despacho.

Suspiro y pienso que lo ha hecho adrede.

—No te preocupes, casi tenemos la misma talla. Yo me pruebo su vestido y si no le queda bien... unos imperdibles y listo.

Me sonrío, ligeramente aliviada, y sólo le pido que me dé el tiempo necesario para llamar a Calamandrei y decirle que estaré fuera un par de horas.

—Yo también quiero ir a la prueba.

—No, tú te quedas trabajando —le ordeno.

—Ni hablar. Este tipo de cosas me resuelven el día. Mujeres en su hábitat natural. No me lo perdería por nada del mundo, mejor que la final de los

Mundiales.

—Calamandrei, leches, ¿no puedes estar serio ni siete minutos seguidos? A estas alturas no puedes perder el tiempo. Y yo tampoco debería... ¿Es que para ti todo es un juego?

Se echa a reír.

—Fra, tendrías que oírte cuando hablas, qué pesada eres. No me extraña que nadie te folle, se la pondrías floja hasta a Rocco Siffredi. Dame la dirección y nos vemos allí.

Grito de rabia y cuelgo, como siempre.

Subo al coche con Ilaria y nos dirigimos a una pequeña *boutique* situada en la zona de Lorenteggio, donde dos modistas menudas y centenarias hacen vestidos a medida de cualquier tipo y color.

No me siento muy a gusto que digamos, pero su entusiasmo prematrimonial es tan contagioso que no puedo dejar de alegrarme sinceramente por ella y de desesperarme sinceramente por mí.

Mi vestido de dama de honor es de color champán, con unos tirantes finos, muy sencillo y recto. Su vestido de novia es el típico modelo Barbie Princesa de Merengue: corpiño bordado en pedrería de tres colores, con un trenzado de cintas estilo bailarina de cancan y una pomposa falda de tul con un lazo detrás.

Me tendrían que hipnotizar para que me pusiera algo así.

—¿Qué te parece? —me pregunta, emocionada, girando sobre sí misma mientras una de las modistas le clava unos alfileres en el bajo de la falda—. Lo he diseñado yo.

—Estás preciosa —contesto, como debe ser.

—¿No me hace gorda? —me pregunta, dubitativa, alisándose las caderas.

—No, ¿qué dices? Te queda perfecto, ¿a que sí? —le pido a la modista que lo confirme.

—Desde luego. Y ya verá con el velo.

Lo que faltaba: el velo...

Calamandrei me devuelve a la realidad al entrar en la tienda como una tromba. Llama al timbre que hay encima de la puerta.

—Oh, estás espectacular —Levanta a Ilaria y le da vueltas—. Casi me entran ganas de casarme contigo.

—¡Leo, qué sorpresa! —exclama ella, emocionada.

—Eres como un sueño —continúa, y me pregunto si es sincero o si está



escribiendo secretamente *Las cien cosas que las mujeres desean que les digan*. Seguro que sería el *best seller* del año.

—Tú tampoco estás mal — dice acercándose a mí y observándome de los pies a la cabeza—. Este color te mata, pero al menos se te ven las formas.

—Gracias, siempre tan bueno conmigo.

Nos sentamos en un pequeño sofá mientras las dos modistas rodean a Ilaria para hacerle los últimos arreglos al vestido sin dejar de discutir entre ellas.

—¿Y qué? ¿No te entran ganas?

—No. —Hago una mueca—. Si hubiera querido, lo habría hecho hace años.

Me estudia un momento, luego sentencia:

—Tú a mí no me la das. Todas queréis casaros.

—Mira, siento contradecir tus teorías, pero hay cantidad de mujeres, como yo, que no tienen ningunas ganas de casarse.

—Porque no han encontrado al hombre adecuado.

—Yo lo encontré, y me pidió que nos casáramos, pero, como ves, al final se había roto algo. Al final todo se gasta.

—¿Estás triste? —Me da una leve palmada en el hombro.

Asiento con la cabeza.

—Se te pasará —afirma con su lógica básica.

—Ya, todo se pasa tarde o temprano —digo con una melancolía que me corroe por dentro—. Y mientras esperas que se te pase, que las heridas cicatricen para levantar por fin la cabeza, también va pasando la vida.

—¡Qué rollo, Fraaa! Qué negativa eres.

—No soy negativa, sólo tengo la moral por los suelos, es comprensible. El problema es que tú no lo entiendes, porque no tienes la más mínima sensibilidad.

—Perdón —nos interrumpe Ilaria, molesta—, ¿podéis dedicarme cinco minutos de vuestro valioso tiempo?

—Claro, perdona —respondemos al unísono.

—Da una vuelta —le pide Calamandrei moviendo el dedo en círculo, como un consumado estilista de *show room*. La observa muy concentrado y luego les dice a las modistas—: El escote del corpiño tiene que ser más profundo.

—Yo también lo creo —me asocio—. Así parece que no tenga cuello.

Todos se vuelven hacia mí.

—No quería decir eso, lo juro, no, es que...

Calamandrei me fulmina con la mirada e Ilaria ya tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Lo que Francesca quería decir es que un escote más profundo sería más atrevido y quedarías más sexy, ¿a que sí?

—Exactamente —confirmo, desesperada—. Mucho más sexy.

La modista se acerca a ponerle alfileres para trazar la nueva forma del escote.

—Se le va a ver todo —murmura frunciendo el ceño.

—Mejor —dice Calamandrei—, así el novio estará contento.

Ilaria recobra la serenidad y yo decido no abrir más la boca hasta que termine la prueba. Llamo a Paola un par de veces, pero no contesta, e intento explicarles a las modistas qué arreglos tendrán que hacerle a pesar de sus gruñidos de desaprobación.

Más tarde, Ilaria me acompaña a la editorial en coche, en un silencio sepulcral.

—Oye, siento el comentario desafortunado de antes... no quería decir eso...

—No te preocupes, mi madre siempre me ha dicho que tengo el cuello corto.

Me siento fatal.

—Si no quieres que sea tu dama de honor, lo entenderé.

—Anda ya, qué dices. ¿Por tan poca cosa? —me tranquiliza—. Todo quedará perfecto, todo saldrá bien.

Miro hacia fuera y espero que tenga razón.

Al volver a la oficina, veo a Paola en su rincón ordenando unas hojas.

—¿Se puede saber por qué no has venido a la prueba? ¿Crees que a mí me gusta la idea de ser dama de honor? Y menos en este momento. ¡No me gusta nada! Pero para ella es importante, y para Ale también. Al menos, podrías...

—Un año y dos meses —me interrumpe, gélida.

—¿Qué dices?

—Le ha caído un año y dos meses... al Demente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he ido al juicio a oír la sentencia mientras tú te probabas el vestido de dama de honor.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¡Siempre tienes que hacerlo todo a escondidas, joder!

—Siempre estás con Ilaria, no quería molestaros.

—Mira que llegas a ser tonta, Paola. Si teníamos que ir a probarnos los vestidos, es normal que estuviera con ella, ¿no?

Calla y se encoge de hombros en su jersey enorme.

—Paola, mírame, por favor —le pido quitándole de las manos las fotocopias—. Háblame, cuéntame qué ha pasado. —Sigue sin decirme nada, e insisto—: En serio, ¿cómo estás?

—Un poco aliviada, un poco cabreada, pero bastante bien.

—¿Has hablado con él? Quiero decir a través de su abogado...

—Sí. Se ha disculpado, está arrepentido. Creo que lo ha entendido y que no tendré más noticias tuyas. Pero es tan triste pensar que era el hombre al que amaba y que ahora está entre rejas porque casi me mata...

—Lo sé, querida. Al final, el amor nunca es como uno cree...

—¡Vaya mierda! —se lamenta secándose una lágrima.

—Siento no haber estado contigo hoy. En serio.

—Lo sé. Estarás la próxima vez —dice con media sonrisa.

—Espero que no haya próxima vez —declaro cruzando los dedos.

—Bueno, o estarás en la próxima boda de Ilaria.

—Es difícil que me elija otra vez como dama de honor. Le he dicho que tiene el cuello corto y ahora me odia.

—¿Le has dicho eso?

—Ha sido sin pensar...

—Es cierto, tiene el cuello corto.

—La verdad es que sí.

Nos miramos y empezamos a sonreír. A los dos segundos, nos estamos riendo a carcajadas, no podemos parar.

—¡Ay, me duele la barriga!

—Y a mí las mandíbulas. No puedo más. Para ya, por favor —dice golpeando la mesa con la mano.

—Para tú, o me haré pis encima —digo con las manos en la barriga por miedo a que se me escape.

Ilaria pasa por delante y se detiene a vernos reír como idiotas.

Paramos de golpe e intentamos recomponernos, pero su cara interrogativa nos hace estallar de nuevo. Cuanto más nos mira, más nos reímos, y nos van

cayendo las lágrimas.

—Pero ¿qué os pasa? —nos pregunta sin entender.

—Nada, nada —contestamos partiéndonos—, todo va bien.

Niega con la cabeza y se aleja dejándonos ahí riendo y dándonos palmadas en los hombros, a ver si una de las dos para.

—Seguro que nos odia —dice Paola.

—¿Ahora ya estás contenta? —le pregunto secándome las lágrimas.

—Ahora sí.

A la mañana siguiente, estoy frente a la cancela de una casa en las afueras de Milán, a punto de llamar a un timbre que lleva escrito el apellido «Costantini».

Tengo el corazón en un puño y no sé lo que voy a decir.

Me armo de valor y llamo.

Un perro corre hasta la cancela y empieza a ladrar. Esperaba algo más discreto.

A los pocos minutos, me abre una mujer de la edad de mi madre, presumiblemente la esposa.

No sé por qué, imaginaba que me abriría él... pero no hay motivo para que sea así.

—Buenos días, señora, ¿su marido está en casa? —le pregunto, esperando que mientras tanto se me ocurra una buena excusa.

La mujer me mira con desconfianza y el perro empieza a ladrar más fuerte, gruñe y me enseña los dientes.

Exactamente el tipo de recibimiento que yo esperaba.

—No, mi marido no está —responde, brusca—. ¿Quién es usted?

A ver...

—Soy una... estoy haciendo un sondeo sobre... la calidad del agua —improvisado sacando la agenda del bolso.

—¿Quién es? —dice una voz masculina detrás de ella.

—¡Nadie! —contesta la mujer echando un vistazo rápido a su espalda—. Nadie, se han equivocado.

—Ah, entonces el señor Marcello sí está en casa —afirmo, e, incautamente, meto una mano a través de la cancela, arriesgándome a que el perro me muerda.

—Mi marido no quiere que nadie lo moleste. Váyase.

—Pasaré en otro momento —insisto con mi cara más inofensiva.

—No, no, váyase y no vuelva —dice. Entra en casa y cierra la puerta.

Bueno, por lo menos sé que el sinvergüenza está ahí.

Sólo tengo que volver para pillarlo.

Pero ¿cómo?

Me alejo, finjo que llamo a otro vecino y doy la vuelta a la casa.

Y espero.

Tarde o temprano, la mujer saldrá, supongo.

Espero media hora mientras reviso los primeros capítulos de la novela de Calamandrei sentada en la acera, hasta que la oigo despedirse y salir.

Me levantó rápidamente y me pongo de espaldas. Luego oigo arrancar el coche y, poco después, la veo pasar.

Perfecto. Es el momento de entrar en acción.

Me siento como si liberara a un rehén de sus secuestradores.

No había pasado tanto miedo desde el día que me quedé encerrada en el lavabo del colegio hasta la hora de cenar, cuando por fin mis padres se dieron cuenta de que no había vuelto.

Me cago de miedo pensando en lo que puede pasar, pero, querido Marcello, si creías que después de romperle el corazón a mi madre te ibas a ir de rositas, estás muy equivocado.

Llamo con las manos temblorosas y el estómago revuelto.

Pero no pasa nada.

El perro está dentro y oigo que se mueve y rasca la puerta.

Luego una voz le ordena que se esté quieto.

—¿Quién es? —dice la voz en un tono más amenazador que el de su mujer.

—Señor Marcello, perdone que lo moleste otra vez, pero me gustaría hablar con usted... sólo un minuto.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —pregunta, hosco.

Miro hacia arriba y respiro hondo.

—Me gustaría hablarle de una persona, una persona importante para mí... y creo que también para usted... al menos creo que lo fue durante un tiempo.

—Silencio al otro lado—. Una persona que nunca ha dejado de pensar en usted, que lo quería muchísimo, que lo consideraba lo más importante... su

otra mitad. —Aquí empiezo a montar en cólera—. Una persona a la que usted le prometió amor eterno y un futuro juntos, a la que le regalaba libros envueltos en papel azul, a la que le prometió que dejaría a su mujer para vivir felices para siempre, pero luego... —se me quiebra la voz—, luego la dejó tirada, como si fuera un fardo inútil, ¡maldito cabrón! Y ella tuvo una depresión y desde entonces no ha hecho más que entrar y salir de clínicas por su culpa. Y si usted no se siente ni un poco culpable por todo esto, pues mire... ¿sabe qué le digo? Que los hombres como usted son un peligro público y que mi madre merecía algo mejor. Ya está, Marcello, usted ha ganado. Le dejo mi número en un sobre, dentro del buzón, por si acaso le remuerde la conciencia. Y le deseo una buena vida, aunque, por lo que he visto, no creo que la suya haya sido mejor que la de mi madre. ¡Adiós!

Y me voy corriendo.

Hace días que no hablo con Edo.

No me llama y no lo llamo, y me pregunto si lo hacemos por atenernos a nuestra palabra o porque no sabemos cómo comportarnos.

Lo echo mucho de menos, pero es una añoranza que no sabría definir; es más bien un vacío general, indefinido, vago, lleno de rabia. Mezclado con las ganas de contarle lo que me está pasando con mi madre, con Marcello, con el trabajo.

Él era mi mejor amigo y se lo contaba todo. Y ahora siguen ocurriendo cosas pero ya no tengo a Edoardo para desahogarme. Y si no puedes contarle tu vida a nadie que esté ahí para documentarla, es como si no vivieras.

Sus cosas siguen en casa y no sé cuándo piensa llevárselas.

En el fondo espero que no se las lleve nunca, porque me reconforta tener la sombra de su presencia conmigo. Sus libros en los estantes, su ropa en el armario, su bicicleta deshinchada.

Me pregunto si estoy preparada para empezar otra vez de cero.

O quizá debería decir para empezar algo, porque nunca empezamos realmente de cero, siempre partimos de un punto del recorrido. Un poco más conscientes, un poco más sensatos, un poco más desencantados.

Me sentía cómoda con él, segura, protegida del mundo y su locura en nuestra rutina inmóvil y a la vez tranquilizadora.

Pero no estaba viviendo.

Aunque ahora me pregunto si vivir es sentir ansiedad durante el ochenta y cinco por ciento del día, como si fuera a entrar un oso blanco por la puerta, porque así es como me siento.

En un estado de alerta constante.

Suspiro mientras la lluvia encharca las calles de Milán y releo las últimas páginas de Calamandrei.

Y eso tampoco me tranquiliza.

Es como si la historia se enroscara en una espiral, un relato claustrofóbico que no quiere dar un giro, demasiado sutil para alguien como él. Demasiados subtextos e ideas filosóficas.

Se ha puesto a analizar la psique femenina como si fuera un experto, y el resultado muchas veces es confuso, contradictorio y también algo torpe, pero... ¿cómo se lo digo sin que se ofenda mortalmente y deje de escribir?

Llaman a la puerta de mi despacho y veo entrar a Alessandro.

—Mira, el futuro novio —exclamo dando palmas, contenta de ver una cara distinta.

Se muerde el puño, como para no hablar de más.

—¿Qué he hecho? —pregunto, y ya me siento culpable.

—¡Qué *habéis* hecho! —contesta al entrar, seguido por Paola.

—El príncipe azul se ha cabreado porque hemos sido bordes con su dama —dice Paola sentándose en mi mesa—. Y ha venido a defenderla. ¡Qué pena!

—No hemos sido bordes —protesto.

—Sí, sobre todo tú —me acusa él—. ¿Tenías que decirle precisamente que tiene el cuello corto? ¡Se ha pasado la noche llorando!

—Lo siento, de verdad. Haría cualquier cosa para compensarla, pero me salió así, sin maldad. Además, perdona que te diga, ¿vosotros cuántas veces me habéis repetido que soy rígida y gris como una maestrilla y no sé qué más? ¡Tendría que haberos retirado el saludo hace años!

—Es distinto, Fra. Lo del cuello es algo que su madre le repetía siempre, por eso le afectó tanto.

—Puede que vaya siendo hora de superar los traumas infantiles —comenta Paola.

—Ha llegado Anna Freud —dice Alessandro, sarcástico—. ¿Tanto os cuesta portaros bien con ella?

—No hemos sido bordes —me defiende de nuevo, con voz estridente.

Nos mira con los puños en las caderas; parece que quiera pegarnos en el

culo.

—Como si no os conociera cuando estáis juntas...

—Ale, te has vuelto muy plasta —le reprocha Paola—. Me gustabas más cuando eras un follador en serie cínico, antes de convertirte en un «Por favor, tratad bien a mi novia».

—Lo comprenderéis cuando encontréis a vuestra alma gemela —suspira Alessandro.

—¡AAAARGH! —grita Paola tapándose los oídos—. Esto es peor que las uñas en la pizarra. ¿Qué más nos tienes reservado? ¿«Cuando encuentras el amor, lo reconoces al instante»? ¡Por favor, pasadme la papelera, voy a vomitar!

—Ale, objetivamente... eras más simpático antes.

—Vosotras dos sois un *impasse* —dice con aires de superioridad—. No vais hacia delante, eso es obvio.

—¿Qué quieres decir con *impasse*? —pregunto, interesada.

—Que vuestras vidas están estancadas, que no progresáis.

—Perfecto, sólo nos faltaba Tony Robbins —comenta Paola.

—No, Deepak Chopra —puntualizo.

—¿Veis como sois bordes? Y también estáis un poco celosas.

—¿¿¿Celosas??? —repite Paola con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Crees que te tenemos envidia porque te casas? Yo diría que nos subestimas. Las mujeres nos sentimos realizadas con otras cosas, no sé si lo sabes...

—Sí, claro, por supuesto. —Se ríe—. Vosotras dos habéis acabado así porque el trabajo os da muchas satisfacciones...

—Sujétalo, que voy a darle unas patadas —le digo a Paola.

—¿Lo veis? —Alessandro se echa a reír—. Sin un hombre a vuestro lado, os ponéis histéricas. Creedme, lo sé muy bien.

—¡No! —me desespero—. Otro seguidor de las *Cien banalidades* de Calamandrei.

Alessandro nos observa otra vez con su mirada de suficiencia, que viene directamente del planeta Felicidad, donde creo que no he estado nunca, ni siquiera por error o en sueños. Y vale, lo reconozco, le tengo envidia por eso.

—¿Podéis hacerle un favor a vuestro viejo amigo? —pregunta con sorna.

—¿Qué? —responde Paola.

—Organizadle una despedida de soltera como es debido a Ilaria.

—¿Nosotras? —pregunto.



Asiente.

Paola y yo nos miramos, atónitas, sin saber qué decir.

—Ejem... sí... bueno... podemos hacerlo... creo —tartamudeo.

—No sé... pero... por ser tú... uff —balbucea Paola.

—Sabía que podía contar con mis mejores amigas.

Y viene a abrazarnos.

Paola y yo nos miramos sin decir nada.

¿Es que Ilaria no tiene mejores amigas que le organicen la fiesta?!

Una despedida de soltera... ¡lo que me faltaba!

Al cabo de dos días, estamos en casa de Paola hinchando globos de color rosa con el nombre «Ilaria» escrito encima.

—No sé por qué tiene que ser aquí —se lamenta.

—Porque en mi casa no pegaba, y siempre hemos hecho las cenas aquí. No veo por qué había que cambiar justo ahora.

—Porque sabes que ella no me cae bien, y esto me parece un castigo... ¿Recuerdas cuando éramos niñas y nos decían que no nos peleásemos más e hiciéramos las paces? ¿Por qué tengo que hacer las paces con una cerda si no la soporto?

—No es una cerda, insisto. —Ato un globo junto a los demás—. Lo que pasa es que tú no soportas que se haya quedado con Alessandro. Y además se ha quedado con tu trabajo...

—¿Y te parecen pocas razones para odiar a alguien?

—Déjame pensar... no, creo que no podría ser peor. ¡Pero ella tiene el cuello corto y tú no!

—¡Qué gran consuelo! —salta encendiendo un cigarrillo—. Ella tiene una vida que ya la quisiera para mí.

—Y yo —digo con melancolía, y me siento en el brazo del sofá—. Tiene una gracia y un magnetismo que atraen inmediatamente a los demás. Yo, en cambio, a veces creo que tengo a mi alrededor una alambrada de alto voltaje. ¿Cómo te explicas que algunos gestionen su propia vida con tanta facilidad como si fueran malabaristas, se entiendan con todo el mundo y siempre obtengan lo que quieren sin esfuerzo?

—Se lo estás preguntando a la persona equivocada. ¿Lo sabes, no?

—Sí, lo sé. Eso es porque siempre tienes que abrir la boca y decir lo que

piensas, algo que sólo es digno de mi madre (por razones obvias) y de la madre de Edoardo (por razones que ignoro), o sea que tú podrías evitarlo, ya que eres una persona más o menos normal.

—¿Me estás diciendo que actúo como una loca?

—No, pero si quieres conseguir algo, tienes que ser un poquito más...

—¿Ilaria?

—Exacto —asiento, y saco la mantequilla y el salmón de la nevera.

—¿O sea que admites que Ilaria es una pelota de mierda?

—No es pelota, más bien diría que es muy *diplomática*.

—Es lo mismo.

—Como quieras, pero si te comportaras más o menos como ella, tu vida ahí dentro sería mucho más fácil.

Apaga el cigarrillo bajo el grifo de la cocina y se seca las manos en los vaqueros.

—¿Has pensado alguna vez en dedicarte a algo distinto? —me pregunta mientras echa las patatas fritas en cuencos.

—Creo que no sé hacer otra cosa.

—Anda ya... sabes hacer pasteles.

—Según mi madre, no. La verdadera experta es ella. Además, odio los pasteles.

—Pero si todo se va a tomar por culo, siempre podrías abrir una pastelería.

—Ya ha habido bastantes pastelerías en mi familia. Ahora lo único que quiero es el maldito ascenso.

Seguimos preparando las bandejas en silencio, cada una absorta en sus preocupaciones y preguntas sin respuesta. Hasta que el timbre nos devuelve a la realidad.

Beatrice, Annamaria y Silvia entran cargadas de paquetes y botellas, seguidas de otras compañeras y de dos amigas de Ilaria a las que no conozco.

Corro a abrir las botellas y a repartir copas para evitar que la sobriedad se vuelva en nuestra contra en un espacio tan reducido. Nos quedamos de pie en la cocina, charlando mientras esperamos a la homenajeadada. Afortunadamente, no tarda en llegar, lo cual nos ofrece un tema de conversación común e inofensivo.

Miro a Paola para que al menos reciba a Ilaria y le coja el abrigo, y va hacia ella con los brazos abiertos en un gesto exagerado.

Le digo «burra» con los labios mientras ella abraza a Ilaria y me guiña un

ojo.

La velada transcurre de manera agradable y sin contratiempos, sobre todo porque Annamaria se pasa el rato fumando en el balcón y Paola no para de servirle vino a todo el mundo.

Ilaria ríe, divertida, al abrir los regalos. Todos proceden del mismo sex shop, situado en la esquina de Ediciones Bigazzi. Por orden: unas bolas chinas con las que todas hacemos el tonto, un vibrador fucsia del tamaño de un salchichón, un tanga comestible, lubricantes de varios sabores y las inevitables esposas peludas.

Todas nos reímos y nos pasamos el material pensando exactamente lo mismo: «Me encantaría poder usar esto con alguien».

Sobre las doce suena de nuevo el timbre. Paola y yo nos sobresaltamos y, por un instante, le leo en los ojos el miedo, un reflejo de lo ocurrido en los últimos meses.

A través del portero automático, una voz que no reconozco me dice que trae un regalo para Ilaria.

Me vuelvo a mirar a las chicas y ellas, completamente borrachas, me invitan a abrir la puerta silbando y batiendo palmas. Me digo que si es el Demente, que se ha fugado de la cárcel de San Vittore, recibirá tantas patadas que rezará para volver allí.

Cuando abro la puerta, no puedo creer lo que veo.

Calamandrei, con vaqueros y americana, sin camiseta debajo y con el iPhone en la mano, entra, se coloca en medio de la sala, pone *Love Never Felt So Good* de Justin Timberlake y Michael Jackson y empieza a bailar como un profesional

Todas lo rodeamos dando palmas. Calamandrei hace que Ilaria se levante del sillón, la arrastra al centro y se frota contra ella como un auténtico estríper.

Las chicas empiezan a sacar billetes de 10 euros y se los meten en el pantalón. Annamaria le lanza uno de 50 y lo incita a desnudarse. Y él, con lo egocéntrico que es, no se lo piensa dos veces.

Se quita las All Stars con la punta del otro pie, deja que se deslice la americana con un golpe de hombro que me hace comprender en qué ha invertido estas semanas en vez de escribir la novela y, por último, se vuelve de espaldas y empieza a desabrocharse el cinturón, se lo quita y se lo pasa entre las piernas provocando un delirio colectivo.

Entretanto, Annamaria le echa vino en el pecho y después lo lame entre los gritos de las demás, mientras Paola la graba en vídeo para usarlo como arma y poder chantajearla.

Ilaria está roja como un tomate.

—¡Basta, Leo, por favor! —le suplica inútilmente.

Él gira a su alrededor en bóxer y Silvia le lanza las esposas. Él las coge al vuelo y se las pone a la pobre novia, que sólo puede quedarse allí de pie y aguantar el tipo.

—Ése sólo mira por su culo —le susurro a Paola mientras disfrutamos del espectáculo apoyadas en el mueble del salón.

—Tienes toda la razón. Y ya que has sacado el tema... la verdad es que tiene un buen culo.

—Pues sí —asiento bebiendo un sorbo de vino.

La canción termina y él coge en brazos a Ilaria entre risas y felicitaciones generales. Luego pasa a una serie de *selfies* para publicar en Facebook y, por último, se viste y viene a sentarse a mi lado, sudado y satisfecho.

—¿Puedes explicarme una cosa, Calamandrei?

—Dime.

—¿Por qué no has estudiado danza en vez de ser escritor?

Se ríe a lo grande y me da una palmada en la pierna.

—Porque soy vago y no soporto que me digan en todo momento lo que tengo que hacer. Sólo me puedo dedicar a escribir, porque no tengo que rendirle cuentas a nadie, aunque no sé si se puede considerar un trabajo.

—¿O sea que no hay esperanzas de que lo dejes para dedicarte por completo al baile?

—Ninguna, tendrás que soportarme —me dice pasándome un brazo alrededor de los hombros.

—Por cierto, he leído tus páginas.

—¿Y?

—Y... —mido las palabras— hay que trabajarlas un poco.

—¿Qué es lo que no te gusta? —me pregunta quitándome el brazo del hombro.

—No es que no me guste, es que estamos en el filo de la navaja y es muy arriesgado. Mira, Calamandrei, todos están esperando que te des en toda la cara, ya lo sabes, y no puedes permitirte un paso en falso. No puedes empezar a hacer literatura psicoanalítica así, de repente, porque te desmontarían en

cinco minutos y tú no aguantarías las críticas. Y yo no quiero que te machaquen.

—Entonces te importo —me sonrío, impresionado.

—Claro que me importas, imbécil —le digo con la ayuda del alcohol—. Pero tienes que hacerme caso a mí, y a Bigazzi, y a todos los que te apoyamos y creemos en ti. No puedes seguir haciendo lo que te da la gana; han invertido un montón de dinero en ti y tienes que confiar en nosotros, o esto acabará siendo un fracaso total. —Respiro hondo—. Perdona que te lo diga precisamente ahora, sé que no es un buen momento, pero no sabes lo preocupada que estoy, y tenemos tan poco tiempo...

Antes de hablar, asimila la información.

—Soy un gilipollas.

—¿Qué?

—Sí, siempre hago el gilipollas y lo fastidio todo, igual que hice en la otra editorial. Creía que era insustituible, y al final me echaron.

—Ésta es tu gran oportunidad, Leonardo. No la desaproveches. ¿Recuerdas cuando me dijiste que querías ser mejor persona? Pues ahora tienes la oportunidad. Deja a un lado el orgullo y escucha los consejos de quienes pueden ayudarte a hacer un buen trabajo.

—¿Tú me puedes ayudar?

—Por supuesto que sí —le digo con énfasis—. Lo estoy intentando desde el principio, pero, desde que cambiaste la trama, sigues adelante tú solo, no confías en mí, me consideras una bibliotecaria desgraciada con una mierda de vida, lo cual en parte es cierto... pero, eso sí, soy buena en mi trabajo.

—Me están entrando ganas de abrazarte.

—Últimamente ya me has abrazado bastante —le digo tendiéndole la mano—. Y bien, ¿hacemos un pacto?

—Vale —dice estrechándomela.

—De ahora en adelante, el poco tiempo que tenemos trabajaremos como locos, sin hacer pausas ni para respirar hasta que acabemos y el libro nos convenza totalmente.

—De acuerdo, Fra.

Aunque sea la enésima promesa de una serie infinita, por una vez tengo la impresión de que no me está tomando el pelo.

Al final de la fiesta, cuando salimos para volver a casa, delante del portal leemos en el suelo:

ILARIA,

LE HE DECLARADO AL CIELO MI AMOR POR TI Y, POR UN INSTANTE, EL  
CIELO SE HA SENTIDO MUY PEQUEÑO

Ahora es oficial: ¡siento envidia!

## 25

Hace cuatro días que tengo a Calamandrei comiendo literalmente de mi mano.

No se queja, trabaja como una mula y tengo la sensación de que lo estamos consiguiendo.

Desde luego, no será una obra maestra, pero podría ganar el Strega. Si además Bigazzi se agencia unos cuantos votos a base de botellas de Sassicaia y fines de semana en Cortina d'Ampezzo, el resto es pan comido.

Creo que a Calamandrei le entró mucho miedo por lo que le dije la otra noche.

De vez en cuando, a la fachada de su personaje le salen grietas, y por ahí se filtra la luz despiadada de la realidad. Entonces entreveo al hombre de verdad, pequeño y lleno de temores, que llora en la oscuridad, e incluso le tengo aprecio.

Mientras trabajamos en su casa, como hacemos últimamente, me suena el móvil.

Contesto a un número desconocido y me quedo de piedra.

—Soy Marcello —me dice una voz al otro lado.

Miro a Calamandrei con los ojos como platos y noto que la sangre me baja a los tobillos.

—Sí... bue... nas tar... des.

—¿Podría venir a mi casa dentro de media hora?

—Sí, cla... ro —contesto después de mirar el reloj—. Cojo un taxi y voy.

Me levanto y cojo mis cosas como si se hubiera declarado un incendio.

—¿Adónde vas? ¿Me dejas así? —pregunta Calamandrei, víctima de un síndrome de abandono en plena regla.

—Algo importante... es por mi madre. Luego te llamo.

Salgo corriendo con el corazón desbocado. No sé qué pensar, no sé qué decirle, aparte de «por qué» un millón de veces.

La pregunta que más nos repetimos las mujeres a lo largo de nuestra vida.

El taxi me deja enfrente de la casa.

Me tomo mi tiempo. Siento que me falta el aire.

La mujer debe de estar fuera, o podría ser una trampa. Quizá ella ha imitado la voz de su marido para atraerme hasta aquí, yo entro, la casa está a oscuras, me golpea en los hombros con un trofeo que su difunto marido ganó en un campeonato de dardos, me arrastra hasta el sótano y nadie sabrá de mí nunca más, porque no le he dicho a nadie que venía aquí...

Me decido a llamar.

Pasan unos minutos infinitos y por fin se abre la puerta.

Y lo veo.

Siento como si me hubiera caído en la espalda un cubo de agua helada.

—Lo siento —consigo decir—, no sabía...

—Vamos dentro, fuera hace mucho frío.

Entro tímidamente en la casa y cierro la puerta asegurándome de que no hay nadie a punto de tenderme una emboscada.

Lo sigo hasta el salón y me quedo de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo, totalmente cohibida.

—Siento haberlo llamado cabrón. Estaba muy enfadada, no sabía que...

—¿Por qué? ¿Si lo hubiera sabido no me habría insultado? Uno puede ser un cabrón aunque vaya en silla de ruedas. En el fondo, somos los peores.

Sonrío amargamente.

—Siéntese, por favor. —Me señala el sofá—. Como ve, yo ya estoy sentado.

Sonrío de nuevo y hago lo que me pide.

Nos miramos en silencio.

Su aspecto no se aleja demasiado de la idea que me había hecho de él. Es moreno, con rizos y barba, muy delgado, y no aparenta más de sesenta años.

Debió de ser increíblemente atractivo cuando era joven.

—Se parece mucho a ella.

—Claro, es mi madre.

—Imagino que tendrá muchas preguntas que hacerme —dice, y enciende un cigarrillo, pensativo.

—Pues sí, aunque no sé por dónde empezar. Acabo de descubrir su existencia y no tenía ni idea de que el gran amor de mi madre era... usted... y ahora... me siento muy... sorprendida.

Y terriblemente incómoda.

Esperaba un hombre simpático y extrovertido, con barriga y un jersey a rombos, que me dijera cosas como «por fin te conozco, eres la hija que nunca



tuve, deja que te abrace». Trivialidades que se dicen por decir, pero que te abren el corazón, te conmueven y te hacen sentir a gusto. En cambio, me encuentro con un tipo frío y más bien distante, además de parapléjico. Y en vez de sentir compasión, me entran ganas de empujarlo calle abajo.

Dios mío, qué estoy diciendo...

—Mi madre dice que se querían mucho, que pensaban dejar a sus familias para estar juntos, que iban a hacer las cosas bien. ¿Qué ocurrió?

—¿No lo ve usted misma? —responde, cínico.

—Claro que lo veo, pero ocurrió hace mucho tiempo. —Trato de aliviar la tensión—. No sé... podía haber dado señales de vida, mandarle un saludo. Por Navidad...

—Yo quería a su madre. Muchísimo —me dice con la misma violencia que habría usado para decir «la odiaba».

—No lo pongo en duda —respondo sin dejarme impresionar—, pero, para mí, eso no son más que palabras.

Me mira tan resentido como Calamandrei cuando lo llamo ignorante.

—La quería más que a nada en el mundo —afirma, irritado—. ¿Mejor así?

—Ya, ¿y qué? Yo también quería muchísimo a John Lennon, pero él nunca lo supo, o sea que sólo son palabras. ¡Palabras!

—Pero nosotros estuvimos juntos, teníamos proyectos.

—Sí, ya lo veo, y mientras tanto mi madre ha ido consiguiendo puntos para hacerse la colección de platos de la clínica psiquiátrica. Sólo se trata de eso, ni más ni menos.

Si pudiera, se levantaría para echarme.

Apaga furiosamente el cigarrillo en el cenicero y me dirige una mirada cargada de rencor.

—¿Qué se cree, que no se me ha ido corroyendo el alma todos estos años? ¿Que no he pensado en ella todos los días? ¿En lo que perdimos? ¿En la mierda de vida que llevo? —dice golpeándose las piernas muertas—. Yo adoraba a Fiorella y sigo llevándola en el corazón, en la piel. Le escribo, le hablo, le hago un regalo por su cumpleaños, es como si estuviera aquí conmigo cada día y la echo muchísimo de menos, pero... ¿qué podía hacer, eh? Dígamelo usted, ¿qué podía hacer?

—No sé... ¿llamarla?

—¿Para decirle qué?

—¡¿CÓMO QUE PARA DECIRLE QUÉ?! —chillo con la voz de todas las

mujeres a las que, un día, no han ido a buscar y se han pasado la vida preguntándose el porqué—. ¡Para decirle que la quería, imbécil! Para decirle que no ha dejado de pensar en ella ni un solo día de su vida. Y que siempre la lleva en la piel. ¿Me quiere explicar qué sentido tiene usar todas esas frases tan bonitas si luego uno hace todo lo contrario? Cuando uno dice «te querré siempre», el otro espera que lo ame por lo menos diez años, no que a la primera dificultad salga corriendo... oh, perdone.

—¿Lo llama dificultad? —replica, airado—. ¿Qué podía ofrecerle? ¡Míreme! Soy un viejo paralítico que no puede hacer nada solo, no siento nada de cintura para abajo, ¿imagina lo que significa? ¡Que ya no soy un hombre!

—Por lo que veo, la cabeza le funciona más que bien, y los brazos. Al menos podría haber tenido la decencia de dejar que decidiera ella, ¿no cree? —insisto, sin sentirme intimidada—. Mi madre lo quería y nunca lo habría dejado. ¡NUNCA! Mi madre se ha consumido porque usted fue un cobarde y mandó a su mujer para decirle que no quería verla más y que sólo había sido un capricho. ¿Se imagina el golpe que debió de suponer para su pobre corazón? ¿Eh, se lo imagina? ¡Eso es lo que significa no ser un hombre para mí!

—¿Qué? ¿Mi mujer...? —pregunta, turbado.

—Ahora no le eche la culpa a su mujer, ¿eh? —Me cruzo de brazos—. ¡Demasiado fácil!

—Estuve en coma dos meses —me cuenta tratando de recordar—. Luego la rehabilitación... entrando y saliendo de los hospitales... y mi mujer se ocupó de todo. Antes del accidente yo la había dejado, y aun así se quedó conmigo. Me sentía obligado hacia ella, aunque ya no la quisiera. Pero no sabía que le hubiera dicho algo así a Fiorella.

—Pues parece que se lo dijo. Y no es como para reprochárselo... pero usted, cuando ya estaba rehabilitado, podría haber llamado a mi madre... al menos por su cumpleaños.

—Me escribió que todo había terminado, que volvía con su marido, que se había dado cuenta de que lo quería... y que no la buscara nunca más. Tengo guardada su carta.

Empieza a rebuscar en una caja llena de facturas viejas.

—No lo creo. Ella intentó suicidarse cuando usted, o su mujer, la dejó.

—¿Suicidarse? —repite, boquiabierto.

—Sí, ya ve... ¡cuántas cosas se ha perdido, Marcello! Mi padre y yo nos divertimos muchísimo durante años tratando de mantener unidos sus pedacitos mientras usted estaba muy ocupado compadeciéndose, como veo que sigue haciendo.

—Y entonces esto... —me dice tendiéndome la carta.

Le echo un vistazo y sonrío con la comisura de la boca.

—No es su letra —confirmando tranquilamente devolviéndole el papel—. Qué ingenuo es usted, o qué oportunista. Todavía no lo sé, lo decidiré mientras vuelvo a casa. —Cojo el bolso y me dirijo a la puerta—. No se moleste en acompañarme, sé dónde está la salida. ¡Adiós!

Hombres.

Juro que pienso escribir un manual sobre lo ingenuas que pueden llegar a ser las mujeres. Lo titularé *Si encuentras al príncipe azul, dale una patada en el culo*.

Si mi madre supiera que su Marcello se dejó engañar por tres frases mal escritas que falsificó su mujer y que hizo infelices a dos familias con tal de seguir castigándose, tal vez cambiaría de opinión sobre él.

Lo que realmente nos mata es sentirnos culpables.

Inspiro hondo un par de veces y llamo a Calamandrei.

—Por fin das señales de vida, ¿dónde has estado? —me pregunta en un tono que parece de preocupación.

—Luego te lo cuento, te servirá para la novela.

—Vamos a mi casa, pediremos comida japonesa. Nos vemos allí, tienes las llaves. Yo tengo que ver a una persona y luego voy.

El taxi me deja enfrente del portal. Meto la llave y empujo con fuerza. De pronto, veo una frase escrita en color blanco debajo de mis zapatos.

Retrocedo para verla mejor y leo:

FRA,

CUANDO NO ESTOY CONTIGO YA NO SÉ QUIÉN SOY, EL SUELO SE  
HUNDE Y ME DESINTEGRO

Me echo a reír y me vuelvo, buscándolo, pero no lo veo. Subo a su casa corriendo sin dejar de reír.

Es un fenómeno, no tiene remedio, se pasa la vida jugando y no se toma nada en serio, pero lo cierto es que sabe cómo sorprenderte.

Calamandrei ya está en el umbral.

—¿Qué? ¿He cumplido otro de tus deseos? —me pregunta con su sonrisa astuta, apoyándose en la puerta.

Sonrío sin saber qué contestar.

Se acerca a mí mirándome a los ojos y me coge la cara entre las manos.

Y entonces se me colapsa el cerebro.

Y ya no entiendo nada.

Me quita las gafas, me acaricia la frente, el cuello, me besa larga y lentamente.

Sé que todo es un craso error, que me arrepentiré el resto de mi vida y más allá, que me voy a meter en un lío, que no es nada profesional, pero también sé que mi cuerpo ya no puede más y que tanta abstinencia me está marchitando.

Me acaricia, me abraza, me desnuda, se desliza en mi interior, me habla, me besa, me toca, me tira del pelo, me muerde, me hace gritar, me hace reír, me mira, me hace sentir bella, me dice cosas que quiero oír y cosas que no, me arrastra, me confunde, me da la vuelta, me invade y así hasta el infinito, hasta que ambos estamos exhaustos y al fin apoyo la cabeza en su pecho.

Y duermo toda la noche.

Me despierto sola y tardo un poco en recordar dónde estoy y por qué estoy en la cama de Calamandrei.

Desnuda.

Luego la niebla del sueño se disipa y me acuerdo de todo.

El corazón me da un salto involuntario, y no sé si esta vez prevalece el sentimiento de culpa o la convicción de haber hecho una gilipollez irreparable.

Sólo estoy segura al cien por cien de una cosa: me ha gustado muchísimo.

Me levanto, recojo la ropa tirada por la habitación e intento pensar qué voy a hacer ahora.

Me lo encuentro en la cocina hablando por teléfono con su agente.

Está nervioso. Cuando me ve, me señala la cafetera.

Trato de volverme invisible mientras me sirvo café en la taza e intento formular algún pensamiento coherente, aunque sin éxito.

La cosa ya no tiene remedio. Lo hecho, hecho está, no puedo volver atrás, y Calamandrei es increíblemente atractivo. Con mi necesidad de sexo atrasada, es raro que me haya resistido hasta ahora.

De todas formas, mira que soy burra...

Al fin cuelga y niega con la cabeza.

—¡La voy a despedir! Si soy yo quien tiene que decirle lo que tiene que hacer, ¿para qué pago a una agente?

Me limito a sonreírle, y de repente caigo en la cuenta de que es lo que hacen sus grupis.

Se acerca y me besa en los labios.

—Sabes a café... bueno.

Al cabo de un segundo, estoy sentada en la mesa del desayuno y practicamos sexo salvaje (quiero decir exactamente *salvaje*). Tiramos las tazas, las galletas y el azucarero, que vuelan y se hacen añicos contra todos los rincones de la cocina.

No me reconozco, no soy yo (no la de siempre, al menos), mi cuerpo está totalmente separado de mi mente, del sentido común, de lo que es correcto, moral y sensato, de lo que he seguido toda mi vida y me ha llevado a una confusión total.

Después de la ducha me pongo mi uniforme de «invisible». Tiene la ventaja de que nadie se dará cuenta de que voy vestida igual que ayer. Y salgo corriendo hacia la editorial.

—¡Eh! —me detiene Paola en cuanto entro—. ¿Qué, has disfrutado de una noche loca?

—¿Qué quieres decir? —pregunto a la defensiva.

—Vas vestida igual que ayer. Sé distinguir todos los matices de tus rebecas de color beige y nunca las llevas dos veces seguidas. Para que luego digas que no te conozco...

Me pongo azul en un instante.

—¡NOOOO! —grita echándose a reír—. ¡¡¡Has follado con Calamandrei!!!

—¡CHIST! —Le tapo la boca—. Calla, por favor.

—¿Habéis follado o no?

—Un... un poco.

—¿Cómo que un poco? Cuéntame todos los detalles, guarra asquerosa.

—Por favor, no tiene que saberlo nadie —cuchicheo—. Ha sido una chorrada de una noche... y de esta mañana... en la mesa... en la ducha... pero ya está, nunca más, te lo juro.

—Lo necesitabas. —Me da una palmada en el hombro—. Te ha ido muy bien, ya tienes los ojos distintos. Siempre lo digo, un aquí te pillo, aquí te

mato le devuelve la vida a todo el mundo, y tú llevabas mucho tiempo sin echar un buen...

—Sueño —la interrumpo, y saludo con la mano a Silvia, que pasa por delante de nosotras—. Un buen sueño de ocho horas seguidas.

Entro en mi despacho y soy increíblemente productiva hasta las once pasadas, cuando me doy cuenta de que Calamandrei lleva una hora de retraso.

Cojo el teléfono para llamarlo, pero, de repente, me da vergüenza. Como si después de lo ocurrido entre nosotros no tuviese los mismos derechos que antes, como si no pudiera preguntarle «dónde estás» en calidad de editora con la que tiene una cita, porque parecerá que lo hago en calidad de mujer que *quiere* saber dónde está porque se ha acostado con él.

¡Ya decía yo que todo esto era una gilipollez!

Trato de no pensar en ello y sigo revisando su novela con la esperanza de que llegue. Espero una hora más y luego me armo de valor y decido llamarlo.

No coge el teléfono y siento que se me activa la señal de alarma.

Espero diez minutos y lo intento de nuevo, y así durante media hora, hasta que me rindo y le mando un mensaje, al que no responde.

Joder.

El sábado por la tarde llamo a Paola.

—Por favor, ¿podrías llamar a Calamandrei? A mí no me contesta —le digo tratando de ocultar el estado de ansiedad en el que vivo desde hace veinticuatro horas.

—¿Ya estáis con abogados de por medio? ¡Habéis quemado todas las etapas!

—Anda, por favor, no metas cizaña. Ya me siento como una mierda por un millón de razones... si ahora lo deja, será un desastre.

—Está bien. Lo llamo y te digo algo.

Rezo para que a ella tampoco le conteste, para que lo haya secuestrado una banda de contrabandistas mexicanos. La mayor sospecha que crece en mi interior es que yo ahora haya entrado a formar parte del sinfín de estúpidas que se ha llevado a la cama «después de haberles dicho lo que querían oír».

A los cinco minutos me llama Paola.

—¿Qué, desconectado? —pregunto, esperanzada.

—No, no, me ha contestado —dice, y siento una punzada en el hígado—. Está en Berlín, dice que lo sabías.

—¿En Berlín? No, no lo sabía. ¿Y qué hace allí?

—Con amigos, no sé... no he preguntado. Pero me ha parecido que estaba muy bien.

Ahora la punzada es muy dolorosa.

—Comprendo.

Y cuelgo.

Está en Berlín, con amigos, y está muy bien.

—¡Fantástico! —grito estrellando el jarrón de cristal, regalo de la madre de Edo, que estaba ahí esperando la ocasión de ser pulverizado contra la pared —. ¡A LA MIERDA! ¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡Y a la mierda!

Mira que soy tonta... ¿Qué esperaba, que me trataría con respeto? ¿Y por qué? Sólo he sido una presa un poco más difícil que las demás, y ha querido divertirse hasta hacerme capitular para confirmar que ninguna se le resiste.

Como un crucigrama especialmente difícil que le ha llevado más tiempo y energías de lo habitual completar.

Y ahora estoy totalmente empantanada.

Dios, me encantaría haber nacido hombre. Tendría una vida mucho más fácil y sin complicaciones. Y estaría en Berlín.

Calamandrei tenía razón al decir que nosotras, las mujeres, no estamos hechas para un aquí te pillo, aquí te mato, y que para ellos, en cambio, todo es cuestión de una «muesca» más. Pero que te olviden de un día para otro es muy doloroso.

Y yo llevo mucho tiempo soportando la indiferencia.

Paso un fin de semana horrible. Intento trabajar en el libro de Calamandrei esforzándome por no pensar en él ni en lo que ha habido entre nosotros (algo obviamente imposible). La idea de verlo el lunes por la mañana me aniquila.

Llegaré sereno, relajado, y se habrá follado por lo menos a tres azafatas. Y a mí ni siquiera me contesta al teléfono, porque ya no recuerda ni cómo me llamo.

Tengo que acabar lo antes posible, me digo, y luego volver a mi vida.

Ay, qué tonta... ¡si tampoco la tengo ya!

El lunes por la mañana llega demasiado pronto. Cuando me presento en la editorial, trato de fingir desenvoltura, pero es inútil.

A las diez y media mi teléfono suena por la línea de Mr. Big. Me llama porque quiere un informe y me preparo para soltarle otra ración de trolas,

esperando que Calamandrei vuelva pronto y me diga qué intenciones tiene.

Al abrir la puerta de su despacho, noto que está de pésimo humor.

Hacia tiempo que no lo veía así.

—Siéntese —me dice con un gesto afectado.

Me siento en la silla como si estuviera llena de brasas ardiendo y repaso mentalmente la excusa más plausible que he encontrado.

—A ver, ¿me quiere explicar qué ha pasado con Calamandrei?

Me sonrojo de pura vergüenza. No esperaba esto.

—No sé... nada —contesto a duras penas—. Ya sabe cómo es... es un autor difícil, eso ya lo sabíamos.

—No diga tonterías. Me llamó el viernes para decirme que no quiere seguir trabajando con usted. Tiene que haber ocurrido algo.

Empiezo a sentir que me falta el oxígeno.

¿Cómo que él no quiere seguir trabajando conmigo?

Me tomo mi tiempo.

—No tengo ni idea. Nos despedimos el jueves por la noche y todo iba bien —digo pasándome una mano por la garganta, como si tuviera una cuerda deslizándose alrededor—. No lo entiendo...

—Mire, dice que lo ha intentado todo, pero que no hay sintonía entre ustedes y que el libro en el que han estado trabajando no le gusta, porque es usted quien le insistió para que lo escribiera y no es de su estilo.

—No es verdad. Fue él quien quiso cambiar de tema, ¿no lo recuerda? Quería escribir una novela sobre una mujer que no lleva la vida que le gustaría y...

—¡Usted me aseguró que el libro estaba prácticamente terminado! —grita interrumpiéndome con un puñetazo en la mesa que hace caer los marcos—. ¡Y ahora resulta que no tienen nada! ¡Faltan pocos días y no tenemos ni la mitad de un libro malo!

—Incluso pensó en el título, dijo que quería llamarlo...

—Tenía que haberme avisado si algo no marchaba bien. Yo sabía que Calamandrei era un cabeza hueca, pero confiaba en *usted*. Y ahora sé que me ha mentado, me juró que teníamos libro y que todo iba bien.

—Pero, señor Bigazzi...

—He pasado una hora al teléfono con él y con su agente. Y he tenido que disculparme. ¡Encima eso! Me he disculpado porque usted se sentía tan segura de sí misma que prescindió de mí, creyendo que lo tenía todo bajo



control. Pues estaba muy equivocada, querida Francesca. Sólo quien tiene el poder tiene las cosas bajo control, y usted no tiene ningún poder. Nunca lo ha tenido, sólo ha creído tenerlo.

—Pero yo...

—Usted creía que podía hacer mi trabajo cuando ni siquiera sabía hacer el suyo.

Bajo la cabeza, ofendida.

—Estamos hablando de un Premio Strega —sigue chillando—, no de una novela para amas de casa frustradas como las que usted solía supervisar.

—Ya lo sé, señor Bigazzi, pero...

—¿¿¿Pero... qué??? ¿Cree que lo puede solucionar? ¡A partir de este momento, queda relevada del cargo!

El despacho empieza a girar vertiginosamente.

—Pero, señor Bigazzi, el libro está muy adelantado, se lo aseguro, es cuestión de poco. He hecho cosas peores en menos tiempo, yo...

—Calamandrei no quiere escribir ningún libro con usted, ¿lo entiende o no? Ha elegido a otro editor, alguien de su confianza. Usted tranquilícese y, claro está, olvide lo del ascenso, porque no lo tendrá nunca. Y olvídense también del aumento en su nómina. Ha estado a punto de llevarme a la ruina, o sea que deme las gracias por no despedirla de inmediato.

—Señor Bigazzi... por favor —imploro conteniendo las lágrimas.

—¿De verdad creía que iba a poder controlar a un escritor? —me dice, despectivo—. Es de una ingenuidad realmente inconcebible.

Asiento.

—Ahora salga, no la quiero ver más. ¡Me pone enfermo!

Salgo muy aturdida, como si me hubieran dado una paliza.

Llena de vergüenza y de un sentimiento de humillación tan grande que soy incapaz de encontrar el camino hasta mi despacho.

Paola me ve destrozada y corre hacia mí para acompañarme al lavabo sujetándome del brazo.

Le cuento lo sucedido llorando.

—Los hombres son horribles —comenta, seria.

—Algunos. Algunos sí.

Recojo mis cosas, cojo el bolso y me concedo el lujo de un taxi para ir directa a casa de Calamandrei.

Lo primero que observo es que la frase escrita en el suelo ha desaparecido.

Llamo y no contesta, aunque el portero me asegura que aún no lo ha visto salir.

Entonces recuerdo el juego de llaves que me dio con total confianza y corro subiendo los peldaños de dos en dos.

Abro la puerta y me quedo de piedra.

No tanto al verlo con la mano en la teta de una mujer a la que se está follando en la mesa de la cocina (como a mí hace 72 horas), sino porque la teta en cuestión es la de Ilaria.

Sí, exacto.

De Ilaria.

Calamandrei me mira como si fuera un fantasma.

Una mueca de sorpresa en la cara, que al momento se transforma en una sonrisa complacida.

—¿O sea que ahora tu editora es ella? —consigo decir.

—Tenemos más sintonía —me contesta como si la situación no fuera ya lo bastante surrealista.

—Ya lo veo.

Tiro las llaves sobre la mesa de la cocina mientras Ilaria al menos tiene la decencia de bajar y taparse.

Aprieto los dientes y me siento increíblemente estúpida.

Calamandrei viene hacia mí con esa sonrisa que, según cree, lo puede resolver todo.

—Anda, Fra, no lo tomes a mal.

—No sé quién coño te crees que eres, Calamandrei, pero hasta Dios es más humilde que tú —le digo antes de llegar hasta las escaleras.

Ilaria corre detrás de mí y me alcanza en el segundo tramo.

—Oye, Francesca, no digas nada de lo que has visto, ¿vale? —me pide en un tono ni arrepentido ni avergonzado. Parece que sólo quiera minimizar lo sucedido, como si la hubiera pillado robando bolígrafos en la oficina.

—Tranquila. Ya se lo dirás tú a Alessandro si tu conciencia te lo permite.

Paso dos días en casa haciéndome la enferma, convencida de que les hago un favor a todos y sin dejar de preguntarme por qué ha ocurrido todo esto y por qué Calamandrei ha llegado a tanto.

Por qué tanta maldad gratuita.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

E Ilaria... menuda puta está hecha.

Paola lo intuyó desde el principio.

Tiene razón Bigazzi, fui increíblemente ingenua al creer que éramos una gran familia, al creer que éramos un equipo.

Evidentemente, he leído demasiados libros y he perdido el contacto con la realidad.

Y echo de menos a Edo. Pero ahora es demasiado fácil.

Después de trabajar, Paola viene a verme.

—¿Cómo estás, cariño?

—Mal. No sabes cuánto.

Me mira en silencio, uno de esos silencios oscuros que se hacen cuando no hay palabras reconfortantes ni sugerencias útiles que dar, y va a prepararme una taza de té.

—Tenías razón al cien por cien sobre Ilaria. Es una víbora.

—Me he enterado de que va a encargarse del libro de Calamandrei. Bigazzi ha convocado una reunión esta mañana.

Se me hiela la sangre. Ahora soy invisible. Ya no existo. Paola me lee la angustia en la cara.

—Pero no hay tiempo para que escriba un nuevo libro, ni con un milagro lo conseguiría... Además, seguro que también se cansa de ella. Es así, se aburre enseguida.

—No, no creo que se canse. Son los dos exactamente iguales. A saber cuánto tiempo llevaban acostándose antes del otro día —se me escapa.

—¿Se acuestan? —Abre los ojos como platos—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Nada, era hablar por hablar. Se ve que están unidos y...

—¿Qué coño estás diciendo, Fra? Has dicho «antes del otro día».

Me coge por los hombros, me zarandea y se me cae encima el té hirviendo.

—¡Ay, cómo quema!

—Fra, mírame a los ojos y dime que no has pillado a Ilaria y Calamandrei juntos.

—No he pillado a nadie —respondo bajando enseguida la mirada.

—Fra, está en juego el futuro de nuestro mejor amigo, va a casarse con ella. ¿Quieres llevar este peso en la conciencia para siempre?

—Total, el amor da asco. —Me encojo de hombros—. Mejor que viva una ilusión.

—Fra —dice chasqueándome los dedos delante de la nariz—, dime qué sabes o te torturo físicamente. ¡Y voy a hacerlo!

—Paola, por favor, no me obligues...

—¡¡¡Francesca, dime qué sabes!!! —me chilla en un tono amenazador.

Suspiro.

—Cuando fui a su casa a pedirle explicaciones, los pillé follando en la cocina. En la mesa.

—¡No me lo puedo creer! —exclama, asqueada—. ¡La muy puta!

Asiento.

—Y hacía el papel de novia enamorada —dice con las manos en el pelo.

—Sólo está enamorada del matrimonio, no de Ale —sentencio—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Decírselo, naturalmente.

—No, no lo hagas, Paola.

—Por supuesto que lo haré, a menos que lo hagas tú. ¿Tú no querías saberlo?

—No, Paola, no querría saberlo, duele demasiado. Además, a lo mejor sólo fue una vez, y puede que Ale tampoco lo quiera saber. No lo hagas, por favor. No le arruines la vida, no lo merece.

—Fra, ¿te ha estallado el cerebro? ¿Crees que alguien debe ignorar algo como esto? El matrimonio es un juramento que se hace ante Dios y los hombres, no ante los Teletubbies. —Se impacienta—. ¡Él tiene que saberlo! ¡TIENE QUE SABERLO!

—No lo sé, yo no me veo con ánimos de decírselo.

—Bueno, se lo diré yo.

—Paola, antes piénsalo bien.

—Ya lo he pensado y me sorprende que no estés de acuerdo conmigo.

Me cojo la cabeza entre las manos.

—Ya no sé lo que está bien ni lo que está mal. No me lo preguntes a mí. Mi vida se ha ido al carajo.

Literalmente.

Vuelvo a la editorial con la sensación de que entro en ella por primera vez.

Todos me miran, cohibidos y al mismo tiempo contentos de no estar en mi lugar.

Es lo que los alemanes llaman *Schadenfreude*, el placer que se siente al contemplar la desgracia ajena.

Ocupo de nuevo la mesa que tenía antes, en el despacho con Silvia, y hago lo que solía. En el fondo, la verdad es que me alegra estar lejos de las miradas de compasión de los demás. Y de las risas de Calamandrei e Ilaria, total y desagradablemente sintonizadas.

Por la noche regreso a casa cabizbaja, como si estuviera pagando una condena que me pesa físicamente sobre los hombros.

Lo único que sabía hacer bien, que daba un sentido a mi vida, mi único proyecto real de futuro, ha naufragado.

¿Y ahora qué hago? ¿Ahora quién soy?

La pregunta me da vueltas y más vueltas en la cabeza mientras preparo una cantidad espantosa de merengues y dejo que se quemem en el horno deliberadamente.

Sobre las diez llaman al timbre.

Abro sin preguntar quién es, esperando ver subir a Paola.

Pero es Edo.

Sonríó al verlo, sorprendida. No sé cómo recibirlo y me siento torpe y confusa.

¿Lo abrazo? ¿Lo beso en las mejillas? De pronto, no sé cómo debo comportarme.

Él también se siente incómodo y fuera de lugar, aunque ésta haya sido su casa hasta hace poco.

—¿Has venido a por tus cosas? —le pregunto secándome las manos en el delantal.

—No, yo... sí, debería cogerlas, lo sé, pero como nunca se me ha dado bien hablar, pues... te he escrito una carta —me dice tendiéndome un sobre—. Te echo mucho de menos —prosigue con los ojos húmedos, visiblemente

emocionado—, y quiero volver contigo. No me gusta no tenerte a mi lado, no me gusta la vida sin ti...

Lo miro seria y en un momento me pasa por delante toda nuestra historia.

Nuestra historia entera.

Recuerdo la persona maravillosa que es, entusiasta de la vida, optimista, confiado, siempre dispuesto a ver el lado bueno de las cosas, sensible, honesto.

Tengo el sobre entre las manos como si quisiera sopesar su contenido, y casi puedo *sentir* las palabras a través del papel, como si mis dedos percibieran el amor.

—Te he engañado.

—¿Qué? —dice en voz baja.

—Lo has oído bien, he estado con otro. Es justo que lo sepas.

Los cristales de su corazón roto quedan esparcidos en el suelo de la cocina, el mismo donde bailábamos, yo con los pies en sus pies.

Baja la cabeza, vencido, destrozado, muerto.

Lo he matado yo.

Se va.

Esta vez en serio.

Esta vez para siempre.

*Hola, Tuz:*

*Ya lo sé, debería escribir «Querida Francesca», pero es la fuerza de la costumbre y no me sale.*

*No sé ni por dónde empezar. La última vez que te escribí una carta fue en nuestro primer aniversario, ¿te acuerdas? Fuimos a cenar a una casa rural, en Toscana. La calefacción se había estropeado, hacía mucho frío y la dueña nos regaló una botella de vino y un montón de castañas asadas que nos comimos en el coche.*

*Te regalé un lector de MP3 y cargué Born to Be My Baby de Bon Jovi, porque habíamos decidido que era nuestra canción, la de nuestro primer beso.*

*Tú llevabas un gorro de lana calado hasta los ojos, bufanda y guantes, y reías y cantabas y pelabas las castañas. Y eras feliz.*

*Te di una carta en la que te decía que mi vida empezó el día que te conocí*

*delante de la máquina de café y que esperaba seguir haciéndote feliz el resto de mi vida.*

*Creía que mi amor bastaría para colmar nuestras soledades y la amargura de nuestras infancias desgraciadas.*

*Quería protegerte de ti misma, de tus dolores, de tus miedos, pero no lo logré; en algún punto del camino me perdí.*

*Tú me hiciste de guía, has sido mi amiga, mi cómplice, mi mentor, mi amor inmenso, pero se ve que, sin darme cuenta, me aproveché de ello.*

*Y empecé a decepcionarte.*

*A veces hacemos las cosas sin saberlo, convencidos de que estamos haciendo lo mejor, y te pido disculpas desde lo más profundo del corazón.*

*Sé que tengo muchos defectos y que, como siempre me has dicho, no soy dinámico ni ambicioso, pero siempre he sabido una cosa: que tú eras la persona idónea y que sólo te amaría a ti.*

*Me habría gustado ofrecerte mucho más, pero sólo fui capaz de darte lo que tenía.*

*Quiero que sepas que tú has sido todo lo que yo podía desear, e incluso más.*

*Por eso lo único que me reprocho es no haber estado a la altura.*

*Una vez me preguntaste qué habría hecho si tú no hubieras llegado a mi vida y te contesté: «Te habría ido a buscar».*

*Y es cierto, lo habría hecho.*

*Habría ido a buscarte al fin del mundo.*

*Por suerte, fuiste tú quien vino a buscarme y a salvarme.*

*En todos estos años, te he observado y he aprendido a conocerte. Y he aprendido que no cambiaría nada de ti, ni siquiera tus defectos (aparte del hilo dental que dejas en la repisa del lavabo).*

*Sé que después de bañarte te gusta sentarte en el borde de la bañera envuelta en tu albornoz verde, como hacías cuando eras niña; que te dan miedo los aviones; que cuando estás nerviosa, te tocas la ceja derecha; que cuando eres feliz, canturreas Inner Smile de Texas; que tu sentido de la orientación es nulo; que en el cine sufres un déficit de atención a los 45 minutos exactos; que el calor te hincha los tobillos y el frío te reseca la piel. Sé cuándo te va a entrar dolor de cabeza con un cuarto de hora de antelación, que te arrepientes de no haber seguido estudiando piano y que detestas Venecia. Y no es cierto que odies los pasteles, es que te recuerdan a*

*tu madre cuando estaba bien.*

*Eres más fuerte de lo que crees y le has hecho de madre a todo el mundo. También un poco a mí, lo reconozco, y comprendo que necesitabas a alguien que te apoyara más.*

*Por eso me parece imposible que nuestras vidas se separen sin un motivo concreto.*

*Lo entendería si uno de los dos hubiese engañado al otro o si lo hubiera descuidado, tratado mal u ofendido, pero mientras haya una posibilidad de cambiar, quiero intentarlo.*

*Me esforzaré al máximo y no te arrepentirás.*

*Sin duda, no soy el hombre perfecto, pero por mí, por ti y por nuestro amor, de ahora en adelante voy a desear sólo una cosa, lo que nos merecemos.*

*Lo mejor.*

*Me convertiré en el hombre más seguro de sí mismo que hayas visto, a partir de ahora no tendrás que pensar en nada, yo seré el hombre de la casa.*

*Con amor,*

*Tu Edo*

Y luego me faltó el aire.

Abrí las ventanas, pero no podía respirar.

Cuando una historia termina de verdad, deja tras de sí un vacío que no se puede explicar con palabras.

Es como imaginar que te ahogas y después ver que estás realmente bajo el agua, con la boca abierta y los pulmones a punto de estallar.

Sólo hay una diferencia.

Pensar que tu vida será mejor cuando él ya no esté y constatar que el silencio absoluto que ha sustituido su buen humor es un chorro de alquitrán denso y asfixiante.

Que se te pega al cuerpo y no deja que te levantes del sofá.

El mismo sofá Ektorp de dos plazas que, de pronto, es demasiado grande para ti sola.

Y cada minuto sin él sólo es uno de los infinitos minutos que vendrán en el futuro. Y el hecho de saber que ya no habrá un «nosotros» es una mano que te coge el estómago y lo vuelve del revés, como un guante.



Ahora la casa está mutilada.

No es una casa donde vive una persona, es la casa donde vivían dos.

La mitad del armario está vacía, la librería está llena de espacios, sólo queda un cepillo de dientes en el vaso, la cama es enorme y gélida, mi taza *Keep calm and eat cupcakes* parece que se burle de mí desde el mueble del desayuno.

¿Es esto lo que tanto deseaba? ¿Quedarme aquí sola, junto al eco ensordecedor de nuestros recuerdos, como si estuviera entre las paredes de un castillo lleno de fantasmas?

Me duelen todos los huesos, me estoy rompiendo en pedazos y no puedo hacer nada.

No puedo hacer nada, excepto asumir mis responsabilidades y prepararme para vivir el resto de mi vida sin él.

La vida en la oficina se ha vuelto insoportable.

Prácticamente soy invisible, como si todo el trabajo que he hecho en diez años lo hubiera barrido una sola falta: haber confiado en un payaso como Calamandrei.

Hay días en que la rabia se me come viva y no dejo de pensar en lo estúpida e ingenua que he sido. Demasiado segura de mí misma para creer que fracasaría... luego recuerdo que soy un ser humano y trato de perdonarme.

Pero no lo consigo. Y creo que jamás lo conseguiré.

Ilaria, Calamandrei y Bigazzi son inseparables. Casi nunca salen de su despacho, sólo para ir a comer a Nobu a cuenta de la editorial. Cuando cruzan el pasillo se ríen y se tratan de tú, como viejos amigos, y cuando Calamandrei me ve en el pasillo, me guiña un ojo.

Y a mí me gustaría matarlo.

El libro es *top secret*.

Están haciendo una campaña publicitaria que es lo nunca visto: *El libro secreto de Leonardo Calamandrei*. Todo el mundo quiere saber de qué se trata, la prensa se está volviendo loca y los librereros encargan miles de ejemplares.

Los programas más importantes se disputan la presentación y Calamandrei deja que lo cortejen como una vieja diva de Hollywood.

A Bigazzi lo veo tan soberbio que me da asco. Cree que ya tiene el Strega en el bolsillo y se comporta como si hubiera descubierto un tratamiento contra el cáncer.

Y por desgracia, en este mundo y para cierta gente, ambas cosas son equivalentes.

Yo siempre voy cabizbaja y con los auriculares de mi MP3 puestos, así no intercepto miradas o informaciones de las que no quiero saber nada.

Vuelvo a ocuparme de Maria Vittoria Spagnulo y de los novatos. Al menos, entre quejas, crisis histéricas y pataletas, los días se pasan volando.

La casa de Paola se ha convertido en una especie de centro de

rehabilitación para corazones rotos. Somos ella, yo y, como era de esperar, Alessandro. Paola lo informó puntualmente y ahora yace entre nosotras en el sofá, sin asearse durante días, y llora más que Oliver cuando Jenny muere en sus brazos al final de *Love Story*.

Cada uno intenta recoger los pedacitos de los demás, y al agacharse pierde los suyos.

No tenemos planes de acción ni proyectos, aparte de llegar al viernes por la noche, beber y llorar.

La alfombra de pañuelos de papel es tan tupida que parece que haya nevado en el salón.

Por turnos, cada uno se desahoga siguiendo un razonamiento que ha empezado en su cabeza media hora antes, y los otros dos intentan calmarlo y hacerlo reflexionar con buen sentido y diplomacia. Pero cuando uno se atreve a decirles a los demás: «Tú no puedes saber cómo estoy yo», empezamos a competir para ver quién está peor. Y gana por unanimidad Alessandro.

Todos hemos perdido a la persona amada de una manera distinta: a Ale le tomaron asquerosamente el pelo; a Paola la agredió alguien que afirmaba amarla demasiado; yo lo destrocé todo, porque si no, con el afecto tan grande que nos unía, nunca lo habríamos dejado.

He leído un millón de veces la carta y cada vez he llorado como una Magdalena por el dolor de la pérdida, pero también he recordado todas las veces que Edo me prometió que sería más fuerte y más adulto, y después de intentar hacerse el hombre dos días, se acomodó de nuevo a mi estela tranquilizadora y aceptó mis decisiones.

Y no. No podíamos seguir así.

Pero la congoja que siento al recordar su cara en el momento exacto en que le dije que lo había engañado es una cruz que voy a llevar dentro siempre.

Paola no para de echarme en cara que se lo haya dicho y yo le echo en cara a ella que se empeñara en decírselo a Alessandro. Entonces ella insiste en que son dos cosas distintas: que para mí había sido un aquí te pillo, aquí te mato, que no practicaba sexo desde hacía muchísimo tiempo y que había sido una especie de necesidad terapéutica, mientras que Ilaria es una cabrona que lo había premeditado todo para quitarme el sitio y, por tanto, había que avisar a Ale del peligro.

Hasta hoy, aún no ha logrado convencerme.

Yo no habría sido capaz de ocultárselo, no quería que Edo siguiera amando

a una persona que ya no existe.

Es justo que encuentre una mujer que lo haga tan feliz como merece.

Huelga decir que el sueño es algo que he olvidado y que se me ha agrietado una muela de tanto apretar los dientes.

Mi madre sigue fingiendo que está catatónica delante de mi tía, y cuando ya no puede más y la manda a la porra, su hermana llama al médico. Durante la visita, la paciente se muestra tranquila y un poco atontada, como se espera de ella, y entonces la tía hace una escena histérica diciendo que le toma el pelo y el doctor le receta tranquilizantes a ella antes de irse.

Esto no puede durar mucho. Están pensando en cambiarle el tratamiento y cada vez es más difícil controlarlo todo.

Tengo que encontrar un médico dispuesto a considerar tratamientos alternativos a la molécula química, cosas obsoletas, como la ternura y el amor.

Y no es fácil.

Ale se levanta para ir a buscar sus seis latas de cerveza de 50 cl. y no nos habla hasta que no se ha bebido la tercera.

Cuando está lo bastante calmado, nos mira, sonrío y dice con dulzura:

—¡Sois todas unas putas!

Ninguna de las dos se atreve a contradecirlo.

—¿Crees que podría hacerse daño? —me susurra Paola.

—¿Más todavía? —le respondo desde mi esquina del sofá.

Me hago un ovillo y dormito un poco. Y así todo el fin de semana, hasta que el domingo por la noche, triste, obtuso y asfixiante a causa del exceso de calefacción, termina y llega el desolado lunes con su apariencia de normalidad.

—Buenos días, Francesca. Soy Marcello —me dice una voz que trata de ser amistosa.

—Buenos días... ¿todo bien?

—Pues no, en absoluto. Y usted es la única que puede ayudarme, o sea que... imagínese.

—La diplomacia no es su fuerte, ¿eh? Ahora entiendo qué vio mi madre en usted.

—Mire, Francesca, desde que vino no he hecho más que pensar en sus

palabras, en todo el tiempo que he perdido y en cuánto echo de menos a Fiorella. Tuve una pelea monumental con mi mujer por la carta. Y créame, decir «¡me voy!» y quedarme parado delante de la escalera con la silla de ruedas no es la mejor manera de salir de escena. Y ahora me encuentro es una situación verdaderamente incómoda.

—Lo comprendo. ¿Y en qué puedo ayudarlo?

—Tengo que ver a Fiorella.

—Olvídelo. Usted es lo último que necesita mi madre.

—Lo sé, Francesca, lo sé, pero necesito hablar con ella, verla, decirle qué pasó realmente. Ayúdeme, por favor. Ya sabe qué siento por su madre.

Guardo silencio un instante, llena de resentimiento y pena.

—Es difícil creer lo que dice, Marcello. Además, no quiero lanzar a mi madre a otra espiral de dolor justo ahora, que empieza a salir adelante. Perdone, pero no me veo con ánimos.

Ahora es él quien guarda silencio un momento.

—Tiene usted toda la razón, y sé que no soy digno de compasión. Arruiné mi vida al quedarme con una mujer a la que no quiero y que no me quiere para atenuar mis sentimientos de culpa. Eché por la borda lo que más amaba, pensando que al no ir a buscarla le hacía un favor. No podía imaginarla enjaulada en una no-vida conmigo y, como creía que me había dejado ella, preferí no volver y atormentarla con el pasado. Me he castigado día tras día y, poco a poco, me he ido volviendo agrio, cínico, hosco y aburrido, todo lo que antes no era... porque tú no lo sabes, Francesca, pero yo siempre me estaba riendo, amaba la vida, me gustaba bailar, viajar y hacer el amor, y lo que más deseaba en el mundo era estar con Fiorella. Todos estos años, aquí inmóvil, no he hecho más que imaginar la vida que habríamos tenido si aquella noche hubiera llegado a vuestra casa. Es asquerosamente egoísta, me doy cuenta, y no debería contártelo a ti, pero el amor que sentía por ella es lo que me ha dado fuerzas para seguir adelante todos estos años sin acabar de una vez por todas. El hecho de haber conocido el amor verdadero me ha salvado la vida.

Se me hace un nudo terrible en la garganta.

—¿Ahora nos tuteamos? —murmuro, turbada por tal avalancha de sentimientos.

—Sí, me gustaría. Y me gustaría conocerte, volver a verla a ella, tratar de hacerla feliz. No pienso en mí, créame, y no es por resarcirla. Es para no malgastar más tiempo, porque a estas alturas ya no nos queda mucho...

—Marcello —le digo con lágrimas en los ojos—, por favor, tú que lo sabes, dime qué es el amor, el amor verdadero... porque yo no lo sé, y creo que no lo sabré nunca.

—Francesca, querida, lo único que debes saber es lo que no es amor: el amor no es rabia, resentimiento, amargura, aburrimiento ni miedo. El resto, todo lo que haces con el corazón abierto y confiado por una persona sin la que no puedes estar ni un minuto... eso es amor.

—¿Cuándo quieres verla? —sollozo.

—El último domingo del mes, una asociación de voluntarios nos lleva de excursión. Pediré que me dejen en el Parque Norte. Por favor, acompaña la hasta allí.

*Lo que no es amor*, me digo al colgar.

—Engañé a Edoardo con nuestro autor más puntero. Tenía que escribir con él la novela que va a ganar el Premio Strega, y ahora él, por despecho, no quiere seguir trabajando conmigo, o sea que he perdido la posibilidad de ascender y por poco el empleo. Yo me lo he buscado, jugué con fuego pensando que no me quemaría y al final me quemé viva. Y lo peor es que herí atrocemente a Edoardo y no se lo merecía. He perdido todo lo que era realmente importante.

Me mira con intensidad y me sonrío como si estuviera al corriente de algo que yo todavía no comprendo.

Como cuando me decía: «Cuando seas mayor, lo entenderás».

Pero ahora empiezo a comprender.

—No te sientas culpable, cariño —me dice con ternura—. Somos humanos y, como tales, tenemos muchos defectos y les damos un peso exagerado a las cosas en las que creemos, como si estuvieran escritas sobre piedra. Es porque necesitamos agarrarnos a algo sólido. Pero los sentimientos son lo último que puede sostenernos, son como las telarañas: parecen resistentes, pero ceden al primer tirón. Sé que es cómico que te lo diga precisamente yo, pero si hay algo que he entendido en estos años perdidos mirando al vacío es esto: el equilibrio lo es todo.

Me da un beso leve en la frente.

—Mamá, tengo que decirte algo importante —le anuncio titubeando.

—Dime, cariño.

—Tengo miedo. Me da miedo decírtelo porque temo que te haga más mal que bien, pero si no te lo digo, nunca podrás enfrentarte a la verdad... y ya ha habido bastantes heridos en el campo.

Me mira interrogativa.

—He visto a Marcello.

—¿Qué? —se alarma.

Asiento.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo está? ¿Dónde está? ¿Por qué lo has visto?

—Quería saber, mamá, quería saber quién era el hombre a quien amaste más que a tu vida. Para mí era importante comprender por qué era tan

especial.

Se tapa la boca con la mano, impresionada.

—Tú lo...

—Lo busqué. Tardé un poco, pero lo encontré. Fui a su casa y, por desgracia... —respiro—, por desgracia quedó parálítico después del accidente.

Baja los párpados y susurra un «no» con el estómago, muy penoso, muy lejano.

Intento mantener la calma, una calma que no siento, y cada vez me arrepiento más de habérselo dicho.

Ella no puede soportar algo así, lo sabía. Sería demasiado para cualquiera.

—Mamá... por favor —le digo acariciándole la espalda.

—Parálítico... —repite con la voz ahogada en un mar de lágrimas.

—Él no quería dejarte... fue su mujer la que te dijo todo aquello. Luego le escribió una carta a él fingiendo que eras tú, donde le decías que todo había terminado. Por eso él no fue a buscarte, creía que no podía ofrecerte nada y no quiso insistir, porque creía que lo habías olvidado y que volvías a ser feliz con papá.

—Yo no lo sabía... creía que me había olvidado, que me había tomado el pelo.

—No. Tu recuerdo es lo único bueno que ha tenido estos últimos años tan largos. Marcello no ha dejado de quererte ni un minuto.

Ahora su llanto es un dique de dolor que cede por completo y arde con toda su fuerza. Como si le estallara el alma.

—Te quiere ver, mamá. Quiere que quedéis, hablar contigo.

—¿En serio? —pregunta con una vocecilla muy pequeña.

Asiento con la cabeza.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Dentro de tres domingos, te acompañaré al Parque Norte. Él estará allí, sin su mujer. —Sonríó—. ¿Crees que serás capaz? Si no, le digo que no te ves con ánimos. Lo entenderá.

—Sí, quiero verlo —me dice con total seguridad—. Pero tres domingos es mucho tiempo.

—Habéis esperado todos estos años... ¿por qué tanta prisa ahora? —me río.

Ella también sonríe entre las lágrimas. La veo más joven, como si se le



hubiera encendido una luz dentro.

—Te pondrás guapa para él y dejarás de llorar, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —me dice como si fuera mi hermana menor.

Es curioso, yo que nunca he querido tener hijos siempre acabo haciéndoles de madre a mis seres queridos.

Al cabo de dos semanas, Ediciones Bigazzi está en plena efervescencia por la salida del libro.

Parece que nos hayan traído el nuevo *Harry Potter* en el furgón de seguridad blindado.

Bigazzi ha encargado un refrigerio a base de caviar y champán. Hay decenas de bandejas con espléndidos canapés de distintas formas y colores en la gran mesa de las reuniones, y una caja de cartón que contiene los ejemplares recién salidos de la imprenta.

El gabinete de prensa está en ebullición y Annamaria se ha vestido como para ir a una boda, incluidos el peinado y la manicura. Es uña y carne con la Zarina y con Ilaria, que sonrío feliz, como si se estuviera casando. El hecho de que la boda se anulara no le afectó lo más mínimo, puede que se arregle el vestido de novia para la fiesta del Premio Strega. Eso sí, cada vez que me mira, convencida como está de que fui yo la chivata, leo en sus ojos la promesa de torturas inenarrables.

Ella no sabe que no hay nada peor en el mundo que lo que yo estoy pasando ahora, nada podría herirme más.

Paola y yo nos colocamos en el fondo de la sala, apoyadas en el radiador. Esperamos a que llegue Calamandrei, que sólo aparece con media hora de retraso.

Entra como si acabara de salir de la ducha, le da un beso a Ilaria y otro a la Zarina. Luego le dice algo al oído a Bigazzi y éste se ríe muchísimo, lo cual me provoca una úlcera perforada.

—Os he reunido a todos aquí porque hoy, como sabéis, es un día muy especial —anuncia Bigazzi con voz animada—. El dieciocho es mi número de la suerte, y hoy es dieciocho de marzo y sale el libro de Leonardo. —Aplausos—. Y esto sólo puede ser una señal... Hemos trabajado duro, a pesar de los *problemas* de la fase inicial. Pero, gracias a un fuerte espíritu de grupo, hemos conseguido sacar una obra maestra.

Aplausos.

—¿Una obra maestra? —le susurro a Paola—. La Cuellicorta se está

llevando todo el mérito.

—Ya te lo dije —responde levantando un hombro.

—Es el mejor libro de los últimos diez años —prosigue Bigazzi—, mejor que Franzen, mejor que Coe, incluso mejor que Grossman.

Y aquí le da una palmada en el hombro a Calamandrei, que finge modestia. Más aplausos.

—Dime que no ha dicho Grossman —me susurra Paola.

—Ha dicho Grossman.

— ... Con gran orgullo, os muestro el *best seller* que va a ganar el Premio Strega y que encabezará las listas de ventas en los próximos meses... Además, la Warner Bros acaba de proponernos su adaptación al cine — anuncia cada vez más eufórico.

Silbidos y gritos de alegría sin cesar.

Ilaria abraza a Calamandrei y le dice algo como «eres grande, lo hemos conseguido». Finjo no oírla mientras la Zarina le levanta la mano derecha, como si fuera un boxeador que ha ganado el combate.

Bigazzi coge el cúter que le tiende Annamaria y corta el precinto que sella la caja de cartón con solemnidad, como si se tratara de la botadura de un barco. Abre las cuatro pestañas de la caja, extrae un ejemplar y nos lo enseña lleno de emoción y entusiasmo, como si fuera su hijo recién nacido.

En la cubierta, una foto en blanco y negro de varias cartas de correo aéreo tiradas en el suelo sobre un fondo en el que se ve una alambrada. El título es *Cartas en la nieve*.

Sonríó ante la idea de la tercera novela inventada en dos meses y aplaudo despacio, repitiendo: «Enhorabuena, cabrón», segura de que me está mirando y me lee los labios.

Y mentalmente felicito a Ilaria por haber conseguido que terminara una novela sin recurrir a estupefacientes, aunque es evidente que contaba con argumentos mucho más persuasivos que los míos.

El libro pasa de mano en mano entre los comentarios entusiastas de todo el mundo, y al fin me llega a mí.

Por deformación profesional mezclada con masoquismo, empiezo a leer por el final: los agradecimientos. Obviamente aparecen muy a la vista los nombres de Bigazzi (*sin su apoyo nunca lo habría conseguido*) y de Ilaria (*la mejor editora que se pueda desear*).

Luego empiezo a leer la sinopsis y se me hiela la sangre.

—¡Es el libro de Rapisardi! —le digo a Paola.

—¿Qué? —exclama quitándomelo de las manos.

—Es su novela, palabra por palabra, la reconozco perfectamente. Ni siquiera se han molestado en cambiarles los nombres a los protagonistas.

—Pero ¿cómo es posible? —me pregunta hojeándola.

—El manuscrito estuvo durante meses encima de mi mesa, esperando que llegara el momento oportuno de proponérselo a Bigazzi... se lo dejé leer a Ilaria para tener una opinión. ¡Y el libro le encantó!

—¡Qué cabrona!

—Sí, eso ya lo sabíamos, pero esto es peor... ¡es un plagio!

—¿Y qué podemos hacer?

—Tengo que hablar con Bigazzi, no puedo creer que haya consentido algo así. Esto es robar la propiedad intelectual, existen leyes al respecto —digo, y me pregunto si realmente existen leyes al respecto.

Estoy aturdida, ofendida y, sobre todo, asqueada.

Espero hasta última hora de la tarde a que se calme la euforia, luego me armo de valor y voy a su despacho.

Entro sin llamar.

Al verme, su sonrisa se transforma en una mueca de disgusto.

—¿Qué? ¿Ha venido a darme la enhorabuena?

—En absoluto —contesto mostrándole el libro—. Usted sabe igual que yo que no lo ha escrito Calamandrei, sino Rapisardi.

—Yo no sé nada, Francesca. Usted puede creer lo que quiera, pero, si me acepta un consejo, intente no saber nada usted tampoco, y así dormirá tranquila.

—¿Me está amenazando?

—Yo no amenazo a nadie —responde en tono grave, relajándose en la silla—, nunca ha sido mi estilo. Simplemente, yo de usted disfrutaría el buen momento que vive mi empresa y dejaría a un lado los cotilleos. Pero, en fin, le repito que haga lo que quiera.

Me quedo allí de pie, en silencio.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —logro decir al cabo de unos segundos—. ¿Desde cuándo vender es más importante que el trabajo, la pasión, el sacrificio y el talento de los autores? ¿Cuándo se ha convertido todo en un asco?

—Así es el tiovivo, Francesca. Usted decide si se quiere montar o no.

Lo miro a los ojos un instante.

—Lo siento. Yo me bajo aquí.

No se digna siquiera a contestarme. Se limita a una expresión que interpreto como «haga lo que quiera».

Vuelvo a mi mesa, recojo mis cosas, le digo a Paola que nos vemos en casa y me voy lo más rápido posible.

No sé qué hacer, no sé si avisar a Rapisardi o esperar a que se dé cuenta. Estoy muy confusa y, como siempre, muy sola.

Vuelvo a casa en estado de trance.

Para mí, el trabajo siempre lo ha sido todo. Nunca pensé que llegaría a dejarlo. Y no podía imaginar ni remotamente que me encontraría en esta situación.

¿Y ahora qué hago?

Decido llamar a Rapisardi para sondear el terreno.

—Francesca, querida, qué alegría oírte —me dice con su ternura habitual.

—Hacía mucho que quería llamarte, pero, ya sabes, demasiado trabajo... Ahora tendré mucho más tiempo libre, porque ya no trabajo en Bigazzi.

—¿Ah no? —exclama, preocupado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Diferencias totalmente... irreconciliables.

—Vaya, lo siento, aunque te confieso que sabía que iba a pasar tarde o temprano. No era un sitio para ti.

—Ya, supongo que no. Oye... quería preguntarte, sólo por curiosidad, por tu manuscrito.

—¿Lo has leído?

—No... lo sé, Mauro, pero me estaba preguntando: ¿tienes guardado el archivo en tu ordenador?

—Tiene gracia, lo mismo me preguntó tu compañera Ilaria hace dos o tres semanas... como le dije a ella, era algo que escribía a ratos perdidos, a mano, y luego te lo di a ti porque sólo confío en tu criterio... aunque sé que voy a seguir escribiendo novelitas negras toda la vida.

Ríe amargamente y a mí se me cierra el estómago.

—¿O sea que ni una sola copia?

—No, no se me ocurrió, pero puedes hacerla tú si crees que...

Le doy un puñetazo a la mesa y tapo el altavoz con la mano para que no me oiga chillar:

—¡Imbécil!

—Perdona, ¿qué dices?

—Nada. Que Bigazzi es un imbécil por no darte una oportunidad.

—Ya. Se ve que es mi destino...

—Nos llamamos pronto —lo liquido para seguir gritando libremente—: ¡Imbécil tú por no haber hecho ni una puta copia!

¡A mano! ¿Quién cree que es, un amanuense? ¿El Venancio de *El nombre de la rosa*?

Perfecto, se han apropiado del manuscrito y él no puede demostrar que es suyo. Y Bigazzi lo sabía muy bien.

Me sale humo de la cabeza y no sé qué hacer, aparte de llevarle mi currículum al vendedor de castañas de la plaza del Duomo, siempre que considere que tengo suficientes referencias.

Ahora comprendo por qué estaban todos tan relajados y seguros. Sabían que tenían el libro adecuado y se lo han atribuido al escritor más insensatamente exitoso de los últimos años: guapo, cabrón e ignorante, el trinomio perfecto.

Chillo. Y luego me pongo a preparar sesenta tartaletas dulces.

—No sé qué hacer —le digo a Paola mientras Alessandro vomita en el cuarto de baño.

—¿Se lo digo yo? —se ofrece al instante.

—No. Hay que ir preparándolo gradualmente.

—Pero el libro ya está en todas las librerías de Italia, se dará cuenta.

—Acaba de irse a hacer *trekking* al Himalaya y se quedará hasta que acabe el verano. Dudo que allí arriba haya ejemplares, aunque igual me equivoco. Además, no es un tío mundano, no está muy pendiente de las listas de ventas. Quizá no lo descubra nunca.

—Fra, ¿qué puñetas estás diciendo? ¿Crees que no sospechará si un día ve a la cabeza de las listas de ventas un libro que habla de «una historia de amor entre un escritor y una enfermera judía, ambientada en el campo de concentración de Buchenwald»? ¿No son demasiadas coincidencias?

Me tapo la cara con los brazos.

—Paola, si hay algo que he aprendido en todo este asunto es que la verdad casi siempre te mata, y, si me permites, no quiero tener otro muerto sobre mi conciencia.

—Con un poco de suerte, no ganará el Strega.

—Te recuerdo que, últimamente, la suerte no nos está sonriendo mucho que digamos.

Ale vuelve del lavabo más verde que un prado inglés. Cada día está más delgado.

—¿Vas a comer algo? —le pregunto.

—No —contesta, y se tumba en el sillón.

Paola y yo nos miramos y vamos a sentarnos en los brazos del sillón para intentar consolarlo.

Pero su dolor es tan absurdo, inmenso y devastador que no hay manera de paliarlo. No hace más que repetir sin cesar «por qué».

—Mañana hablaré yo con esa puta —salta Paola.

—¿Y qué crees que te va a decir? ¿Que se equivocó?

—Algo tendrá que contestarme.

—¿Por qué? No nos debe nada. Si se mira tranquilamente al espejo por las mañanas, y estoy segura de que es así, es porque nosotros somos su última preocupación.

—Ya, pero la satisfacción de decirle a la cara que es una pedazo de cerda no me la va a quitar nadie.

—Basta, por favor —nos pide Alessandro antes de levantarse y correr otra vez al lavabo—. ¡No estoy sordo!

—Si no lo conociera, diría que está embarazado.

—Paola, ¿te parece el momento de gastar bromas con todo esto? Yo estoy preocupadísima.

—Sí, yo también. ¿Qué hacemos?

—Se nos tiene que ocurrir algo. Una idea que nos salve a los tres.

—Ya, pero ¿cuál?

Como era de esperar, *Cartas en la nieve* escala inmediatamente hasta el primer puesto en las listas de ventas. Por lo que dice Paola, la crítica, el público y los libreros están locos de contento, y no me cuesta creerlo.

La noticia de mi marcha se ha difundido bastante rápido. El problema es que estamos en el momento histórico más crítico del mundo editorial, y todas mis llamadas «informativas» terminan con un «¿cómo voy a hacerte un contrato de formación con tu currículum?».

Evito contestar que aceptaría con tal de no quedarme en casa leyendo los anuncios de trabajo, pero, según parece, han conseguido hacerme el vacío.

Es increíble lo fácil que es anularle la carrera a alguien que ha trabajado como una mula toda su vida adulta, pienso dándole vueltas entre los dedos a la tarjeta de Augusto Bonaccorsi, mi última esperanza.

Y al fin me decido a llamarlo.

—¡Ya era hora de que me llamas! —empieza después de haberme reconocido.

—No quería molestarte y la verdad es que, como puedes imaginar, me da vergüenza.

—Lo imagino, pero no hay motivo, no podías quedarte mucho más allí. Era una locura, he oído historias absurdas sobre Bigazzi.

—Creo que te las puedo confirmar todas.

—Oye, dame tiempo para hacer unas llamadas. Algo se me ocurrirá, aunque estamos viviendo una etapa muy negra. Mientras tanto te envío un par de borradores de autores míos para que los corrijas, así no acabarás tocando el violín en el metro.

—Te lo agradezco mucho, Augusto.

—Y no te desanimes, ¿eh? Ya sabes lo que dicen: cuando se cierra una puerta...

Cuelgo un poco decepcionada. ¿Qué esperaba? ¿Que me ofreciera un puesto de editora sénior para mañana mismo? Igual es cierto que me he sobrevalorado.

Tenía que haberme conformado con mi tibia vida de antes, contentarme en vez de creer que merecía algo más.

En realidad, ¿qué quería? Una vida en pareja satisfactoria, una carrera profesional estable, un buen sueldo, la posibilidad de comprarme un piso... Creo que no pedía la luna, pero se ve que sí lo hacía. Debí de pulsar un botón prohibido y el sistema se colapsó.

Con la ayuda de Paola, preparo las cajas con mis cosas para llevarlas a su casa, dado que ahora ya no puedo pagar el alquiler del piso yo sola.

Todo lo que compré con Edo (los platos, el televisor, la alfombra, el sofá, el equipo de música y las cortinas) lo dejo aquí.

No puedo permitir que los recuerdos me sigan como perros vagabundos.

No puedo cargar con más lastres.

Miro a mi alrededor.



La casa que hace tiempo decoré con amor y paciencia ha sido desmembrada pieza a pieza.

Recuerdo la energía que empleé en arreglarla como nos gustaba a nosotros, tratando de hacer las cosas bien, pensando que sería para siempre.

Invertí tiempo y esfuerzo, le dediqué todo mi tiempo libre, porque era algo de valor, era algo importante.

Nuestras vidas tenían que estar en perfecto equilibrio, algo tan delicado como una flor puesta a secar entre las páginas de un libro.

Quería demostrarme a mí misma que yo también podía crear algo estable y especial, que no volvería a estar de más, como en la vida de mis padres.

Y cuando creas algo siempre lo haces con sumo cuidado, con toda la delicadeza y la dedicación posibles.

En cambio, cuando lo destruyes sólo tienes que lanzar la pelota de la demolición y quedarte mirando cómo se cae todo.

Cierro la puerta detrás de mí sin volver la vista atrás mientras saco el último paquete.

Paola me ve tan desolada que, antes de descargar el coche debajo de su casa, subimos a tomarnos un chocolate caliente con mucho azúcar.

Remedios infantiles, los únicos que, de alguna manera oscura, siguen funcionando como soplar en las heridas que escuecen.

—No puedo más, Paola. —Lloro—. De verdad, no puedo más.

—Sí puedes. —Me abraza—. Siempre has podido.

—Ése es el problema. Siempre puedes porque resistes, pero en el momento en que aflojas, caes en un segundo. La fuerza de la gravedad te arrastra, no estamos hechas para subir a lo más alto.

—No, Fra. Ahora tienes todo el derecho a hablar y a sentirte así, pero yo estoy contigo y encontraremos la forma de salir de este lío juntas, como siempre hemos hecho.

—Pero ¿cómo? No tengo dinero, ni casa, ni trabajo. Y mira cómo está mi madre...

—Para empezar, sí que tienes casa —me dice señalando el techo—. Y ya pensaremos en el resto.

Por la noche doy vueltas y más vueltas en el sofá, hasta que me levanto y enciendo el ordenador para ver la repetición del programa *Un libro es para siempre*, con Calamandrei como invitado de honor sintiéndose Salman Rushdie, lo cual me provocará el enésimo ataque de nervios.

Lo veo insoportablemente seguro de sí mismo, inmerso en su ambiente, atractivo, desenvuelto y con la conciencia tan limpia como la de un recién nacido. Ahí está, sentado en un sillón naranja, con las piernas cruzadas, flirteando con la presentadora.

¿Cómo es posible que yo no pueda dormir y él sí?

Planificó seducirme porque yo era la única que no claudicaba. Me confundió y me colmó de atenciones hasta que perdí la cabeza. Por un segundo, pero la perdí.

Me hizo sentir bien, me hizo sentir viva, femenina y atractiva... y luego nada más.

Se acabó, punto, olvidada. Pasemos a otra.

No es que tuviéramos que ser pareja, nada de eso, pero... ¿cómo es posible que no quieras volver a hablar con una persona a la que llamabas tres veces al día?

¡Es ilegal!

—¡¡¡Dios, cómo lo odio!!! —grito cerrando el portátil con un golpe tan fuerte que casi lo desintegro.

Paola corre desde su habitación.

—¿Qué pasa? —me dice, presa del pánico.

—Nada, quería hacerme daño y me he puesto a mirar a Calamandrei.

Se sienta a mi lado.

—Fra, mira que eres...

—Sí, ya lo sé... no debería, es como ver un accidente en la autopista. Sabes que no deberías, pero es más fuerte que tú.

Me pasa un brazo por el hombro y me apoyo en ella.

—¿Cuánto durará todo esto? —le pregunto.

—Depende.

—¿De qué?

—De la voluntad que tengas para salir.

—No es cuestión de voluntad. Por supuesto, me gustaría salir del hoyo mañana, o mejor esta noche, chasquear los dedos y haberlo asimilado todo. Pero no es así, el cerebro no hace más que atormentar a mi pobre corazón con recuerdos cada vez que me relajo un instante.

—¿Sabes cuál es tu problema? —suspira Paola—. Que sólo ves el lado negativo de todo esto.

—¿Acaso tiene un lado positivo?

—Claro que sí. Le has dicho adiós a tu vida aburrida, rancia y vieja, algo que querías hacer desde hacía mucho, y ahora que lo has conseguido y empiezas a nadar en mar abierto, es obvio que preferirías volver atrás.

—En parte sí. Daría un brazo por recuperar la inmovilidad tranquilizadora que tenía antes. Además, echo tanto de menos a Edo...

—Fra, si lo piensas bien, no lo echas de menos todo de Edo. Añoras su dulzura, su ternura, su afecto, pero lo dejaste por otro motivo, y llevabas años repitiéndomelo.

—No recuerdo por qué lo dejé. Dímelo tú.

—¿Aquella vez que te encontrabas tan mal por la noche... quién llamó al médico de urgencias?

—Tú, porque él no encontraba el número en Internet.

—Exacto. Lo sé, era muy difícil: médico más urgencias más Certosa más Milán.

—Ya. Pasemos a otra cosa.

—¿Cuántas veces conseguíais entrar en un restaurante? Empezaba a dar vueltas con el coche, indeciso, perdía todos los aparcamientos posibles y, cuando al fin encontraba uno, ya no quedaban mesas libres.

—Ya, pero es que aparcar en Milán...

—¡Un taxi, por Dios! ¿Por qué no cogíais un taxi?

—*Next...*

—¿Qué le gustaba hacer que no te gustara a ti?

—No sé, le gustaba hacer muchas cosas...

—¿Cómo qué? Leer no vale, todos leemos.

—No sé, el cine, la televisión...

—Eso tampoco vale.

—No lo sé —me rindo.

—Fra, ese hombre se pasó seis años intentando hacerte feliz a ti sin hacerse feliz a sí mismo, sin explorar mínimamente sus deseos ni tratar de conocerse, aunque sólo fuera para descubrir qué sabor de helado prefería.

—Crema y avellana —respondo jugando con las mangas de la sudadera.

—No, Fra, éstos son los sabores que te gustan a ti, lo sé muy bien porque te conozco. En cambio, yo prefiero fresa y chocolate y Ale, limón y pistacho. Y es así porque todos somos distintos. Pero a ese pobre su madre lo echó a perder, y si no escapa de sus garras, lo lleva claro.

—Lo sé, pero yo no le he facilitado las cosas. Prácticamente lo he obligado

a volver con ella.

—Fra, todos podemos elegir, y no es la única opción que tiene. Puede irse a vivir con un amigo... alguno tendrá. O buscar un piso más barato donde instalarse, o casarse con una ucraniana... hay mil soluciones, pero él sólo te veía a ti, y habría saltado a un círculo de fuego si se lo hubieras pedido.

—¿Y eso no es bueno?

—No, no lo es y lo sabes perfectamente, porque las mujeres, al final, se cansan de tener una alfombra llena de pétalos a sus pies, por muy suave y confortable que sea. Y tú necesitabas un interlocutor, entenderte a ti misma a través de él, crecer, hacer proyectos de futuro, pelearte y hacer las paces y, sobre todo, practicar sexo. Y yo siempre estaré aquí para recordarte que nunca os peleabais y que nunca practicabais sexo.

—¿Has terminado?!

—Creo que sí.

—Nunca volveré a decirte que echo de menos a Edo.

—Muy bien. Y ahora a dormir.

Se levanta para abandonar el salón.

—¿Paola?

—¿Qué? —me responde desde el umbral.

—¿Por que los hombres desaparecen después de llevarte a la cama?

—Mira, Fra, si quieres te digo dónde está enterrado el Santo Grial.

## 30

El domingo estoy delante de la casa de tía Rita con el coche de Paola, esperando a mi madre, nerviosa como si fuera yo la que tiene una cita.

—¡Quiero saber adónde vas! —oigo gritar desde el interior.

—¿No me dejas? Voy con mi hija a desayunar fuera, ¿qué tiene de raro?

—Nunca has ido. ¿Qué significa esta novedad?

—Pues ahora me apetece ir. Quiero tomar un *brunch*, ¿vale? ¡Y tú espabila, o llegarás tarde a misa! —le grita. Luego da un portazo y avanza a buen paso hasta el coche.

Tía Rita abre e intenta alcanzarnos, pero mi madre me empuja la mano sobre el cambio de marchas y grita:

—¡Arranca!

Salimos disparadas, riendo como Thelma y Louise. Después me vuelvo a mirarla bien.

Está espléndida.

Lleva un vestido azul noche, con los zapatos a juego, y encima un abrigo con manga tres cuartos estilo Audrey Hepburn.

La veo deliciosa, guapa y joven. Si tuviéramos amnesia colectiva, podríamos creer que nunca ha ocurrido nada.

A medida que nos acercamos, vamos perdiendo valor y dejamos de hablar.

Cuando me paro en la entrada del parque, le entra el pánico.

—Ay, Francesca, llévame a casa, no me veo con ánimos.

—No, mamá, hemos llegado hasta aquí y ahora no puedes echarte atrás.

—No tengo fuerzas para hablarle, no sé qué decirle, ha pasado demasiado tiempo. Una cosa es imaginar la cita con música y todo y otra cosa es ir de verdad. La realidad siempre decepciona...

—Mira, mamá, seguro que no correrá a tu encuentro, pero al menos escucha lo que tenga que decirte.

Se vuelve y me coge la mano.

—¡No puedo!

—Sí puedes —insisto, recogiendo migajas de valor de los bolsillos.

Bajamos juntas y andamos despacio bajo el aire fresco de la mañana,

mirando al suelo, con las manos apretadas en los bolsillos.

Poco después, vemos a Marcello. Su acompañante lo lleva hasta el banco que me indicó. El chico trata de colocarle mejor la bufanda, pero Marcello le da una palmada en la mano y le pide que se vaya.

Sonrío y miro a mi madre.

—¿Lista?

Veo que el amor verdadero se le materializa en los ojos.

Veo a una chica feliz que corre con los brazos abiertos hacia el hombre de su vida y su futuro lleno de felicidad, sin importarle en absoluto la silla de ruedas, los años que han pasado, el tiempo cruel y el dolor que los ha consumido.

Todo se ha borrado en el instante de una mirada, el marcador ha vuelto a cero. Y comprendo lo que no es amor.

Vuelvo al coche y me quedo esperándola horas y horas.

Hasta que empieza a anochecer y me permito ir a buscarla.

Pero cuando me acerco al banco y los veo reír como chiquillos bajo la luz tenue de la farola, no tengo corazón para interrumpirlos.

El acompañante de Marcello, que también espera para llevarlo a casa, se me acerca discretamente.

—Pagaría para que me quisieran así.

—Yo también —le digo.

# 31

Mis días son todos iguales, sin más novedades que el florecimiento de la primavera.

Me paso las mañanas en casa de Paola corrigiendo pruebas de autores de Augusto Bonaccorsi, que sigue animándome y diciéndome que no desista, aunque de momento no ha aparecido nada en el horizonte.

Alessandro casi siempre está en el salón conmigo. Silencioso en el sillón, se consume el hígado mirando en Facebook los estados de Ilaria, a la que no ha borrado de sus contactos a pesar de todo.

El masoquismo no conoce límites.

En el fondo, lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo.

Estamos hechos de corazón, alma y vísceras, y estaríamos dispuestos a cualquier cosa con tal de dejar de sufrir, incluso a convencernos de que estamos equivocados delante de una evidencia.

—Tengo que vengarme de alguna manera —murmura entre dientes.

—¿Seguro que es buena idea? —le pregunto sin levantar la cabeza de los papeles.

—Es la única idea que me hace sentir mejor.

—Correr por el parque también te haría sentir mejor.

—Correr encima de ella con unas botas de fútbol, sí.

Sonrío.

—Aún estás en la fase de la rabia, te quedan tres para elaborar el luto.

—Quiero quedarme en ésta, es mi favorita.

—Yo soy de la vieja escuela, la del cadáver que pasa por el río.

—Pues yo preferiría tirar a la cerda al río.

—¿Lo ves? —me río—. Ya eres capaz de hacer bromas, eso significa que estás mejor.

—¿Quieres ver una cosa? —me dice. Se levanta y casi se le cae el pantalón de lo mucho que ha adelgazado.

Abre su mochila y extrae un estuche rojo.

Sonrío, le indico con un gesto que espere y voy a la habitación, al trastero donde guardo mis cajas. Vuelvo al salón con mi estuche azul.

Abre el suyo y me enseña el anillo de compromiso de Ilaria. Yo abro el mío y le enseño mi zafiro. Y nos echamos a reír.

Alessandro me coge el dedo anular y pronuncia solemnemente:

—Francesca, con este anillo yo *no* te desposo.

Y me lo pone en el dedo.

Cojo su anular y digo:

—Yo tampoco, querido Alessandro, en la salud y en la enfermedad.

Se lo pongo en el dedo y es tan ancho que le entra perfectamente.

—¿Dónde iremos de *no* viaje de novios, querida?

—¿Al balcón?

—Perfecto —responde abriéndome paso.

Nos quedamos unos diez minutos mirando el edificio de enfrente, calentándonos bajo el tibio sol de abril. Sin saber qué hacer con nuestras vidas.

—¡Ven a buscarla! ¡No la aguanto más! —me grita al oído mi tía—. Es insoportable, me trata de pena y siempre me contesta mal.

Intento que no note que me alegro mucho.

—Quizá sea el cambio de estación lo que la altera... ten un poco de paciencia.

O un huracán llamado Marcello, sonrío para mis adentros.

—¿Paciencia? Ya no tengo más paciencia, se me ha terminado. Me toma el pelo. En cuanto ve al doctor, está calmada, tranquila y colabora. Pero, cuando se va, deja de escucharme y me trata fatal. ¡Me está volviendo loca!

Se llaman continuamente, no dejan de enviarse mensajes con el móvil.

Me entran ganas de reír, me alegro de que todo vuelva a ser como cuando eran más jóvenes. Me gustaría decirle que voy a buscarla esta misma tarde, pero, tal como están las cosas, ahora no puedo hacerlo.

—Tía, de momento no tengo un sitio donde estar, vivo con una amiga... Por ahora no puede llevármela.

—¿Ves cómo eres? Primero la querías y ahora te echas atrás.

—No me echo atrás, es que han cambiado muchas cosas en poco tiempo. Hasta que no encuentre trabajo, no puedo hacer nada.

—Pues intenta que se te ocurra algo pronto, porque yo no pienso seguir así mucho tiempo.



Obviamente, no podía suceder en peor momento.

Como el resto de catástrofes ocurridas últimamente.

Decido pedir cita con el doctor Lippi. Quizá sea el único que pueda ayudarme.

Me recibe como siempre, con prisas y con su estilo cortante.

Había olvidado el efecto que me causaba y lo mucho que me intimidaba, pero ahora que mi madre ya no es su prisionera, no puede liquidarme con tres palabras.

Me siento en su despacho tratando de mostrarme segura.

—Me gustaría hablar un poco de mi madre. Está mucho mejor y ya no supone un peligro para sí misma ni para los demás.

—Eso tendré que decidirlo yo —contesta. Se quita las gafas y deja al descubierto unas ojeras blandas y negras.

—Sí, claro, tiene que decidirlo usted —rectifico—, pero reconozca que, objetivamente, ha mejorado.

—¿Cree que no sé que ha dejado de tomar la medicación?

—¿En serio? —Finjo sorpresa.

—Y usted lo sabe perfectamente —subraya sin ironía.

—Yo no lo sé, no vivo con ella, sólo voy a verla una vez a la semana, pero no creo que... no creo que mi tía se lo permita.

Sonríe.

De un modo siniestro, pero sonrío.

—Hablé a solas con su madre las dos últimas veces que fui a visitarla, y ella misma me dijo que ya no tomaba nada, aparte del litio. Me enfadé mucho, porque en su caso las recaídas son muy peligrosas y extremadamente frecuentes, pero comprendí que había pasado algo, que por fin había arreglado algo de su pasado. Una persona importante de su pasado ha vuelto, y todo es gracias a usted, a su cercanía y al afecto que le ha transmitido.

De pronto, me siento cohibida.

Por una vez, ¿he hecho algo bien?

—Yo no he hecho nada de particular.

—Sí lo ha hecho. Mantuvo la esperanza, mantuvo encendida una llama que casi se había apagado del todo, y la ha salvado. Ha salvado a su madre. Lo que salva la vida es el amor, no los fármacos.

—¿En serio?

—En serio. Y no sea tan dura consigo misma de ahora en adelante.

—Gracias —le digo asintiendo.

—No me dé las gracias —responde, brusco—. Si recuperamos a un paciente, es un éxito para todos. No crea que me divierte tenerlos aquí, aunque seguramente usted piense lo contrario.

—Me encantaría tenerla conmigo —le digo aprovechando este instante de confianza que ha depositado en mí—, pero he tenido una serie de problemas y... ahora no tengo casa ni trabajo... es un mal momento.

Me escucha, serio.

—Cuando llegue el momento, la llevará con usted. Ahora no se atormente por eso, disfrute de su gran mejoría y siga estando a su lado. Su madre tiene que empezar a llevar una vida normal lo antes posible.

—¿De veras cree que puede volver a tener una vida normal?

—Por supuesto que sí. Además, creo que se aburre muchísimo. Su madre tiene una inteligencia despierta y creativa. Tendría que encontrar algo que hacer, no puede estar todo el día delante del televisor.

—No, claro que no. Siempre lo ha odiado.

—Menos mal. Es raro.

Salgo con el corazón liviano y unas ganas increíbles de contarle a Edo lo ocurrido. Saco el móvil y marco su número, pero antes de que suene, cuelgo.

Es un automatismo que debo eliminar lo antes posible.

Todo lo que antes era normal, ahora no lo es.

Tengo que recordarlo.

Aprovecho la tarde libre y el sol y dejo que me acune la (única) buena noticia que tengo.

Mientras observo los almendros en flor, se me ocurre una idea.

—¡*Mobbing!* ¡Se llama *mobbing!* —grita Paola al llegar a casa.

Incluso Alessandro se sobresalta.

—¿Ha pasado algo en la editorial? —le pregunto fingiendo que no lo imagino.

—Me han hecho ir personalmente a entregar las invitaciones al Premio Strega. ¿Tienes idea de cuántas había? Con un regalo especial para los miembros del jurado: ¡una caja llena de mariposas! ¿Idea de quién?

—De Ilaria —contesta Alessandro sin apartar los ojos de Facebook—. La muy cuelllicorta quería hacerlo para la boda.

—Odio las mariposas —digo con cara de asco—. Si me las regalaran a mí, votaría a otro candidato.

—He liberado veinte cajas —confiesa Paola—. Pobres bestias, me daban pena.

—Escuchad —empiezo con un optimismo que los sorprende—, lo he estado pensando mucho y creo que deberíamos hacer algo por nosotros.

—¿Cómo qué? —pregunta Alessandro—. ¿Una tanda de electrochoques? Me levanto y bordeo la mesa.

—He pensado que, como los tres estamos prácticamente en paro, lo único que podemos hacer es darle la vuelta a la situación, unir nuestras fuerzas y, obviamente, también parte de nuestro dinero.

Al oír la palabra «dinero», los dos se mueven nerviosamente en las sillas.

—He reflexionado mucho sobre nuestras aptitudes: yo adoro los libros, son mi vida, mi trabajo de edición lo hago muy bien y conozco a los editores, los agentes y los gabinetes de prensa. Tú, Ale, eres un mago de la informática y la contabilidad, y además se te dan bien las mujeres, lo cual nunca viene mal. Y tú, Paola, cuando quieres eres la reina de las relaciones públicas, eres testaruda como una mula y no paras hasta conseguir lo que quieres. Además, los tres somos trabajadores incansables, o sea que...

—¿... pedimos trabajo en un restaurante chino? —suelta Paola.

—Si fracasamos, sí, pero antes démonos una oportunidad... —digo cruzando los dedos mientras hago una pausa efectista— ... y abramos una librería-café-agencia literaria.

—¿Qué? —me preguntan al unísono.

—La llamaremos *Corazones rotos*, creo que nos pega mucho.

Sigue un silencio interrogativo, meditabundo, dubitativo y, sobre todo, lleno de curiosidad.

—¿Crees que podríamos hacerlo?

—Para empezar, tendríamos que invertir una parte de nuestro finiquito y luego trabajar a destajo, pero presiento que es una buena idea.

Alessandro ha cambiado de expresión, como si se le hubiese abierto un *pop-up* en el cerebro (quizá esté imaginando que mientras les aconseja libros a las chicas, les mete su número de teléfono entre las páginas), y Paola no deja de darle a las neuronas.

—Hostia, estaría muy bien —dice—. Tendríamos que buscar un sitio céntrico, acogedor, en una zona bien comunicada y con muchos estudiantes.

Oye, tú podrías hacer pasteles, con lo bien que se te dan...

—Tranquila, de eso se encargará mi madre.

—¿Te ves con fuerzas? —le pregunto al día siguiente.

—Sería como un sueño —me contesta, entusiasmada—. Tengo un montón de ideas, he visto tantos programas idiotas sobre postres con tu tía que podría presentar uno.

—Es nuestra oportunidad para empezar un nuevo camino, esta vez sólo nuestro.

Me sonrío y me coge la mano.

—Ven, vamos a la cocina.

Empieza a colocar en la mesa harina, manzanas, leche, canela, pasas, mantequilla, azúcar y un sobre de levadura con vainilla. Luego, exactamente igual que cuando yo era niña, me da un cuenco y la cuchara de madera y me dice:

—Ahora prepara una tarta de manzana.

—Mamá, ya sabes que es la que peor me sale —digo levantando las manos.

—Para eso estoy yo aquí, tranquila.

Finjo que no estoy nerviosa mientras me observa montar el azúcar con la mantequilla hasta que se transforma en una espuma blanca y luego añadir el resto de ingredientes, entre ellos la harina tamizada (dos veces).

Monto las claras a punto de nieve, añado un poco más de azúcar glas y luego lo incorporo a la mezcla con gestos lentos, de abajo hacia arriba, para que no se desmonte todo.

Estoy sudando la gota gorda, como si estuviera haciendo un examen de alta pastelería. En el fondo, sé que la paciencia nunca ha sido el punto fuerte de mi madre.

—¿Ves lo suave y aireada que está la mezcla? —me dice moviéndola un par de veces con suma cautela—. Ahora échale una parte de las manzanas y viértela en el molde. Los trozos que te sobren los usarás para decorar. Al final, no olvides echar por encima el azúcar moreno para caramelizarlo.

Sigo sus instrucciones, como una perfecta pinche, y, por último, meto la tarta en el horno y nos quedamos mirándola y haciendo comentarios, igual que si estuviéramos delante de un acuario.

Cuando está lista, la saco del horno y la dejo en la mesa.

Dejamos que se enfríe un poco... ha llegado el momento de la verdad.

Mi madre corta un trozo de tarta de manzana, la pone en una servilleta de papel, la observa, la huele y, al final, la muerde.

Miro al suelo, lista para oír lo típico: «está buena, pero...». Y veo que mi madre mastica despacio, saboreando, que cierra los ojos y dice sencillamente:

—Es perfecta.

Estoy a punto de desmayarme.

He tardado casi cuarenta años en hacer una tarta de manzana digna de tal nombre. Es uno de los días más felices de mi vida.

Tía Rita abre la puerta.

—¿Os parece que son horas de ponerse a cocinar? —nos dice bruscamente mientras se acerca a la tarta, famélica.

Mamá le da un manotazo.

—¡Para ti no hay, gordinflona!

Han pasado dos meses y estamos trabajando como locos para la inauguración del viernes.

Alessandro encontró un sitio francamente ideal, en plena zona universitaria, y lo hemos decorado al estilo londinense, con sillones de piel, estanterías de madera oscura, mesitas redondas y una barra muy bonita, con un aparador lleno de pasteles de varias capas y galletas.

Al final, lo hemos llamado Strega & Co en honor al premio que nos ha arruinado la vida.

Paola dejó el trabajo ante la indiferencia general. Antes de irse, echó sin querer un vaso de zumo de naranja sobre el portátil de Ilaria.

Un gesto que Alessandro celebró con una gran ovación.

Estoy trabajando duro para convencer a algunos escritores que tienen contratos obsoletos con Ediciones Bigazzi de que dejen que los represente yo y puedan publicar su obra en editoriales más prestigiosas. Por otra parte, gracias a la página web que ha creado Ale, tengo bastantes peticiones de escritores emergentes.

Y la idea de tener un despacho dentro de una librería-café me encanta.

Paola dirige los preparativos como un jefe de obra y mi madre estudia la carta de repostería; quiere cambiarla tres veces a la semana.

Acaba de empezar un verano insoportablemente tórrido, pero estamos tan ocupados que nadie tiene un segundo de tiempo para pensar en lo que le falta a su vida.

Que, para variar, es el Amor.

Pasamos tanto tiempo juntos que esto parece una comedia de situación, y la verdad es que esta comunidad nos va muy bien, nos estamos recuperando.

Ya no hago pasteles en plena noche, porque ya tengo quien se encargue de ello... pero hay algo que sí hago de vez en cuando, cuando me cuesta coger el sueño, aunque sé que no debería.

Es escribirle un e-mail a Edo.

Le cuento cómo va todo, lo mantengo informado sobre mi vida, algo totalmente estúpido, infantil y de maníaca del control, lo reconozco, pero, me

digo, él siempre puede enviar mi mensaje a la carpeta del spam.

Estoy casi segura de que lo ha hecho.

Yo lo habría hecho.

Dentro de dos semanas es la final del Premio Strega. Obviamente, *Cartas en la nieve* es la novela favorita; entró con fuerza a formar parte de las cinco finalistas, desbancando a la competencia.

Por suerte, Rapisardi sigue en Nepal.

Alessandro le explica a mi madre cómo usar el ordenador; así podrá ver recetas en Internet.

La miro y se me hincha el corazón. Al final tengo que ponerme a canturrear *Inner Smile*, o me entran ganas de llorar.

Nunca habíamos estado tan cerca ni habíamos sido tan amigas como ahora. Durante muchos años me la perdí, pero haberla recuperado ahora me compensa tanta amargura y dolor.

Y ha hecho que recobre y acepte una parte de mí misma que estaba incompleta y que nunca habría descubierto sin ella.

El viernes por la tarde, antes de ir a la inauguración, nos reunimos todos en nuestra casa (de Paola y mía) para arreglarnos y brindar por nuestro éxito.

A pesar de todo, he decidido ponerme el vestido que me compró Calamandrei en París, con los zapatos, la barra de labios y el perfume. Paola, después de mucho insistirle, se ha dejado convencer y llevará un vestido recto verde oscuro que le queda muy bien, aunque siga diciendo que se presentará en chándal.

Ale, delgado como una modelo rusa, lleva un *look* estilo Calamandrei, con americana, vaqueros y una camiseta de Miley Cyrus sacando la lengua.

Mi madre tarda un poco en salir del cuarto de baño y eso, como siempre, me pone nerviosa.

Los malos recuerdos siempre activan timbres de alarma.

Al fin sale, algo azorada. Se alisa la falda del vestido rojo, un gesto que reconozco al instante como mío.

—¿Qué tal estoy? —me pregunta con una sonrisa tímida.

—Fabulosa, mamá —contesto con un nudo previsible en la garganta.

—Era el vestido favorito de Marcello. Lo llevaba puesto la noche que... bueno, ese día. No me lo había vuelto a poner hasta hoy. Ahora es diferente,

tenemos que pensar en seguir adelante, en que lo conseguiremos.

Royo, me acuerdo... o sea que no era una manta, era su vestido rojo.

—Lo mismo pienso yo —digo, y miro hacia arriba, porque ya me escuecen los ojos.

—¡Alegría, gente! —grita Paola. Acude a evitar las lágrimas con una botella de champán robada en la reserva privada de Bigazzi.

Brindamos en silencio, de pie en la cocina, cargados de emoción, miedo y expectativas, pero, por una vez, seguros de que estamos haciendo algo por nosotros, arriesgando nuestro dinero y dando la cara, sin esperar que alguien, desde arriba, nos diga «muy bien» y luego lo anule con un «muy mal».

Esta vez es algo nuestro, y lo hemos hecho en el momento más difícil de nuestra vida. Decidimos abandonar la isla en un bote improvisado y enfrentarnos al mar abierto y todos sus peligros.

Es una apuesta. El tiempo dirá si hemos acertado, pero está claro que, después de esto, ya no le tendremos miedo a nada.

Subimos a un taxi y nos vamos al Strega & Co. Vemos una pequeña multitud en la puerta.

Paola se ha puesto en contacto con todo el Milán importante y Ale le ha dado gran difusión en las redes sociales; si vinieran sólo la mitad de los invitados, sería un triunfo sin precedentes.

Salimos del taxi como cuatro estrellas de cine y un par de fotógrafos de los periódicos locales nos immortalizan.

Nos sentimos en el séptimo cielo.

Marcello está ahí con su cuidador; lleva un esmoquin elegantísimo. Me acerco a él y le ofrezco una copa de vino.

—¿Nervioso?

—Como un chiquillo —me responde mostrándome un estuche rojo.

—Oh, no —me asusto, horrorizada, al ver el enésimo anillo—, no me digas que tú también...

—Mi mujer ya me ha segregado demasiado tiempo. No viviré lo bastante para obtener el divorcio, pero al menos quiero comprometerme con mi chica.

—Tienes razón, Marcello. —Me echo a reír—. Y mira lo guapa que está.

La observamos desde lejos mientras les sirve sus maravillosos dulces a los invitados, que la felicitan sin cesar.

—Te pareces mucho a ella. —Me aprieta la mano—. Y ése es el mayor cumplido que puedo hacerte.



—Gracias. Nos has salvado la vida.

—Tú nos la has salvado a nosotros.

Es una velada muy agradable, fresca y con aroma a verano. La gente, relajada y bronceada, ríe y se divierte.

El DJ pone música, se sirven Spritz, canapés y los pasteles de mi madre. Desde el principio, la fiesta es un éxito, y en un momento se me acaban las cien tarjetas de visita que había encargado.

Parece que todo el mundo tiene un libro en el cajón...

De ahora en adelante, prometo no ser tan precavida.

Augusto Bonaccorsi se acerca a mí con una mano en el bolsillo y levanta la copa a mi salud.

—Si te digo que te he conseguido una entrevista con una gran editorial, ¿qué me contestas?

—Te contesto que no me sorprende en absoluto. —Me río—. Es la historia de mi vida.

—¿No sientes curiosidad por saber con quién?

—La verdad es que no. Por una vez, siento que estoy haciendo algo enteramente mío y esta satisfacción no podría dármela nadie más, ni siquiera una gran editorial.

—Sabía que eras dura —comenta alejándose.

Me siento con Paola en la acera, enfrente del local, a descansar un poco y disfrutar un momento de la velada a distancia.

—¿Lo habrías imaginado hace seis meses? —le pregunto, con la barbilla apoyada en las rodillas.

—No lo habría imaginado ni hace cinco años si tú no hubieras tenido esta idea de enferma mental —ríe, y me da una palmada en el hombro.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? De tal palo...

—Tu madre es muy especial, ¿lo sabes?

—Lo sé —contesto, orgullosa.

Ale se acerca de muy buen humor.

—¿Qué tal os va, par de monitas?

—Ah, ya no nos llama putas, ¿qué ha pasado?

—Está elaborando el luto —explico—. Ahora está en la fase de negociación.

—Sí, es verdad —confirma—, estoy negociando con esa pelirroja de ahí. Nos reímos, aliviados y ligeros como no nos sentíamos desde hacía mucho tiempo.

—Y pensar que el amor ha estado a punto de jodernos —comenta Paola.

—Por un pelo —añade Ale.

De pronto, entre la multitud, lo veo. Me está saludando con la mano.

Y se me desboca el corazón.

—Hola, Fra —dice acercándose. Me da dos besos en las mejillas tan poco naturales como indispensables.

—Hola, Edo.

Le echo los brazos al cuello y me quedo un momento así, recordando la seguridad que me daba y que todavía necesito, aunque ya no es vital.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —me dice, con su sonrisa emocionada y dulce.

—¿Has visto lo bien que está mi madre? —le pregunto mientras Alessandro y Paola nos dejan solos.

—La veo muy en forma, parece veinte años más joven.

—Ahora está serena.

—¿Y tú?

—Trabajo mucho, pero al menos estoy construyendo algo mío.

—Has sido muy valiente —afirma con orgullo—. Te lo merecías.

—¿Y tú? ¿Aún vives con tu madre?

—De momento sí, pero tengo una gran noticia: ¡se ha decidido a vender el piso!

—¡¿En serio?! —exclamo con los ojos como platos.

—Sí. Se ve que al final la convenciste —me dice tocándome el brazo.

—¡No, no! Fue idea tuya, sobre todo lo del acuerdo —comento guiñándole un ojo.

Sonrío al ver que la pérfida Silvana ha esperado hasta que yo estuviera fuera de juego para dar este paso, aunque de todas formas me parece muy buena noticia.

Significa libertad, independencia, nueva vida, nuevos proyectos.

Seguimos sonriéndonos sin hablar.

Le leo en los ojos una mirada nueva, más serena, quizá más consciente.

—Ya estoy aquí. Había mucha cola en el bar —dice una chica que llega con dos copas.

—Te presento a Michela —me dice Edo.

Me quedo paralizada un instante antes de comprender, antes de notar un zumbido en los oídos y de que se me nuble la vista.

—¡Ah, tú eres Francesca! —exclama con una sonrisa desagradablemente radiante—. He oído hablar mucho de ti.

Pienso en balbucir algo como «encantada», aunque seguramente digo «me quiero morir» o «no puede ser cierto». O tal vez sólo digo «por qué».

—Me ha ayudado a vender la casa de mi madre, a encontrar un sitio cómodo para ella y la nueva cuidadora y un piso pequeño para mí —me explica con una mezcla de orgullo y vergüenza.

Y entonces yo empiezo a hablar como una máquina, riéndome como una tonta y fingiendo desenvoltura. Cuando se van, corro a emborracharme como no lo hice ni siquiera aquella vez en la playa, en pleno agosto, cuando tenía dieciséis años e hicimos el numerito de la sangría.

Me despierto en el sofá en plena noche, empapada en sudor. En cuanto me acuerdo de Edo y Michela, empiezo a lloriquear como una desesperada con la cara aplastada en la almohada.

Paola, que siempre ha tenido el sueño ligero, viene a sentarse a mi lado.

—Ahora sí que lo he perdido, Paola, lo he perdido para siempre.

—Cariño, no creerías que iba a quedarse ahí, regodeándose en el dolor.

—¿Y por qué no?

—Porque es un hombre. Ni siquiera los viudos inconsolables están solos más de dos meses. Además, él era un caramelito: bueno, amable, solícito, fiel, honesto... estaba claro que no iba a estar soltero mucho tiempo.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —protesto incorporándome.

—Nada. —Se encoge de hombros—. Sencillamente, no es tú.

Al cabo de dos semanas estamos los tres en el sofá, impacientes mientras esperamos que empiece la retransmisión en directo, desde la Villa Julia, de la final del Premio Strega.

Aún estoy removida por la historia de Edo, pero no puedo hablar del tema ni con Paola ni con Alessandro, porque sólo obtengo como respuesta un «tú lo quisiste dejar, ¿no?», que me irrita todavía más.

Sí, lo quise dejar, pero no creía que se iba a consolar tan rápido. Además... uf, al diablo... nunca seré capaz de aceptarlo.

Edo tiene novia... una chica adorable y simpática.  
Es imposible.  
Y huelga decir que se me ha agrietado otra muela...

El ninfeo de la Villa Julia está lleno de gente que disfruta de la sobremesa mientras empieza el recuento de votos. La cámara va enfocando a los presentes y, de vez en cuando, ofrece panorámicas de los finalistas, que conceden las últimas entrevistas, y de los invitados a la velada: editores, periodistas, escritores y personalidades de la política.

—¡Ahí está la Cuellicorta! —grita Alessandro haciendo saltar las palomitas del cuenco que tiene sobre las piernas.

—Qué cara de cerda tiene. Yo lo vi desde el principio, pero tú decías: «Pobrecilla, es buena, lo que pasa que tú estás celosa» —me imita Paola.

Encajo el golpe en silencio.

—¡Miradlo! —anuncio cuando aparece Calamandrei en versión *superstar*, saludando a todo el mundo desde el escenario, como Adam Levine al final de un concierto.

Mr. Big está en el punto de máxima expansión de su ego.

Podría estallar o elevarse por los aires de un momento a otro, y casi puedo oírlo mientras se jacta de lo listo y lo guay que es comparado con los otros editores, y de que va por delante de ellos.

Comienza el recuento y todos guardamos un religioso silencio mientras contamos los votos.

Para empezar, *Cartas en la nieve* obtiene doce votos consecutivos, seguido de *Los ojos del infinito* y *Almadraba*, que consiguen dos cada uno. Luego Calamandrei sigue recibiendo votos y les saca una ventaja de veinte puntos a *Libélulas sagradas* y *El día que vengas*.

Cada vez que repiten el nombre de Calamandrei, Bigazzi sonríe y le pone una mano en el hombro a su protegido, como si quisiera «marcarlo».

—¡Qué asco me dan! —exclama Paola moviendo la cabeza.

—Y pensar que hemos trabajado juntos todos estos años.

—Yo diría que la Cuellicorta ha engordado.

El recuento termina entre el delirio colectivo con una puntuación de 212 votos para *Cartas en la nieve*.

Bigazzi arrastra a Calamandrei del brazo, lo aleja de las cámaras y los

móviles, lo lleva al escenario, le quita de las manos al presentador la botella de champán y la descorcha él mismo... lo nunca visto.

—Hala, ¡a quienes creían que nunca lo iba a conseguir! —grita antes de salpicar a todos lo que están en el escenario, como si hubiera ganado el Gran Premio de Fórmula 1.

Evidentemente, ese gesto le costará 400 euros de lavandería, pero no parece importarle.

Calamandrei les da la mano a los otros candidatos y al ganador del año pasado, y se deja fotografiar tratando de mantener las distancias con el hiperentusiasta Bigazzi, al que deberían sedar con un somnífero para elefantes.

Distingo a Ilaria grabándolo todo con el iPhone (que le regaló Alessandro) y a Annamaria paseándose entre las mesas, besando y saludando a todo el mundo.

Apagamos la televisión, silenciosos y asqueados ante la enésima demostración de que, en este país, es mejor ser astuto que ser competente.

Nos lo tendrían que haber enseñado en primaria, nos habríamos ahorrado mucho tiempo...

Cojo el móvil para llamar a mi madre y veo dos llamadas perdidas.

—¡Es Rapisardi! —digo, alarmada.

—Joder —exclama Paola—, no me digas que ha vuelto.

Lo llamo, pero no contesta.

No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento...

—Chicos, ¿qué hago?

Lo intento un par de veces más. Nada.

—Estará furioso —comenta Alessandro.

—No es de los que se cabrean. —Frunzo el ceño—. Más bien es de los que siempre se sienten responsables de los males de la humanidad.

El teléfono me suena entre las manos. Ver escrito el apellido «Rapisardi» me tranquiliza.

—Mauro, ¿dónde estás?

—Francesca —me contesta una voz de mujer, muy nerviosa—, soy Carla, la hermana de Mauro. Estamos en el Hospital Niguarda, Mauro ha intentado suicidarse.

—¿QUÉÉÉ? —chillo.

—Yo no estaba —explica llorando—. Lo he encontrado en el suelo... ha

tomado unas pastillas. Ha dejado una nota en la que dice que fue él quien escribió *Cartas en la nieve*... No sé si se ha vuelto loco o qué... volvió hace dos días y estaba la mar de bien. Igual cogió un virus durante el viaje, algo que le ha hecho perder la cabeza.

—No, Carla. Mauro tiene razón.

Entramos en la sala de espera y Carla se acerca, desesperada.

Me dice que estaba raro desde la noche anterior, que no hacía más que repetir que no podía ser, que Francesca nunca habría hecho algo así.

—Por la mañana, como llegaba tarde al trabajo me fui corriendo... Al volver, él estaba en el suelo del salón...

—Y mientras tanto esa gente celebrándolo —subraya Paola.

El médico de turno entra a informarnos de la situación.

—Está fuera de peligro —nos dice, y suspiramos aliviados—, pero sigue repitiendo que el libro es suyo. He pedido una consulta en Psiquiatría, por si ha pasado demasiado tiempo con falta de oxígeno.

—Yo sé a qué se refiere —intervengo—. ¿Podemos verlo?

Nos llevan a su habitación. Está en la cama, blanco como la almohada. En cuanto me ve, se agita con una mezcla de desesperación, rabia y decepción:

—¿Cómo has podido, Francesca? ¡Confíaba en ti! Ahora comprendo por qué me preguntaste si había hecho una copia del manuscrito.

—Mauro, créeme, yo no supe nada hasta que ya era cosa hecha. Luego intenté convencer a Bigazzi para que no lo hiciera, pero a él se la sudaba. Paola, Alessandro y yo hace meses que no trabajamos para él. Nos fuimos por esto, porque no hay forma de demostrar que el libro lo has escrito tú. Es que tú también... podrías haber hecho una copia, ¿no?

—No se me ocurrió —susurra con la voz rota, como si quisiera disculparse por haber sido agresivo conmigo.

—¡Yo hice una copia! —exclama Carla.

Todos nos volvemos a mirarla.

—¿Hiciste una copia del manuscrito?

—Fotocopio todo lo que escribe, porque sabía que tarde o temprano se perdería algo. Y luego, por seguridad, me envió a mí misma un sobre con la copia del manuscrito junto a una carta certificada con el recibo, y así el sello postal puede aclararlo todo en caso de controversia.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —le pregunta Paola.

—Simplemente, lo leí en Internet.

Me vuelvo a mirar a Paola, pero ella ya ha salido de la habitación y está llamando a toda la prensa.

Al cabo de media hora, la habitación de Mauro Rapisardi parece el infierno.

Periodistas, televisión y radio han acudido para obtener la entrevista en exclusiva y están dispuestos a pagársela a precio de oro.

A los dos días, un Leonardo Calamandrei pálido y tembloroso se disculpa en una rueda de prensa y devuelve el premio Strega mientras todo el mundo le da una pitada.

Parece un niño al que le han quitado un helado de la mano mientras lo estaba lamiendo. Tartamudea su disculpa pasándose la mano por el pelo y achicando compulsivamente los ojos.

La crítica lo ha destrozado. Entre todos los detractores, destaca Zanieri, que estaba esperando verlo caer y golpearse la cara contra el cemento.

Le ha dedicado un artículo titulado *El timo del Strega*.

Un mes después, mientras estoy ordenando papeles en la mesa de mi despacho, veo por el rabillo del ojo una figura familiar en la cafetería.

Me levanto y voy hacia él.

—¡Calamandrei! —exclamo, sorprendida—. ¿Puedo ofrecerte un capuchino de soja?

Duda, balanceándose de un pie al otro con las manos en los bolsillos.

Está cansado y con el ego hecho trizas. No quiero ensañarme.

—No, gracias. Sólo he pasado a saludar. Te veo bien.

—Sí, estoy bien. Ahora sí.

Nos quedamos un rato mirándonos, luego él se despide.

—Cuídate, Fra.

—¡Leonardo! —lo llamo mientras se aleja.

Se vuelve.

Lo miro.

—¿Por qué?

Se muerde el labio y se encoge de hombros.

Y al fin lo veo, pequeñito, con la bata y el lazo azul y una mata de pelo en

la cabeza. Le gustaría ser un niño, pero alguien lo convence de que debe ser el mejor de todos, a cualquier precio.

Y sonrió.



Ha pasado casi un año.

El Strega & Co va viento en popa.

Trabajamos veinticuatro horas al día, pero nunca nos habíamos sentido tan bien.

El local siempre está lleno y represento a tantos autores que he tenido que coger un ayudante.

Esta vez es un hombre.

Maria Vittoria Spagnulo también ha venido a que la represente, pero ahora es un corderito.

Bueno, «corderito» tal vez sea un eufemismo algo exagerado. Digamos que ahora se esfuerza por colaborar.

Retiraron del mercado todos los ejemplares de *Cartas en la nieve*, lo cual supuso unas pérdidas enormes para Ediciones Bigazzi y una gran publicidad para la novela. Todo el mundo quiere leerla y se la han disputado varios editores, algo nunca visto hasta ahora.

Los derechos pasaron en exclusiva a Mauro Rapisardi, que se ha hecho más famoso que Calamandrei, va de programa en programa y parece que la cosa le gusta.

Unos gamberros le dieron una paliza a Bigazzi y le rompieron una tibia, un pómulo y una clavícula.

Se dice que eran librereros.

Además, Ivanka le pidió el divorcio y una pensión alimenticia de unos treinta mil euros al mes.

Al final, la justicia ha triunfado.

Marcello y mi madre se han ido a vivir juntos, como dos jóvenes enamorados primerizos, como si él nunca hubiera tenido el accidente.

Se las arreglan perfectamente, se apoyan, se comprenden, se aman.

Cuando los veo juntos siempre recuerdo el pasaje de *Cien años de soledad* (obviamente, subrayado) en que Aureliano Buendía llora en el regazo de la tiradora de cartas:

Ella lo dejó terminar, rascándole la cabeza con la yema de los dedos, y sin que él le hubiera revelado que estaba llorando de amor ella reconoció de inmediato el llanto más antiguo de la historia del hombre [...]

—No te preocupes —sonrió—. En cualquier lugar en que esté ahora, ella te está esperando.

Edo se ha casado.

Él y Michela esperan una niña.

Como decía Paola, «un caramelito que no podía estar soltero mucho tiempo». Aunque, repito, en mi opinión tardó demasiado poco en consolarse.

Y ha sido algo difícil de asimilar.

A veces aún me repito: «Y decía que me querría siempre...».

El concepto «siempre» no es de este mundo y, desde luego, no es para los seres humanos.

Lo más parecido a *siempre* que podemos garantizar es este preciso instante; un chasquido de dedos, un latido del corazón, nada más.

Y deberíamos ser muy cautos cuando prometemos algo.

Especialmente cuando prometemos sentimientos.

Toda esta historia me ha servido para crecer y hacerme más fuerte, pero he tardado una eternidad en recuperar las fuerzas.

Y en empezar a confiar.

Después de la noche de la inauguración, Augusto Bonaccorsi empezó a pedirme reiteradamente que saliera con él.

Al final, gracias a la insistencia de Paola («Trabajas demasiado y no hay sexo en tu vida»), decidí darle una oportunidad y ahora somos pareja oficialmente.

En el mundo editorial, nos consideran más bien una «sociedad ilícita».

Es viernes por la noche y estoy saliendo de mi despacho.

Me despido de los chicos y voy hacia mi coche (sí, al final me compré uno).

El aire está despejado y los días se están alargando. Milán está precioso.

Me vuelvo a mirar el local, incrédula. Aún no me puedo creer que lo hayamos conseguido y que al final tampoco haya sido tan difícil.

Estuvimos a punto de creer que no teníamos alternativas y de ser prisioneros de nuestros errores.

Y nos habríamos perdido todo esto.

Me suena el móvil.

Es Augusto.

Sonrío y contesto.

—¿Me concede el honor de invitarla a un sitio especial esta noche?

Instintivamente, me miro los zapatos.

—Temo no ir lo suficientemente elegante.

—Yo creo que sí.

Me vuelvo y lo veo apoyado en el portal, mirándome. Fuerte, generoso y sólido.

Sonrío más y sigo hablándole por teléfono, sin moverme.

—¿Celebramos algo?

—Espero que sí —contesta sin dejar de mirarme—. Tengo que preguntarte algo importante.

—¿Cómo de importante? —me alarmo ligeramente.

—¡Mucho!

—Nada de anillos, ¿eh? —me alarmo oficialmente y doy un paso atrás.

—No, nada de anillos. —Se ríe—. Te lo prometo.

—Pero ¿es una sorpresa?

—Sí, es una sorpresa.

Pongo cara de desolación y doy otro paso atrás.

—No me gustan las sorpresas.

—Está bien, te daré una pista: tiene que ver con una casa.

—¿Una casa?

—Una casa.

—¿Qué casa?

—Una casa donde quepamos los dos —dice dando un paso hacia mí.

—Yo ya tengo casa.

—Yo también tengo casa, ya lo sabes —prosigue, y da otro paso.

—¡Y una hipoteca! —protesto.

—También lo sé. —Se acerca más.

—Y un montón de libros, muebles y plantas, y la impresora, el escáner y el fax. ¿Te das cuenta? ¡Aún tengo fax! Y el televisor, un viejo proyector de mi padre y... ¡el gato! Aún no lo tengo, pero pensaba hacerme con uno y...

Se para delante de mí, guarda el teléfono en el bolsillo y me coge la cara con las manos:

—No te preocupes. A partir de ahora yo me encargo de todo.

# Agradecimientos

No ha sido fácil escribir esta novela, por el tema y el dolor que necesariamente provoca abrir o reabrir ciertas heridas.

Pero ha sido uno de los viajes más intensos y difíciles que he afrontado, y el hecho de recorrer zonas oscuras, desagradables o incómodas ha sido muy terapéutico.

Le doy las gracias a mi equipo de mujeres estupendas: Barbara Barbieri, Giulia Ichino y Laura Cerutti, siempre tan entusiastas, positivas e increíblemente competentes. (Gracias, Laura, por señalarme que, si se escondían todos debajo de una mesa de cristal, no iba a ser una gran sorpresa. Te echaré de menos.)

Y también a Bindu Talwar y Gianfranco Baccini por mimarme durante un verano inolvidable.

A Fabio Genovesi por su inmenso amor por Versilia y por la frase «sois un montón de hormonas con el pelo largo».

A Flaminia Bevilacqua y Claudio Guidi por el juego demente «si dices agua después de las seis, tienes que tomarte un chupito», que me costó el peor dolor de cabeza de los últimos veinte años.

A Alessandro Marenzi por la cena de 550 calorías.

A Paola Milazzo por ser un poco Paola.

A Lando Landi por la receta de la crema catalana y muchas otras cosas que él sabe.

A Carlotta Agostini por las risas.

Al escritor callejero que ha tapizado mi barrio de frases de amor (espero que al final la conquistarás. Conmigo lo habrías conseguido).

Al Universo, que, una vez más, ha sido generoso conmigo dándome la inspiración y la fuerza necesarias para llegar al final.

Y, sobre todo, a Attilio.